



CAITLIN DOUGHTY

# HASTA LAS CENIZAS

**LECCIONES QUE APRENDÍ  
EN EL CREMATORIO**

«Diabólicamente divertido.»

THE OPRAH MAGAZINE

«Doughty no para de hacernos reír.»

WASHINGTON POST

# **Hasta las cenizas**

Lecciones que aprendí en el crematorio

Caitlin Doughty

Traducción de Isabel de Miquel



Título original: *Smoke gets in your eyes*, originalmente publicado en inglés, en 2014, por W.W. Norton & Company.

Primera edición en esta colección: enero de 2016

© 2014 by Caitlin Doughty

© de la traducción, Isabel de Miquel, 2016

© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1<sup>a</sup> – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. 18717-2015

ISBN: 978-84-16429-49-3

Diseño de cubierta y composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

A mis queridísimos amigos  
tan comprensivos, tan benévolos,  
un haiku macabro.

# Índice

1.
  1. [Nota de la autora](#)
2.
  1. [Afeitando a Byron](#)
  2. [La caja de sorpresas](#)
  3. [Un golpe sordo](#)
  4. [Mondadientes en gelatina](#)
  5. [Pulsa el botón](#)
  6. [Un cóctel de color rosa](#)
  7. [Bebés del demonio](#)
  8. [Eliminación exprés](#)
  9. [Naturalidad artificial](#)
  10. [Ay, pobre Yorick](#)
  11. [Eros y Tánatos](#)
  12. [Burbujeando](#)
  13. [Ghusl](#)
  14. [Testigo único](#)
  15. [Las secuoyas](#)
  16. [Escuela Calavera](#)
  17. [Furgoneta de cadáveres](#)
  18. [El arte de morir](#)
  19. [La hija pródiga](#)
3.
  1. [Agradecimientos](#)
  2. [Notas sobre las fuentes](#)

## Nota de la autora

Mata Hari, la famosa bailarina exótica que se convirtió en espía en la Primera Guerra Mundial, no permitió que le vendaran los ojos cuando la pusieron frente a un batallón de ejecución francés. Lo cuenta un periodista que fue testigo del hecho, en 1917.

—¿Es necesario que me ponga esto? —le preguntó Mata Hari a su abogado al ver el pañuelo con el que iban a vendarle los ojos.

—Si Madame no quiere, no es obligatorio —dijo el oficial, y se apresuró a retirarse.

No le vendaron los ojos. Cuando el sacerdote, las monjas y su abogado la dejaron sola, Mata Hari clavó la mirada en sus ejecutores.

No es fácil mirar a la muerte a la cara. Normalmente lo evitamos; preferimos ponernos una venda en los ojos para no afrontar la muerte y nuestra propia mortalidad. Pero eso no es la solución, más bien contribuye a acrecentar nuestro miedo.

Podemos esforzarnos por borrar todo rastro de la muerte, encerrar a los cadáveres tras unas puertas de acero inoxidable y meter a los gravemente enfermos y moribundos en una habitación de hospital. Somos tan eficientes ocultando la muerte que se diría que somos la primera generación de inmortales. Pero la verdad es que a todos nos llegará nuestra hora, lo sabemos perfectamente. Como dijo el gran antropólogo Ernest Becker: «La idea de la muerte, el temor a la muerte es lo que más obsesiona al animal humano». Es este temor el que nos lleva a construir catedrales, a tener hijos, a declarar la guerra y a mirar vídeos de gatitos a las tres de la madrugada. La muerte despierta tanto nuestros impulsos creativos como nuestro afán destructivo. Y cuanto mejor lo comprendamos, mejor nos conoceremos a nosotros mismos.

En este libro explico mis seis años de experiencia en la industria funeraria de Estados Unidos. Si os horroriza la idea de leer descripciones realistas de muerte y de cadáveres, os habéis equivocado de libro. Aquí comprobaréis si preferís taparos los ojos con una venda imaginaria. Las historias que cuento son reales, las personas que aparecen son

reales. He cambiado algunos nombres y algunos detalles (pero no los escabrosos, os lo prometo) para preservar la intimidad de determinadas personas y para proteger la identidad de los fallecidos.

**¡ATENCIÓN!**

**ÁREA DE ACCESO RESTRINGIDO**

**SEGÚN EL CÓDIGO NORMATIVO DEL ESTADO DE CALIFORNIA**

**TÍTULO 16, DIVISIÓN 12,**

**ARTÍCULO 3**

**SECCIÓN 1221.**

**Cuidado y preparación para el enterramiento.**

- (a) El cuidado y la preparación de restos humanos a fin de darles sepultura o una finalidad similar son de naturaleza estrictamente privada [...].

*Aviso obligatorio en todo establecimiento destinado a fines funerarios*

# Afeitando a Byron

Una mujer nunca olvida el primer cadáver que afeitó. Es lo único que puede resultar más embarazoso que el primer beso o el momento en que perdió la virginidad. Cuando te encuentras de pie, blandiendo una maquinilla de plástico rosa junto a un anciano muerto, el tiempo se paraliza.

Estuve por lo menos diez minutos contemplando al pobre Byron, totalmente inmóvil bajo la desagradable luz de los fluorescentes. Se llamaba Byron, o por lo menos eso decía la etiqueta que llevaba colgando del dedo pulgar del pie. Yo no estaba segura de si debía pensar en Byron como «él» (una persona) o como «eso» (un cadáver), pero por lo menos tenía que saber su nombre, porque iba a llevar a cabo la operación más íntima que existe.

Byron era (o había sido) un setentón con el cráneo cubierto de espeso pelo blanco y una cerrada barba también blanca. Estaba totalmente desnudo, a excepción de la sábana que le cubría la parte inferior a fin de proteger no sé muy bien qué. Supongo que podríamos llamarlo decencia *post mortem*.

Sus ojos, ahora chatos como globos deshinchados, miraban al abismo. Si los ojos del amado son prístinos como un lago de montaña, los de Byron eran una charca de aguas estancadas. Torcida y abierta la boca como si emitiera un grito silencioso.

Llamé a mi nuevo jefe desde la sala de tanatopraxia, donde se lleva a cabo la preparación de los cadáveres.

—Ejem, esto..., ¿Mike? Supongo que tengo que usar crema de afeitado..., ¿no?

Mike entró un momento, sacó un bote de Barbasol de un armario metálico y me dijo que me andase con ojo para no arañar al muerto.

—Presta atención, ¿eh? Si le cortas la cara no podremos hacer gran cosa para arreglarlo.

Vale, tendría cuidado. Como todas las demás veces que «había afeitado a alguien». O sea, nunca en mi vida.

Me puse los guantes de goma y toqué las mejillas de Byron, tiesas y frías, acaricié su barba de varios días. No me sentía digna de afeitarlo. Yo creía que los tanatopractores eran profesionales con experiencia que se ocupaban de los muertos para que el público no tuviera que hacerlo. ¿Sabía la familia de Byron que una chica de veintitrés años y sin experiencia estaba a punto de pasar una cuchilla de afeitar por el rostro del hombre al que querían?

Intenté cerrarle los ojos a Byron, pero sus arrugados párpados volvieron a abrirse de golpe, como si no quisiera perderse el espectáculo. Volví a intentarlo, y el resultado fue el mismo.

—Eh, no hace falta que evalúes mi trabajo, Byron —le dije. No hubo respuesta.

Lo mismo me pasó con la boca. Cuando yo se la cerraba, tardaba apenas unos segundos en volver a abrirse. Hiciera lo que yo hiciera, Byron se negaba a colaborar. No se comportaba como un caballero al que están a punto de afeitar. Al final me di por vencida y le extendí torpemente la espuma por la cara. Parecían los trabajos manuales del crío siniestro que aparece en un episodio de *The Twilight Zone* [*La dimensión desconocida*].

No es más que una persona muerta, me dije. Es carne destinada a pudrirse, Caitlin. Un cuerpo animal.

Pero mi discurso tenía poco efecto. Byron era mucho más que carne destinada a pudrirse. Era también una criatura noble y magnífica, como un unicornio o un grifo. Era un ser híbrido, entre lo sagrado y lo profano, atrapado en el paso de la vida a la eternidad.

Cuando llegué a la conclusión de que este trabajo no era para mí ya era demasiado tarde; no podía negarme a afeitar a Byron. De modo que empuñé mi arma rosa —herramienta de un oficio oscuro—, torcí la cara en una mueca, emití un sonido tan agudo que solamente los perros podrían haberlo oído y apreté la cuchilla contra la mejilla de Byron. Así empezó mi carrera como barbera de los muertos.

Cuando me desperté esa mañana no esperaba comenzar el día afeitando un cadáver. Sabía que vería cadáveres, claro, pero no que tuviera que afeitarlos. Era mi primer día como operadora del horno crematorio en Westwind Cremation & Burial, una funeraria

propiedad de una familia. (También podríamos llamarlo «tanatorio». Puedes llamarlo de las dos maneras.)

Esa mañana salté rápidamente de la cama, lo que no suelo hacer, y me puse unos pantalones que nunca me pongo y unas botas con la punta de metal. Los pantalones eran demasiado cortos y las botas demasiado grandes, de modo que tenía un aspecto ridículo, pero en mi defensa diré que carecía de referencias respecto a cómo hay que vestirse para quemar a los muertos.

Cuando salí de mi apartamento en Rondel Place, el sol que se alzaba en el cielo sacaba destellos a las agujas tiradas en la calle y evaporaba los charcos de orina. Un vagabundo vestido con un tutú arrastraba por la calle una vieja llanta de goma, seguramente para utilizarla a modo de baño improvisado.

La primera vez que llegué a San Francisco tardé tres meses en encontrar un apartamento. Finalmente conocí a Zoe, una lesbiana que estudiaba Derecho Penal y que ofrecía una habitación de alquiler. Nos convertimos en compañeras de su piso de un color rosa subido en Rondel Place, dentro del distrito Mission. La calle donde vivíamos tenía a un lado una taquería muy popular y al otro lado Esta Noche, un bar conocido por sus *drag queens* latinos y su música ranchera a todo volumen.

Cuando me dirigía a la estación de tren más cercana, un hombre al otro lado de la calle abrió el abrigo, se cogió el pene y lo agitó en mi dirección.

—¿Qué te parece esto, cariño? —dijo en tono de triunfo.

—Vaya, me parece que tienes que aprender a hacerlo mejor —le contesté.

El exhibicionista se quedó desolado. Pero es que yo ya llevaba un año viviendo en Rondel Place. Y la verdad era que el hombre debería hacerlo mejor.

Desde la estación de Mission Street, el tren me llevó por debajo de la bahía de San Francisco hasta Oakland y me escupió a unas manzanas de Westwind. Tras una pesada caminata desde la estación, el aspecto de mi nuevo lugar de trabajo resultaba bastante decepcionante. No sé qué pinta esperaba que tuviera una funeraria —probablemente el cuarto de mi abuela equipado con unas cuantas máquinas de niebla—, pero tanto el edificio como la puerta negra de metal tenían un aspecto rematadamente normal.

Junto a la puerta había un cartelito: «Por favor, llamen al timbre». Me armé de valor y llamé. Al rato, la puerta se entreabrió con un crujido y apareció Mike, el director del crematorio, mi nuevo jefe. La primera vez que lo vi cometí el error de pensar que era totalmente inofensivo, un cuarentón con el pelo que empezaba a clarear, de estatura

mediana, ni grueso ni delgado. Llevaba unos pantalones de aspecto amable de color caqui, y a pesar de eso lograba imponer respeto. Por la forma en que me escrutó a través de sus lentes comprendí que evaluaba la gravedad del error cometido al contratarme.

—Eh, buenos días —dijo. Tres escuetas palabras pronunciadas sin entusiasmo y en voz baja, como si las dijera para sí mismo.

Me abrió la puerta y se internó en el edificio. Tras un instante de titubeo comprendí que debía seguirlo. Doblé varias esquinas detrás de él. Nos encaminábamos hacia un rugido sordo que venía del fondo del pasillo. Este edificio, que desde fuera parecía tan insulso, daba paso a una especie de inmenso almacén. El rugido provenía del interior de una caverna, en concreto de dos enormes máquinas achaparradas, orgullosamente instaladas en el centro, como si fueran el rey y la reina de la muerte. Estaban hechas de metal corrugado y tenían altas chimeneas que se elevaban hasta el techo y lo atravesaban. Las dos estaban provistas de una puerta metálica que se abría y se cerraba como las fauces de los monstruos que devoran a los niños en los cuentos, pero de la era industrial.

Son las incineradoras, me dije. En este momento hay personas ahí dentro, hay muertos. En realidad, no podía ver ningún cadáver, pero me emocionaba solo de pensar en que estaban cerca.

—¿Son las máquinas crematorias? —le pregunté a Mike.

—Ocupan todo el espacio. Sería raro que no lo fueran, ¿no te parece? —me respondió. Acto seguido, se metió por una puertecita y volvió a dejarme sola.

¿Qué hacía una chica simpática como yo en un almacén de cadáveres? Nadie en su sano juicio preferiría ser empleada de un crematorio antes que cajera en un banco, por ejemplo, o maestra de preescolar. Y a una chica de veintitrés años le resultaría mucho más fácil encontrar trabajo como cajera o maestra de preescolar, porque no cabía duda de que la industria de la muerte la contemplaba con infinita suspicacia.

Parapetándome tras el brillo de mi pantalla del portátil, había buscado un trabajo en lugares que empleaban palabras como «cremación», «crematorio», «funeral» y «morgue». Las respuestas que recibí —en los casos en que recibí alguna— eran del tipo: «Bueno, ¿tiene usted experiencia en crematorios?». Insistían en la necesidad de experiencia, como si aprender a quemar cadáveres fuera algo habitual, como si nos lo enseñaran en el instituto. Estuve seis meses enviando mi currículum y recibiendo

respuestas del tipo: «Lo siento, hemos encontrado a una persona mejor cualificada para el puesto», hasta que finalmente me contrataron en Westwind Cremation & Burial.

La verdad es que yo siempre había tenido una relación complicada con la muerte. Desde el día en que descubrí que todos los seres humanos estábamos destinados a morir me debatía mentalmente entre el puro terror y la curiosidad morbosa. De niña me quedaba horas despierta esperando a que llegara el coche de mi madre. Estaba convencida de que se había quedado tirada en la cuneta de la autopista, con el cuerpo roto y ensangrentado, con pedacitos de cristal adheridos a las pestañas. Me convertí en una «morbosa funcional» que pensaba todo el día en la muerte, la enfermedad y la oscuridad, aunque seguía pareciendo una chica casi normal. Cuando llegué al instituto me quité la máscara, anuncié que quería estudiar Historia Medieval y me pasé cuatro años leyendo trabajos académicos con títulos como: *Necro-fantasia y mito: la interpretación de la muerte entre los indígenas de Pago Pago* (doctora Karen Baumgartner, Universidad de Yale, 2004). Me atraían todos los aspectos de la mortalidad: los cadáveres, los rituales, el duelo. Los trabajos académicos resultaron útiles, pero no me bastaban. Quería ver la realidad, quería cadáveres reales, muerte real.

Mike volvió empujando una chirriante camilla con mi primer cadáver.

—Hoy no hay tiempo para que aprendas cómo funcionan los hornos, de modo que hazme un favor y afeita a este chico —me dijo, como si tal cosa. Al parecer, la familia del fallecido había solicitado verlo una vez más antes de que entrara en el horno crematorio.

Mike me hizo una señal para que lo siguiera. Empujó la camilla hasta una habitación esterilizada y pintada de blanco junto al horno crematorio y me explicó que allí era donde se «preparaban» los cadáveres. De un armario grande de metal sacó una maquinilla de afeitar rosa, de las de usar y tirar, y me la entregó. Acto seguido, salió de la habitación y me dejó sola por tercera vez.

—¡Buena suerte! —me dijo por encima del hombro.

Como decía, no esperaba tener que afeitar a un cadáver, pero aquí estaba.

Sin embargo, aunque Mike no estuviera conmigo, me vigilaba de cerca. Me había puesto a prueba, esta era su manera de introducirme en el oficio. Desde su punto de vista, aquí se vería si yo servía o no. Era la nueva chica contratada para quemar (y de vez en cuando afeitar) cadáveres, y podían suceder dos cosas: (a) que fuera capaz de hacerlo o (b) que fuera incapaz. No me llevaría de la mano, no habría periodo de prueba, no habría curva de aprendizaje.

Mike regresó unos minutos más tarde y miró por encima de mi hombro para comprobar lo que había hecho.

—Mira, aquí no está bien... Tienes que ir en la dirección en la que crece el pelo. Movimientos cortos. Así.

Cuando acabé de quitarle los restos de espuma, el rostro de Byron parecía el de un recién nacido. Y sin un solo arañazo.

Aquella misma mañana vinieron la mujer y la hija de Byron. Lo llevamos en la camilla hasta la sala de velatorio de Westwind y lo tapamos con sábanas blancas. La lámpara del techo, con una bombilla rosada, arrojaba una luz suave sobre su rostro, una luz mucho más agradable que la de los fluorescentes de la sala de tanatopraxia.

Después de que yo lo afeitara, Mike cerró los ojos y la boca de Byron con algún tipo de magia funeraria. Ahora el caballero tenía un aspecto casi sereno bajo la luz rosada. Yo esperaba oír gritos provenientes de la sala de velatorio, del tipo: «¡Dios mío! ¿Quién lo ha afeitado así?». Afortunadamente, no pasó nada.

La viuda de Byron me explicó que su marido había sido contable durante cuarenta años, un hombre meticuloso que seguramente habría estado contento de que lo dejaran bien afeitado. Al final de su batalla contra el cáncer no podía salir del dormitorio para ir al lavabo, y mucho menos afeitarse solo.

Cuando su familia se marchó, llegó el momento de meterlo en el horno crematorio. Mike empujó la camilla de Byron hasta la boca de uno de los monstruos y manejó con sorprendente destreza el dial. Dos horas más tarde, la puerta de metal volvió a abrirse y aparecieron los huesos de Byron reducidos a unos resoldos ardientes.

Mike me trajo una barra de metal rematada con un rastrillo sin dientes y me enseñó a sacar los huesos del horno con movimientos amplios. Mientras los restos de Byron iban cayendo a un contenedor especial sonó el teléfono a través de los altavoces del techo. Era un timbrazo tremendo, especialmente pensado para que se oyera por encima del tronar de las máquinas.

Mike me entregó sus gafas protectoras.

—Sigue tú —me dijo—. Tengo que contestar al teléfono.

Me dispuse a arrancar los restos de Byron del interior del horno crematorio. El cráneo estaba intacto. Tras comprobar que nadie —vivo o muerto— me miraba, acerqué con cuidado el cráneo hacia mí y, cuando lo tuve en la boca del horno, me incliné y lo cogí.

Estaba tibio todavía. Incluso con mis gruesos guantes de uso industrial noté la textura suave y polvorienta de la calavera.

Las cuencas vacías de Byron me miraban fijamente. Intenté recordar cómo era su rostro dos horas antes, cuando entró en el horno. Después de afeitarlo, habría tenido que recordarlo. Pero su rostro, el rostro humano, había desaparecido. Como dijo Tennyson, la madre naturaleza tiene «las garras y los dientes ensangrentados», porque destruye todas las cosas bellas que ha creado.

Una vez quemados y reducidos a sus elementos inorgánicos, los huesos son muy frágiles. Mientras la hacía girar para apreciarla en detalle, la calavera de Byron se deshizo en mis manos y las esquirlas se deslizaron entre mis dedos. El hombre que había sido Byron –padre, marido, contable– ya estaba totalmente en el pasado.

Aquella tarde, al volver a casa, encontré a Zoe, mi compañera de piso, sollozando en el sofá. Estaba desesperada porque en su último viaje de mochilera a Guatemala se había enamorado de un hombre casado (lo que supuso un golpe tanto para su ego como para su lesbianismo).

–¿Cómo te ha ido el primer día? –me preguntó entre lágrimas.

Le hablé del silencio sentencioso de Mike y de que había tenido que afeitar un cadáver, pero no le dije nada de la calavera de Byron. Era mi secreto, junto con el extraño y perverso poder que sentí en aquel momento como trituradora de calaveras del universo.

Mientras me dormía arrullada por la música machacona de las rancheras de Esta Noche, pensé en mi propia calavera. Un día aparecería, cuando todo lo que podía reconocerse como Caitlin –los ojos, los labios, la carne, el pelo– ya no existiera. Y tal vez alguna desdichada veinteañera con guantes la reduciría entonces a polvo.

## La caja de sorpresas

A Padma la conocí en mi segundo día en Westwind. No es que Padma fuera gorda. «Gorda» es una palabra simple, con connotaciones simples, pero Padma era más bien una criatura de una película de terror, la protagonista de *La resurrección de la bruja vudú*. El mero hecho de verla tendida en la caja de cartón del horno crematorio te provocaba un estremecimiento. «Oh, Dios mío –te preguntabas–, ¿qué es esto?, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Qué mierda es esto? ¿Por qué?».

En cuanto a orígenes raciales, Padma tenía la piel oscura, una mezcla entre África del norte y Sri Lanka. La descomposición la había tornado negra como el carbón. El pelo se le desparramaba en todas direcciones en forma de largos mechones apelmazados, de la nariz le salía una gruesa telaraña de moho blanco que le cubría medio rostro y se extendía incluso sobre los ojos y la boca abierta. La parte izquierda de su pecho presentaba una profunda hendidura, como si alguien le hubiera arrancado el corazón en un elaborado ritual.

Padma tenía poco más de treinta años cuando murió a causa de una rara enfermedad genética. Su cuerpo se conservó durante meses en el hospital de la Universidad de Stanford a fin de que los médicos pudieran hacerle pruebas y averiguar la causa de su muerte. Cuando llegó a Westwind, el cadáver tenía un aspecto surrealista.

Pero, por grotesca que resultara Padma a mis ojos de principiante, no podía apartarme del cadáver como un cervatillo asustado. Mike, el director de la funeraria, había dejado bien claro que si quería ganarme el sueldo no podía mostrarme aprensiva con los cadáveres, y yo me moría por demostrarle que era capaz de comportarme con la misma frialdad clínica que él.

«Una telaraña de moho, ¿no? Claro, lo he visto millones de veces. Lo que me sorprende es que en este caso no haya más, la verdad.» Eso es lo que diría yo, con el aplomo de una auténtica profesional de la muerte.

La muerte puede parecerse casi glamurosa hasta que ves un cadáver como el de Padma. Te imaginas a una enferma de tisis en la época victoriana que muere con una gota de sangre en la comisura de sus labios sonrosados. Cuando Annabel Lee, el gran amor de Edgar Allan Poe, fallece y la entierran, el escritor no puede dejarla sola, de modo que va al cementerio para «acostarme junto a mi amor –lo que más quiero–, mi vida y mi esposa, en su sepulcro junto al mar, en esta tumba desde la que se oye el rugido de las olas».

El cadáver exquisito, blanco como el alabastro, de Annabel Lee. No se mencionan los efectos de la descomposición, la pestilencia que debió de sufrir el desolado Poe al abrazar a su amada.

Pero no era solamente Padma. Lo que veía en el día a día de mi trabajo en Westwind era más brutal de lo que había imaginado. Mi jornada laboral empezaba a las 8:30, cuando ponía en marcha los dos «quemadores», que es como suelen llamarse en la industria los hornos crematorios. Durante el primer mes llevaba conmigo una chuleta con las instrucciones y manejaba con mano insegura los diales, que parecían salidos de una película de ciencia ficción de los años setenta, para que se iluminaran los botones rojos, azules y verdes que indicaban la temperatura, encendían los quemadores y controlaban la salida de aire. Los breves momentos que transcurrían antes de que los hornos empezaran a rugir eran los más silenciosos y apacibles del día. Sin ruido, sin calor, sin presión..., únicamente una chica y unos pocos fallecidos.

Pero en cuanto los quemadores se ponían en marcha se acababa la tranquilidad. La sala se convertía en el anillo interior del infierno; se inundaba de un aire caliente y denso, vibraba con un rugido que parecía la respiración del diablo. Las paredes estaban tapizadas de un revestimiento acolchado como el de una nave espacial para evitar que el ruido llegara a los oídos de las atribuladas familias que lloraban a un ser querido en la capilla o en las salas contiguas.

Los quemadores estaban listos para su primer cadáver cuando la temperatura dentro de la cámara de ladrillo alcanzaba los 815 grados centígrados. Cada mañana, Mike depositaba sobre mi escritorio una pila de autorizaciones del estado de California en las que se indicaba quién podía ser incinerado. Yo seleccionaba dos licencias y localizaba luego a mis víctimas en el «frigorífico», una inmensa nevera donde aguardaban los cadáveres en sus cajas de cartón, cada una etiquetada con el nombre completo y la fecha

de nacimiento. En cuanto abría la puerta de la sala me recibía una ráfaga de aire frío y un olor difícil de describir pero imposible de olvidar: el olor de la muerte helada.

Los que aguardaban en la cámara frigorífica probablemente nunca habrían estado juntos en el mundo de los vivos: un anciano negro con un infarto de miocardio, una madre blanca de mediana edad con cáncer de ovarios, un joven hispano que había muerto de un disparo a pocas manzanas del crematorio. La muerte los había juntado en una especie de convención de las Naciones Unidas, una mesa redonda sobre la no existencia.

Cuando entré en la cámara frigorífica le hice una promesa a un ser superior: si el fallecido no se encontraba debajo del montón de cadáveres, yo intentaría ser mejor persona. El primer permiso de incineración era para un tal señor Martínez. En un mundo perfecto, el señor Martínez habría estado en lo alto, listo para que yo lo subiera a mi carretilla hidráulica. Me disgustó ver que estaba debajo del señor Willard, la señora Nagasaki y el señor Shelton. Esto quería decir que tendría que sacar y meter las cajas de cartón como si se tratara de una macabra partida de Tetris.

Por fin conseguí colocar al señor Martínez en la camilla y me dirigí a la cámara incineradora. El último obstáculo eran las gruesas cintas de plástico (como las de los túneles de lavado de coches y las cámaras frigoríficas de carne) que colgaban de la entrada para que no se escapara el aire frío. Las cintas eran mis enemigas porque se enredaban en todo, como las ramas siniestras que aparecen en la versión animada de *La leyenda de Sleepy Hollow*. Además, detestaba tocarlas, porque me las imaginaba cargadas de bacterias y, por supuesto, de las almas atormentadas de los fallecidos.

Si te enredabas en las cintas, era inevitable que calcularas mal el ángulo para que la camilla entrara por la puerta. Empujé la camilla del señor Martínez y oí el ya familiar pum del choque contra el marco metálico de la puerta.

En aquel preciso momento llegó Mike, que iba de camino a la sala de tanatopraxia. Agarró la camilla del señor Martínez y empezó a moverla adelante y atrás, adelante y atrás.

—¿Necesitas ayuda? ¿Sabes cómo hacerlo? —preguntó. Su expresión, con una ceja enarcada mucho más alta que la otra, decía a las claras lo que pensaba: «Ya se ve que no tienes ni idea».

—No pasa nada. Todo va perfectamente —le respondí en tono animoso. Aparté con la mano los tentáculos cargados de bacterias y me encaminé con la camilla hacia el

crematorio.

Pasara lo que pasase, mi respuesta siempre era: «No hay problema. Todo va bien». ¿Necesitaba ayuda para regar las plantas del jardín delantero? «No, no. Todo controlado.» ¿Quería que me explicaran qué hacer con la mano de un hombre para retirarle la alianza pese a los nudillos hinchados? «No, no. ¡No es necesario!»

Con el señor Martínez fuera de la cámara frigorífica llegó el momento de abrir la caja de cartón, la mejor parte de mi trabajo, según descubrí.

La apertura de las cajas me recordaba a esos perros de peluche que se vendían en Estados Unidos a principios de los años noventa. En el anuncio se veía a un grupo de niñas de entre cinco y siete años alrededor de un perrito de peluche. Las niñas gritaban de alegría cuando le abrían la barriguita y empezaban a sacar cachorritos de peluche. A veces eran tres cachorros, pero podían ser cuatro o hasta cinco. Y esta era la «sorpresa», por supuesto.

Lo mismo pasaba con los cadáveres. Dentro de la caja de cartón podías encontrar cualquier cosa, desde una anciana de noventa y cinco años que había fallecido tranquilamente en la cama hasta un varón de treinta y cinco años hallado en un vertedero detrás de un almacén y en avanzado estado de descomposición. Cada persona era una aventura.

Si el cadáver era de los raros (como el de Padma, con el rostro cubierto de moho), la curiosidad me empujaba a hacer indagaciones. Miraba el registro electrónico de fallecimientos, el certificado de muerte, el informe del forense... En estos trámites burocráticos encontraba más información sobre la vida de la persona y, en especial, sobre su muerte. Estos documentos me explicaban cómo estas personas habían dejado el mundo de los vivos para llegar a mis manos en el crematorio.

Como cadáver, el señor Martínez no era nada fuera de lo normal. Digamos que si tuviera que darle una puntuación sería un perro de peluche de tres cachorros. Era un caballero sesentón de origen latino que probablemente había fallecido a causa de un fallo cardíaco, porque bajo la piel se apreciaba el relieve de un marcapasos.

Entre los trabajadores de los crematorios corre la leyenda de que antes de meter un cadáver en el horno hay que extraer el marcapasos, porque el litio de las pilas puede explotar. Las pilas son como pequeñas bombas que pueden estallar en la cara de los pobres operadores del horno, pero nadie ha dejado una de esas pilas en el horno el

tiempo suficiente como para comprobar si es cierto. De modo que volví a la sala de tanatopraxia en busca de uno de los escalpelos que se usan para embalsamar.

Usé el escalpelo sobre el pecho del señor Martínez para hacer dos cortes en forma de cruz encima del marcapasos. El escalpelo parecía afilado, pero no le cortó la piel, no le hizo ni un rasguño.

No me extraña que en las facultades de medicina empleen cadáveres para que los estudiantes aprendan a operar; es una forma de insensibilizarlos ante la idea de causar dolor. Mientras llevaba a cabo mi pequeña operación no podía evitar la sensación de que el pobre señor Martínez estaría sufriendo. Nos identificamos tanto con los muertos que nos imaginamos que sufren, aunque sus ojos apagados me decían que hacía tiempo que ya no estaba en este mundo.

La semana anterior, Mike me había enseñado cómo extraer un marcapasos, y tal como lo hizo parecía fácil, pero en realidad hay que hacer bastante fuerza con el escalpelo. La piel humana es un material sorprendentemente resistente. Le pedí perdón al señor Martínez por mi incompetencia. Por fin, tras varios intentos fallidos, seguidos de exclamaciones de frustración, el metal del marcapasos asomó por debajo de la piel amarillenta. Un tirón y ya estaba fuera.

El señor Martínez quedó por fin identificado, reubicado y libre de pilas potencialmente explosivas. Ahora podía enfrentarse a su ígneo destino. Puse en marcha la cinta transportadora dentro del horno y apreté el botón que activa el proceso de introducir el cadáver en la máquina. Cuando se cerró la puerta metálica, me dediqué a mover los diales de ciencia ficción de la parte frontal, ajusté la corriente de aire y pulsé los botones de ignición.

No hay mucho que hacer mientras se quema un cadáver. Me limitaba a vigilar la temperatura, y de vez en cuando abría unos centímetros la puerta de metal para echar un vistazo al interior y comprobar que todo estaba bien. La pesada puerta chirriaba cuando la abría. Me la imaginaba diciendo: «Ten cuidado, querida. No tienes ni idea de lo que puedes descubrir».

Hace cuatro mil años, los Vedas hindúes afirmaban que era preciso incinerar los cadáveres para que el espíritu quedara libre del cuerpo impuro y mortal. En el momento en que el cráneo se abría, el alma quedaba libre y volaba hasta el mundo de los ancestros. Es una hermosa idea, pero la incineración de un cadáver puede resultar un espectáculo infernal para quien no está acostumbrado.

La primera vez que eché una ojeada a un cadáver dentro del horno sentí que llevaba a cabo una tremenda transgresión, aunque era lo que mandaba el protocolo de Westwind. Por más portadas de álbumes de *heavy metal* y grabados del infierno de Hieronymus Bosch que hayas admirado, o aunque hayas visto la escena de *Indiana Jones* en que se muestra cómo se funde el rostro de un nazi, nada te ha inmunizado contra la visión de un cadáver en plena cremación. El espectáculo de una calavera en llamas es mucho más impactante de lo que te imaginas.

Lo primero que se quema cuando el cadáver entra en el horno es la caja de cartón, o «contenedor alternativo», como se lo suele llamar. Las llamas devoran rápidamente la caja y dejan el cuerpo indefenso en medio del infierno. A continuación se quema la materia orgánica, y entonces el aspecto del cadáver se transforma por completo. Un ochenta por ciento del cuerpo humano es agua, que se evapora enseguida; luego las llamas devoran los tejidos blandos y los dejan negros y carbonizados. Lo que lleva más tiempo es convertir esas partes carbonizadas, las que te identifican visualmente.

Más de una vez me había imaginado cómo sería mi vida como operadora de un crematorio. Me imaginaba que tras colocar el cadáver en una de esas máquinas inmensas podría relajarme. Me veía sentada con los pies en alto comiendo fresas y leyendo una novela mientras las llamas devoraban al pobre cadáver que estuviera dentro. Al final del día tomaría el tren de vuelta a casa inmersa en profundas reflexiones sobre la muerte.

Pero, tras unas pocas semanas en Westwind, mis fantasías sobre comer fresas fueron reemplazadas por preguntas más concretas: ¿ya es la hora de comer? ¿Lograré estar limpia algún día? Porque en un crematorio nunca estás del todo limpia. Gracias a las cenizas de las personas muertas y a la maquinaria industrial, una fina capa de polvo y hollín lo cubre todo, se deposita incluso en lugares a los que piensas que no puede llegar el polvo, como el interior de tus fosas nasales. A la hora de comer yo parecía la cerillera del famoso cuento de Andersen, vendiendo mis cerillas en una calle del Londres decimonónico.

No es que resulte agradable tener una capa de polvo de hueso humano detrás de la oreja o debajo de una uña, pero la ceniza me transportaba a un mundo diferente del que conocía más allá del crematorio.

Enkyō Pat O'Hara era la directora de un centro de budismo zen en Nueva York el 11 de septiembre de 2001, cuando las torres del World Trade Center se vinieron abajo en un caótico estruendo de gritos y de metal. «El olor tardó semanas en desaparecer –explicó–.

Tenías la sensación de que estabas inhalando gente. Era un olor hecho de todas las cosas que se habían desintegrado, incluida la gente. Personas, aparatos eléctricos, piedra, cristal..., todo.»

La descripción es espeluznante. Pero O’Hara aconsejó a la gente que no huyera de la imagen, sino que la recordara y comprendiera que «esto es lo que ocurre todo el tiempo, aunque no lo veamos. Ahora podemos verlo, sentirlo y olerlo». Y esto fue lo que vi en Westwind por primera vez, lo que veía, olía y sentía. Era un encuentro con la realidad que me parecía muy valioso y al que rápidamente me hice adicta.

Pero volviendo a mi principal preocupación: ¿cuándo podría comer y dónde? Tenía media hora para comer, pero no podía hacerlo en el vestíbulo, porque no quería que una familia me viera dándome un festín de comida china. Imaginémonos la escena: se abre la puerta principal y yo levanto la cabeza sorprendida, con unos fideos colgando de la boca. Tampoco podía comer en el crematorio, porque no quería que se me llenara la fiambrera de polvo. Solo me quedaba la capilla (si no estaba ocupada por un cadáver) y la oficina de Joe.

Aunque ahora era Mike quien dirigía el crematorio, el auténtico padre de Westwind Cremation & Burial era Joe (*né* Joaquín). Se retiró justo antes de que yo incinerara mi primer cadáver y dejó a Mike al frente. Joe se convirtió en una especie de figura apócrifa; estaba físicamente ausente, pero su espíritu seguía presente en el edificio. Joe ejercía un control invisible sobre Mike, vigilaba su trabajo y se aseguraba de que no perdiera el tiempo. Mike ejercía el mismo efecto sobre mí. Ambos temíamos la severa mirada de nuestro supervisor.

La oficina de Joe –una habitación sin ventanas, repleta de cajas y más cajas de viejas licencias de incineración y de fichas de cada una de las personas que habían ido a parar a Westwind– continuaba vacía. Sobre el escritorio colgaba su retrato: un hombre alto, con el rostro marcado por la viruela y las cicatrices, con un vello facial grueso y negro. Parecía un tipo serio, duro de pelar.

Después de insistirle a Mike para que me diera más información sobre Joe, me enseñó un ejemplar amarillento de una revista local donde aparecía la foto del fundador de Westwind en portada. Estaba frente a las máquinas incineradoras, muy serio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Seguía pareciendo un tipo duro de pelar.

—Lo encontré en el archivador —me explicó Mike—. Esto te gustará. El artículo pinta a Joe como un radical partidario de la cremación que finalmente logró vencer a la

burocracia.

Mike tenía razón. La historia me hizo gracia.

—La gente de San Francisco se traga estas historias —dijo.

Joe había sido agente de policía en San Francisco. Fundó Westwind veinte años antes de que yo llegara. Al principio había pensado en hacerse con el lucrativo negocio de arrojar las cenizas al mar. Compró un barco y lo adaptó para llevar a familias enteras a la bahía de San Francisco.

—Creo que él mismo pilotaba el barco. Desde China o algún sitio así. No recuerdo —dijo Mike.

Sin embargo, hubo un accidente. El tipo que guardaba el barco de Joe cometió un error y lo hundió.

—Y ahí tenemos a Joe en el muelle, ¿entiendes? —explicó Mike—. Fumando un cigarrillo mientras contemplaba cómo se hundía su barco. Y pensó: bueno, a lo mejor tendría que emplear el dinero del seguro en comprar unos hornos crematorios.

Un año más tarde, Joe era el propietario de una pequeña empresa, la recién nacida Westwind Cremation & Burial. Descubrió que la Facultad de Ciencias Funerarias de San Francisco tenía un contrato con el Ayuntamiento para encargarse de los cadáveres de los vagabundos y los indigentes.

Según Mike:

—Lo que la Facultad de Ciencias Funerarias entendía por «encargarse» consistía en utilizar los cadáveres para que sus estudiantes hicieran prácticas. Embalsamaban los cuerpos sin necesidad alguna y encima le cobraban al Ayuntamiento.

A finales de los ochenta, la facultad estaba facturando a la ciudad la friolera de 15.000 dólares anuales. De modo que Joe, un caballero muy emprendedor, ofreció hacer el trabajo por dos dólares menos por cadáver y ganó el contrato. Logró que todos los muertos que nadie reclamaba llegaran a Westwind.

Esta atrevida operación le ganó a Joe la enemistad del Instituto Forense de San Francisco. Se decía que el doctor Boyd Stephens, en aquel entonces director forense, estaba en buenas relaciones con las funerarias de la zona; al parecer, no era raro que aceptara licores y chocolates a cambio de sus servicios. El doctor Stephens mantenía también buenas relaciones con la Facultad de Ciencias Funerarias de San Francisco, a las que Joe había arrebatado el negocio de los cadáveres de indigentes.

Se inició así el acoso de Westwind. Los inspectores municipales se presentaban varias veces por semana y siempre descubrían alguna estúpida infracción. Y un día, sin previo aviso, el Ayuntamiento canceló el contrato con Westwind. Joe demandó al Instituto Forense de San Francisco y la justicia le dio la razón.

Mike remató la historia con una bonita rúbrica: desde entonces, Westwind Cremation & Burial es una empresa floreciente, mientras que la Facultad de Ciencias Funerarias de San Francisco tuvo que cerrar.

Alrededor de una hora después de introducir al señor Martínez en el quemador, llegó el momento de moverlo. El cadáver había entrado en la máquina con los pies por delante, de modo que la llamarada principal que brotaba del techo del horno le daba directamente en la parte superior del cuerpo. El torso es la parte más voluminosa del cuerpo humano, la que más tarda en quemarse. Ahora que el torso ya estaba quemado había que mover el cuerpo para que se quemara la parte inferior. Me puse los guantes industriales y las gafas protectoras y cogí la barra de metal con el rastrillo sin dientes. Levanté la puerta de metal unos veinte centímetros, introduje el palo de metal en las llamas y agarré con cuidado al señor Martínez por las costillas. Al principio parece muy difícil, pero en cuanto le coges el truco puedes agarrar cualquier cadáver por las costillas a la primera. Una vez que lo tuve agarrado hice un rápido movimiento para acercarlo a mí y colocar la parte inferior del cadáver bajo las llamas. Esto provocó una nueva llamarada.

Cuando el señor Martínez quedó reducido a rojas brasas ardientes –esto es importante, porque si son negras significa que no están «hechas»–, apagué la máquina y esperé a que la temperatura bajara a 260 grados centígrados para barrer las cenizas. El palo de metal con el rastrillo va bien para los restos grandes de huesos, pero un buen incinerador utiliza una escoba de finas cerdas metálicas para recoger las cenizas más difíciles. Si tienes el estado de ánimo adecuado, barrer las cenizas con la escoba puede convertirse en un acto zen, igual que cuando los monjes budistas rastrillan los jardines de arena: extender el palo y recoger, extender y recoger.

Una vez que hube metido los huesos del señor Martínez en una caja de metal, los llevé al otro lado del crematorio y los vertí sobre una bandeja larga y estrecha parecida a la que usan en las excavaciones arqueológicas. Esta bandeja sirve para detectar los trozos

de metal que la persona podía tener en su cuerpo, desde un implante de cadera hasta unos dientes postizos.

Había que extraer estas piezas de metal antes del último paso, consistente en colocar los huesos dentro del cremulador, la máquina trituradora. «El Cremulador» parece el nombre de un villano de tira cómica o de un vehículo monstruoso, pero en realidad es un artefacto del tamaño de una olla a presión que pulveriza los huesos ya incinerados.

Vertí los huesos de la bandeja dentro del cremulador y situé el dial en veinte segundos. La máquina se puso en marcha con un zumbido y convirtió los huesos en este polvo uniforme que la industria denomina «restos incinerados». En California, lo que una familia como la del señor Martínez espera encontrar dentro de la urna (lo que establece la ley, de hecho) son estas finas cenizas blancas, y no unos trozos de hueso. Los huesos les recordarían con demasiada crudeza que lo que hay en la urna no es un concepto abstracto, sino los restos mortales de una persona.

Sin embargo, no todas las culturas evitan la visión de los huesos. En el siglo I a. de C., los romanos construían inmensas piras a base de troncos, y sobre estas piras se colocaba el cadáver, a la vista de todos. Una vez quemado el cuerpo, los amigos y familiares recogían los huesos del difunto, los lavaban con leche y los guardaban en una urna.

Pero no penséis que esta costumbre provenía de las antiguas bacanales romanas, porque en el Japón contemporáneo también se lavan los huesos. Durante el *kotsuage* («la recogida de los huesos»), los deudos se reúnen alrededor de la máquina incineradora cuando se extraen los restos. Se colocan los huesos sobre una mesa y los familiares los recogen con unos largos palillos y los meten en la urna. Recogen en primer lugar los huesos de los pies y desde allí van subiendo hasta los de la cabeza, a fin de que la persona fallecida pueda entrar en la eternidad caminando.

En Westwind no había familiares; solo estábamos el señor Martínez y yo. En un famoso tratado que lleva por título *The Pornography of Death* («la pornografía de la muerte»), el antropólogo Geoffrey Gorer escribió: «Podríamos pensar que en muchos casos se prefiere la incineración porque permite librarse de los muertos de una forma más completa y definitiva que la inhumación».

Yo no formaba parte de la familia Martínez y ni siquiera lo conocí en vida. Sin embargo, había sido la encargada de llevar a cabo todos los rituales y acciones alrededor de su muerte. Yo era su *kotsuage* de una sola persona. En tiempos pretéritos, todas las culturas del mundo llevaban a cabo un complejo ritual tras la muerte, una danza con

unos pasos que debían ejecutar las personas adecuadas en el momento adecuado. No me parecía correcto que yo –sin más preparación que unas semanas de práctica como operadora del horno crematorio– hubiera sido la única encargada de los últimos momentos de este hombre.

Tras reducir a polvo los restos del señor Martínez, vertí las cenizas en una bolsa de plástico y la cerré con una de esas cintas que se usan en los paquetes de pan industrial. La bolsa se introducía en una urna de plástico marrón. Vendíamos urnas más caras frente a la sala de tanatopraxia, unas urnas doradas y decoradas con palomas de madreperla, pero la familia del señor Martínez, como tantas otras, no quiso gastarse el dinero.

Marqué su nombre en la etiqueta de la urna, de modo que el último contenedor de sus restos quedaría identificado para la eternidad. La última acción que realicé para el señor Martínez fue colocarlo en una estantería encima del escritorio. Allí se quedó, junto a las demás urnas de plástico marrón que esperaban como obedientes soldaditos a que alguien viniera a recogerlas. A las cinco de la tarde, con la satisfacción del deber cumplido – convertir el cuerpo de un hombre en cenizas–, me fui a casa cubierta de una fina capa de polvo humano.

# Un golpe sordo

Dicen que una buena manera de inventarte un apodo de estrella porno es combinar el nombre de tu primera mascota con el de la calle de tu infancia. Siguiendo esta regla, mi nombre como estrella porno sería Superfly Punalei. No tengo intención de emprender una carrera en el campo de la pornografía, pero solo por el nombre casi valdría la pena intentarlo.

Punalei Place es un callejón de Kaneohe, en Hawái. Allí viví los primeros dieciocho años de mi vida en una casa que no era nada lujosa, aunque gracias a su ubicación en una isla tropical se encontraba entre una preciosa cordillera y una bahía de rutilantes aguas azules. Había una época del año en que tenías que atravesar corriendo el espacio entre la verja de entrada y la casa si no querías que te cayera un coco maduro en la cabeza.

Punalei Place era un lugar plácido y tranquilo como una bañera que nunca se enfriaba. Parecía que todo había sido siempre así, y que seguiría igual en el futuro: las furgonetas de carga con pequeñas cabezas emplumadas de guerreros hawaianos colgando del espejo retrovisor, los restaurantes donde servían ternera *teriyaki* con ensalada de macarrones, la monótona música de los ukeleles que emitían en todas las emisoras de radio de la isla. El aire era más pesado de lo que debería ser, y nunca se apartaba demasiado de nuestra propia temperatura corporal.

Superfly llegó de la tienda de animales de Koolau cuando yo tenía cinco años. Lo trajeron dentro de una bolsa de plástico llena de agua filtrada y lo instalaron en una pecera azul con gravilla naranja en el comedor de mi casa. Mis padres lo llamaron Superfly en honor a la canción de Curtis Mayfield, que entonces era un éxito de ventas, aunque dudo mucho que mi pez tuviera nada que ver con las bulliciosas calles del gueto que describía la canción.

Pero Superfly no vivió mucho tiempo en Punalei Place, porque contrajo *Ichthyophthirius multifiliis*, o punto blanco, como suele denominarse en el ramo de los acuarios, una enfermedad producida por un parásito que causa una muerte lenta. En las

escamas de Superfly empezaron a aparecer manchas blancas, y sus alegres movimientos natatorios fueron perdiendo vigor y velocidad. Su cuerpo dorado adquirió un tono apagado y blanquinoso. Una mañana, Superfly había dejado de nadar. Mi madre se lo encontró flotando en la pecera, y como no quería entristecerme decidió aplazar la primera conversación sobre mortalidad con su hija hasta la tarde, cuando volviera del trabajo.

Aquella tarde mi madre me hizo sentar y me cogió de la mano con expresión solemne.

—Cariño, tengo que decirte una cosa sobre Superfly.

—¿Sí, madre?

Seguramente la llamaría mami o mamá, pero en mi recuerdo soy una niña de exquisita educación británica.

—Superfly se puso enfermo y murió. Esta mañana lo he visto muerto —dijo mi madre.

—No, madre, te equivocas. Superfly está bien.

—Cariño, lo siento. Ojalá no fuera así, pero está muerto.

—Ven a verlo. Te lo enseñaré.

Llevé a mi madre de la mano al acuario de Superfly. Un pececito blanco flotaba inmóvil cerca de la superficie.

—Mira, Caitlin, voy a darle un empujoncito y verás lo que quiero decir, ¿vale? —dijo, y levantó la tapa del acuario.

Mi madre fue a tocar con el dedo el pececito que creía muerto y Superfly salió disparado al otro lado del acuario para escapar del humano que intentaba empujarlo.

—¡Virgen Santa! —gritó mi madre al ver que Superfly nadaba a un lado y otro del acuario, en perfecto estado de salud.

Entonces oyó la carcajada de mi padre.

—John, ¿qué has hecho? —preguntó mi madre con las manos sobre el pecho.

Lo que ocurrió fue que mi padre se despertó un poco más tarde que mi madre, se tomó el café como siempre y después tiró a Superfly al váter sin más historia. A continuación, me llevó a la tienda de animales de Koolau para comprar un nuevo pez del mismo tamaño que Superfly. El nuevo pez llegó a casa y se zambulló en el acuario de plástico azul con el único propósito de darle a mi madre un ataque al corazón.

El truco funcionó. Llamamos a la nueva mascota Superfly II. Mi primera lección sobre la muerte fue que se la podía engañar.

Aparte de Superfly (y el pobre Superfly II poco después), las únicas muertes que vi en mi infancia fueron las de los dibujos animados y las películas de miedo. Aprendí muy pronto a utilizar el mando FF del vídeo para pasar rápidamente las escenas que no me gustaban. De esta manera me ahorré la escena en que muere la madre de Bambi, o aquella todavía más traumática en que muere la madre de Piecito en la película *En busca del valle encantado*, así como la escena de *Alicia en el País de las Maravillas* cuando la reina ordena: «¡Que les corten la cabeza!». No se me colaba ni una escena dolorosa. Me sentía poderosísima, capaz de eliminar todo lo que podía entristecerme.

Pero llegó el día en que perdí mi control sobre la muerte. Yo tenía ocho años y estaba a punto de celebrarse el concurso de disfraces de Halloween en el centro comercial Windward, a pocas manzanas de casa. Mi primera idea fue vestirme de princesa, y conseguí un vestido azul con lentejuelas en una tienda de segunda mano, pero comprendí que no ganaría ningún premio con un disfraz tan poco original. Decidí que o me vestía de algo que diera miedo o no concursaba.

Rebuscando en la caja de disfraces encontré una peluca de largo pelo negro que más tarde utilizaría en proyectos artísticos, como una interpretación horrenda del tema *You Oughta Know*, de Alanis Morissette, que grabamos con una cámara de vídeo familiar de los años ochenta. Sobre la peluca me puse una tiara rota. El toque final era imitar unas manchas de sangre, y así, de una forma tan casera, me transformé en la reina muerta del baile de graduación.

Cuando me tocó el turno de subir a la pasarela hice el recorrido cojeando. El maestro de ceremonias me preguntó por los altavoces de qué iba disfrazada y le respondí en un tono monótono, como un zombi: «Él me ha dejaaadoooo. Pero me las pagaráaaa. Soy la reina zombi del baile de graduación». Creo que fue mi voz la que me ganó el favor del jurado. Recibí un premio de 75 dólares, lo suficiente para un montón de chapas de las que entonces estaban de moda. En 1993, todos los niños de ocho o nueve años de Hawái estábamos locos por esas chapas.

Me quité el vestido de lentejuelas en el baño del centro comercial, me puse mis mallas de color verde fosforescente y mi camiseta rosa fosforescente (también muy popular en el Hawái de 1993) y me encaminé con mis amigas a la casa encantada del centro comercial. Quería encontrarme con mi padre y convencerlo de que me diera dinero para comprar uno de esos *pretzels* gigantes. El centro comercial, como otros muchos, tenía dos plantas. La planta principal era abierta, y desde el segundo piso se podía ver lo que

ocurría abajo. Desde arriba vi a mi padre dormitando en un banco en la zona de restauración y lo llamé.

—¡Papá! —grité—. ¡Un *pretzel*, papá! ¡Un *pretzel*!

Mientras gritaba y agitaba los brazos vi por el rabillo del ojo a una niñita que intentaba pasar a la escalera mecánica desde el segundo piso. Seguía mirándola cuando la niña se cayó por encima de la barandilla y se precipitó al vacío desde una altura de nueve metros. Cayó de cara sobre un mostrador laminado con un golpe sordo escalofriante.

—¡Mi niña! ¡No! ¡Mi niña! —chilló su madre. Bajó disparada por las escaleras mecánicas apartando con violencia a todos los clientes que le obstaculizaban el paso. En mi vida he oído un chillido tan sobrecogedor como el de aquella mujer.

Se me aflojaron las rodillas. Miré hacia abajo, buscando a mi padre, pero el banco estaba vacío. Mi padre se había acercado con todos los demás al lugar del accidente.

Aquel golpe sordo, el sonido del cuerpo de la niña al impactar contra el mostrador, se repetiría en mi mente una y otra vez, una y otra vez. Hoy se hablaría de un síndrome de estrés postraumático, pero entonces era simplemente el redoble de mi infancia.

—Eh, nena. No se te ocurra nunca hacer lo mismo y trepar..., coge siempre la escalera mecánica, ¿vale? —Mi padre intentó hablar como si no pasara nada grave. En su rostro se dibujaba la misma sonrisa bobalicona que le dirigió a mi madre tras el incidente de Superfly.

Pero yo no le veía la gracia. Creo que mis ojos le hicieron saber que ya nada me parecía gracioso.

Hay una leyenda japonesa —muy similar al mito de Orfeo— que habla del descenso a los infiernos de Izanagi en busca de su hermana Izanami. Quiere devolverla al mundo de los vivos, pero Izanami le dice que para que eso sea posible no puede mirarla bajo ninguna circunstancia. Sin embargo, Izanagi está tan impaciente que enciende la antorcha y ve a su hermana en estado de putrefacción, cubierta de gusanos. Izanami quiere ir tras su hermano, pero él le cierra el camino con una gigantesca roca, de modo que quedan separados para siempre. Ahora que Izanagi ya conoce la muerte, tendrá que esforzarse por no pensar en el horror que ha descubierto.

Aquella noche, después del accidente, me quedé largo rato despierta en mi habitación, sin atreverme a encender la luz. Era como si la niña hubiera caído en un abismo de miedo que se había abierto en mi interior. No fue una escena violenta ni sanguinaria; de hecho, había visto cosas peores en la tele. Pero aquello era real. Hasta entonces yo no

había comprendido lo que era la muerte, pero aquel día entendí que todos moriríamos. Era un conocimiento doloroso. ¿Quién más lo sabía? Lo que no entendía era cómo podían seguir viviendo.

A la mañana siguiente, mis padres me encontraron acurrucada en el sofá del salón y con varias mantas encima. Estaba completamente despierta. Me llevaron al restaurante Koa House a tomar tortitas con chocolate y nunca volvimos a mencionar el tema.

Lo que resulta más sorprendente no es que una niña de ocho años viera morir a alguien, sino que hubiera tardado tanto en verlo. Un siglo atrás habría sido imposible encontrar un niño que no hubiera presenciado nunca una muerte.

Estados Unidos está fundado sobre la muerte. Los primeros europeos que llegaron morían sin parar. Si no morían de hambre, de frío o en lucha con los pueblos nativos, morían de gripe, difteria, disentería o viruela. En el asentamiento de Jamestown, en Virginia, en tres años murieron 440 de los primeros 500 colonos. En especial, morían muchos niños. Una mujer que diera a luz a cinco hijos tendría suerte si conseguía que dos de ellos llegaran a los diez años de edad.

Las estadísticas no mejoraron mucho en los dos siglos siguientes. Una canción que solían cantar los niños para saltar a la cuerda era:

Abuela, abuela,  
dime la verdad.  
Dime cuántos años viviré.  
¿Uno, dos, tres, cuatro...?

La triste verdad era que muchos de ellos no vivirían más allá de unos pocos saltos. Cuando se celebraba el funeral de un niño, los pequeños eran los que transportaban el minúsculo ataúd por las calles. Este trayecto hacia la tumba tenía que ser deprimente, pero no más que las cosas terribles que se me pasaban por la cabeza después de ver a aquella niña estrellarse contra el suelo.

Unos meses después del accidente en el centro comercial, fui con mi grupo de Girl Scouts a visitar el parque de bomberos. Me armé de valor y le pregunté a uno de los bomberos qué le había pasado a la niña. El hombre movió la cabeza y clavó la mirada en el suelo. «Fue algo terrible», se limitó a decir.

Pero yo habría querido saber más. Me habría gustado preguntarle qué quería decir exactamente: ¿que todavía no habían encontrado algunos de sus órganos o que fue un

trauma terrible? Me parecía imposible que la niña hubiera sobrevivido. Ni siquiera sabía si había muerto, pero me aterraba preguntarlo. Y, en realidad, era casi lo de menos. Aunque la propia Oprah me hubiera llevado a su programa y me hubiera asegurado con vehemencia: «¡Caitlin, te aseguro que la niña está VIVAAA! ¡Ha venido al programa!», eso no habría aminorado el terror que sentía. Empecé a ver a la muerte en todas partes. Era una figura borrosa, embozada en una capa, que se encontraba un poco más allá de mi visión periférica. En cuanto la miraba directamente, se esfumaba.

En mi clase había un niño que tenía leucemia, Bryce Hashimoto. Yo ignoraba lo que era la leucemia, pero un compañero de clase me explicó que si tenías esta enfermedad vomitabas y te morías. En cuanto me lo dijo, supe que yo también la padecía. Podía notar cómo me corroía por dentro.

La muerte me asustaba, tenía que hacer algo para ahuyentárla. Me imaginé que elegiría a las personas que no le gustaban, de modo que yo tenía que intentar caerle bien.

Para controlar mi ansiedad desarrollé un rosario de comportamientos y rituales obsesivo-compulsivos. Mis padres podían morir en cualquier momento, yo podía morir en cualquier momento. A fin de evitar más muertes, debía llevar a cabo unos rituales concretos –contaba, golpeteaba, tocaba, comprobaba– que me permitían mantener el universo en equilibrio.

Aunque eran unas reglas de juego arbitrarias, no me parecían irracionales. Antes de dar de comer al perro tenía que dar tres vueltas andando alrededor de mi casa. Tenía que cuidar de no pisar las hojas verdes, solamente las secas. Después de cerrar la puerta, debía comprobar cinco veces que estaba bien cerrada. Para meterme en la cama saltaba desde una distancia de casi un metro. Y cuando pasaba por delante del centro comercial aguantaba la respiración para que no cayera otro crío desde arriba.

La directora de mi colegio quiso hablar con mis padres.

–Señores Doughty, su hija está escupiendo dentro de su blusa. Esto es un síntoma de algo.

Y así era. En los últimos meses yo había estado metiendo la boca dentro del escote y dejando caer saliva para empapar la blusa alrededor del cuello. No sé muy bien por qué lo hacía. Por alguna razón creía que si no mojaba la blusa de saliva, los poderes que gobernaban el universo concluirían que no apreciaba lo bastante mi vida y me arrojarían a los lobos de la muerte.

Para curar el desorden obsesivo-compulsivo suele emplearse una terapia cognitiva conductual. Consiste en enfrentar al paciente con sus peores miedos para que vea que eso que tanto teme no tiene por qué ocurrir aunque no lleve a cabo sus rituales.

Sin embargo, mis padres se habían educado en un mundo donde la terapia era para los locos y los seriamente perturbados, no para su querida hijita de ocho años (por más que se dedicara a babear en el cuello de la blusa y a repiquetear obsesivamente con los dedos sobre el mostrador de la cocina).

Mi obsesión con la muerte fue disminuyendo con los años. Abandoné los rituales y dejé de soñar con aquel golpe sordo, pero para poder vivir mi vida desarrollé una gruesa coraza de negación de la muerte. Cada vez que me asaltaban pensamientos de muerte y de tristeza, me enfurecía conmigo misma y empujaba mis emociones lo más hondo que podía. Los diálogos interiores que mantenía eran despiadados: «No te pasa nada. No te estás muriendo de hambre, nadie te pega. Tus padres están vivos. En el mundo hay gente que lo pasa mal de verdad, pero tú eres una patética llorona».

En ocasiones pienso que mi infancia habría sido muy distinta si me hubieran hablado claramente de la muerte. Si me hubieran sentado ante ella para que pudiera estrecharle la mano. Si me hubieran dicho que iba a ser una compañera muy cercana que influiría en cada decisión de mi vida, que me susurraría al oído: «Eres alimento para los gusanos». Tal vez así nos habríamos hecho amigas.

Pero, vamos a ver, ¿qué hacía una chica mona como yo trabajando en un crematorio tan feo y tan viejo como Westwind? La verdad era que el trabajo me pareció una forma de solucionar lo que me pasó a los ocho años, cuando me convertí en una niña encogida de miedo, que se acurrucaba debajo del cobertor con la idea de que si la muerte no la veía no podría llevársela.

No solamente me serviría para curarme; también podría inventarme alguna manera de hacer entender a los niños lo que es la muerte, de modo que no se traumatizaran tanto como yo cuando se toparan con ella por primera vez. Era un plan sencillo. Imagínenselo: una elegante casa del duelo, un lugar moderno y de diseño, pero con un toque del Viejo Mundo. Le pondría de nombre *La Belle Mort*, que en francés quiere decir la «bella muerte», o eso creo. Pero antes de poner en marcha mi proyecto de funeraria tendría que comprobarlo, para no hacer como esas chicas que se tatúan un carácter chino en la cadera pensando que significa «esperanza» cuando en realidad quiere decir «gasolinera».

La Belle Mort sería un lugar donde las familias podrían celebrar otro tipo de funeral, donde llevarían a cabo unos rituales de despedida diferentes que incorporaran la alegría. Tal vez nuestro miedo patológico a la muerte viene de la excesiva pesadumbre y melancolía con que la abordamos. La solución estaría en acabar con todas las tonterías del funeral «tradicional».

Basta de ataúdes carísimos, recargadas coronas de flores y cuerpos embalsamados y bien vestidos. *Sayonara* a los panegíricos enlatados al estilo de «en este valle de lágrimas», adiós a las tarjetas de recordatorio con atardeceres y a los tópicos edulcorados como «Ahora se encuentra en un lugar mejor».

Ya hace demasiado tiempo que nuestras tradiciones nos impiden avanzar. Ya es hora de que nos escapemos de esta nube que no nos deja mirar a la muerte y aprendamos a celebrarla. En La Belle Mort habrá alegría y celebración, y así entraremos en la nueva era del espectáculo funerario del siglo XXI. Las cenizas de papá podremos enviarlas al espacio, o las introduciremos en cartuchos de bala para dispararlas, o las convertiremos en un auténtico diamante. Y acabaríamos dando servicio a las celebridades. A Kanye West seguro que le gustaría que en su funeral proyectáramos su holograma junto a unas fuentes inmensas de champán.

Volviendo al crematorio de Westwind, mientras esperaba a que acabaran de incinerarse un par de cadáveres, me dedicaba a hacer listas de lo que ofrecería en mi futura funeraria, La Belle Mort. Con las cenizas pintaría cuadros, haría tinta para tatuajes, las convertiría en minas de lápiz o en relojes de arena, las dispararía con cañones de purpurina. Mi cuaderno de notas de La Belle Mort tenía unas sencillas tapas negras, pero ya la primera página estaba repleta de pegatinas de animales de ojos inmensos, como los que pinta Margaret Keane. Creía que así daría un aspecto más alegre al contenido, pero ahora pienso que probablemente lo hacía mucho más siniestro.

Un día Mike sintió curiosidad por lo que hacía y echó un vistazo.

—¿Qué es eso que escribes todo el día en ese cuaderno?

—No es nada, jefe. Es solo la revolución de la muerte. No te preocupes —le dije sin ninguna ironía. Estaba garabateando una idea de funeral que consistiría en llevar a la familia en yate a la bahía de San Francisco para arrojar las cenizas al mar mientras un cuarteto de cuerda interpretaba un movimiento de *La muerte y la doncella* de Schubert.

Me imaginaba La Belle Mort como una tierra prometida del funeral posmoderno. Ahora que por fin tenía un trabajo fijo en Westwind, lo único que debía hacer era

levantarme cada mañana y ponerme mis pantalones demasiado cortos y mis botas con punta de acero para cumplir con mi deber en las trincheras, que consistía en incinerar cadáveres. Si trabajaba duro, nadie podría decir que no había sabido abrirme camino en la industria funeraria.

En el mundo había otros niños y niñas de ocho años. Si conseguía que para ellos la muerte fuera algo limpio, seguro y hermoso, quedaría limpia de pecado. Yo también saldría purificada del crematorio.

# Mondadientes en gelatina

Es posible que nunca hayáis asistido a un funeral y, sin embargo, cada segundo mueren dos personas en el mundo. En el tiempo que habéis tardado en leer esta frase han muerto ocho personas. Ahora ya son catorce. Y por si os resulta demasiado abstracto, pensad en esto: 2,5 millones de personas mueren cada año en Estados Unidos. Como las muertes son espaciadas, los vivos apenas somos conscientes de ello. Seguramente nos impresionaría más si en todo el año no muriera nadie y de repente, el 31 de diciembre, por ejemplo, todos los habitantes de Chicago cayeran al suelo fulminados. O los de Houston. O los de Las Vegas y los de Detroit juntos. Mientras no muera un personaje famoso o una figura pública, no solemos prestar atención a las cifras de fallecimientos, que quedan enterradas en el olvido.

Pero alguien tiene que ocuparse de estos cuerpos que ya no pueden cuidar de sí mismos. Alguien tiene que recogerlos de su casa o del hospital y transportarlos hasta los lugares donde escondemos los cadáveres: depósitos de cadáveres y oficinas forenses. En *El infierno* de Dante, el encargado de los cadáveres era Caronte, un demonio de desgreñado pelo blanco que porteaba a los pecadores en su barca y los llevaba a la otra orilla del río Estigia, donde se encontraba el infierno.

En Westwind Cremation era Chris quien se encargaba de eso.

Chris tenía casi sesenta años. Era moreno, con un mechón de pelo blanco y los ojos tristes de un perro basset. Vestía siempre impecable, con pantalones color caqui y camisa: el atuendo formal de un californiano.

Me cayó simpático desde el primer momento. Me recordaba a Leslie Nielsen, el protagonista de la serie de películas *Agárralo como puedas*, que de pequeña me encantaba.

Chris hablaba despacio, en un tono monótono. Era un solterón. Nunca había estado casado, no tenía hijos. Vivía en un pequeño apartamento de alquiler, y cuando volvía del trabajo se tomaba un bol de fideos *ramen* mientras veía el programa de Charlie Rose.

Chris era un pesimista, un cascarrabias sin remedio, pero me ponía de buen humor. Era como ver una película de Walter Matthau.

Él era el conductor que transportaba los cadáveres. Técnicamente, trabajaba para Mike, aunque era mayor que él y llevaba más años en la industria funeraria. Las conversaciones entre ellos dos parecían sacadas de una comedia de los años cincuenta. Chris entraba en el despacho de Mike y le explicaba con todo detalle cuál sería la ruta que tomaría para ir a buscar el cuerpo del recientemente fallecido señor Kim en Berkeley, teniendo en cuenta el tráfico que habría a esa hora, las obras y demás males del mundo moderno. Mike se limitaba a gruñir y a asentir levemente sin hacerle caso mientras seguía llenando certificados de defunción. Ni siquiera apartaba la mirada de la pantalla del ordenador.

Ir a buscar al fallecido a su casa es lo que se denomina «visita domiciliaria». Es posible que los médicos ya no las hagan, pero en Estados Unidos las empresas funerarias siguen prestando este servicio a cualquier hora, día y noche. Según el protocolo de la industria funeraria, cuando hay que recoger un cadáver del hospital, el asilo o la oficina del forense, basta con que vaya una persona, pero para una visita domiciliaria se necesitan dos. De modo que si había que recoger a alguien que había muerto en casa, yo era la que acompañaba a Chris.

Y me alegraba enormemente de que fuéramos los dos, porque la camilla es el aparato menos cooperativo y más difícil de manejar que se ha inventado jamás. Es un chisme siniestro que hace todo lo posible por dejarte en mal lugar, que se atasca en cada esquina cuando tu jefe te mira. La camilla era lo único menos cooperativo que los cadáveres que iban atados encima. La sola idea de tener que manejar una camilla yo sola en la casa de alguien me llenaba de horror.

Mi primera visita a domicilio fue en South San Francisco, cuando solo llevaba una semana en Westwind. La fallecida era la señora Adams, una afroamericana de cerca de cincuenta años que había muerto de cáncer de pecho.

Chris y yo nos metimos de un salto en la furgoneta, su particular barca de Caronte, para ir en busca de la señora Adams. Era una furgoneta blanca y sin ventanas, el tipo de vehículo que aparece en la tele para recordar a los niños que no se suban al coche de un desconocido. Hacía más de veinte años que Chris la tenía. Westwind contaba con su

propio vehículo funerario, más nuevo y de color azul oscuro, especialmente preparado y diseñado para transportar a los muertos. Pero a Chris le gustaba hacerlo a su manera. Prefería usar su furgoneta.

Estábamos atravesando el inmenso puente que conecta Oakland con San Francisco cuando cometí el error de comentar lo bonita que estaba ese día la ciudad. Chris se quedó horrorizado.

—Sí, claro. Pero vives aquí, de modo que sabes que visto de cerca todo eso no es más que un infierno sucio y ruidoso. Sería mejor arrojar una bomba para que explotara todo. Bueno, eso si conseguimos pasar al otro lado.

—¿Qué quieres decir con eso de que si conseguimos pasar al otro lado? —pregunté. Todavía no me había repuesto de su idea de la bomba.

—Piensa en cómo está construido este puente, Cat —siempre me llamaba Cat—, sobre unos troncos de abeto Douglas de veinticuatro metros de altura metidos en el barro. Es como una estructura hecha con palillos introducidos en gelatina. Se mueve a un lado y a otro. Esas patas pueden quebrarse en cualquier momento, y todos moriríamos.

Solté una carcajada más aguda de lo habitual y miré por la ventanilla. El agua quedaba muy abajo.

Veinte minutos más tarde aparcábamos frente a la casa de los Adams. Nuestra furgoneta carecía de la pompa y el boato de los coches funerarios de antaño. No había caballos emplumados ni cortejo fúnebre, solo Chris y yo en una vieja furgoneta blanca sin distintivo alguno.

Antes de entrar le pedí a Chris que me repitiera las instrucciones. No quería quedar mal delante del viudo.

—No te preocupes, Cat. Hasta un niño podría hacerlo. Yo te iré diciendo lo que tienes que hacer.

Cuando nos acercamos vimos que el viudo no era el único que nos esperaba. Alrededor de la entrada, por lo menos quince personas nos miraban con desconfianza. Pasamos a un salón de techos altos. Unas cuarenta personas se agrupaban alrededor del cadáver. Nuestra entrada fue como un chirrido fuera de lugar: se hizo el silencio y todos se volvieron a mirarnos.

Estupendo, pensé. Somos los dos únicos blancos. Y hemos venido a llevarnos a su querida matriarca en la furgoneta de los pedófilos.

Pero Chris no se dejó impresionar.

—Hola, amigos. Somos de Westwind Cremation & Burial. ¿Es esta la señora Adams? —preguntó, señalando el cadáver en el centro de la habitación.

Estaba bastante claro que era el cadáver de la señora Adams, desde luego, pero el grupo agradeció la pregunta. Un hombre se acercó a nosotros y se presentó como el señor Adams.

Intentando mostrarme servicial, le pregunté en tono solemne:

—¿Era usted su marido?

—Mi querida señorita, soy su marido. No era su marido —replicó el hombre.

Por poco caigo fulminada por la severidad de su mirada, a la que se añadían otras cuarenta miradas llenas de reproche de los presentes.

Ya está, me dije. La he fastidiado. Me he deshonrado, he dejado en mal lugar a mi familia y todo está perdido.

Sin embargo, Chris seguía imperturbable.

—Bueno. Yo soy Chris, y ella se llama Caitlin —dijo—. ¿Están listos para que nos la llevemos?

Por lo general, este es el momento en que la familia sale de la habitación para que los empleados de la funeraria puedan hacer lo que sea necesario para llevarse el cadáver. Pero esta familia quería mirarnos. Esto significaba que mi primera experiencia de visita a domicilio para recoger un cadáver tendría lugar ante cuarenta personas que lloraban y me odiaban.

Entonces comprendí cuál era la magia de Chris, porque empezó a darme instrucciones con la misma voz monótona y tranquila con la que le describía a Mike la ruta que iba a seguir aquel día. Explicó cómo íbamos a llevarnos a la señora Adams como si estuviera explicándoselo al grupo que nos miraba.

—Vamos a colocar la camilla paralela a la cama, y Caitlin la inclinará moviendo esta manivela. Yo cogeré de la sábana por la parte de su cabeza y Caitlin por la parte de los pies, y la deslizaremos bajo su cuerpo. Ahora Caitlin le cogerá los pies y los colocará sobre la camilla. Un, dos y tres. La tapará con la segunda sábana y la envolverá bien.

Y así seguimos hasta que la señora Adams estuvo envuelta sobre la camilla y atada con las correas. La gente observaba con atención y seguía las explicaciones de Chris paso a paso. Me sentí muy agradecida de que no me hubiera tratado como a una impostora. Y la verdad es que no me sentí como una impostora. Con las explicaciones de

Chris me sentí como si supiera lo que estaba haciendo. Era como si me hubiera pasado la vida amortajando muertos.

Cuando ya salíamos llevándonos a la señora Adams, se nos acercó su hijo. Debía de tener mi edad, y su madre había muerto. Quería dejar una flor en la camilla. Yo no supe qué decirle, así que solté: «Estoy segura de que era una mujer estupenda. Créeme, estas cosas las noto».

Era mentira, por supuesto. Era mi primera visita a domicilio y ni siquiera sabía amortajar un cadáver, de modo que imaginaos si podía detectar el ambiente de una habitación para determinar lo estupenda que había sido en vida la persona fallecida.

—Ah, ejem. Bueno, gracias —dijo el chico.

De camino al crematorio, con la señora Adams repiqueteando suavemente en la parte de atrás, Chris me tranquilizó. Me aseguró que no lo había estropeado todo.

—Mira, Cat, vemos a la gente en el peor momento. Cuando la gente se compra un coche nuevo o una casa nueva, es otra cosa. Pero ¿qué les damos nosotros? Nada. Les cobramos dinero por llevarnos a una persona a la que quieren. Hacemos lo que menos desean en este mundo.

Sus palabras hicieron que me sintiera mejor.

Los dos hornos crematorios de Westwind podían incinerar seis cuerpos (tres en cada quemador) en un día normal de las 8:30 a las 17:00 horas. Esto significaba treinta almas a la semana durante las épocas de más trabajo. Cada operación de recogida llevaba por lo menos tres cuartos de hora, y bastante más si había que atravesar el puente de San Francisco. En realidad, Chris y yo habríamos tenido que estar todo el tiempo recogiendo cadáveres. Y ciertamente Chris estaba fuera todo el tiempo, aunque muchas veces se ofrecía a hacer recaditos, como ir a la oficina de Correos o recoger certificados de defunción, simplemente para evitar a Mike. Yo normalmente me quedaba en Westwind y me centraba en el trabajo de incineración, porque la mayoría de las operaciones de recogida las podía hacer una sola persona. Ya hay pocas muertes que tengan lugar en casa.

Morir en un centro hospitalario es un concepto relativamente nuevo. A finales del siglo XIX, solamente los pobres, los que no tenían adónde ir, morían en el hospital. Si podía elegir, todo el mundo prefería morir en su propia cama, rodeado de los suyos. En

fechas tan recientes como principios del siglo XX, el ochenta y cinco por ciento de los estadounidenses morían en su propia casa.

Los años treinta trajeron lo que se conoce como «medicalización» de la muerte. El ascenso del hospital apartó de nuestros sentidos la truculencia que acompaña a la muerte: los sonidos, los olores, el espectáculo del dolor. Si antes era el sacerdote quien guiaba a la familia en el proceso de duelo, ahora eran los médicos los que atendían al paciente en sus últimos momentos. Pero la medicina se ocupa de temas de vida y de muerte, no de las llamadas del cielo. En el hospital, morir se convirtió en un proceso higiénico y estrictamente regulado. Los profesionales médicos consideraron que eso que el historiador Philippe Ariès denomina «el espectáculo nauseabundo» de la mortalidad no era apto para el público. Entrar en una habitación que «huele a orina, sudor y gangrena, donde las sábanas están sucias», se convirtió en tabú. En el hospital, los moribundos podían sufrir las indignidades de la muerte sin ofender la sensibilidad de los vivos.

Cuando estaba en el instituto, a mis compañeros y a mí nos dijeron claramente que no entraríamos en la universidad –lo que significaba que no conseguiríamos un empleo y acabaríamos solos y fracasados– si no hacíamos un número determinado de horas de voluntariado. Así que aquel verano me comprometí a trabajar de voluntaria en el Queen's Medical Center, un hospital en el centro de Honolulú. Despues de asegurarse de que no me drogaba y de que mis notas eran decentes, me entregaron una camiseta de un color amarillo chillón con mi nombre en una placa y me dijeron que me presentara en la oficina del voluntariado.

Como voluntaria te dejaban elegir dos áreas del hospital entre las que rotarías de una semana a otra. A mí no me interesaban los lugares más populares, como la tienda de regalos o la sala de maternidad. Los globos con inscripciones de «Cúrate pronto» y los lloros de los bebés me parecían una forma tonta y empalagosa de pasar el verano. Mi primera elección fue trabajar en el mostrador de la unidad de cuidados intensivos. Me imaginaba enjugando frentes sudorosas, como una de esas enfermeras glamurosas que salen en las películas de la Segunda Guerra Mundial.

Pero la uci no resultó tan emocionante como esperaba. Resultó que nunca se les ocurría llamar a la estudiante del instituto para que ayudara a los médicos a salvarle la vida a alguien. El trabajo consistía más bien en contemplar a los angustiados familiares que entraban y salían de la sala de espera para ir al lavabo o para tomar un café.

Tuve más suerte con mi segunda elección, el departamento de distribución. El trabajo allí consistía en pasar los correos y las notas a las diferentes alas del hospital o empujar a las ancianas en silla de ruedas hasta la entrada cuando las traían al hospital. Pero también implicaba trasladar a los fallecidos desde el lugar en que hubieran muerto hasta la morgue, en el sótano. Era una tarea que me gustaba. La gente que trabajaba allí todo el día tal vez no entendiera mi entusiasmo, pero cuando había un «código negro», que significaba un traslado de cadáver, me lo cedían generosamente.

Visto en retrospectiva, no parece muy normal que la administración del hospital dijera: «Oh, claro, pondremos a la voluntaria de quince años a trabajar en el traslado de cadáveres». No creo que normalmente asignaran esta tarea a los jóvenes. De hecho, recuerdo que al principio les pareció muy raro, y que tuve que insistir para que accedieran.

Mi supervisor directo era Kaipo, un joven hawaiano que hablaba con fuerte acento *pidgin*. Se acercó al mostrador donde yo estaba y me dijo: «Eh, Caitlin, ¿quieres venir a recoger al señor Yamasake, en el ala Pauahi?». Oh, claro que quería ir a recoger al señor Yamasake.

Kaipo y yo llegamos a la habitación del señor Yamasake y lo encontramos encogido en posición fetal sobre su inmaculada cama de hospital. Tenía la piel tan tirante y oscura como una momia de museo. Pesaba menos de cuarenta kilos, consumido por la vejez y la enfermedad. Cualquiera de nosotros podría haberlo levantado con una sola mano para colocarlo en la camilla.

—Dios mío, este hombre es muy viejo, ¿no? —dijo Kaipo. La edad del señor Yamasake lo sorprendía incluso a él, un veterano en el traslado de fallecidos.

La camilla para recoger al señor Yamasake estaba hueca. Era una especie de caja de metal con una tapa de acero inoxidable. Metimos dentro al señor Yamasake y cubrimos la caja con una sábana blanca. Cuando salimos de la habitación, Kaipo y yo empujábamos lo que parecía una camilla vacía. Entramos en el ascensor con un grupo de personas que venían a visitar a algún enfermo. Llevaban flores y ositos de peluche, y no sospecharon en absoluto lo que acarreábamos en la camilla. (La próxima vez que veáis en un hospital a dos adultos empujando una camilla aparentemente vacía, acordaos del señor Yamasake.)

El hospital quería presentarse como un lugar agradable donde la gente se curaba. Estaba provisto de lo último en tecnología y tenía bonitos cuadros de arte hawaiano en

las paredes. Todo –la falsa camilla, la morgue oculta en el sótano– estaba pensado para enmascarar la muerte, para alejarla del público. La muerte representaba un fallo del sistema médico. Ni los pacientes ni sus familias debían pensar en ella.

Kaipo y Chris eran en cierto modo almas gemelas: dos hombres serenos que transportaban con respeto los restos mortales de los que acababan de fallecer. Para ellos era un trabajo normal, pero para el ciudadano de a pie se trataba de una tarea desagradable y extraña.

Las primeras visitas a domicilio que hice con Chris me demostraron que tenía un ánimo imperturbable, incluso cuando debíamos entrar en una de esas viviendas abarrotadas e imposibles de San Francisco. Cuando nos encontrábamos con una de esas escaleras de caracol estrechas y peligrosamente retorcidas, Chris se limitaba a suspirar y a decirme: «Será mejor que traigas la portátil». Se refería a una camilla portátil de las que usan para transportar a los heridos en el campo de batalla. Chris y yo atábamos al fallecido a la camilla y lo sacábamos de lado, boca abajo, puesto de pie y bajado por el hueco de la escalera, encima de nuestras cabezas..., lo que hiciera falta para llevarlo a la furgoneta.

–Es pura física y geometría –explicaba Chris–. Como cuando haces una mudanza.

Igualmente imperturbable se mostraba cuando nos encontrábamos con cadáveres en descomposición, con sobrepeso o simplemente extraños. Como aquella ocasión en que llegamos a una vivienda en Haight District y un caballero que tenía los bigotes puntiagudos y las manos como garfios de Vincent Price, el actor de películas de miedo, nos condujo a un sótano frío y decrépito. El fallecido estaba en un rincón, acurrucado en posición fetal. Solo tenía abierto un ojo de cristal.

–Vaya, esto sí que es raro, Cat. Es como si nos estuviera guiñando un ojo –dijo Chris–. Vamos a buscar la camilla portátil.

En el traslado de cadáveres, lo más importante es no darse por vencido. Puede sonar trillado, pero era el principio que seguía Chris. Me contó la historia de un cadáver de 180 kilos que estaba en el tercer piso de un edificio lleno de trastos e infestado de cucarachas. Aquel día, la persona que tenía que acompañarlo le dijo que ni siquiera intentaría sacar el cadáver de allí, porque entre los dos no lo conseguirían.

–En aquel momento perdí todo respeto por él –dijo Chris–. Detesto a la gente que se da por vencida.

Aprendí muchas cosas sobre Chris en los largos trayectos que hice con él en la camioneta. A finales de los setenta estuvo un par de años trabajando en Hawái para el director tirano de una empresa constructora. Cuando miré en Google Maps descubrí que durante aquel tiempo en Hawái, Chris vivía a solo tres manzanas de mis padres, que entonces estaban recién casados, y del joven Barack Obama. (No me resultaba difícil representarme escenas en las que todos coincidían en la tienda de comestibles de la esquina o cruzaban la calle al mismo tiempo.)

Un par de semanas después de nuestro servicio en casa de los Adams tuvimos que ir a una bonita casa en una calle muy concurrida de Marina District, en San Francisco. Antes de salir estuvimos charlando dentro del coche, hablando del tiempo, de Hawái, de la brusquedad de Mike.

—¿Sabes lo que pienso, Cat? —comentó Chris mientras cogíamos los guantes de goma—. Creo que somos como los matones, como los tíos que aparecen en *Pulp Fiction*, que están tranquilamente en el coche, hablando de un bocadillo, y luego tienen que ir a volarle los sesos a alguien. Nosotros estamos de cháchara en el coche y ahora salimos en busca de un cadáver.

Llamamos a la puerta y nos abrió una mujer morena de unos cincuenta años. Le dediqué una sonrisa sincera. Para entonces había comprendido que una amplia sonrisa resultaba más efectiva que fingir simpatía.

—¡Los llamé hace horas! —chilló la señora.

—Señora, es hora punta y venimos de Oakland —dijo Chris en el tono calmado que empleaba siempre.

—No me importa. Mamá se merece lo mejor. Mamá era una señora muy formal y le habría gustado que todo fuera perfecto. ¡Esto no es serio! —chilló.

—Lo siento, señora. La trataremos con el respeto que se merece —dijo Chris.

Entramos en el dormitorio de mamá, y cuando íbamos a amortajarla, la mujer se abalanzó encima de su madre y empezó a dar aullidos.

—¡No, madre, no, no! ¡Te necesito, madre! ¡No me dejes!

Así tendría que ser la pena desnuda. Estaban todos los ingredientes necesarios: muerte, pérdida, alaridos. Yo debería haberme sentido conmovida, pero no fue así.

—Sentimiento de culpa —murmuró Chris, sin que la mujer lo oyera.

—¿Cómo dices? —pregunté yo en un susurro.

—Sentimiento de culpa. Lo he visto innumerables veces. Hacía años que no venía a ver a su madre y ahora finge que no puede vivir sin ella. Es todo mentira, Cat —dijo. Comprendí que estaba en lo cierto.

Finalmente, la mujer se apartó del cuerpo de su madre y pudimos amortajar el cadáver y llevárnoslo. Cuando salimos a la calle con la camilla, la gente se detenía a mirarnos. Los paseadores de perros se quedaban parados, las mamás practicantes de yoga que empujaban la sillita del niño aminoraban la marcha. Todos nos miraban con la boca abierta, como si fuéramos detectives o forenses que hubiéramos descubierto a la víctima de una muerte violenta, en lugar de dos empleados de funeraria que se llevaban a una nonagenaria que había fallecido plácidamente en su cama.

Anteriormente, la visión de la muerte no causaba tanto asombro. Cuando la peste bubónica asoló Europa en el siglo XIV, los muertos quedaban en la calle a la vista de todo el mundo, a veces durante días, hasta que venían unos carros, los llevaban a las afueras de la ciudad y los arrojaban dentro de unas zanjas excavadas para enterrarlos a todos juntos. Un cronista italiano de la época describe cómo los enterraban: una capa de cadáveres, una capa de tierra, cadáveres, más tierra, «igual que se hace la lasaña, alternando capas de pasta y de queso».

El mundo desarrollado cuenta hoy con el privilegio de no tener que ver muertos. En Varanasi, a orillas del Ganges, en la India, se queman cada día entre ochenta y cien cadáveres. Los incineran en unas plataformas llamadas *ghats*, y a menudo son los niños de la casta de los intocables los encargados de hacerlo. Los huesos y las cenizas se arrojan a las sagradas aguas del Ganges. Las cremaciones no resultan baratas: hay que comprar maderas caras, mortajas de colores y contratar los servicios de un incinerador profesional. Las familias que no pueden permitirse una cremación pero desean que su ser querido sea acogido en las aguas del Ganges suelen dejar el cadáver en el río por la noche para que se descomponga. En Varanasi se ven cadáveres flotando en el río, o devorados por los perros. Hay tal abundancia de cadáveres que el gobierno indio decidió soltar centenares de tortugas carnívoras para luchar contra la contaminación de las aguas del Ganges.

El mundo industrializado ha inventado sistemas para evitar estos desagradables encuentros con la muerte. En este mismo momento, en las autopistas de Estados Unidos hay furgonetas blancas como la de Chris que llevan cadáveres de un lado a otro. Los

aviones transportan cadáveres en la bodega mientras los pasajeros que van de vacaciones están tranquilamente sentados en la cabina. Tapamos a los muertos. No solo cuando los metemos bajo tierra, sino cuando los metemos dentro de falsas camillas, en la panza de un avión o en lo más profundo de nuestra conciencia.

Solamente nos damos cuenta de su presencia cuando algo falla en el sistema. Después del huracán Katrina, el doctor Michael Osterholm, del Centro de Investigación y Prevención de Enfermedades Infecciosas, declaró al *Washington Post*: «Una de las muchas lecciones que hemos aprendido del huracán Katrina es que los norteamericanos no están acostumbrados a ver cadáveres yaciendo en las calles de una gran ciudad». Nos hemos vuelto sumamente exquisitos, doctor.

Los escasos minutos que Chris y yo tardamos en empujar la camilla de «mamá» desde la puerta principal de su casa hasta la furgoneta fueron para los paseadores de perros y las mamás del yoga unos momentos de estremecimiento barato y sin consecuencias. Un soplo de depravación, un sorbo de su propia mortalidad.

# Pulsa el botón

CBS NEWS, SAN FRANCISCO – Un hombre de unos veinte años ha muerto arrollado por un tren en la estación de San Francisco este mediodía. Un empleado de la compañía de trenes de la bahía de San Francisco (BART) ha declarado que el hombre se situó voluntariamente en el centro de las vías. El hombre «se colocó delante del tren con la intención de que lo arrollaran –declaró el portavoz de la compañía, Linton Johnson–. No hizo ningún intento por apartarse».

El tren pasó por encima del joven en la estación central, lo que provocó un retraso de casi tres horas en muchos de los trayectos, afirmó el portavoz.

Jacob tenía veintidós años cuando saltó a las vías de la estación central de la bahía de San Francisco y esperó a que el tren acabara con su vida. Veintidós años, uno menos de los que yo tenía. Su aspecto no era el de alguien a quien ha arrollado un tren; más bien parecía que hubiera estado en una pelea de bar a las dos de la madrugada: unos cuantos cortes, unas magulladuras en la cara.

Mike no parecía impresionado.

–El tipo que tuvimos aquí el mes pasado, el que empujaron delante del tranvía, ese sí que estaba cortado en dos –dijo.

El mayor daño que había sufrido Jacob era la pérdida de su globo ocular derecho, que seguramente había quedado en las vías, pero si le girabas la cara hacia la derecha tenía una apariencia casi normal, como si pudiera abrir el ojo y conversar contigo.

El filósofo rumano Emil Cioran dijo que el suicidio es el último derecho de un ser humano. La vida puede tornarse imposible de soportar en todos los aspectos, y «este mundo nos lo puede arrebatar todo..., pero siempre nos queda la opción de quitarnos de en medio». No es extraño que Cioran, un hombre «obsesionado con lo peor», muriera insomne y recluido en una habitación de hospital en París.

Es posible que Cioran fuera dado al pesimismo, pero la locura y la desesperación pueden alcanzarnos a todos, cualquiera que sea nuestra filosofía de vida. Nietzsche, que en *El ocaso de los ídolos* dice su famosa frase «Lo que no me mata me hace más fuerte»,

sufrió una crisis nerviosa a los cuarenta y cuatro años. Su hermana, viuda desde que su marido se suicidó en Paraguay, tuvo que hacerse cargo de él.

Aunque muchos consideran que suicidarse es un acto egoísta y cruel, supongo que yo me sentía solidaria con la decisión de Jacob. Si realmente cada día de su vida era un sufrimiento, no podía pedirle que siguiera viviendo y soportando más sufrimiento. No sabía si lo que lo había empujado al suicidio era una enfermedad mental o puro abatimiento. No podía especular sobre sus motivos, pero me sentía autorizada a juzgar sus métodos. Y en este sentido Jacob no contaba con mi aprobación.

Algo en su manera de quitarse la vida me causaba desasosiego. El espectáculo de un hombre mirando al tren cargado de pasajeros que iba a arrollarlo. Cuando estaba en la facultad trabajé en la cafetería del campus de la Universidad de Chicago. Dos meses antes de empezar a trabajar en Westwind, mi ayudante se ahorcó en el dormitorio después de pelearse con su novia. El cadáver lo encontró su compañera de piso. Que hubiera cargado a estas dos chicas con el peso de su suicidio me ponía enferma, incluso más que el hecho de su muerte. Si has decidido quitarte de en medio, hazlo por lo menos sin herir innecesariamente a los demás. Escúrrete por la puerta trasera de la vida, no obligues a los demás invitados a sufrir a causa de tu decisión.

Buena parte del daño que provocó Jacob al ponerse delante del tren fue de índole financiera. Miles de personas llegaron tarde al trabajo, muchos perdieron el avión o incumplieron sus compromisos. Pero para el maquinista del tren, el hombre que miró a Jacob a los ojos mientras se dirigía a toda velocidad contra él sin poder evitarlo, el daño no fue económico. Un maquinista de tren matará involuntariamente a una media de tres personas a lo largo de su carrera. Es un trabajo estable y atractivo, salvo por el detalle de que matarás a una o a varias personas en el curso de tu labor.

El daño tampoco fue económico para los que esperaban en el andén en el momento de los hechos. Debieron de desgañitarse gritándole que se apartara, ¿no veía que venía el tren? Hasta que comprendieron que Jacob ya sabía que el tren estaba a punto de llegar, y no tuvieron más remedio que ser testigos de lo que iba a ocurrir. Tendrían que vivir el resto de su vida con el recuerdo de esa escena, de esos sonidos, de sus propios gritos de pánico.

Mike observó que tal vez algunos de los testigos desearían poder incinerar a Jacob.

—A lo mejor les gustaría abofetearle un poco primero —dijo—. Como una pequeña venganza.

Pero en realidad nunca llegarían a ver su cadáver. Jacob mantendría su poder sobre ellos, se les aparecería en sueños. Al pensar en los años que estuve reviviendo la escena de la niña que vi caer de lo alto en el centro comercial, sentí una gran empatía con aquellas personas. Habría querido abrir la puerta del crematorio para invitar a entrar al maquinista del tren y a los demás pasajeros. Los reuniría alrededor del cadáver de Jacob y les diría: «Mirad, aquí está. Quería morir y ha muerto. Pero vosotros no. Vosotros no estáis muertos».

Claro que esta fantasía mía de abrir el tanatorio a los demás es rotundamente ilegal. El Código de Regulaciones de California dice que «el cuidado y preparación del cadáver para su enterramiento o cualquier otra disposición de los restos mortales tiene que hacerse en estricta intimidad».

A finales del siglo XIX en París, miles de ciudadanos acudían a diario a la morgue para ver los cadáveres no identificados. Hacían cola durante horas, rodeados de vendedores de fruta, pasteles y juguetes, hasta que podían entrar en una sala desde donde se veían los cadáveres expuestos sobre unos bloques al otro lado del cristal. Vanessa Schwartz, investigadora del París de fin de siglo, calificó la morgue de «espectáculo de lo real».

Llegó un momento en que el espectáculo alcanzó tal popularidad que las autoridades cerraron la morgue al público. Y así siguen hoy en día, tal vez porque los que regulan la muerte piensan que el pueblo llano tendría un interés excesivo que les parece malsano. Cerrad las morgues, si queréis, pero siempre surgirá otro espectáculo para llenar el vacío. El éxito internacional que han alcanzado las exposiciones itinerantes de Gunther von Hagens, *Body Worlds*, donde se exhiben cuerpos humanos plastinados,<sup>1</sup> demuestra que nuestra atracción por los cadáveres sigue siendo tan poderosa como siempre. Pese a la controversia sobre la forma en que Von Hagens obtiene los cadáveres (se decía que algunos eran prisioneros políticos de las cárceles chinas), *Body Worlds* es una de las exposiciones itinerantes más populares del mundo (a principios de 2014 había alcanzado la cifra de 38 millones de espectadores).

Jacob vivía en el estado de Washington, y se desconoce la razón por la que estaba en San Francisco. Sus padres nos llamaron por teléfono para que lo incineráramos. Envieron por fax los papeles necesarios y nos dieron el número de su tarjeta de crédito para cubrir los

gastos. Introduje yo sola a Jacob en el horno crematorio, como de costumbre. Estábamos los dos mano a mano. Él me miraba con su único ojo.

Como había fallecido de una muerte violenta, a Jacob lo llevaron primero al Instituto Médico Forense, la versión moderna de la oficina del forense, donde los médicos se encargan de determinar la causa de las muertes violentas o sospechosas. Una vez determinada la causa, el equipo médico nos entrega el cadáver y los objetos personales que hayan encontrado con el fallecido: la ropa, las joyas, la cartera...

Jacob llevaba una mochila en el momento de morir, y sus padres no querían que la enviáramos de vuelta a Washington. Lo único que podía hacerse era quemarla junto a su dueño.

Puse la mochila sobre la mesa y abrí la cremallera. Qué suerte, pensé, ahora entenderé lo que pasa por la mente de una persona profundamente deprimida. Pero los objetos que extraía de la mochila eran perfectamente normales y corrientes: una muda de ropa, utensilios de aseo personal, una botella de *kombucha*.<sup>2</sup> Y algo más, una pila de fichas anotadas. ¡Por fin! ¿Encontraría allí los pensamientos de un lunático con ideas suicidas? No. Eran apuntes de un estudiante de chino.

Me sentí decepcionada. Había esperado hallar respuestas en la mochila, algo que me permitiera comprender mejor la condición humana.

Mike me llamó desde su despacho.

—Eh, Caitlin. Antes de quemar la mochila, ven a buscar la cartera para meterla dentro.

—¿Cómo, hay una cartera?

—Estoy viendo ahora mismo su carnet de identidad. Aquí tiene su carnet universitario, su permiso de conducir, el billete de autocar que lo trajo a San Francisco. Oh, y un plano de los trenes BART de la zona. Esto es muy deprimente. Escribió algo en el plano. Palabra del día: «antropofagia». ¿Qué quiere decir?

—Ni idea. Ahora mismo lo busco en Google. Deletréámelo —dije.

—A-N-T-R-O-P-O-F-A-G-I-A.

—Mierda. Significa canibalismo. Es sinónimo de canibalismo —dije.

Parecía humor negro. Mike soltó una carcajada.

—No puede ser. ¿Crees que tendría un deseo insaciable de carne humana? El billete de autobús indica que llegó a San Francisco un día antes de su muerte. ¿Por qué no quiso suicidarse en Washington?

—Es verdad —dijo—. ¿Por qué tuvo que hacer el viaje a San Francisco para ponerse delante de un tren?

—A lo mejor no pretendía morir. A lo mejor fue tan idiota que pretendía esquivarlo o algo así. Igual que el crío de la película *Cuenta conmigo*.

—¿Corey Feldman?

—No, el otro.

—¿River Phoenix?

—No, ese tampoco era —dijo Mike—. No importa. El caso es que si era eso lo que pretendía, no le salió muy bien.

Introduce a Jacob entre las llamas sin saber apenas nada de él. Era un joven de Washington, estudiaba chino y es posible que estuviera interesado, por lo menos el día en que murió, en el canibalismo.

Unas semanas antes empleé una parte de mi primer sueldo en comprarme unos capítulos de la serie de HBO *A dos metros bajo tierra*, la popular historia de una familia que posee una empresa funeraria. En uno de los episodios, Nate, que dirige la funeraria, visita a un hombre joven que está solo y muy enfermo. El hombre quiere dar instrucciones para que lo incineren. Se siente abandonado por su familia y sufre una gran amargura. Le pregunta a Nate quién será el encargado de pulsar el botón para poner en marcha el horno crematorio.

—La persona que usted me diga —contesta Nate—. Los budistas suelen designar a un miembro de la familia, y otras personas no eligen a nadie; en ese caso, lo hace un empleado del crematorio.

—Pues que sea el empleado.

Y esa era yo. Yo era la persona del crematorio. Yo era esa persona para Jacob. A pesar de lo que había hecho, no quería dejarlo solo.

El mayor triunfo (o la peor tragedia, según cómo se mire) de los seres humanos es que gracias a la evolución de nuestros cerebros a lo largo de cientos de miles de años, somos conscientes de nuestra propia mortalidad. Por desgracia, somos criaturas conscientes. Por más que estemos siempre buscando nuevas formas de olvidar nuestra mortalidad, por más especiales, queridos o poderosos que nos sintamos, sabemos que al final nos

esperan la muerte y la descomposición. No hay otras especies sobre la Tierra que deban soportar un peso así.

Imaginaos que sois gacelas que pacen tranquilamente en la sabana africana mientras se oye de fondo la música de *El rey león*. Un león hambriento que os acecha a lo lejos se abalanza sobre vosotras dispuesto a comerse a alguna, pero esta vez conseguís esquivarlo. Por un instante habéis sentido ansiedad. Es el instinto de supervivencia. La experiencia y la herencia genética os han programado para correr ante el peligro, vuestro corazón se ha acelerado. Pero en cuanto pasa el peligro volvéis a comer hierba como si nada. Crunch, crunch, masticando tan tranquilas. Hasta que el león vuelva a intentarlo.

Los seres humanos también recuperamos nuestro ritmo cardíaco cuando el peligro ha pasado, pero nunca olvidamos que a la larga no podemos ganar. Sabemos que la muerte nos aguarda, y esto afecta a cuanto hacemos. Incluso sentimos el impulso de preparar cuidadosamente nuestra muerte.

Hace unos 95.000 años, un grupo de *Homo sapiens* enterraron a sus muertos en una gruta llamada Qafzeh, cerca de lo que hoy es Israel. Los arqueólogos que descubrieron esta gruta en 1934 se sorprendieron al comprobar que los restos humanos habían sido enterrados con intención, siguiendo unas reglas. Algunos de los esqueletos muestran restos de un tinte natural de color ocre. Los arqueólogos creen que la presencia del color ocre es señal de que nuestros antepasados llevaban a cabo rituales con los muertos desde épocas remotas. Uno de los esqueletos de Qafzeh es de un niño de unos trece años, enterrado con las piernas juntas hacia un lado y unas astas de ciervo en las manos. No sabemos lo que estos miembros tempranos de nuestra especie pensaban sobre la vida, la muerte y la vida después de la muerte. Pero lo que sabemos con certeza es que pensaban en ello.

Los familiares que venían a Westwind para encargar incineraciones y enterramientos solían sentarse en la sala de espera y beber agua de los vasos de papel. Los apenaba la muerte que los había traído hasta nosotros, y los apenaba todavía más tener que pagar. En ocasiones nos pedían entrar un rato en la capilla para ver el cuerpo del difunto por última vez. En la capilla podía haber hasta un centenar de personas llorando mientras sonaba música góspel, otras veces había una sola persona allí sentada durante media hora, hasta que nos llevábamos al finado.

Los familiares ocupaban la capilla o la sala de espera, incluso el despacho principal, pero el crematorio en sí era mi espacio. La mayoría de los días estaba sola, «ahí atrás»,

como solía decir Mike.

En nuestro catálogo ofrecíamos un servicio denominado «Incineración en presencia de testigos», pero en mis primeras semanas de trabajo nadie lo solicitó. Hasta que apareció la familia Huang. Llegué al trabajo a las ocho y media y vi que una decena de mujeres asiáticas de cierta edad se habían metido nada menos que en el almacén y estaban montando una especie de altar.

Me encaminé directamente al despacho de Mike.

—¿Mike?

Él contestó tan impávido como siempre.

—¿Qué ocurre?

—Eh, ¿qué hace toda esa gente en el almacén?

—Ah, ya. Esta tarde serán testigos de la incineración, y en la capilla no hay espacio para sus cosas, de modo que les dije que montaran el altar en el almacén.

—No..., no sabía que esta tarde había una incineración con testigos —balbuceé.

—Pensaba que Chris te había informado. No te preocupes, ya lo haré yo —dijo Mike.

No parecía que esto le causara ninguna inquietud. Puede que él fuera capaz de llevar a cabo una incineración ante testigos con una mano atada a la espalda, pero a mí me parecía un asunto tremadamente peligroso. La incineración en presencia de testigos conlleva todo un proceso. La familia está un rato en la capilla con el cadáver, hasta que llega el momento de conducirlo al crematorio, y esto se lleva a cabo con todos los familiares allí de pie. No hay margen para el error. Es una operación tan delicada como transportar armas nucleares.

En el mundo occidental, las piras al aire libre fueron reemplazadas por las máquinas industriales. Al principio, estas máquinas se hacían con mirillas laterales para que la familia pudiera contemplar la incineración, como si se tratara de un espectáculo siniestro. Algunas funerarias incluso exigían que un familiar estuviera presente cuando el cadáver entraba en el horno crematorio. Con el tiempo, sin embargo, las mirillas se taparon y las familias fueron apartadas por completo del proceso de incineración.

En las últimas décadas, la industria funeraria ha ideado una serie de sistemas para apartar a los familiares de cualquier aspecto de la muerte que pudiera molestarlos. Y no solo en el crematorio.

En cuanto supo que su abuela había sufrido una grave apoplejía que según los médicos resultaría fatal, mi amiga Mara voló a Florida para estar con ella. Durante una semana la

vio luchar por cada bocanada de aire, incapaz de tragarse, de moverse o de emitir un sonido. Cuando por fin la muerte se la llevó, Mara esperaba poder asistir al funeral. Pero no se lo permitieron. Me envió este mensaje: «Caitlin, solo nos dejaron estar de pie junto a la tumba abierta. Allí estaba su féretro, y la tierra estaba tapada con césped artificial. Yo esperaba que pudiéramos ver cómo enterraban el féretro. Pero no pudimos. Tuvimos que marcharnos y dejarlo junto a la tumba».

Los trabajadores del cementerio esperaron a que la familia de Mara se fuera para bajar el ataúd y traer la retroexcavadora amarilla que llenaría el agujero de tierra.

Son estrategias modernas para que los deudos se centren en «los aspectos positivos de la vida», mucho más fáciles de comercializar que la muerte. Una de las empresas funerarias más importantes del país ha instalado pequeños hornos cerca de las salas de espera para que el olor a galletas recién hechas conforten y distraigan a las familias..., y de paso confían en que el aroma de la bollería con chocolate enmascare los olores a productos químicos y a putrefacción.

Volví a pasar por delante del almacén de Westwind y saludé con un movimiento de cabeza a las mujeres. Habían adelantado mucho con el altar. Estaban colocando cuencos de frutas y coronas de flores bajo la inmensa fotografía enmarcada del fallecido señor Huang, el patriarca de la familia. El retrato era como los que hacen en los centros comerciales: el busto de un anciano chino bien trajeado, con las mejillas coloreadas de un rosa demasiado subido, sobre el fondo de un cielo azul con nubes vaporosas.

Siguiendo instrucciones de Mike, Chris y yo llevamos el féretro del señor Huang a la capilla. Abrimos la tapa, y allí estaba el señor Huang elegantemente trajeado. Ya no era el soñador de semblante severo que aparecía en el retrato. Ahora tenía la apariencia cerosa y rígida de un cuerpo embalsamado.

Durante toda la mañana fueron llegando familiares cargados de frutas y regalos para el altar del señor Huang.

Una anciana china me reprendió, indignada.

—Usted, ¿por qué va vestida de rojo? —me espetó.

Para los chinos, el rojo es el color de la felicidad. No es de buen gusto llevarlo en un funeral. Mi vestido de color cereza parecía reírse de ellos. «¡Ja, deudos! ¡Yo me río de la sensibilidad hacia otras culturas!»

Me habría gustado aclararle que no sabía que los Huang estarían allí, sobre todo para algo tan aterrador como una incineración en presencia de testigos. Pero me limité a

murmurar una disculpa y a llevarme rápidamente el cuenco con las naranjas.

Mike ya estaba en la parte trasera encendiendo uno de los hornos. Cuando llegó el momento de incinerar al señor Huang, me hizo entrar con él en la abarrotada capilla. Nos abrimos paso entre los familiares y tuve que oír los chasquidos de desaprobación hacia mi vestido rojo. Mike y yo sacamos el ataúd de la capilla y lo llevamos al crematorio. Los familiares se apiñaron detrás de nosotros. Eran por lo menos treinta personas, y estaban invadiendo un espacio que hasta ahora había considerado exclusivamente mío.

A medida que nos internábamos en el crematorio con el féretro, todos los familiares (incluidas las señoras mayores) se ponían de rodillas en el suelo y empezaban a gemir. La combinación de los alaridos de los dolientes con el rugido de la máquina resultaba espeluznante. Yo me quedé en la parte de atrás, mirándolo todo con asombro, como una antropóloga que tuviera el privilegio de presenciar un misterioso ritual.

Los chinos tienen la costumbre de contratar a plañideras profesionales para facilitar la expresión del dolor. El funeral puede convertirse así en una auténtica orgía de lloros y lamentos. Para mí resultaba difícil saber si entre las personas que estaban arrodilladas en el crematorio había profesionales contratados por los Huang. Ni siquiera estaba segura de que en Oakland fuera posible encontrarlas. Los lloros me parecían auténticos, pero lo cierto era que nunca me había hallado en una situación semejante, donde un grupo tan nutrido de personas diera rienda suelta a sus emociones. Aquí nadie se contenía.

De repente vi que un hombre se abría paso entre la gente con una cámara de vídeo, filmando a los deudos. Se colocaba delante de uno de los que daban alaridos y le hacía una señal con la mano indicándole lo que esperaba de él: ¡que llorara más fuerte! El deudo aumentaba el volumen de sus chillidos y se ponía a golpear el suelo. Al parecer, nadie quería que la cámara lo filmara en un momento de tranquilidad o de estoicismo.

El de la familia Huang era un ritual en el sentido más clásico: una mezcla de creencias con la acción física y sensorial. Según dicen Andrew Newberg y Eugene d'Aquili, dos investigadores del cerebro en la Universidad de Pensilvania, para que un ritual funcione es preciso que los participantes «se impliquen con todas las partes del cerebro. Es preciso que ideas y comportamiento vayan asociados». Al gemir en voz alta, al ponerse de rodillas, los miembros de la familia Huang conectaban con algo que era más grande que ellos.

El féretro del señor Huang entró en el horno, y Mike le hizo un gesto al hijo del fallecido para que pulsara el botón de encendido. Era un gesto simbólico, pero con un

inmenso poder.

Más tarde, Mike me diría:

—Tienes que dejarles pulsar el botón de encendido. Les encanta.

El señor Huang tuvo un privilegio del que Jacob había carecido: quien puso en marcha el fuego que lo haría desaparecer de este mundo no fue un empleado de la funeraria, sino uno de sus seres queridos.

Cuando la puerta del horno se cerró y el señor Huang quedó envuelto por las llamas, Chris se apresuró a colocar una vela encendida delante de la máquina. Mike y Chris ya habían hecho esto mismo otras veces. Yo era la única que se sentía fuera de lugar.

El caso del señor Huang me llevó a preguntarme qué haría yo si mi padre muriera. Y no tenía ni idea, la verdad. Era posible que en esta incineración en presencia de testigos no todos sintieran tanta pena como mostraban. Posiblemente, algunos habían exagerado un poco sus emociones, habían hecho un poco de teatro. Pero daba igual. El caso era que la familia Huang tenía sus rituales, sabían lo que tenían que hacer. Yo los envidiaba por ello. Sabían llorar más alto, demostrar más dolor, traer cuencos de fruta. Cuando moría uno de los suyos, los Huang se comportaban como una comunidad, compartían los mismos gestos, las mismas ideas.

Mi padre estuvo enseñando Historia en un instituto público durante más de cuarenta años. Aunque el instituto donde trabajaba estaba al otro lado de la isla, se encargaba de despertarme cada día a las 5:30 de la mañana para llevarme en coche a mi escuela privada de Honololú, a una hora de camino, y desde allí tenía una hora más de trayecto. Lo hacía para que yo no tuviera que coger el autocar. Mi padre había conducido miles de kilómetros por mí... , ¿cómo iba a dejarlo en manos de otra persona cuando muriera?

A medida que adquiría experiencia en el crematorio fui dejando de lado mis ideas para camuflar la muerte de forma graciosa en la funeraria que me había inventado: La Belle Mort. Empezaba a pensar que el problema de fondo era nuestra relación malsana con la muerte. Me bastaron unos meses en Westwind para comprender que mi idea de los funerales «divertidos» era francamente irreal. Pretender «celebrar la vida» con una ceremonia sin cadáver presente, sin mención de la muerte siquiera, escuchando los viejos temas de rock 'n' roll que le gustaban a papá mientras tomábamos una copa de ponche sería tan inútil y ficticio como curar una herida de bala con una tiritita de Hello Kitty. Como sociedad, era necesario que asumiéramos que había una herida.

No, cuando mi padre muriera, lo llevaría a un crematorio. Y no a un cajón como Westwind, sino a un crematorio precioso con ventanales por los que entrara la luz natural. Y no sería precioso porque negáramos la muerte o la escondiéramos, sino porque la miraríamos a la cara. Sería un lugar donde sentir la experiencia, con salas donde las familias pudieran lavar a sus muertos, donde pudieran estar a su lado hasta que llegara el momento de introducirlos en las llamas.

En 1931, George Bernard Shaw describió la incineración de su madre. Cuenta que el cadáver estaba en un ataúd de color violeta y que lo introdujeron en el horno con los pies por delante. «¡Y atención! —escribió—. Los pies empezaron a arder de repente. Unas vivas llamas de un precioso color granate descendieron sobre ellos para lamerlos como lenguas de Pentecostés, sin producir ningún humo. Cuando el féretro se colocó en el centro estalló todo él en una llamarada, y mi madre se convirtió en una hermosa hoguera.»

Me imaginé a mi padre entrando en el horno crematorio. Me imaginé la puerta que se abría, el ruido ensordecedor de la máquina. Si yo siguiera con vida, estaría allí para ver cómo se convertía en esa «hermosa hoguera». No quería que nadie más lo hiciera. Cuanto más sabía acerca de la muerte y la industria funeraria, más me convencía de que me aterraba la idea de que alguien se hiciera cargo de los cadáveres de mi familia.

# Un cóctel de color rosa

El pueblo wari había vivido desde tiempos inmemoriales en la selva de Brasil sin contacto alguno con la civilización occidental. A principios de la década de los sesenta llegaron a su territorio los representantes del gobierno y los misioneros cristianos. Unos y otros querían tender lazos de relación con los wari, y sin pretenderlo los expusieron a enfermedades (malaria, gripe, paperas) para las que este pueblo de la selva no estaba preparado. En cuestión de unos pocos años habían muerto tres de cada cinco wari. Los que sobrevivieron pasaron a depender del gobierno brasileño para que les suministraran los medicamentos occidentales que combatían estas enfermedades que ellos no conocían.

Pero, para recibir la ayuda –comida y medicamentos– del gobierno brasileño, los wari tuvieron que abandonar un aspecto importante de su vida: el canibalismo.

El filósofo del Renacimiento Michel de Montaigne dijo en un ensayo titulado *De los caníbales*: «A aquella costumbre que les es ajena, los pueblos la denominan barbarie». Y ciertamente nosotros no dudaríamos en tildar el canibalismo de barbarie, porque no es nuestra costumbre, gracias a Dios. Comer carne humana es para sociópatas y salvajes; nos trae a la mente a los cazadores de cabezas y a Hannibal Lecter.

Si tenemos la convicción de que el canibalismo es para los locos y los malvados es porque estamos atrapados en lo que el antropólogo Clifford Geertz denomina «entramado de significaciones». Nacemos dentro de una cultura concreta, y desde el primer momento nos vemos bombardeados con instrucciones sobre lo que está bien y lo que está mal, sobre lo que es correcto y lo que es respetable.

Es imposible escapar. Por más que pensemos que somos personas abiertas de mente, nos han inculcado unas creencias culturales y nos tropezaremos con ellas a cada paso, como si camináramos por un bosque repleto de telarañas. Puede que divisemos a lo lejos el lugar al que queremos llegar, pero en el camino las telarañas se nos engancharán a la cara, se nos meterán en la boca, nos resultarán incómodas. Estos entramados de

significaciones hacen que para los occidentales resulte tan difícil entender la antropofagia.

Los wari practicaban un canibalismo mortuorio; esto es, lo practicaban como un ritual con las personas que morían. Cuando uno de ellos fallecía, su cuerpo estaba acompañado en todo momento. Los familiares abrazaban y acunaban al difunto mientras comunicaban la noticia al resto de la comunidad con un canto monótono y agudo, un canto hipnótico al que todos se unían poco a poco. Los familiares que vivían en otros poblados se apresuraban a acudir junto al fallecido para participar en el ritual.

Antes de consumir la carne, los familiares recorrían la aldea y arrancaban una viga de madera de cada casa, con lo que los tejados acababan combados. Según la antropóloga Beth Conklin, el tejado medio hundido era un recordatorio visual del hueco que dejaba en la comunidad la muerte de uno de sus miembros. A continuación, reunían las vigas que habían recogido, las decoraban con plumas y las utilizaban como leña para hacer el fuego donde asarían la carne.

Una vez que la familia daba por concluida la despedida, el cuerpo del fallecido se cortaba en pedazos. Los órganos internos se envolvían en hojas y la carne se colocaba directamente sobre la parrilla de asar. Las mujeres del poblado preparaban pan de maíz, considerado el acompañamiento ideal de la carne humana.

A los wari no les suponía ningún problema asar la carne humana como si «no fuera más que un trozo de carne». La idea que ellos tenían de los animales era (y sigue siendo) muy distinta de la que tenemos nosotros. Para los wari, los animales están dotados de espíritu; los animales no son de nuestra propiedad ni ocupan un rango inferior a los seres humanos. Humanos y animales pueden ocupar el lugar del cazador o de la presa, según el día. Los jaguares, los tapíes y los monos podrían verse a sí mismos como superiores y vernos a nosotros como animales. Los wari sienten respeto por toda la carne que consumen, ya sea humana o animal.

En realidad, los que se comían la carne asada no eran los familiares más cercanos del fallecido, como podrían ser su mujer o sus hijos. El honor de comer esa carne –porque se consideraba un honor– recaía en aquellas personas que habían sido como hermanos para el fallecido; podían ser sus cuñados, familiares lejanos o simplemente miembros de la comunidad que le fueran afines. Y no es que estas personas fueran salvajes ávidos de sangre y de venganza; no estaban desesperados por comer la carne humana porque necesitaban proteínas, como se ha dicho a menudo de los caníbales. Lo normal era que el

cadáver, en el húmedo y cálido clima de la selva del Amazonas, estuviera en fase de descomposición en cuestión de días. Comerlo debía de ser una experiencia más bien maloliente y desagradable. A menudo los afines tenían que ausentarse unos instantes para vomitar antes de seguir comiendo. Y, sin embargo, se obligaban a seguir, porque tenían la convicción de estar llevando a cabo un acto de solidaridad y de compasión para con el fallecido y su familia.

Los afines no comían la carne del muerto para preservar su vitalidad o su fuerza; la comían para destruirla. A los wari les horrorizaba la idea de dejar el cadáver intacto y enterrarlo. Solo mediante el canibalismo podía llevarse a cabo la fragmentación y destrucción que ellos veían necesaria. Después de consumir la carne, quemaban los huesos, y esta total desaparición del cuerpo suponía un gran consuelo para la familia y el resto de la comunidad.

Para que esta volviera a estar completa era preciso hacer desaparecer el cadáver. Los wari destruían a continuación las posesiones del difunto: quemaban la casa que había construido, los cultivos que había plantado. La familia del difunto quedaba a merced de la comunidad, que los ayudaría a reconstruir lo que habían perdido. Y esto estrechaba los vínculos entre los wari.

En los años sesenta, el gobierno de Brasil obligó a los wari a abandonar sus rituales y a enterrar a sus muertos. Pero dejar que los cadáveres se pudrieran bajo tierra chocaba de pleno con sus creencias, era todo lo contrario de lo que habían practicado siempre. El cuerpo intacto del fallecido era un doloroso recordatorio de su pérdida.

Si perteneciéramos a la tribu de los wari, el canibalismo no nos parecería una costumbre salvaje, sino una tradición que practicaríamos con absoluto fervor. En cambio, el enterramiento que se lleva a cabo en el mundo occidental –embalsamar el cuerpo para que se conserve intacto más tiempo y meterlo bajo tierra en un féretro bien cerrado– se nos antojaría una costumbre irrespetuosa y extraña. Lo que en Occidente consideramos «digno» viene determinado por las creencias de nuestro entorno.

Cuando empecé a trabajar en Westwind no sabía lo que era el embalsamamiento. Sabía que era «algo» que se hacía con los cadáveres, uno de los hilos en mi entramado de significaciones. Recuerdo la muerte de un primo de mi padre cuando yo tenía diez años. El señor Aquino era un buen católico, el patriarca de una gran familia filipino-hawaiana, y su funeral se celebró en la catedral de Kapolei. Mi madre y yo asistimos a la ceremonia y nos pusimos en la fila que se había formado para pasar ante el féretro.

Cuando nos tocó el turno, observé con atención a papá Aquino tendido en el ataúd. Estaba tan maquillado que no parecía real. Tenía la piel tirante debido al producto embalsamador que le habían inyectado en el sistema circulatorio, y la luz de las innumerables velas encendidas alrededor hacía brillar sus labios, pintados de un rosa subido y contraídos en una mueca. En vida había sido un hombre digno y respetable, pero muerto parecía un muñeco de cera. Esta visión de la muerte como algo de aspecto cerúleo es la misma que han tenido los miles de niños de Estados Unidos que habrán desfilado como yo ante un ataúd.

Pero ¿quién podía elegir un trabajo tan deprimente como el de embalsamar cadáveres? Yo me imaginaba al embalsamador como un hombre alto y flaco, de mejillas hundidas, un poco como el mayordomo de la familia Addams.<sup>3</sup> Mezclé la imagen del mayordomo de los Addams con el típico enterrador de las películas de miedo de los años cincuenta, que lleva una bata blanca de laboratorio y vierte un líquido verde fosforescente en las venas de un cadáver.

Sin embargo, el embalsamador de Westwind Cremation no podía estar más alejado de esta imagen. Bruce, que venía varias veces a la semana para preparar los cadáveres, era un afroamericano con el pelo canoso y un rostro juvenil, incluso angelical. Era como un Gary Coleman de un metro ochenta, un cincuentón que se comportaba como un chiquillo. Tenía una voz fluctuante, con grandes variaciones de tono y de ritmo.

—¡Hola, Caitlin! —gritaba con entusiasmo cuando me veía.

—Hola, Bruce. ¿Qué tal estás?

—Bueno, chica, ya sabes. Un día más con los muertos.

Oficialmente, Mike me instruía para que aprendiera el oficio de operadora del horno crematorio. Sin embargo, Bruce había sido profesor adjunto en la Facultad de Ciencias Funerarias de San Francisco, el centro que cerró sus puertas poco después de que Westwind les ganara y se llevara el contrato para encargarse de los muertos indigentes y sin hogar. Ya no había ninguna escuela de ciencias funerarias en San Francisco, pero a Bruce le gustaba enseñar, le entusiasmaba compartir sus conocimientos. Lo cierto era que no tenía aprecio por las escuelas funerarias de hoy.

—Caitlin, en los viejos tiempos este oficio era un arte —dijo—. Los cuerpos se embalsamaban para que se conservaran, pero ahora me pregunto qué demonios les enseñan en las escuelas de ciencias funerarias. Les dan el título y no saben ni encontrar

una vena para el drenaje. En los años setenta, todos los días hacíamos prácticas con cadáveres. Practicábamos con cadáveres un día tras otro.

La industria funeraria, en especial la de Estados Unidos, nos ha hecho creer que las técnicas modernas de embalsamamiento vienen de una tradición milenaria, un arte que nació en el antiguo Egipto, donde eran auténticos maestros. Los directores de las empresas funerarias quieren hacernos creer que son los portadores de ese conocimiento milenario.

Sin embargo, esta explicación presenta algunos problemas. Cuando los embalsamadores pretenden que su oficio desciende del antiguo Egipto, olvidan que en Estados Unidos no se embalsamaron los cadáveres hasta 1860, lo que representa un gran salto temporal desde la era de Tutankamón.

En realidad, las técnicas de los antiguos egipcios eran totalmente distintas de las que hoy se practican en la funeraria del barrio. Hace 2.500 años, los cadáveres de los egipcios de alta cuna eran sometidos a sofisticados tratamientos que podían tardar meses en completarse. Hoy, sin embargo, el embalsamador no le dedicará más de tres o cuatro horas a un cadáver. Las grandes corporaciones de la industria funeraria llevan años comprando pequeñas empresas familiares. Conservan el nombre de la empresa, pero suben los precios y centralizan sus instalaciones de embalsamamiento. Esto convierte el proceso de preparación del cadáver en una suerte de línea de montaje donde los embalsamadores trabajan a contrarreloj.

Los antiguos egipcios embalsamaban a los muertos por razones religiosas. Cada paso de este complejo proceso –que incluía extraer el cerebro a través de los orificios nasales con un largo garfio y guardar los órganos internos con una solución salina en los denominados «vasos canópicos», vasijas con tapas en forma de cabeza de animal, para que se secaran– tenía para ellos un profundo significado. Pero no hay garfios ni vasijas especiales en el embalsamamiento que se practica hoy en Estados Unidos. Aquí el proceso consiste en extraer del cuerpo la sangre y los fluidos y reemplazarlos con una mezcla de productos químicos que evitan la descomposición. Lo más importante es que hoy no se embalsaman los cadáveres por razones religiosas, sino por otros motivos más poderosos: el consumismo y el *marketing*.

El hombre que yacía sobre la mesa de trabajo de Bruce tenía un estatus social muy distinto al de los privilegiados ciudadanos que se embalsamaban en el antiguo Egipto. Se llamaba Cliff, y era un veterano de la guerra del Vietnam que había muerto solo en el

Hospital de Veteranos de San Francisco. El gobierno de Estados Unidos costea el embalsamamiento y la inhumación (en un cementerio nacional) de veteranos como Cliff –casi todos hombres, y alguna que otra mujer– que mueren sin amigos ni familia.

Bruce cogió un bisturí y lo acercó a la garganta de Bruce.

–Vale, lo primero que hay que hacer es sacarle la sangre. Hay que extraer el líquido del sistema. Es como vaciar el radiador del coche.

Bruce hizo una incisión. Yo esperaba que la sangre saliera a borbotones, como en una película de miedo, pero la herida estaba seca.

–Este tipo no está precisamente fresco. El Hospital de Veteranos se queda bastante tiempo los cadáveres antes de entregarlos –dijo Bruce, un poco molesto.

A continuación, me enseñó a preparar el cóctel de color rosa salmón que reemplazaría en las venas la sangre de Cliff. Es una mezcla de formaldehído y alcohol que se vierte en un depósito. Bruce metió los dedos enguantados en la incisión que le había hecho a Cliff en la garganta, abrió la carótida y le insertó un tubito de metal que estaba conectado a un tubo de goma más ancho. Entonces, tocó un interruptor en la base del depósito y este empezó a vibrar y a emitir un zumbido. El tubo se llenó del líquido rosa que entraría en el sistema circulatorio de Cliff. A medida que el producto químico entraba por la carótida, la sangre salía por la yugular, pasaba por encima de la mesa y se iba por el desagüe de la piletas.

–¿No es peligroso tirarla directamente al alcantarillado? –le pregunté.

–No, no es peligroso –dijo Bruce–. ¿No sabes qué otras cosas van a parar a las cloacas?

Tuve que reconocer que, si pensabas en ello, la idea de la sangre no resultaba tan desagradable.

–Además, no es tanta sangre, Caitlin –añadió–. Tendrías que verme cuando embalsamo a alguien a quien le han hecho la autopsia. Me quedo totalmente cubierto de sangre. No es una operación limpia y aséptica como en la tele. Es como con O. J.

–¿Como O. J. Simpson, quieres decir? ¿A qué te refieres?

–Bueno, yo soy embalsamador, ¿no? A veces, cuando hago incisiones en los cadáveres, me quedo literalmente cubierto de sangre. Cortas una de esas arterias y la sangre sale disparada en todas direcciones... Bueno, ya sabes cómo es. ¿Cómo pueden decir que O. J. Simpson cosió a puñaladas a dos personas y se marchó, si en el coche solo había tres gotas de sangre?

—Bueno, pero alguien tuvo que matarlos, ¿no?

—Pues el que lo hizo iría cubierto de sangre de la cabeza a los pies. Cuando te quedas empapado en sangre no te puedes limpiar fácilmente. La sangre mancha mucho. ¿Viste en la CNN cómo quedó la escena del crimen? Había sangre por todas partes. Lo único que digo es que si lo hizo tendría que haber dejado un rastro.

Mientras hacía de detective forense, Bruce iba enjabonando y masajeando suavemente a Cliff para extender el producto químico por todo su sistema vascular. Era sorprendente ver a un hombre adulto lavando un cadáver con una esponja, pero para entonces ya estaba acostumbrada a las peculiares estampas de Westwind.

La mesa de embalsamar, de porcelana, estaba ligeramente inclinada, de modo que la sangre de Cliff caía en el desagüe a medida que la solución de formaldehído iba llenando sus vasos sanguíneos. El formaldehído es un gas incoloro que está considerado carcinógeno. El cáncer no era algo que pudiera preocupar a Cliff el cadáver, pero desde luego Bruce debía tomar precauciones. Según el Instituto Nacional del Cáncer, los embalsamadores tienen un mayor riesgo de padecer leucemia mieloide, que se caracteriza por una proliferación excesiva del tejido de la médula ósea, y cáncer de la sangre. Resulta irónico que los embalsamadores, que se ganan la vida vaciando la sangre de los cuerpos, puedan verse atacados por su propia sangre.

Antes de la guerra civil norteamericana, en el siglo XIX, a los cadáveres no se les inyectaba ninguna solución para conservarlos. En aquel entonces el cuidado de los muertos era un tema casero. Las personas morían en su propia cama, rodeadas de su familia y amigos. Las personas más próximas eran las encargadas de lavar y amortajar el cadáver. A continuación, tenía lugar el velatorio. El cuerpo del difunto se dejaba unos días en la casa para que todos pudieran visitarlo, y no, como a veces se cree, por miedo a que se despertara.

Para frenar el proceso de corrupción durante el velatorio, en el siglo XIX se idearon sistemas como colocar toallas empapadas en vinagre y barras de hielo bajo el cadáver. Durante los días del velatorio se comía y se bebía. Era una forma de que la comunidad se despidiera del difunto. Como explica Gary Laderman, un estudioso de las tradiciones funerarias en Estados Unidos: «Aunque el cuerpo del difunto había perdido la chispa que lo animaba, convenciones sociales profundamente arraigadas exigían que se le prestara atención y el debido respeto por parte de los vivos».

Durante el velatorio, la familia o un carpintero local construía un ataúd de madera. Entonces se hacían de forma hexagonal, más estrechos por un extremo para indicar que lo que contenían era un ser humano muerto. Actualmente ya no se hacen así, sino como simples rectángulos. Pasados unos días, el cuerpo se introducía en el féretro y los familiares lo transportaban a hombros hasta el cementerio más cercano.

A mediados del siglo XIX, algunas ciudades industriales como Nueva York, Baltimore, Philadelphia y Boston habían crecido lo suficiente como para albergar empresas funerarias. Mientras en los pueblos o en las ciudades pequeñas todo el mundo hacía de todo, en las grandes ciudades los oficios se especializaron. Así surgió la profesión de técnico funerario, que entonces consistía prácticamente en vender recordatorios y objetos decorativos para el funeral. El enterrador local se ocupaba de hacer el ataúd, alquilar el coche fúnebre, vender ropa de luto y joyas. A menudo tenía que conjugar su oficio con otros trabajos para completar ingresos, lo que daba pie a anuncios realmente divertidos: «John Jensen: enterrador, sacamuelas, alumbrador, herrero, marquista, ebanista».

Luego vino la guerra civil norteamericana, la más sangrienta en la historia de Estados Unidos. La batalla de Antietam, el 17 de septiembre de 1862, ostenta el dudoso honor de haber sido el día más sangriento de la guerra civil y de la historia de Estados Unidos. 23.000 hombres murieron en el campo de batalla. Unos días más tarde, sus cuerpos yacían hinchados y en estado de putrefacción junto a los restos de mulas y caballos. El jefe del regimiento 147 de Pensilvania, que llegó para enterrar a los muertos, solicitó que a los hombres se les permitiera beber alcohol para llevar a cabo esta tarea, porque consideró que solo en estado ebrio serían capaces de hacerlo.

Durante los cuatro años de guerra entre el norte y el sur fueron muchas las familias que no tenían posibilidad de recoger a sus hijos y maridos muertos en el campo de batalla. Los cadáveres se transportaban en tren, pero con el calor del verano sureño bastaban unos días para que se corrompieran. El hedor de un cadáver dejado al sol sería más que una simple incomodidad.

De acuerdo con el testimonio de un médico del ejército de la Unión: «En la batalla de Vicksburg, los dos bandos pidieron una pequeña tregua a causa de la pestilencia de los cadáveres que se pudrían al sol». Transportar estos cadáveres en proceso de descomposición durante cientos de kilómetros debía de ser una pesadilla hasta para el maquinista más patriótico. Los trenes se negaron a transportar los cadáveres si no iban

en féretros de hierro herméticamente cerrados. Pero era una opción carísima que pocas familias podían permitirse.

Este problema despertó el impulso emprendedor en algunos hombres. Decidieron que, si la familia podía pagar sus servicios, ellos someterían al cadáver a un proceso de embalsamamiento en el mismo campo de batalla. Así nacieron los primeros perseguidores de ambulancias, los que iban detrás de las batallas y las refriegas en busca de trabajo. La competencia entre ellos era terrible. Se contaba que incluso habían llegado a prender fuego a las tiendas del adversario y a poner anuncios en los periódicos que decían: «Los cuerpos que nosotros embalsamamos NUNCA SE ENNEGRECEN». Colocaban en la puerta de la tienda cadáveres de desconocidos que habían embalsamado, y los ponían de pie para demostrar lo bien que hacían su trabajo.

Por lo general, las tiendas de los embalsamadores en el campo de batalla contaban solamente con una tabla de madera sobre dos barricas. Allí tendían el cadáver y le inyectaban en el sistema circulatorio una mezcla a base de «arsénico, zinc, cloruro, bicloruro de mercurio, sales de aluminio, acetato de plomo y una variedad de sales, ácidos y alcalinos». El doctor Thomas Holmes, al que muchos en la industria funeraria siguen considerando el santo patrón del embalsamamiento, aseguraba que durante la guerra civil norteamericana embalsamó con este sistema a más de cuatro mil soldados, al precio de cien dólares cada uno. Había una opción más barata para los que no querían estos métodos tan sofisticados, que consistía en extraer los órganos internos del cadáver y llenar las cavidades de serrín. Aunque esta forma de tratar el cadáver se consideraba pecaminosa tanto entre los católicos como entre los protestantes, a menudo el deseo de volver a ver el rostro de la persona amada era más poderoso que las creencias religiosas.

Aunque hoy ya no se llena el cadáver de serrín, sí que se extraen las vísceras. Tal vez el secreto mejor guardado del proceso de embalsamamiento moderno es el uso de una pieza de metal en forma de lápiz, con una punta afilada en un extremo, que recibe el nombre de trocar. Bruce levantó el trocar como si se tratara de la espada Excalibur y perforó con la punta el estómago de Cliff, justo debajo del ombligo, y siguió agujereando la piel de Cliff, perforando los intestinos, la vejiga, los pulmones, el estómago. En el proceso de embalsamamiento, el trocar sirve para extraer los fluidos, gases y residuos de las cavidades corporales. Se oyó un desagradable gorgoteo y un líquido marrón ascendió por el tubo del trocar, cayó sobre la piletas y se fue por el desagüe. A continuación, el trocar cambió de función. Dejó de aspirar y empezó a insuflar un líquido color salmón en

las cavidades del pecho y del abdomen. Esta vez la mezcla de productos químicos era más concentrada. Si quedara alguna duda de que Cliff estaba muerto, el trocar la despejaba por completo.

Bruce seguía impertérrito mientras asestaba pinchazos a Cliff con el trocar. Si Chris comparaba el transporte de cadáveres con «hacer mudanzas», Bruce veía el proceso de embalsamamiento como un oficio que dominaba porque llevaba años haciéndolo. Era capaz de manejar el trocar mientras charlaba tranquilamente conmigo, como si fuéramos dos amigos tomando un café.

—Caitlin, ¿sabes que estoy pensando en las malditas palomas? —Y zas, clavaba el trocar en el cuerpo de Cliff—. Ya sabes, esas palomas blancas que sueltan en los funerales. —Zas de nuevo—. Creo que podría ganar dinero con eso. Tengo que conseguir unas cuantas palomas. —Zas, zas, zas.

No cabe duda de que este método de embalsamamiento tenía puntos en común con el que se practicaba en tiempos de la guerra civil norteamericana. Las familias querían ver por última vez los rostros de sus muertos —un aspecto importante en el ritual de despedida y duelo—, y el embalsamamiento se lo permitía. Incluso hoy en día es necesario cuando se quiere pasear el cadáver. Como me explicó Bruce:

—Mira, el embalsamamiento no es estrictamente necesario. Pero si quieres pasear el féretro con el cadáver, llevándolo de una iglesia a otra para celebrar diferentes servicios, entonces será mejor que lo embalsames.

En el caso de Cliff, que al día siguiente sería enterrado en el cementerio de veteranos, el embalsamamiento no tenía sentido.

Cuando hablamos de embalsamamiento no hablamos de una minucia. Aunque legalmente no es un procedimiento indispensable, es el más importante en la industria funeraria de Estados Unidos, que mueve miles de millones de dólares. Es un proceso alrededor del cual se ha movido todo el sector durante los últimos ciento cincuenta años. Sin el embalsamamiento, los profesionales funerarios continuarían dedicándose exclusivamente a vender féretros y alquilar coches fúnebres, y seguirían sacando muelas para completar ingresos.

La pregunta es: ¿por qué hemos llegado al punto de respetar el proceso de embalsamamiento y de decorar a nuestros muertos como si fueran monigotes, como hicieron con el pobre papá Aquino? ¿Cómo es posible que embalsamemos a un hombre como Cliff, sin preguntarnos si en su caso es necesario? A finales del siglo XIX, los

enterradores comprendieron que el cadáver era el eslabón que les faltaba para convertirse en profesionales. Era necesario transformar el cadáver en un producto. Y eso es lo que hicieron.

Auguste Renouard, uno de los primeros embalsamadores de Estados Unidos, afirmó en 1883: «Antes, todos pensaban que cualquier idiota podía ser enterrador. Sin embargo, ahora ven el proceso de embalsamamiento como un procedimiento incomprensible y misterioso y sienten respeto por quienes lo practican».

Al principio no se necesitaba ningún título oficial, ningún estudio para embalsamar cadáveres, de modo que parecía un oficio al alcance de cualquiera. Había «profesores» ambulantes que iban de pueblo en pueblo enseñando el oficio en cursos de tres días y luego les vendían a los alumnos los fluidos embalsamadores de la marca que representaban.

En unas pocas décadas, sin embargo, el embalsamador pasó de ser un charlatán que ganaba un dinero en el campo de batalla a convertirse en «especialista». Los fabricantes de productos químicos hicieron una agresiva campaña para presentar al embalsamador como un profesional altamente cualificado, que tenía no solo conocimientos técnicos sino también una sensibilidad artística para embellecer los cadáveres. Era una profesión en la que la ciencia y el arte se aunaban como en ninguna otra. Las empresas utilizaron revistas profesionales como *The Shroud*, *The Western Undertaker* y *The Sunnyside* para defender esta postura.

Las nuevas generaciones de técnicos embalsamadores trazaron un nuevo relato: gracias a sus conocimientos podían proteger al público de enfermedades, y al mismo tiempo creaban con su arte una «imagen final» que la familia podía conservar en la memoria. Claro que se ganaban la vida con los muertos. Lo mismo que los médicos, ¿no? ¿O acaso los embalsamadores no merecían que les pagaran por un trabajo bien hecho? Durante siglos, los muertos se quedaban en sus casas y eran las familias quienes los lavaban y amortajaban, pero eso ya no importaba. El embalsamamiento era lo que convertía esta tarea en una profesión, era el ingrediente mágico.

El japonés Shinmon Aoki explica en un breve libro de memorias que cuando empezó a trabajar en una funeraria lavando y amortajando a los muertos todo el mundo se burlaba de él. Su familia lo repudió, su mujer no quería dormir con él porque estaba «contaminado» por su contacto con los muertos. Aoki se compró una bata de cirujano, una mascarilla y unos guantes y empezó a aparecer así ataviado en las casas. La

respuesta de la gente cambió de inmediato y empezaron a llamarlo «doctor». Es similar a lo que hicieron los enterradores norteamericanos: al presentarse como una suerte de «médicos» se convirtieron en personas respetadas.

Mientras contemplaba el proceso de embalsamamiento de Cliff recordé a la familia Huang, con su «cremación en presencia de testigos». Estaba más decidida que nunca a participar en la cremación de los miembros de mi familia.

—He estado pensando en esto, Bruce —dije—. He llegado a la conclusión de que podría incinerar a mi madre, pero de ninguna manera podría embalsamarla así.

La respuesta de Bruce me sorprendió.

—Por supuesto que no, por supuesto. Puede que creas que puedes, hasta el momento en que la ves yaciendo muerta sobre la mesa. ¿Cómo ibas a hacer una incisión en la garganta de tu madre para encontrar la vena? ¿Cómo ibas a clavarle el trocar? Se trata de tu madre. Tendrías que ser muy insensible para hacer eso.

Bruce se paró y me miró a los ojos. No sería la última vez que sus palabras me hacían pensar que su trabajo representaba para él algo más que una forma de ganar dinero. A pesar de sus chanzas continuas y sus ideas sobre cómo enriquecerse con las palomas de los funerales, Bruce era un filósofo.

—Date cuenta de una cosa: el vientre de tu madre es el lugar donde viviste durante nueve meses, es tu origen. A través de ese vientre viniste al mundo. ¿Y vas a clavarle un trocar, a apuñalarla? ¿Vas a destruir el lugar del que viniste? No podrías hacerlo de ninguna manera.

En lo alto de la cordillera del Tíbet, donde el suelo es tan rocoso que no se puede excavar y los árboles son tan escasos que es imposible hacer hogueras, los tibetanos idearon otro método para sus muertos. Un rompedor profesional de cadáveres, el *rogyapa*, separa la carne del cuerpo, pulveriza los huesos y los mezcla con mantequilla de leche de yak y harina de cebada. Luego el cuerpo se deja sobre una piedra plana, bien alta, para que se lo coman los buitres. Las aves llegan volando y se llevan el cuerpo hacia los cuatro puntos cardinales. Así, en un acto de generosidad, la carne sirve para alimentar a otros seres vivos.

Los rituales que una cultura determinada lleva a cabo con sus muertos pueden resultar sorprendentes y hasta ofensivos a ojos de los que no comparten su entramado de significaciones. Pensemos en los wari, que asan a sus compañeros muertos; en los monjes tibetanos, que dejan que los buitres despedacen a sus difuntos, y en el

embalsamador, que agujerea con un trocar los intestinos de Cliff. Pero hay una diferencia crucial entre lo que hacen los wari y los tibetanos y lo que Bruce le hacía a Cliff: las creencias. Para los wari era importante destruir el cadáver. Los tibetanos piensan que nuestro cuerpo puede servir de alimento a otros una vez que el alma lo ha dejado. En Estados Unidos, sin embargo, no creemos en el embalsamamiento, por mucho que lo practiquemos. No es un ritual que nos ofrezca consuelo, sino una partida más (900 dólares) en la factura de la funeraria.

Si un profesional como Bruce tenía claro que nunca podría embalsamar a su propia madre, yo no entendía por qué demonios teníamos que llevar a cabo esta práctica con los demás.

# Bebés del demonio

Una pesadilla repleta de cosas desconocidas,  
de satánicos sabbats donde se asan fetos,  
de viejas que se miran al espejo y niñas  
que desnudan una pierna para tentar a la Bestia.

*Los faros*, Charles Baudelaire

Si te gradúas en Historia Medieval, te sorprenderá ver las escasas ofertas de trabajo que te llegan. Solo tienes que teclear «historiador» y «medieval» en Craigslist<sup>4</sup> para descubrir que el mejor empleo que te ofrecen es escanciar hidromiel en uno de esos festivales que recrean la Edad Media. La única opción que te queda es sacarte el título y pasarte los siguientes siete años entre polvorrientos manuscritos iluminados de la Francia del siglo XIII, intentando recordar el latín que habías olvidado. O logras entrar como profesor en alguna universidad o acabarás desarrollando una joroba.

Ya se me había ocurrido lo de hacer carrera en el mundo académico, pero no tengo ni la capacidad intelectual ni el aguante necesario. Fuera de la torre de marfil, el mundo exterior era frío y despiadado, y lo único que podía mostrar de mis años universitarios era una tesis de investigación titulada: «A nuestra imagen y semejanza: la supresión de los nacimientos demoníacos según los estudios de brujería de la Baja Edad Media».

Mi tesis, que entonces me pareció la obra de mi vida, se centraba en los juicios de brujería en la Baja Edad Media. Y cuando hablo de brujería no me refiero a las brujas que aparecen en las postales de Halloween, con sus sombreros picudos y verrugas en la cara. Me refiero a las personas que en la época medieval fueron acusadas de brujería y quemadas en la hoguera. Se desconoce exactamente cuántas fueron, pero calculando por lo bajo se considera que más de cincuenta mil personas fueron ejecutadas en Europa occidental acusadas de crímenes de *maleficium*, es decir, prácticas de brujería. Y en este número contamos únicamente a las personas que llegaron a ser ejecutadas: ya fuera en la

hoguera, en la horca o ahogadas, torturadas y demás. Pero otras muchas más fueron acusadas de brujería y juzgadas.

Y estas personas –la mayoría de ellas mujeres– no eran acusadas de prácticas de primer nivel de brujería, como usar una pata de conejo para la buena suerte o preparar un filtro amoroso. Las acusaban nada menos que de hacer un pacto con Satanás para sembrar la muerte y la destrucción. Y como en aquel entonces la mayor parte de la población de Europa era iletrada, la única manera de hacer un pacto con el diablo era mediante un acto sexual, con una especie de rúbrica erótica, por así decirlo.

La gente creía que las brujas, aparte de celebrar misas satánicas para entregarse al diablo, se dedicaban a levantar tormentas, destruir las cosechas, volver impotentes a los hombres y matar a los niños en sus cunas. En la Europa medieval, y durante la Reforma protestante, cualquier suceso desgraciado o inexplicable se atribuía a las brujas.

Para los que vivimos en el siglo XXI resulta fácil considerar que eso eran tonterías, y que la gente de la Edad Media estaba medio loca al creer en pactos sexuales con Satanás y en diablillos voladores. Pero, para los hombres y mujeres que vivieron en aquella época, la brujería era una realidad, algo tan probado e indiscutible como lo es para nosotros que el tabaco provoca cáncer o que la Tierra es redonda. Lo mismo daba que vivieran en una ciudad o en una aldea, que se tratara de un humilde labriego o del papa en persona. Todos sabían que las brujas existían, y que mataban a los niños, destruían las cosechas y mantenían relaciones lascivas con el diablo.

Uno de los libros más importantes del siglo XVI es un manual de caza de brujas escrito por un inquisidor, Heinrich Kramer. El *Malleus Maleficarum*, o *Martillo de las brujas*, era una guía para detectar a las brujas de tu pueblo y acabar con ellas. En este libro nos enteramos, por boca de una supuesta bruja suiza, de lo que las brujas les hacen a los recién nacidos:

Así es como lo hacemos. Intentamos atrapar sobre todo a los niños sin bautizar [...] y los matamos en la cuna con nuestros hechizos, incluso mientras duermen junto a sus padres. Lo hacemos de tal manera que parece como si hubieran muerto por causas naturales, o que los propios padres los hubieran aplastado. Luego los sacamos en secreto de sus tumbas y los hervimos en una caldera hasta que la carne se desprende de los huesos. Con ello obtenemos una sopa que podemos beber. Con la parte sólida que queda preparamos un ungüento que nos ayuda en nuestras artes, nos da placer y nos transporta.

Si hemos de creer sus confesiones –obtenidas mediante tortura–, las brujas hacían todo tipo de cosas con los niños que mataban: los hervían, los asaban, bebían su

sangre... Una de las principales utilidades era preparar un ungüento con los huesos molidos y aplicarlo sobre las escobas para poder volar.

Traigo a colación esta historia de las brujas y los bebés porque quiero que entiendan que cuando la escribí nunca había visto un bebé muerto. Cuando empiezas una nueva fase de tu vida, te imaginas que puedes olvidarte de la etapa anterior. «A la porra con las teorías académicas sobre la brujería –te dices–. ¡A la porra con toda esa filosofía y esa pedantería! Ahora estoy viviendo la realidad. Estoy incinerando cadáveres, sudando y padeciendo. Ahora tengo resultados tangibles.» Pero lo cierto es que nunca dejas el pasado totalmente atrás. Mis pobres bebés muertos se vinieron conmigo.

Como ya he comentado, lo primero que veías al entrar en la cámara de refrigeración de Westwind Cremation eran las pilas de cajas de cartón perfectamente alineadas y etiquetadas, cada una con el cadáver de una persona recientemente (o no tan recientemente) fallecida. Pero lo que seguramente no apreciabas en un primer momento eran los tristes compañeros de los cadáveres adultos: los bebés. Los han puesto aparte, sobre una estantería de metal al fondo, en un rincón que exuda tristeza. Los bebés de mayor tamaño están envueltos en un grueso plástico azul, y cuando abres el plástico tienen un aspecto normal, con sus gorritos de punto, sus guantes, sus medallas sobre el pecho. Se diría que están dormidos..., si no estuvieran tan fríos.

Los bebés más jóvenes –los fetos, para ser exactos– te caben en una mano. Como son demasiado pequeños para el envoltorio de plástico, flotan en un contenedor de formaldehído, como si formaran parte de un experimento del colegio. En inglés, donde tenemos muchos eufemismos para los asuntos desagradables, llamamos a estos niños *stillborn* (algo así como nacidos quietos), pero los hablantes de otras lenguas son más explícitos: *nacidos muertos*,<sup>5</sup> *totgeboren*, *mort-nés*..., es decir, que han muerto antes de nacer.

Estos bebés llegaban al crematorio procedentes de los grandes hospitales de Berkeley y Oakland. Cuando el bebé muere en el útero o inmediatamente después de nacer, los hospitales suelen ofrecer a los padres una cremación gratuita. Es un gesto generoso, porque la cremación de un bebé, aunque las funerarias apliquen descuentos, puede ascender a varios cientos de dólares. De todas formas, es lo último que una madre desea que le ofrezcan gratis.

En Westwind Cremation solíamos recoger a los bebés y llevarlos a nuestro rincón. A veces eran tres o cuatro por semana, y en ocasiones algunos más. Los incinerábamos

aparte, y el hospital nos enviaba un cheque. En el caso de los bebés, eran los propios hospitales los que se encargaban de enviar el certificado de defunción al estado de California, incluso antes de que los cuerpos llegaran al crematorio. Esto nos evitaba tener que hacerle odiosas preguntas burocráticas a la desconsolada madre («¿Cuándo tuvo su última regla? ¿Fumaba durante el embarazo? ¿Cuántos cigarrillos al día?»).

En una ocasión en que Chris estaba al otro lado de la bahía, en San Francisco, recogiendo un cadáver del Instituto Forense, Mike me pidió que fuera a buscar a los bebés muertos de la semana. Le pedí todo tipo de instrucciones detalladas, porque me pareció un encargo en el que era muy fácil meter la pata.

—Solo tienes que aparcar la furgoneta con la puerta trasera encarada al muelle de carga del hospital. Te diriges a las enfermeras y les dices que has venido a recoger a los bebés. Ya deberían tener preparados los papeles y todo lo necesario. Es muy fácil —me prometió Mike.

Diez minutos más tarde dejé la camioneta junto al muelle de carga detrás del hospital y saqué la camilla. Utilizar una camilla de adulto para unos pocos bebés podía parecer exagerado, pero no me pareció apropiado recorrer los pasillos cargada con los bebés. Estaba segura de que no podría cogerlos bien y se me caerían al suelo, como esas mamás estresadas que salen del supermercado cargadas con demasiadas bolsas para aprovechar el viaje.

Siguiendo las instrucciones de Mike, fui antes que nada al puesto de las enfermeras. Pero entonces todavía se me hacía muy difícil mencionar el tema de la muerte. Lo que suelo hacer cuando me presento a una persona que no conozco es sonreír amablemente y charlar, pero cuando tu misión es recoger bebés muertos la sonrisa parece fuera de lugar. «Hola, ¿qué tal? Vengo a por los bebés muertos. Y, por cierto, qué bien te sientan esos pendientes.» Por otra parte, si te presentas con la cabeza gacha y los brazos cruzados y pones un tono lastimero te conviertes en «esa chica rara de la funeraria». De modo que debía lograr un difícil equilibrio; tenía que mostrarme sonriente, pero no demasiado.

Tras deliberar entre ellas, las enfermeras decidieron que yo estaba autorizada a llevarme los bebés. Fui a la morgue escoltada por un miembro de la seguridad del hospital, una mujer muy severa que sabía cuál era mi vil encargo y me miraba con franca antipatía. Me costó varias maniobras y varios intentos meter la camilla en el ascensor. Mientras bajábamos a la morgue, la mujer me interrogó:

—¿Para qué ha traído la camilla?

—Bueno, ya sabe. Para, ejem, llevarme a los bebés —balbuceé.

—Su compañero viene con una caja de cartón —replicó ella rápidamente—. ¿Dónde está su compañero?

Una caja de cartón. Qué buena idea. Un medio discreto, fácil de transportar y, sobre todo, adecuado. ¿Cómo es que Mike no me había dicho nada? La verdad era que lo estaba haciendo fatal.

La guardia de seguridad abrió la puerta de la morgue para dejarme pasar y me contempló con los brazos cruzados. Su desaprobación era palpable. Yo no tenía forma de saber en cuál de las hileras y más hileras de puertas de acero inoxidable estaban los bebés. No tuve más remedio que armarme de valor para preguntárselo a mi acompañante.

—¿No lo sabe? —fue su respuesta. Levantó un dedo lentamente y señaló una de las neveras.

Me vigiló mientras yo sacaba los bebés uno por uno y los ataba a la camilla con las correas lo mejor que sabía. Recé a mi hada madrina para que convirtiera mi camilla en una caja de cartón, o en un cajón de botellas de leche o en lo que fuera con tal de que me evitara recorrer el pasillo transportando los fetos metidos en formaldehído sobre una camilla para adulto. Cuando por fin pensaba que había conseguido marcharme con mis bebés sin perder la dignidad, aunque con la cabeza gacha, la mujer me asestó el último golpe.

—Señora, tiene que firmar aquí.

¿Me había acordado de traer un bolígrafo? No, no me había acordado. Al ver que varios bolígrafos le asomaban por el bolsillo de la camisa, me atreví a pedirle que me prestara uno. Y entonces me dirigió una mirada, la mirada más despectiva y burlona que me han dirigido jamás. Me miraba como si yo hubiera matado a esos bebés con mis propias manos.

—Primero tendría que quitarse esos guantes —respondió.

Eran los mismos guantes con los que había transferido los bebés a la camilla.

A decir verdad, a mí tampoco me haría gracia prestarle mi bolígrafo (que en un lugar tan burocrático como un hospital estadounidense es un instrumento de gran valor) a la chica que acababa de manejar cadáveres de bebés. Pero por su forma de decirlo comprendí que esa mujer tenía pánico a la muerte. Lo mismo daba que yo le sonriera y me excusara al modo de Hugh Grant, balbuceando explicaciones sobre que era nueva en

este trabajo. La mujer había decidido que yo era una persona sucia y pervertida, una sirvienta del submundo. A ella no le molestaba cumplir con sus obligaciones como guardia de seguridad del hospital, pero estos viajes a la morgue ya eran un poco excesivos.

Me quité los guantes, firmé los papeles y empujé la camilla hasta la camioneta. Un triste paseo en cochecito para los bebés.

Las incineraciones de bebés se llevaban a cabo siguiendo casi los mismos pasos que las de los adultos. Registrábamos sus nombres, si es que tenían nombre. A veces eran simplemente «Bebé Johnson» o «Bebé Sánchez». Era más triste cuando tenían nombres de pila, aunque estuvieran muy mal escritos, como KateLynn por Caitlin. Los nombres de pila indicaban que sus padres los habían estado esperando y les habían hecho un lugar en la familia.

El mecanismo para depositar el cadáver justo entre los brazos ardientes del horno no servía en el caso de los bebés. El propio operador del horno crematorio tenía que llevar a cabo el lanzamiento para que el bebé fuera a parar bajo la llama principal que brota del techo del quemador. Tenías que asegurarte de que el bebé fuera a parar al lugar preciso, y con un poco de práctica lo hacías bastante bien.

Las incineraciones de bebés se hacían al final de la jornada, cuando las paredes de ladrillo del horno estaban tan calientes que casi no hacía falta fuego para quemarlos. No era raro que Mike me pidiera que dejara un adulto para el día siguiente y «lanzara un par de bebés» antes de que acabara el día. Y es que si la incineración de un adulto puede tardar horas en completarse (hay que contar con el proceso de enfriamiento de las cenizas), con los bebés el proceso tardaba veinte minutos como máximo. De modo que más de una vez me descubrí poniéndome metas: «A ver, Caitlin, ¿qué hora es? ¿Las 15:15? Apuesto a que puedes quemar cinco bebés antes de las cinco. A ver si lo consigues».

¿Les parece espantoso? Por supuesto que lo es. Pero me habría vuelto loca si hubiera permitido que me afectara la tragedia de cada uno de esos fetos, esas pequeñas vidas tan deseadas que no habían llegado a término. Habría acabado tan amargada y asustada como la guardia de seguridad del hospital.

En cuanto a los bebés más grandes, los que venían envueltos en plástico azul, yo era partidaria de desenvolverlos. No lo hacía por una curiosidad malsana, sino porque me

parecía mal no mirarlos y arrojarlos al horno como si no hubieran existido, como si fueran un desecho del hospital que era preferible no conocer.

En más de una ocasión, al abrir el envoltorio me encontraba con un bebé deformes: una cabeza demasiado grande, ojos colocados en lugares erróneos, una boca torcida. En la Europa de antes de la Ilustración, la deformidad de un recién nacido daba pie a curiosas explicaciones, entre las que se incluía la naturaleza maligna de la madre o los malos pensamientos de los padres. La monstruosidad del niño reflejaba los pecados de sus padres.

En su tratado *Des monstres et des prodiges* (*De monstruos y prodigios*), el cirujano francés del siglo XVI, Ambroise Paré, ofrece una larga lista de razones para las malformaciones de los bebés: la ira divina, un exceso de semen, problemas uterinos o deseos inapropiados de la madre. Hoy estas razones nos parecen irrelevantes, salvo que consideremos el consumo de drogas de la madre durante el embarazo como «deseos inapropiados» (que puede ser una buena forma de describirlos).

Muchos de estos bebés no eran bienvenidos; su existencia era una molestia. No todos eran unos hijos deseados que se habían torcido en su trayecto biológico de feto a bebé. Oakland tiene uno de los índices de pobreza más altos de California; aquí hay bandas, problemas de drogas. Los bebés que llegaban a Westwind eran de todas las razas y colores: en Oakland, la mala conducta afecta a todas las comunidades.

Cuando me encontraba con el rostro de los bebés deformes siempre me preguntaba si habían sido víctimas de los crueles caprichos de la biología o el producto de unas madres incapaces de abandonar sus adicciones y su estilo de vida, incluso cuando esperaban un bebé. Era imposible saber la verdad, aunque en ocasiones lo comprendía meses después, cuando tras insistentes llamadas telefónicas comprobaba que nadie venía a buscar las cenizas.

Solamente lloré una vez. Fue por un bebé desarrollado. Una tarde entré en la oficina de Mike para preguntarle si podía hacer algo mientras esperaba un nuevo cadáver. Su respuesta fue balbuceante:

—Bueno, pues en realidad..., a lo mejor podrías... Es igual, déjalo estar.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Iba a decir que a lo mejor podrías cortarle el pelo a esta niña, pero no te preocupes. No te obligaré a hacerlo.

—No, ¡puedo hacerlo! —me apresuré a declarar. Todavía estaba deseosa de demostrar que los muertos no me daban miedo.

El bebé era una niña que había muerto por una malformación cardiaca a los once meses de edad. Era una niña grande, una criatura de este mundo. Sus padres querían que le cortáramos el pelo antes de incinerarla, seguramente para guardar unos mechones dentro de un medallón o de un anillo, como hacían en la época victoriana. A mí me parecía admirable que la gente hiciera bonitas joyas y objetos de recuerdo con el pelo de los muertos. Es una tradición que hemos perdido, hasta el punto de que ahora se consideraría de mal gusto guardar cualquier parte del fallecido, aunque fuera algo tan inocente como un mechón de pelo.

Para cortarle el pelo a la niñita tuve que cogerla en brazos. Era la mejor forma de cortarle los rubios rizos. Los guardé en un sobre y llevé a la niña al crematorio. Cuando estaba delante de la puerta del horno, a punto de meterla dentro, empecé a llorar, una reacción muy poco habitual en esta industria, donde la eficiencia es esencial.

¿Por qué fue esta niña en particular la que me hizo llorar?

Tal vez porque acababa de afeitarle la cabeza y de envolverla en una manta y estaba a punto de arrojarla a las llamas. Era como si llevara a cabo un sagrado ritual en un lugar imaginario; un lugar donde una mujer se encargaba de recoger a los bebés muertos, afeitarles la cabeza y quemarlos, por el bien de la sociedad.

O tal vez porque era una niña preciosa, con una boquita en forma de corazón y las mejillas redondas. Parecía uno de esos bebés que aparecían en las conservas Gerber de los años cincuenta (todo lo que puede parecerse a esas ilustraciones un bebé muerto).

O puede que la niña fuera un símbolo de todos aquellos bebés por los que no había llorado. Aquellos por los que no tenía tiempo de llorar si quería cumplir con mi trabajo y quemar a cinco antes de las cinco de la tarde.

O es posible que fuera porque sus ojos azules me recordaban a mí misma en un ataque de narcisismo primario. Yo había vivido y ella no; yo era la que incineraba y ella la incinerada. Mi corazón latía y el suyo ya no.

Ahora entendía por qué Mike quería que yo me encargara de cortarle el pelo a la niña, aunque le costara pedírmelo. Mike tenía un hijo, un crío precioso de cinco años. La tarea de incinerar a los bebés ya era dura para una joven de veintitrés años sin hijos, pero para un padre tenía que ser una tortura. Mike nunca hacía ningún comentario, pero había

momentos en que su fachada se agrietaba un poco, lo suficiente como para ver que le afectaba.

Estuve meses pensando que Mike era un tipo duro, sin más. Pero el ogro que había creado en mi imaginación no tenía nada que ver con el auténtico Mike, que tenía una esposa seguidora de la New Age llamada Gwaedlys, un hijo precioso y un jardín orgánico detrás de su casa. Empezó a trabajar en el crematorio después de varios años consiguiendo amnistías para los refugiados. Yo lo veía como un ogro porque asistía impasible a mis esfuerzos denodados por trabajar duro y hacer las cosas bien. No era que me tratara mal, pero su silencio me hacía sentir tremadamente insegura, y proyectaba sobre él mis propios temores de que era demasiado débil para hacer ese trabajo, de que no era capaz de enfrentarme a la muerte. Y eso me preocupaba.

Le pregunté a Bruce por qué Mike no quería tener nada que ver con los bebés muertos. Bruce me miró como si estuviera chalada.

—Bueno, claro que Mike no quiere hacerlo. Él tiene un hijo y tú no. Cuando eres padre ves a tu hijo en el bebé muerto. A medida que cumples años empiezas a ser consciente de tu propia mortalidad. No te quepa duda, los niños te preocuparán más a medida que te hagas mayor —me advirtió.

Cuando acabé de incinerar a mi bebé Gerber, lo único que quedó de ella —como de cualquier otro bebé— era un montoncito de ceniza y unos trocitos de huesos. Los huesos de un bebé son demasiado pequeños para triturarlos en el cremulador de los adultos. Pero ni la tradición cultural ni las leyes (de nuevo) nos permitían entregar a los padres un saquito de huesos. De modo que, cuando los huesos de un bebé se enfriaban, teníamos que «procesarlos» manualmente con una especie de mano de mortero diminuta. Yo trituraba sus diminutos fémures y su pequeño cráneo hasta que quedaban convertidos en un montoncito de cenizas que los padres podrían enterrar, guardar en una miniurna o tomar en las manos y esparcirlas.

Un año después de escribir mi tesis sobre las brujas medievales, acusadas de asar a los niños no nacidos y de pulverizar sus huesos, me encontraba haciendo exactamente eso: quemando bebés muertos y triturando sus huesos. La tragedia de aquellas mujeres acusadas de brujería era que en realidad nunca pulverizaban huesos de niños para volar en la escoba durante un sabbat demoníaco. Sin embargo, las condenaron a morir en la hoguera. Yo, en cambio, sí que pulverizaba los huesos de los bebés, y a cambio recibía

muchas veces el agradecimiento de sus pobres padres, que veían mi cuidado y mi preocupación.

Las cosas cambian.

## Eliminación exprés

Mark Nguyen tenía solo treinta años cuando murió. Mientras el cadáver esperaba en una nevera a que lo trasladaran al Instituto Forense de San Francisco para practicarle la autopsia, su madre se presentó en Westwind para encargar la incineración.

—Necesitamos que nos responda a unas preguntas para el certificado de defunción: ¿estaba casado su hijo, señora Nguyen?

—No, hija mía.

—¿Tenía hijos?

—No.

—¿Cuál fue su último empleo?

—No tenía empleo. No había trabajado nunca.

—Lo siento mucho, señora Nguyen —dije. Una madre a la que se le acababa de morir un hijo de treinta años tenía que estar destrozada.

La señora Nguyen movió la cabeza con aire de resignación.

—Oh, es mejor así, querida. Créeme.

Hacía tiempo que la señora Nguyen lloraba por su hijo. Hizo el duelo cuando el chico empezó con las drogas y cuando entró por primera vez en prisión. Mark tuvo recaídas..., recayó en las drogas dos..., hasta seis veces. Cada vez que su hijo desaparecía, la señora Nguyen temía que hubiera muerto de sobredosis. Dos días atrás lo encontró muerto en la habitación de un motel de ínfima categoría, en el distrito Tenderloin de San Francisco. Ahora que sus peores temores se habían hecho realidad ya no tenía que preocuparse y se sentía aliviada.

Cuando llegó la hora de pagar, la señora Nguyen me tendió una tarjeta de crédito, pero enseguida la apartó.

—Espera, querida. Mejor te doy esta otra. Me regalan kilómetros de vuelo. Así Mark me regalará una parte del viaje.

—Debería ir a un sitio tropical —dijo sin pensar, como si estuviéramos en una agencia de viajes. Si has encontrado a tu hijo muerto en la sórdida habitación de un motel, te mereces por lo menos un cóctel mai tai, ¿no?

—Sería estupendo, querida —dijo ella mientras firmaba el recibo—. Siempre he querido ir a Kauai.

—Yo soy de Oahu, pero me encanta la zona de Hilo, en la isla grande —dijo. Nos pusimos a charlar sobre los pros y los contras de las islas del archipiélago que la señora Nguyen podía visitar con los kilómetros que le daría la incineración de su hijo.

La señora Nguyen fue mi primer caso de petición de kilómetros de vuelo a la hora de pagar, pero en Westwind Cremation no era raro ver la unión entre muerte y tecnología. En el garaje de Westwind, donde se guardaban las cajas de las urnas, colgaba un marco con la licencia de Bayside Cremation. En teoría, el garaje daba a otra calle y tenía una dirección diferente. En teoría, Bayside Cremation era una empresa distinta, pero compartía instalaciones con Westwind. La única diferencia era que Bayside permitía solicitar una incineración por internet.

Si tu padre moría en un hospital de la zona podías entrar en la página web de Bayside Cremation, indicar el lugar donde se encontraba el cadáver, imprimir y firmar unos formularios, enviarlos por fax al número que te indicaban y poner en la página web el número de tu tarjeta de crédito. Todo esto sin tener que hablar con una persona real. De hecho, no podías hablar con nadie aunque quisieras, porque todas las preguntas había que hacerlas enviando un correo electrónico a [info@baysidecremation.com](mailto:info@baysidecremation.com). Dos semanas más tarde, un cartero se presentaría en tu casa, te haría entrega de las cenizas de papá, llegadas por correo certificado, y te pediría la firma de rigor. No había necesidad de ir a la funeraria ni de ver caras tristes, no había necesidad de ver el cuerpo de tu padre. Te ahorrabas todo eso por el módico precio de 799,99 dólares.

Por supuesto, dentro del recinto el procedimiento era el mismo para las dos empresas. Chris o yo íbamos a recoger el cadáver, hacíamos el papeleo y lo incinerábamos en el mismo horno crematorio. Bayside Cremation ofrecía el mismo modelo de Westwind Cremation —donde ya la interacción humana era mínima—, pero totalmente desprovisto de contacto con persona alguna.

Bruce, nuestro embalsamador, creía, en cambio, que los vivos deberían preocuparse más por los muertos.

—Mira, Caitlin, una computadora no puede incinerar a un cadáver —decía. Bruce había trabajado en otra funeraria antes de Westwind donde los hornos crematorios funcionaban según tiempos programados—. Parecería una buena idea, ¿no? La eficiencia y todo ese rollo. Pero no funcionaba si el cadáver no quedaba bien incinerado. Porque la máquina decía «ding, dong, se ha acabado la incineración», y cuando abrías el horno veías que el cadáver no estaba incinerado, sino medio carbonizado. Esto es lo que pasa con las computadoras.

Muchas de las familias que elegían Bayside Cremation buscaban el precio más bajo para deshacerse del cadáver de ese cuñado de sesenta y cinco años al que hacía años que no veían, pero del que, según la ley de California, tenían que hacerse cargo. Mark Nguyen, un drogadicto cuya madre hacía mucho tiempo que lo había dado por perdido, habría sido un caso ideal para Bayside Cremation. Pero había casos que te partían el corazón. Uno de los que incineró para Bayside era un chico de veintiún años, un poco más joven que yo entonces. Bueno, claro que a esa edad puedes ser un idiota, pero todavía no pueden considerarte un caso perdido.

Me imaginé a mis padres recibiendo la noticia de mi muerte. Mi madre se volvería hacia mi padre y le diría: «Bueno, John, ¿y si buscáramos en internet una incineración barata para Caitlin? ¿Te acuerdas de lo fácil que fue pedir comida china a través de la página web? Como en realidad no necesito hablar con nadie sobre el destino de mi preciosa hija, creo que podemos hacerlo por internet».

Me preguntaba quién se ocuparía de mi cadáver si moría joven. La sola idea de Bayside Cremation me producía un terrible sentimiento de soledad. No dejaba de pensar que cualquiera de mis amigos en Facebook se apresuraría a escribir «Ñam, ñam» bajo la foto de mi ensalada niçoise, pero dudaba que alguno de ellos viniera a enjugarme el sudor de la frente cuando estuviera agonizando, o a limpiarme el culo cuando hubiera muerto.

Una de mis tareas era empaquetar las cenizas de Bayside Cremation para enviarlas por correo. El servicio de Correos de Estados Unidos exigía que las cenizas se empaquetaran de una manera determinada. El paquete tenía que estar asegurado con una gruesa cinta adhesiva y llevar un sinfín de etiquetas. Cuando tenía varios paquetes para enviar iba a la oficina de Correos y los colocaba sobre el mostrador de linóleo. La señora asiática al otro lado del mostrador les ponía el sello de «Restos humanos» y meneaba la cabeza.

—Mire, yo no hago las reglas —le insistía yo—. Las familias quieren que se los envíe.

Pero la mujer seguía estampando el sello sin abandonar la seriedad de su expresión.

Incluso con estas cajas perfectamente estancas y envueltas en cinta adhesiva había familias que intentaban convencernos de que habían recibido las cenizas en malas condiciones. Cualquier cosa con tal de no pagar. Un caballero de Pensilvania llegó a decir que su hermano había llegado en un paquete roto, y aseguró que cuando lo puso en el asiento trasero del coche descapotable y salió a la autopista, las cenizas volaron por todas partes. No pude dejar de apreciar el homenaje a la película *El gran Lebowski*, pero bastó que le explicara cómo empaquetábamos las urnas para que el hombre dejara de amenazar con denunciarnos. Al final, descubrimos que ni siquiera había ido a la oficina de Correos a recoger la urna.

Cada vez que llegaba una solicitud de incineración a Bayside Cremation, se oía un sonido de fax que provocaba una respuesta pavloviana entre los empleados de Westwind, porque la empresa nos había prometido una copa y una cena de celebración cuando llegáramos a la petición por internet número cien.

Un martes por la mañana sonó un pitido de fax y Chris se levantó con un gruñido (las copas y las reuniones sociales no le tientan demasiado) a leer el mensaje.

—Oh, mierda, Caitlin. Tiene nueve años.

—¿Cómo dices, Chris?

—Tiene nueve años.

—¿Una niña? —Yo estaba horrorizada—. ¿Cómo se llama? ¿Jessica?

—Ashley —dijo Chris en tono apesadumbrado.

—Mierda.

Una niña de nueve años llamada Ashley que acababa de cursar tercero de primaria había muerto en un hospital. Sus padres fueron a casa, introdujeron su número de tarjeta de crédito en una página web y esperaron dos semanas a que apareciera una cajita con sus cenizas.

Finalmente hablé por teléfono con la madre de Ashley, porque por muchos correos electrónicos que intercambiamos la tarjeta de crédito que ella me había dado no funcionaba. Resultó que había intentado pagar la incineración con su tarjeta de los almacenes Sears. Desde luego, es posible que Sears ofrezca en el futuro una incineración-en-un-clic. Pero entonces utilizarían un eufemismo, como «procedimiento de fragmentación por calor», para ofrecer su servicio. Puede que los familiares de Ashley fueran visionarios de la muerte en el futuro y no los padres sin sentimientos que yo creía.

La idea de que una niña de nueve años pueda transformarse en una cajita perfectamente cerrada de cenizas muestra la total ignorancia y el desprecio de nuestra cultura. Es como si los adultos creyeran que, en efecto, los bebés los trae la cigüeña. Sin embargo, Joe, el dueño de Westwind, estaba convencido de que Bayside Cremation era el futuro del funeral barato. No era la primera vez que en California éramos testigos del futuro de la muerte.

La ciudad de Glendale, al norte de Los Ángeles, tiene algunas peculiaridades. Posee una de las poblaciones de armenios más numerosas de Estados Unidos, es la sede de la cadena de helados Baskin-Robbins y cuenta con uno de los cementerios más importantes del mundo: Forest Lawn, que más que un cementerio es un «parque conmemorativo», con suaves colinas y sin una sola estela mortuaria. Bajo el suelo descansan los restos de numerosas celebridades de Hollywood: Clark Gable, Jimmy Stewart, Humphrey Bogart, Nat King Cole, Jean Harlow, Elizabeth Taylor, Michael Jackson y el propio Walt Disney (a pesar de la leyenda, su cuerpo no fue criopreservado).

Forest Lawn se fundó en 1906, pero en 1917 llegó un nuevo gerente llamado Hubert Eaton al que disgustaba profundamente el apagado modelo de cementerio europeo. Hubert Eaton tuvo la idea de crear un «parque conmemorativo», un modelo norteamericano más optimista, alejado de los camposantos tradicionales que tan deprimentes le parecían. Lo primero que hizo fue retirar las estelas funerarias y reemplazarlas por discretos rótulos en el suelo, porque «no queremos estropear el paisaje con lápidas mortuorias verticales». Por otra parte, llenó el parque de estatuas y obras artísticas, a las que consideraba sus «vendedores silenciosos». Su primera adquisición fue una escultura llamada *Duck Baby*, que representa a un crío rodeado de patos, y a partir de ahí la colección de obras de arte de Forest Lawn fue en aumento. Eaton ofreció un millón de liras al artista italiano que fuera capaz de pintarle «un Cristo radiante que dirigiera al cielo una mirada de gozo y esperanza». En pocas palabras, lo que Eaton quería era un «Cristo de rostro norteamericano».

Eaton fue el primer enterrador con talante alegre de Estados Unidos. Su objetivo era «eliminar toda expresión de duelo». En Forest Lawn se gestó uno de los rasgos más queridos de la industria funeraria de Estados Unidos: el uso de eufemismos para todo lo que sea dolor y muerte. La muerte se convirtió en «la partida», el cadáver en «el ser

querido», «los restos» o «el señor tal y cual», que después de un elaborado proceso de embalsamamiento y maquillaje esperaba el enterramiento en una cómoda habitación «de reposo».

Un artículo publicado en 1959 en la revista *Time* se refería a Forest Lawn como «el Disneylandia de la muerte», y explicaba que cada día, a primera hora, Eaton rezaba con sus empleados y les recordaba que lo que estaban vendiendo era «inmortalidad». Por supuesto, la inmortalidad no estaba al alcance de todo el mundo. El mismo artículo decía que, «lamentándolo mucho, no podían aceptar a personas chinas ni negras».

Forest Lawn se hizo famoso por su política de lograr «que la muerte fuera bella, costara lo que costase», una política que el escritor Evelyn Waugh satirizó en su novela *Los seres queridos*. Waugh describe en verso cómo un ejército de sofisticados embalsamadores hacen lo posible para que «todo cadáver que llegue sea metido en conserva / y pintarajeado como una prostituta. / Así queda incorruptible y rosado / como si no hubiera muerto nunca».

Hubert Eaton llevaba a cabo su programa para embellecer la muerte con estilo dictatorial. Sus empleados (a petición suya) se referían a él como «el Constructor». (Esto me recuerda al apodo surrealista del dentista de mi infancia, que obligaba a sus ayudantes a dirigirse a él como «Doctor». No «el doctor» o «el doctor Wong», sino Doctor a secas. Aunque los dientes que el doctor intentó enderezarme ya han vuelto a su posición torcida, este recuerdo se quedó para siempre en mi memoria: «Doctor estará con usted en un momento», o «Le preguntaré a Doctor qué piensa de esto...»)

La década de 1950, debido en buena parte a la influencia de Forest Lawn, fue una etapa dorada de la industria funeraria. En los noventa años transcurridos desde el final de la guerra civil, los enterradores habían logrado cambiar radicalmente la imagen que el público tenía de ellos. En el negocio funerario estaban desde fabricantes de féretros que necesitaban completar sus ingresos hasta profesionales médicos que embalsamaban «por cuestiones de salud pública» y hacían de los cadáveres obras de arte. A esto contribuyó la recuperación económica de la posguerra, porque la gente pudo permitirse este tipo de dispendios.

En los veinte años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, el porcentaje de incineraciones en Estados Unidos se mantuvo escandalosamente bajo: entre un tres y un cuatro por ciento. ¿Para qué optar por la incineración cuando se podía impresionar a los vecinos con féretros tan vistosos como un Cadillac, magníficos arreglos florales,

artísticos embalsamamientos y aparatosos funerales? El cadáver embalsamado era una obra de arte camino de la tumba; los muertos iban ataviados con túnicas vaporosas, y sus cabezas de ahuecados peinados reposaban sobre almohadas de color pastel. Stephen Prothero, profesor de Religión y estudioso de la industria funeraria norteamericana, lo explica con estas palabras: «Los años cincuenta ofrecieron una magnífica oportunidad para todo tipo de exhibiciones de mal gusto».

Pero estas exhibiciones de mal gusto no podían durar eternamente. A principios de los sesenta, los escandalosos precios de la industria funeraria empezaban a indignar a los ciudadanos. El negocio funerario siempre se había considerado un respetable pilar de la sociedad, pero ahora la gente comenzaba a sospechar de que tal vez algunos no eran más que charlatanes que se enriquecían con el dolor de las familias. La cabecera indiscutible de la rebelión contra la industria funeraria fue una periodista y escritora llamada Jessica Mitford.

Jessica Mitford había nacido en una excéntrica familia de la aristocracia rural británica. Tenía cuatro hermanas famosas, una de las cuales era de ideología nazi, y «gran amiga de Hitler». Como escritora, Mitford tuvo gran influencia en autores tan diferentes como Christopher Hitchens o Maya Angelou. J. K. Rowling la cita como una de las autoras que más la marcaron.

En 1963, Jessica Mitford escribió un libro titulado *Muerte a la americana* en el que no ahorraba críticas a los directores de empresas funerarias. Mitford, que tenía carnet del Partido Comunista, tildaba a los directores de funerarias de capitalistas avariciosos que habían logrado «tomar el pelo al público norteamericano con una broma macabra que les reportaba sustanciosas ganancias». El libro fue un éxito de ventas, y permaneció semanas en la lista de los más vendidos del *New York Times*. La respuesta fue abrumadora. Mitford no solo recibió miles de cartas de ciudadanos que se sentían estafados por la industria de la muerte, sino que halló aliados incluso entre los sacerdotes cristianos, que veían un tono «pagano» en estos funerales tan costosos.

Jessica Mitford encontraba especialmente detestable al propietario de Forest Lawn, Hubert Eaton, de quien admitía, aunque a regañadientes, que era probablemente «el hombre que más había influido en la industria moderna de los cementerios».

Como protesta contra Forest Lawn y otros cementerios de esta índole, Jessica Mitford declaró que a su muerte no quería los servicios funerales «tradicionales» que tan caros resultaban, sino una incineración, mucho más barata. Podemos decir que 1963 fue el año

de la incineración, porque no solo se publicó el libro de Mitford, sino que el papa Pablo VI levantó el veto de la Iglesia católica que pendía sobre la cremación. La suma de estos dos factores llevó a que la incineración se pusiera de moda en todo el país. Cuando se publicó *Muerte a la americana*, eran mayoría los ciudadanos que elegían el embalsamamiento seguido de la inhumación. Desde entonces, sin embargo, el número de incineraciones no ha dejado de crecer. Los sociólogos creen que en la próxima década por lo menos la mitad de los estadounidenses optarán por la incineración.

A la muerte de Jessica Mitford, en 1996, su marido cumplió con los deseos de la autora y mandó el cadáver al crematorio: una incineración sencilla de 470 dólares, sin funeral, sin presencia de la familia. Las cenizas de Mitford se depositaron en una urna de plástico. La autora siempre consideró que había que irse de este mundo de una forma económica y sencilla. Los tradicionalistas de la industria funeraria –hombres, en su mayoría– llamaban a este sistema: «hornear y esparcir», o «eliminación exprés». La última voluntad de Mitford fue su última mueca burlona a este grupo que tanto detestaba lo que ella proponía.

Jessica Mitford era inglesa, pero su segundo marido era de Estados Unidos y vivieron muchos años en Oakland, California. ¿Y dónde consiguió su cremación por 470 dólares? Pues nada menos que en Westwind Cremation & Burial. Chris fue el encargado de recoger el cadáver.

Ser la operadora de la misma máquina que había reducido a cenizas a Jessica Mitford me hizo sentir la satisfacción de ocupar un modesto puesto en la historia de la muerte. Yo también rechazaba los caros y ostentosos funerales tradicionales del pasado. Y a pesar del entusiasmo que sentía Bruce por el arte del embalsamamiento, tampoco me gustaba la idea de preservar a los muertos para siempre. Mitford fue muy valiente al correr «la cortina del formaldehído» y revelar al público en qué consistía el proceso del embalsamamiento: por lo general, el cadáver «se rocía con un líquido, se corta, se pincha, se baña en líquidos conservantes, se ata, se le recorta el pelo, seunta de crema y de cera, se lo maquilla, se le pintan los labios y se lo viste, de modo que quede transformado en una Bonita Imagen para el Recuerdo».

Mitford no se privó de dar detalles, hasta el punto de que su primer editor le advirtió que «con tantas explicaciones sobre el desagradable proceso de embalsamamiento, el libro sería más difícil de vender». Hay que decir en honor de la autora que esto no la arredró. Se limitó a cambiar de editor y a seguir adelante.

Tras un tiempo en Westwind, sin embargo, descubrí que no estaba totalmente de acuerdo con Mitford, aunque el mero hecho de disentir con ella me pareciera una traición. Al fin y al cabo, Mitford era la reina de la industria funeraria alternativa, una luchadora en favor del consumidor. Y si el embalsamamiento y los funerales caros eran malos, se deducía que su idea de unos funerales sencillos y económicos tenía que ser buena, ¿no? A pesar de todo, no me convencía la idea de una cultura de la muerte basada en la incineración simple y directa. En Westwind ofrecíamos embalsamamientos e inhumaciones, pero el grueso del negocio era la incineración directa: convertíamos el cadáver en un montón de cenizas por menos de mil dólares. Actualmente, internet y Bayside Cremation eran los principales aliados de Mitford, ya que prescindían incluso de un director de funeraria.

En la portada del ejemplar que conservo (reedición de 1988) aparece Jessica Mitford en el pasillo de un mausoleo elevado. Va vestida muy formal, con un bolsito y el aspecto de una mujer sensata que no está para tonterías. Es la versión madura de la mujer que aparece en el programa de televisión *Supernanny*, una *nanny* importada de Inglaterra para inculcar normas de educación a las camadas de alborotados niños norteamericanos que gritan cosas como: «Pero, *nanny*, ¡el beicon es un vegetal!».

En el libro de Mitford es palmaria su educación británica. Se aprecia que estaba orgullosa de las tradiciones del país donde nació, y estas tradiciones mandaban, entre otras cosas, que hubiera escasa interacción con el cuerpo después de la muerte. Mitford cita las palabras de un compatriota británico que vivía en San Francisco y que asistió a un funeral donde el cadáver estaba expuesto a la vista de todos: «Cuando llegué y encontré el féretro abierto y al pobre Oscar allí tendido con su traje de *tweed* marrón, tan maquillado que parecía que hubiera tomado el sol y con los labios pintados de un color espantoso, me quedé de piedra. Tuve la horrible sensación de que si el muerto no hubiera sido un buen amigo me habría provocado risa. Y en ese instante decidí que jamás asistiría a otro funeral norteamericano... ni muerto».

En Estados Unidos y en Canadá la costumbre era exponer el cadáver del difunto, pero los británicos (por lo menos los de clase social alta, como Mitford) preferían que el cadáver no estuviera presente. Resulta difícil decidir cuál de estas dos costumbres es peor.

El antropólogo británico Geoffrey Gorer decía que la muerte era como la pornografía de la Gran Bretaña contemporánea. Si en la época victoriana el gran tabú era la

sexualidad, la muerte es el tabú del mundo moderno. «A nuestros bisabuelos les decían que al bebé lo habían encontrado dentro de un repollo o de una mata de grosellas, y a los niños de ahora tal vez les dirán que los que han muerto... se han convertido en flores o descansan en un precioso jardín.»

Gorer decía que las «muertes naturales» sobrevenidas por la edad avanzada y la enfermedad habían dado paso en el siglo XX a las «muertes violentas»: guerras, campos de concentración, accidentes de carretera, armas atómicas. Si el optimismo de los estadounidenses los llevaba a «embellecer» el cadáver con productos químicos y maquillaje, el pesimismo británico conducía a considerar de mal gusto enseñarlo o llevar a cabo rituales en torno a la muerte.

En el prefacio de Mitford para *Muerte a la americana* hay dos cosas que me sorprendieron. En primer lugar, cuando dice que su libro no aborda «las pintorescas costumbres mortuorias que siguen practicando algunas tribus indias». Hay que decir que «pintorescas» no parece un adjetivo adecuado, ya que los nativos norteamericanos tenían elaborados rituales en torno a la muerte. Los siux Dakota, por ejemplo, construían plataformas de madera de dos metros o más y depositaban allí el cadáver para exponerlo a los elementos, todo en medio de una compleja ceremonia de duelo. Otra cosa que me sorprendió es que Mitford rechaza de plano que el público tenga responsabilidad en la actual situación de la industria funeraria. Afirma con aplomo que: «A la vista de las pruebas encontradas no me inclino a encontrar culpable al público».

Pero, al contrario que Mitford, yo sí me inclino por encontrarlo culpable. Es más, estoy bastante convencida de ello.

Una mujer que vino a Westwind para contratar el funeral de su madre me miró muy seria a los ojos y me dijo: «Organizar esto nos está resultando complicado, porque la muerte de mi madre nos cogió por sorpresa, ¿sabe? Piense que solo llevaba seis meses en cuidados paliativos».

Su madre había estado seis meses en un centro de cuidados paliativos (donde se dan los últimos cuidados a personas que van a morir). Esto es, ciento ochenta días en que su madre podría haber estado con su hija. Esta mujer sabía que su madre estaba enferma mucho antes de que entrara en cuidados paliativos. ¿Cómo no se le ocurrió estudiar las funerarias de la zona, comparar precios, preguntar a amigos y familiares, enterarse de lo que había que hacer y, sobre todo, preguntarle a su madre qué quería que hicieran

cuando muriera? Evitar el tema de la muerte y luego decir que fue «inesperada» no me parece una excusa aceptable.

Cuando una persona joven muere de forma inesperada es probable que la familia tenga que enfrentarse a lo que Mitford denomina «la necesidad de comprar un producto del que no tienen ni idea». La muerte súbita de una persona joven es una horrible tragedia. La familia está sumida en su pena y no tendría que preocuparse de que la funeraria aproveche la ocasión para venderles el féretro más lujoso o el servicio más caro. Sin embargo, cualquiera que trabaje en la industria funeraria puede corroborar que las muertes de jóvenes son una ínfima parte del negocio. La mayoría de las muertes acaecen tras una grave enfermedad o después de una vida longeva.

Si voy a un centro de venta de coches de segunda mano y me dicen: «Este Hyundai de 1996 cuesta 45.000 dólares» cuando el precio de mercado es de 4.200, y yo lo compro, la responsabilidad es mía. Puedo enfadarme, agitar el puño y maldecir cuanto quiera al vendedor que me ha engañado, pero todo el mundo estará de acuerdo en que la culpa es mía por no haber investigado un poco.

Mitford reconocía que cualquier persona que quisiera comprar un coche se leería primero *Consumer Reports* (hoy, probablemente buscaría información en internet). Pero hacer este tipo de investigación en el ámbito de la industria funeraria, bueno, «no queda bien». Porque el ciudadano medio no quiere pensar en todo lo que tiene que ver con la muerte «y quiere quitarse el tema de encima lo más rápidamente posible». Mitford no pone objeción alguna a esta tendencia a esconder la cabeza bajo el ala.

*Muerte a la americana* asegura a los lectores que odiar la muerte es perfectamente normal. Por supuesto que deseas volver cuanto antes a tu casa; por supuesto que sería de mal gusto ir preguntando a la gente si tienen una funeraria «de confianza»; por supuesto que ignoras cómo es una funeraria por dentro y cómo funciona. En una prosa tranquilizadora, Mitford nos dice que es lógico que neguemos la existencia de la muerte; le pasa a todo el mundo. Ella puede darnos las herramientas para afrontarla.

A Mitford no le gustaba que los directores de funerarias fueran empresarios. Pero, nos gustara o no, así eran las cosas. En los países desarrollados, las empresas funerarias son negocios privados para ganar dinero. Los empleados de las grandes funerarias pueden explicar las presiones que reciben para vender productos y servicios extra a los afligidos familiares. Un hombre que había sido director de una de las principales empresas funerarias del país me contó que cuando un mes bajaban los ingresos (ya fuera porque su

clientela había sido de nivel económico más modesto o porque habían pedido más incineraciones), «enseguida te llamaba un directivo de Texas para preguntar qué te pasaba, si no entendías que ibas a perder el bonus».

Como periodista, Jessica Mitford era una experta en remover las cosas y en sacar a la luz los males del mundo. Y no cabía duda de que la industria funeraria en Estados Unidos necesitaba un cambio. Pero lo que consiguió el libro fue un incendio. Mitford encendió una cerilla, la arrojó por encima del hombro y se marchó. Lo que quedó tras ella fue un público disgustado que clamaba por alternativas funerarias más baratas.

Jessica Mitford no pretendía mejorar nuestra relación con la muerte. Lo único que quería era mejorar nuestra relación con el precio. Y aquí es donde se equivocó. Porque el engaño de la industria funeraria no estaba tanto en el precio como en el mismo concepto. Nos priva de una relación realista con la muerte, de la oportunidad de enfrentarnos a nuestra propia mortalidad. Pese a las buenas intenciones de Mitford, la incineración directa solo había empeorado la situación.

# Naturalidad artificial

—¿Cómo se atreve a cobrarnos esto? —me gritó la mujer con su fuerte acento de Europa del Este.

—Lo siento, señora Ionescu —le dije—. Pero es lo que tenemos que cobrar. Son 175 dólares.

La señora Ionescu, hija de la difunta Elena Ionescu, estaba sentada al otro lado del mostrador de Westwind Cremation y gesticulaba indignada con sus dedos cargados de anillos de oro. Llevaba el pelo peinado hacia un lado. Espesos rizos oscuros se derramaban por un costado de su cabeza.

—Esto es un robo. No entiendo por qué lo hace. Lo único que quiero es ver a mi madre por última vez.

Si yo hubiera sido novata en estas lides de la «última vez», probablemente habría accedido a su petición. Pero ahora sabía que a Mike no le gustaba que yo cediera por evitar una discusión. Era habitual que las familias solicitaran «ver a mamá por última vez» antes del entierro o la cremación, pero no querían pagar los 175 dólares que costaba este privilegio, y era difícil explicarles por qué tenían que pagar.

Los muertos tienen un aspecto muy muy muerto. Y es difícil que nos hagamos a la idea de su aspecto, porque no nos los encontramos cuando paseamos por el campo. Vivimos en un mundo donde casi nadie fallece en su casa, y si se da el caso se lo llevan rápidamente al tanatorio. De modo que cuando un ciudadano norteamericano ve un cadáver lo más probable es que haya sido embalsamado, maquillado y vestido con sus mejores ropas por un empleado de la funeraria.

Las series policiacas de la tele no son de ayuda en este aspecto. Cuando en las series de gran audiencia sale un cadáver descubierto por la criada, el jardinero o por una persona que corría por Central Park, siempre tiene los ojos cerrados y la boca cerrada, y únicamente el tono pálido y azulado de la piel da a entender al espectador que se trata de un muerto. Es como si lo hubieran preparado para el velatorio. En series como *CSI* o *Ley*

y orden, los cadáveres son jóvenes modelos y actores o actrices que aceptan estos papeles mientras esperan a que los llamen para una prueba. No tienen nada que ver con los que se ven en un tanatorio, cuerpos viejos, agarrotados, destrozados por años de cáncer o de cirrosis.

Había un abismo entre lo que la familia Ionescu esperaba y lo que en realidad vería si accedíamos a sacar a Elena de la cámara de refrigeración. Y este abismo entre las expectativas y la realidad es uno de los problemas de los tanatorios, porque cuando un cadáver no presenta el aspecto esperado, siempre hay familiares que amenazan con poner una denuncia. Aunque no es fácil compadecerse de la industria funeraria cuando lo que ha creado estas expectativas es precisamente la popularización del embalsamamiento.

El rostro de un cadáver que no ha sido tratado tiene un aspecto horrible, al menos desde nuestra estrecha perspectiva cultural. Tienen el rostro pálido, la mirada turbia y ausente y la boca abierta como en el cuadro de Edvard Munch, *El grito*. Son imágenes que reflejan los procesos biológicos de la muerte, pero no son lo que una familia quiere ver. Por lo general, el «arreglo del cadáver» es uno de los servicios de las funerarias, que cobran entre 175 y 500 dólares por lograr que la persona fallecida tenga un aspecto «natural» y parezca que «está durmiendo».

Elena Ionescu, una mujer de noventa años de origen rumano, llevaba más de dos meses en el hospital cuando falleció. Tras ocho meses sin levantarse de la cama, intubada y conectada a todo tipo de máquinas, el cuerpo de Elena se había convertido en un edema generalizado, una condición *post mortem* que consiste en que el líquido se acumula bajo la piel. Elena estaba hinchada como el hombre de Michelin, en especial en la parte inferior de los brazos, las piernas y la espalda. Su piel rezumaba líquido, y lo que es peor, la humedad resultante había acelerado el proceso de descomposición.

Cuando se inicia el proceso de descomposición y hay exceso de líquido, podemos encontrarnos con que la piel empiece a «pelarse». El nombre técnico es «descamación», pero normalmente se dice que la piel se pella, y esta expresión da una idea bastante exacta de lo que sucede. El proceso de descomposición produce unos gases que crean una presión dentro del cuerpo. La piel de Elena había empezado a pelarse, como si quisiera abandonar el barco. Cuando esto le sucede a una persona viva, la piel acaba regenerándose y vuelve a crecer, pero en el caso de Elena ya no sería así. Hasta que la incineráramos, su piel estaría rosada y cubierta por una fina capa de líquido.

No cabía ninguna duda de que no era así como esperaba verla su indignada hija. Sin embargo, Westwind Cremation & Burial no tenía ningún derecho a retener a Elena Ionescu dentro de la cámara de refrigeración. Legalmente, los cadáveres son como una propiedad. La familia Ionescu era «propietaria» del cuerpo de Elena hasta su incineración o enterramiento. Y esto nos lleva a otra razón por la que suele denunciarse a las funerarias: no es infrecuente que un director de funeraria retenga el cadáver por impago de los servicios.

Si la hija de Elena me hubiera dicho: «Entréguele ahora mismo el cadáver de mi madre. Lo pondré en el asiento trasero del coche y me lo llevaré de este lugar infernal», yo no habría tenido más remedio que hacerlo. Y había ocasiones en que me habría gustado que me lo pidieran.

—Señora Ionescu, lo siento. Si quiere preguntar en otro sitio, lo entenderé perfectamente. Pero creo que verá que en todas partes van a cobrarle los 175 dólares —dije, en un último intento por convencerla.

—Supongo que no me queda más remedio, ¿no? —La señora Ionescu firmó el contrato y sus anillos entrechocaron con un sonido metálico.

Dos horas más tarde tenía a Elena Ionescu tendida sobre la mesa de preparación. Había que lograr que tuviera un aspecto «natural» para que su familia pudiera verla al día siguiente. Y todo el mundo sabe, aunque no trabaje en la industria funeraria, que los procedimientos para que alguien parezca natural son a menudo muy artificiales.

Me encontraba enfrente del mismo armario metálico de donde unos meses atrás Mike sacó una maquinilla para que afeitara a mi primer cadáver. Primero saqué del armario dos «formadores de ojos», unas piezas de plástico color carne redondeadas, como platillos volantes con un pinchito. Parecen instrumentos de tortura de la Inquisición, pero son de gran utilidad. Los coloqué bajo los párpados de Elena, primero para que los ojos tuvieran un aspecto normal y no se apreciara lo hundidos que estaban los globos oculares; además, los pinchos de tortura sujetaban los párpados y evitaban que un ojo se abriera de repente como si el muerto nos hiciera un guiño.

A continuación limpié con algodones la nariz, las orejas y la boca de Elena, una operación normalmente desagradable, porque en las últimas etapas de la vida no suele prestarse atención a la higiene. Y es lógico, pero eso no hace la tarea menos detestable. Al mover el cadáver existe el riesgo de que vomite un líquido espumoso de un marrón

rojizo proveniente del estómago y los pulmones. Desde luego, no envidiaba a las enfermeras, cuyos pacientes vivos producen a diario estos desagradables fluidos.

Sin la dentadura postiza –la hija se la había dejado en un vaso de agua sobre la mesita de noche del hospital– los labios de Elena se fruncían hacia dentro. Para contrarrestar este efecto teníamos una pieza curva de plástico, algo parecido a los formadores de ojos, pero en este caso la pieza era demasiado grande para Elena y le daba el aspecto de un mono. Parecía un jugador de fútbol americano con el protector de boca. Horrorizada, le quité el formador de boca y utilicé unas pesadas tijeras para recortarlo.

A continuación cogí el inyector de agujas, una pistola que dispara unas grapas en las encías del fallecido para que la boca quede cerrada. Cogí un imperdible del que colgaba un largo alambre, lo que le confería el aspecto de un renacuajo metálico. Este imperdible se colocaba en el extremo de una aguja de metal para «grapar» la encía superior con la inferior. El inyector de agujas que teníamos en Westwind era bastante malo y estaba un poco viejo. No inyectaba con la fuerza que sería deseable. Esto quería decir que tenía que subirme a la mesa y emplear el peso del cuerpo para inyectar los alambres en la boca de Elena con un esfuerzo acompañado de una exclamación: «¡Aaajá!».

Tuve que hacerlo varias veces, porque a los noventa años las encías de Elena no se encontraban en buen estado. Cuando por fin conseguí inyectarle los alambres, los renacuajos de metal se entrelazaron a través de la pieza de plástico que daba forma a la boca. Las mandíbulas de Elena quedaron cerradas.

En caso de que estos trucos fallaran y la boca o los párpados siguieran abriéndose, siempre quedaba un arma secreta: el pegamento. Utilizábamos pegamento para muchas cosas. Incluso cuando milagrosamente los formadores de ojos y el inyector de agujas funcionaban era prudente utilizar pegamento por si acaso. Aunque a los familiares no les gustaría ver unas encías desnudas o unos ojos sin vida, sería mucho peor que vislumbraran las piezas de plástico de color carne o los gruesos alambres que mantenían intacto el aspecto de su ser querido.

Una vez que se resignaron a pagar el derecho a «ver por última vez» a su madre, los Ionescu fueron en busca de las ropas que había que ponerle. Claro que, hinchada como estaba, Elena era ahora dos veces más grande que su talla normal, pero, además, los Ionescu hicieron lo que suelen hacer las familias: elegir prendas de una época en que la persona difunta era mucho más joven y más delgada. Por eso las páginas de los obituarios están llenas de fotos glamurosas, retratos de la boda o de las puestas de largo.

Queremos que nuestros seres queridos permanezcan siempre en su mejor momento. Igual que en la película *Titanic* nos gusta ver el encuentro entre la hermosa Kate Winslet y Di Caprio muchos años después de que el barco se hundiera.

Necesité la ayuda de Mike para embutir a Elena en su opulento vestido de la Europa del Este en tiempos de la Glasnost. Mike conocía muchos trucos, como el de envolverle los brazos en plástico transparente, como si fuera una momia de una película de serie B de los años cincuenta. Pero la odisea no había acabado. Si alguna vez os piden que le pongáis medias al cadáver de una rumana de noventa años con edema, lo más sensato es que os neguéis a hacerlo.

—Mike —le dije, exhalando un suspiro—. Sabemos que en principio no se le verán las piernas. Creo que podríamos saltarnos lo de ponerle las medias.

Pero hay que decir que Mike, como buen profesional, rechazó de plano esta opción.

—Nada de eso. La familia ha pagado para que la dejemos vestida. Y es lo que tenemos que hacer.

La industria funeraria ha podido desarrollarse como negocio vendiendo una suerte de «dignidad». La dignidad de lograr un final bien organizado para la familia, y esto implica un cadáver bien presentado. Los empleados de las funerarias se convierten en una especie de directores de escena que cuidan de que todo esté perfecto en una función donde la persona difunta tiene el papel principal. Hay que hacer todo lo posible para que no se caiga el decorado, para que el público y el cadáver no lleguen a interactuar y se rompa la ilusión.

Service Corporation International, la mayor empresa funeraria y de cementerios de Estados Unidos, con base en Houston, Texas, ha logrado incluso registrar la dignidad. Si vais a cualquiera de sus Cementerios de la Dignidad® veréis este molesto símbolo ® por todas partes. Es una forma de hacernos saber que ellos poseen la exclusiva de la elegancia *post mortem*.

A la mañana siguiente, la familia Ionescu vino a dar su adiós a Elena. Su hija se tiraba de los cabellos y aullaba de dolor. Era un aullido penetrante y genuino, y me habría gustado creer que expresaba un sentimiento profundo. Pero, aunque dadas las circunstancias Elena había quedado bastante bien, yo no dejaba de pensar en la angustiosa posibilidad de que se abriera un párpado o de que saliera líquido de uno de sus brazos envueltos en plástico transparente. Dicen que aunque la mona se vista de

seda, mona se queda. Puedes vestir y maquillar a una persona difunta, pero sigue estando muerta.

El lunes siguiente a la cremación de Elena Ionescu llegué al trabajo y descubrí que durante el fin de semana habían renovado los dos hornos crematorios. Ahora las dos máquinas tenían un suelo nuevo, tan suave como el culito de un bebé. Joe, el dueño de la compañía, nos hizo una breve visita y se metió a gatas dentro del horno para hacer el trabajo él mismo con cemento, varillas y bolas de acero. Yo no lo conocía personalmente, y esta historia lo elevó a la altura de héroe; no podía imaginarme a nadie que estuviera dispuesto a entrar (voluntariamente) en un horno crematorio. Pero lo cierto es que el suelo de cemento había empezado a parecerse a la cordillera de los Alpes y necesitaba una puesta a punto. Después de años de uso, la superficie era tan irregular que recoger las cenizas y los fragmentos de hueso era una tarea improba. Con estos nuevos suelos, en cambio, no me supondría ningún esfuerzo recoger las cenizas con la escoba.

El primer día después de la puesta a punto, los hornos se activaron sin ningún problema. El segundo día empezó con la señora Greyhound. Pese a que su apellido significa galgo, un perro flaco y rápido como el viento, la señora Greyhound era una fornida mujer de unos ochenta años. Su pelo blanco y su permanente me recordaban a mi abuela paterna, una maestra que había dado clase en una escuela de una sola aula en un pueblecito de Iowa. Crió a siete hijos y preparaba con sus propias manos unos deliciosos bollos de canela. Recuerdo que de niña pasé unos días en su casa en Iowa, y en mitad de la noche me desperté y la encontré llorando a oscuras en el salón. Me dijo que lloraba porque «hay personas que no conocen el amor de Jesús». Mi abuela murió casi diez años antes de que yo empezara a trabajar en Westwind, pero solo mi padre pudo asistir a su funeral en Iowa. Era fácil imaginarte a tu propia abuela en cadáveres como... el de la señora Greyhound.

Siguiendo los principios básicos de la cremación, la señora Greyhound sería la primera del día, cuando los hornos todavía estaban fríos. Necesitábamos que las cámaras de cremación estuvieran frías para colocar allí a nuestros difuntos más voluminosos. Si la cámara no estuviera fría, arderían demasiado rápido y echarían un humo negro y espeso que podría incluso hacer que vinieran los bomberos. En primer lugar se incineraban las personas con exceso de grasa (como la regordeta señora Greyhound), mientras que las señoras pequeñas y sin grasa en el cuerpo (y los bebés) solían dejarse para el final.

Metí a la señora Greyhound en el horno y seguí con mis quehaceres, pero cuando volví unos minutos más tarde salía humo por debajo de la puerta. Una nube de humo negro. Emití mi particular «sonido de alarma», que es un ruido entre el grito y el ahogo, y corrí a buscar a Mike.

Mi jefe no se inmutó.

—Mierda, el suelo nuevo —dijo imperturbable.

Corrimos al crematorio. En ese preciso momento, del recolector de los huesos empezó a caer un reguero de grasa fundida. Mike sacó rápidamente el recolector, que era del tamaño de una caja de zapatos. Allí había por lo menos tres litros de una bazofia opaca. Y el charco crecía, y crecía. Nos pusimos en marcha para recoger el líquido que salía del horno, como si estuviéramos achicando el agua de una barca.

Mike llevaba los contenedores llenos al cuarto de preparación y embalsamamiento y vertía la grasa fundida por el desagüe de la sangre. Mientras tanto, yo empapaba un trapo tras otro de la grasa que había en el suelo, y que seguía cayendo.

Mike se disculpaba. En todo el tiempo que llevaba en el crematorio era la primera vez que lo oía pedir disculpas. Entre el humo, el calor y los trapos empapados de grasa, al cabo de un rato incluso él tenía arcadas.

—Es el suelo —dijo derrotado.

—¿El suelo? ¿El precioso nuevo suelo del horno?

—El viejo suelo tenía agujeros por donde la grasa podía filtrarse y quemarse más tarde. Pero ahora no puede escapar, y por eso sale por la puerta.

Cuando por fin tuvimos la situación bajo control, contemplé mi vestido manchado de grasa humana (¿sería un siena tostado o más bien un color caléndula?, me pregunté). Estaba agotada, sudorosa y empapada en grasa, pero me sentía viva.

Se suponía que la incineración era el sistema más «limpio», el que convertía los cuerpos en un montoncito de cenizas inofensivas, pero estaba claro que la señora Greyhound no había querido «entrar confiada en la noche», como dijo el poeta Dylan Thomas. No conseguimos que su final fuera limpio y ordenado, pese a que disponíamos de las herramientas de la moderna industria de la muerte y de una maquinaria que costaba cientos de miles de dólares.

Estaba empezando a dudar de que tuviéramos que esforzarnos tanto por conseguir la muerte perfecta. El «éxito» consistía en emplear alambres y piezas de plástico para que el cadáver de Elena Ionescu tuviera buen aspecto; consistía en que las personas muertas

fueran apartadas de su familia por unos profesionales cuyo trabajo no era celebrar rituales sino esconder la verdad sobre lo que es la muerte y el efecto que tiene. La señora Greyhound fue la que acabó de abrirme los ojos: era necesario conocer la muerte. Era preciso enfrentarse a este proceso mental, física y emocionalmente difícil, para comprenderlo y respetarlo.

—Mierda, ¿necesitarás que te pague la tintorería o algo así? —me preguntó Mike al ver el estado en que había quedado la ropa que llevaba.

No pude evitar reírme a carcajadas. Allí estaba, sentada en el suelo del crematorio con el vestido sucio de grasa y rodeada de trapos empapados.

—Creo que el vestido se ha echado a perder. Mierda. Puedes invitarme a comer o algo así.

Me horrorizaba que esto le hubiera pasado a la señora Greyhound, pero debo reconocer que la experiencia fue emocionante, una mezcla de repulsión y asombro reverencial.

El trabajo en Westwind me había permitido experimentar emociones de las que no me sabía capaz. La simple caída de un sombrero podía hacerme reír o llorar. La belleza de una puesta de sol me llenaba los ojos de lágrimas, pero también la de un parquímetro especialmente bonito; no importaba. Tenía la impresión de que hasta el momento había vivido dentro de una gama muy limitada de emociones. Pero en Westwind este estrecho abanico se desplegó totalmente, y ahora podía pasar del éxtasis a la desesperación más negra que había sentido jamás.

Y todo lo que aprendía en Westwind quería gritarlo al mundo entero. El recuerdo constante de la muerte hace que cada minuto de vida tenga un colorido más intenso. Muchos se scandalizaban cuando les explicaba la historia de la grasa fundida o cualquier otra anécdota estremecedora del crematorio, pero cada vez me importaba menos que se scandalizaran. Las historias más escabrosas, como los huesos que se machacan con un mortero o los formadores de ojos con un pincho de tortura, tienen la capacidad de rasgar nuestro velo de complaciente indiferencia frente a la muerte. En lugar de cerrar los ojos a estas realidades, deberíamos mirarlas de frente y aceptarlas, por desagradables que sean a veces.

## Ay, pobre Yorick

Hay muchas cosas que a una mujer enamorada le gustaría oír. «Te querré para siempre, amor mío» o «¿Este año nos prometeremos?» pueden ser dos ejemplos. Pero oídme, jóvenes: la frase que una chica realmente desea oír es: «Hola, soy Amy, de Science Support; os traigo unas cuantas cabezas».

Westwind tenía contratos de incineración con dos centros de donación de cuerpos, y uno de ellos era Science Support. Unas cuantas decenas de los californianos que donaron su cuerpo a la ciencia para que pudieran pincharlos y cortarlos por el bien del avance científico tuvieron la fortuna de venir a parar a mis manos en el crematorio.

Después de la llamada de Amy, una furgoneta entró en el recinto de Westwind y se detuvo frente a la puerta trasera, donde normalmente Chris descargaba los cadáveres. La puerta se abrió con un chirrido. Dos jóvenes asomaron la cabeza por la ventanilla.

—Buenas tardes, señora... Eh, venimos de Science Support y traemos las... eh, las cabezas.

Habían venido muchas veces, pero siempre parecían igual de incómodos. Les faltaba tiempo para dejar su carga y salir pitando. Me enorgullecía pensar que los de la furgoneta de Transporte de Restos Humanos se sentían intimidados cuando venían a mi trabajo.

Los de Science Support son esencialmente intermediarios en el negocio de restos humanos. Aceptan donaciones de cadáveres, los trocean y venden las distintas partes, igual que haría un chatarrero con los coches viejos. Y no son los únicos que trafican con cadáveres. Hay empresas importantes en este negocio macabro (pero totalmente legal).

Donar tu cuerpo a la ciencia tiene varias ventajas. Tal como están las cosas, es la única forma de que la muerte te salga gratis. Cuando te mueres, Science Support recoge tu cadáver y lo lleva a sus instalaciones, te utiliza para curar el cáncer (nota: los resultados son inciertos) y luego se encarga de tu incineración en Westwind.

Por supuesto, puede que utilicen tu cuerpo para las investigaciones médicas más adelantadas. Mi abuelo murió tras un largo combate con el alzhéimer. Recuerdo una Nochebuena en Honolulú en la que se hizo con las llaves del coche y desapareció. No lo encontramos hasta siete horas después. Fue una mañana de Navidad horrible para toda la familia. Si los cerebros de pacientes con alzhéimer, repletos de las placas y los ovillos que convirtieron a mi abuelo en un absoluto desconocido, pueden ayudar a otras familias, yo diré lo mismo que la reina de *Alicia en el País de las Maravillas*: «¡Que les corten la cabeza!».

Por desgracia, no todos los cadáveres sirven para lo que denominaríamos «fines nobles». Hay una remota posibilidad de que tu cabeza sea la clave, la que desvelará los misterios de la gran enfermedad del siglo XXI. Pero también es posible que tu cuerpo sirva para enseñar a la nueva camada de cirujanos plásticos de Beverly Hills a llevar a cabo un estiramiento de cara. O que te tiren desde un avión para probar la tecnología de los paracaídas. Donar tu cuerpo a la ciencia es un concepto muy... general. No controlas adónde irás a parar.

En los últimos cuatrocientos años se ha avanzado mucho en el uso de cadáveres para la investigación científica. En el siglo XVI se practicaba la medicina con muy escaso conocimiento del funcionamiento del cuerpo. Los textos médicos contenían importantes errores de base: sobre la forma en que fluía la sangre por el cuerpo, la ubicación de los órganos vitales, la causa de las enfermedades (que se atribuía al desequilibrio de los cuatro «humores» del cuerpo: flema, sangre, bilis negra y bilis amarilla). Molesto porque los estudiantes de Medicina aprendieran anatomía humana diseccionando perros muertos, el artista renacentista Andreas Vesalius robaba cadáveres de criminales ejecutados en el patíbulo. Hubo que esperar a los siglos XVIII y XIX para que las facultades de Medicina empezaran a contar con cadáveres humanos para la investigación y la formación de los cirujanos. La demanda era tan alta que los profesores llegaban a robar cadáveres de los cementerios. O incluso, como fue el caso de William Burke y William Hare en la Escocia del siglo XIX, a asesinar a sangre fría (mataron a dieciséis personas) con el fin de vender los cuerpos a algún profesor de Anatomía.

Los dos hombres de Science Support sacaron una caja que llevaban en la parte trasera de la furgoneta. Contenía dos cabezas humanas rodeadas de paquetes de hielo llenos de unas bolitas de gel que parecían caramelitos. En cuanto les firmé el albarán de entrega, los dos tipos cerraron la puerta de la furgoneta y salieron disparados. Siempre pasaba lo

mismo. Los tipos de Science Support nos traían torsos, cabezas y otras partes del cuerpo. En una ocasión nos llegó una sola pierna, pero no venía de Science Support.

—Eh, Caitlin, ¿has visto la pierna que han traído? —preguntó Mike.

Después de seis meses trabajando con él, yo sabía distinguir cuándo hacía una pregunta en serio y cuándo lo decía irónicamente para esbozar una sonrisa.

—Pues no, Mike. No he visto esa pierna de la que me hablas. ¿Viene de Science Support?

—No, es de una mujer que está viva —dijo—. Se la amputaron ayer. Diabetes, creo. Nos ha llamado para ver si podemos incinerarla. Ha sido una conversación de lo más extraño. Chris ha ido esta mañana al hospital a recoger la pierna.

—¿Va a incinerar solo su pierna? Entonces, podríamos decir que es una... premación —bromeé. Mi broma fue saludada con una breve carcajada.

—Precremación, premación..., muy bueno. Como el tipo de San José de la semana pasada que se quemó con el cigarrillo. Premación. —Mike sacudió la cabeza con incredulidad y volvió la atención al ordenador.

Había conseguido anotarme un punto con mi broma macabra. Llevaba meses intentando impresionar a Mike con mi actitud positiva y decidida ante la muerte, pero solo ahora empezaba a tenerme confianza como para bromear conmigo.

Las cabezas de Science Support pertenecían a un señor de ochenta años y a una señora de setenta y ocho. Cada uno venía con extensos documentos de identificación donde no constaban sus nombres y, en cambio, nos ofrecían un sinfín de datos superfluos como: «La cabeza n.º 1 es alérgica al marisco, a los tomates, a la morfina y a las fresas», o «La cabeza n.º 2 tiene un tumor cerebral y tendencia a sufrir fiebre del heno».

Era poco probable que estas dos cabezas se hubieran conocido en vida, pero me gustaba imaginármelas como amantes separados por la guerra. En las cruzadas, por ejemplo, una situación lo bastante romántica, violenta y alejada en el tiempo. Tal vez fueron víctimas de la guillotina en la Revolución francesa, o perdieron la cabeza en la frontera americana..., ¿les habían arrancado el cuero cabelludo? Aparte los paquetes de hielo para echar un vistazo. Los cueros cabelludos estaban intactos. Fuera lo que fuese, aquí estaban, camino de la hoguera eterna.

Miré la caja de las cabezas sin saber qué hacer. Tal vez no era necesario sacarlas de la caja y podía meterlas tal cual en el horno, ¿no? Pero Mike, que siempre estaba en todo, apareció a mis espaldas.

—Tendrás que sacar los paquetes de gel —dijo—. No son buenos para el horno.

—Entonces tendré que sacar las cabezas, ¿verdad? —dijo.

—Bien, veamos de qué pasta estás hecha. —Mike cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó.

Chris, que estaba poniendo cinta adhesiva en una caja de cartón, levantó la mirada. Todos los ojos estaban fijos en mí. En Westwind, las cajas con cabezas tenían la virtud de unir a la gente.

Con mucho cuidado, extraje la cabeza del hombre (n.º1, alérgica al marisco, los tomates, la morfina y las fresas). Era blanda, pero más pesada de lo que esperaba. Pesaba como una bola de bolera, pero más difícil de sujetar porque el peso estaba desigualmente distribuido. La verdad es que había que sujetarla con las dos manos.

—¡Ay, pobre Yorick! —proclamé, citando a Shakespeare.

—Sí, sí, Queequeg. —Chris me siguió el juego y citó a Melville. Siempre teníamos preparadas referencias literarias sobre cabezas decapitadas. Era una especie de concurso cultural de la industria funeraria.

Mike puso la puntilla con la historia de Joel-Peter Witkin, el artista de vanguardia que conseguía cabezas en las morgues de México y las colocaba junto a hermafroditas y enanos disfrazados de seres mitológicos para lograr fotografías sorprendentes. Witkin explicaba que su afición a estas tétricas imágenes le venía de un hecho traumático que vivió de niño, cuando presenció un accidente de coche en el que una niña resultó decapitada. La cabeza de la cría llegó rodando a sus pies. Mike siempre tenía que contar la historia más esotérica.

La verdad es que sentía admiración por personas como cabeza n.º1 y cabeza n.º2, capaces de prescindir del funeral tradicional y de la idea de «dignidad» *post mortem* por el bien de la investigación. Lo encontraba *très moderne*. Pero esto no quería decir que yo pensara hacer lo mismo. *Au contraire*. La idea de que me fragmentaran de esta manera me revolvía las tripas. Me parecía un descontrol que mi cabeza acabara metida en una caja de cartón, sin nombre, con un número y la alergia al marisco como única identificación.

Mi madre siempre decía que no le importaba lo que hicíramos con su cuerpo cuando hubiera muerto. «Por mí, como si me metéis en una bolsa y me dejáis en la cuneta para que se me lleve el camión de la basura.» No, mamá. Donar tu cuerpo a la ciencia sería

muy noble, pero no me gustaba nada pensar que pudieran trocearte en secciones anónimas y repartirte por toda la ciudad.

El autocontrol siempre me ha parecido importante. Mi abuelo, el mismo que desapareció una mañana de Navidad cuando estaba enfermo de alzhéimer, había sido nada menos que coronel del ejército de Estados Unidos. Dirigió los tanques en la guerra de Corea, aprendió farsi y se relacionó con el sah de Irán, y en sus últimos años en activo estaba al frente de la base de Hawái. Era un hombre recto que tenía ideas muy estrictas sobre cómo debían comportarse hombres, mujeres y niños (o sea, yo). Pero al final de su vida esto se fue al garete. El alzhéimer lo convirtió en un hombre triste, mentalmente confuso y socialmente inadecuado.

Lo peor de la enfermedad fue que destruyó su autocontrol. Y puesto que el alzhéimer es en parte una enfermedad genética, yo no dejaba de pensar que algún día podía acabar como él. De todas formas, la muerte conlleva una inevitable pérdida de control. Es injusto que una se pase la vida procurando ir bien vestida y decir las cosas correctas para perder el control cuando le llega la muerte. Puedo acabar desnuda sobre una fría mesa blanca, con las tetas caídas hacia un lado y sacando sangre por la boca mientras un empleado de la funeraria me drena los líquidos del cuerpo.

Parecía absurdo que yo, justamente, sintiera rechazo contra la donación del cuerpo a la ciencia, contra la fragmentación del cuerpo. Parte de este rechazo es cultural. Nos cuesta aceptar que los tibetanos desmiembren a los muertos y los dejen a merced de los buitres, a pesar de que en realidad la incineración es otro tipo de fragmentación.

El primo de una amiga mía murió en Afganistán al explosionar una bomba, y durante un tiempo su madre recibió angustiosas informaciones de que la explosión había diseminado su cuerpo en todas direcciones. Cuando por fin le aseguraron que el cuerpo de su hijo estaba intacto, sintió alivio, aunque en cuanto llegó el cadáver lo metieron directamente en el horno crematorio, donde el fuego lo convertiría en centenares de diminutos fragmentos de materia inorgánica.

Y, nos guste o no, algunos de estos fragmentos quedarán para siempre atrapados entre las rendijas del suelo y las paredes del horno. La autorización que el estado de California concede para la cremación reconoce este hecho con estas palabras:

El horno está compuesto de cerámica y otros materiales que se desintegran parcialmente en cada incineración, y el producto de esta desintegración se entremezcla con los restos humanos. [...] Una parte de los restos quedará en las rendijas y los recónditos huecos del horno.

En otras palabras, cuando te sacan del horno después de la cremación, una parte del horno se ha mezclado con tus cenizas y una parte de tus cenizas se queda en el horno. Es lo que llaman «mezcolanza».

Por mucho que me esforzara en barrer con la escobita los restos del horno, siempre se quedarían algunos fragmentos dentro. Yo hacía lo que podía, recogía cada pedacito, cada astilla, metía tanto la cabeza dentro del horno para recoger los pedazos atrapados que el aire caliente me quemaba la cara y las cerdas de la escoba se chamuscaban.

En una ocasión, mientras barría el horno cayó a mi lado una brasa ardiente de hueso. La pisé y me agujereó la suela de la bota. «¡Maldita sea!», grité. Le di una patada sin querer y envié el fragmento al otro lado del crematorio, donde cayó detrás de unas camillas. A cuatro patas busqué aquel fragmento de hueso que encajaba con el agujero de mi bota, hasta que di con él. Todos seremos fragmentados.

Por supuesto, hay distintas visiones de la fragmentación. Un mes más tarde, Mike me dio dos días de vacaciones (sin sueldo) para que asistiera a la boda de mi prima en Nashville. Y como es la costumbre, el día antes de la ceremonia las chicas pasábamos la tarde en un balneario. Me metieron en una sala de masajes, un lugar sin ventanas, con música de meditación y olor a incienso, y la masajista –una chica rubia que hablaba bajito con acento sureño– empezó a masajearme la espalda y a charlar.

–¿A qué te dedicas, guapa? –oí que me preguntaba por encima de los cantos que sonaban de fondo.

–Tenía que decirle la verdad a esa chica de dedos mágicos? ¿Le contaba que si tenía los músculos agarrotados era porque transportaba cadáveres y barría las cenizas de unos hornos enormes?

Decidí contarle la verdad.

Y debo decir que lo encajó muy bien.

–Bueno..., yo tengo mucha familia en Virginia Occidental. Para ellos, esto de la cremación es cosa del demonio.

–¿Y qué piensas tú?

La masajista se quedó pensativa. Dejó las manos quietas un instante sobre mi espalda.

–Bueno, lo que creo es que resucitaré.

Afortunadamente, yo estaba tendida de espaldas sobre la camilla, de modo que no pudo ver la cara que puse. No estaba segura de si esperaba que le preguntara algo más.

Pasó un buen rato hasta que volvió a hablar.

—Creo que Jesús vendrá un día a llevarse a los bienaventurados al Cielo. Sé que necesitaremos nuestros cuerpos. Pero ¿y si estoy nadando en el mar y me ataca un tiburón? Una parte de mi cuerpo estará flotando en el agua y la otra en el estómago del tiburón. Pero no me digas que nuestro Salvador no puede hacer que estemos enteros de nuevo. Si puede reconstruirme tras el ataque de un tiburón, puede curar una incineración.

—Curar una incineración —repetí. Nunca había pensado en ello—. Bueno, en teoría, si Dios puede reconstruir cuerpos descompuestos que han pasado por el tracto intestinal de gusanos, supongo que puede curar una incineración.

La masajista pareció satisfecha de mi respuesta. El resto de la sesión estuvimos en silencio, reflexionando sobre nuestra futura fragmentación. Su cuerpo aguardaría el día en que lo subieran al Cielo. El mío, me temo, no esperaba nada tan trascendente.

Yo no pensaba solamente en la inevitabilidad de la fragmentación, sino en que la muerte nos aguardaba al final del camino, presta a destruirlo todo. Como escribió Publio Siro en el siglo I d. Cristo: «Como hombres, todos somos iguales en presencia de la muerte».

Un tema popular en las pinturas de la Baja Edad Media era la «danza macabra», la danza de la muerte, en la que unos cuerpos putrefactos visitaban a los vivos. En estas imágenes los muertos sonrían maliciosamente, agitan manos y pies y arrastran a todos —obispos y pordioseros, reyes y herreros por igual— a una alocada danza en círculo. Estas pinturas nos recuerdan que la muerte llega un día u otro. No hay forma de escapar. El anonimato nos espera.

El Golden Gate es el puente que une el norte de San Francisco con el condado de Marin, a través del estrecho de Golden Gate. Es una impresionante obra de ingeniería de color anaranjado, uno de los puentes más fotografiados del mundo. A cualquier hora que lo atravieses, cualquier día del año, ves a parejas de enamorados que se abrazan y se hacen fotografías. El Golden Gate ostenta el triste honor de ser uno de los lugares más populares entre los suicidas. Sus contrincantes para el primer puesto serían el puente Nankín sobre el río Yangtsé, en China, y el bosque Aokigahara en Japón, pero es una competición que no interesa a las oficinas de turismo.

Un suicida que se lance desde el Golden Gate caerá a una velocidad de 120 kilómetros por hora y tendrá un 98 por ciento de probabilidades de morir. Casi todos fallecen a causa del impacto; las costillas se rompen y perforan los órganos internos. Si sobreviven al impacto, se ahogarán o morirán de hipotermia, salvo que alguien los vea y los recoja a

tiempo. A menudo se descubren los cuerpos de los suicidas medio comidos por los tiburones o infestados de cangrejos. Algunos nunca llegan a encontrarse. Pese a la alta mortalidad (o gracias a ella, desgraciadamente), hay personas venidas de muy lejos, de cualquier lugar del mundo, para arrojarse desde el Golden Gate. Los turistas que pasean por el puente para admirar la puesta de sol sobre la bahía pueden encontrarse con anuncios como estos:

¿ESTÁS EN CRISIS? PODEMOS AYUDARTE  
HAY ESPERANZA  
LLÁMANOS POR TELÉFONO  
LAS CONSECUENCIAS DE SALTAR DESDE ESTE PUENTE  
SON TRÁGICAMENTE FATALES

Aproximadamente cada dos semanas nos llega un cadáver del Golden Gate. En una ocasión estuvimos siete meses sin recibir ningún muerto por haber saltado, y de repente un día nos llegaron dos. Y en estos dos suicidas se veía perfectamente que la muerte es la gran niveladora, porque uno era un joven vagabundo de veintiún años y el otro un ingeniero aeroespacial de cuarenta y cinco.

Los suicidas que se arrojan desde el Golden Gate pueden ir a parar a diversos sitios dependiendo de las corrientes. Si las aguas los llevan hacia el sur de San Francisco, es el municipio el que se hace cargo del cadáver y lo envía al Instituto Forense, donde siempre tienen más trabajo del que pueden asumir. Si, en cambio, las aguas los llevan hacia el norte, se quedan en manos del acomodado condado de Marin, que cuenta con su propia oficina forense. El ingeniero aeroespacial, que de hecho trabajaba en la investigación de cohetes, podía haberse permitido una mansión en el condado de Marin, pero las aguas lo arrastraron al sur. El joven sin hogar, que según su hermana nunca había tenido un empleo, flotó en dirección norte y acabó en las acomodadas afueras de Marin. A las corrientes de agua que pasan bajo el puente no les importaba el estatus de estos dos hombres ni las razones que los llevaron a arrojarse desde lo alto. Las corrientes de la bahía parecían corroborar el lamento de la feminista Camille Paglia: «Los seres humanos no somos los hijos predilectos de la naturaleza; para ella somos una especie más sobre la que puede ejercer su fuerza».

Una tarde, Chris y yo montamos en su furgoneta blanca y fuimos a Berkeley a recoger el cadáver de Therese Vaughn, que había muerto en su propia cama a los ciento dos años de edad. Therese nació cuando la Primera Guerra Mundial –¡la Primera Guerra Mundial!– no había empezado todavía. Después de traerla a Westwind y meterla en la cámara frigorífica incineré a un bebé que había vivido tres horas y seis minutos. Tras la incineración, Therese y el bebé se habían reducido a un montoncito de cenizas idéntico en apariencia, aunque no en cantidad.

Los cadáveres completos, las cabezas donadas a la ciencia, los bebés, la pierna amputada de una mujer..., al final todo quedaba reducido a lo mismo. Cuando miras las cenizas contenidas en una urna no puedes adivinar si esa persona tuvo éxitos o fracasos, si llegó a tener descendencia, si cometió algún crimen... «Porque eres polvo, y en polvo te convertirás.» Y todos somos iguales cuando quedamos reducidos a polvo: unos cuantos gramos de huesos y cenizas blancuzcas.

La industria funeraria moderna se ha esforzado mucho por convencernos de que necesitamos un servicio «personalizado». Es una narrativa comercial dirigida a los nacidos en los años sesenta para que compren los «extras» de la muerte, ya sean gorras de los Baltimore Ravens (un equipo de fútbol cuyo símbolo es un cuervo), urnas en forma de palo de golf, sudarios con escenas de caza de patos... *Mortuary Management*, la revista mensual más importante del sector, anunciaba las criptas adornadas con pinturas de Thomas Kinkade como si se tratara del segundo advenimiento de Cristo. Estos productos son los que nos prometen algo especial, son los que nos permiten pensar que «no somos como nuestros vecinos», que somos especiales. A mi modo de ver, estos trastos cursis y pretenciosos que nos ofrece la industria funeraria resultan mucho más aterradores que los personajes de las danzas macabras del Medievo.

Aunque de hecho entiendo perfectamente la necesidad de sentirse especial. Yo misma cedí a este impulso cuando empecé en Westwind con la idea de abrir algún día una funeraria especial, La Belle Mort, donde se ofrecerían ceremonias personalizadas. Pero ahora comprendo que no necesitamos más artilugios inútiles. Lo que necesitamos realmente son rituales que tengan sentido, ceremonias que impliquen a la familia, que hablen a nuestras emociones. La compra de objetos no puede reemplazar a los rituales.

Durante los meses que trabajé en Westwind vi cómo se apilaban bolsas de cenizas en la repisa de metal del cuarto de herramientas. Eran cenizas de bebés y de adultos, de partes anatómicas de Science Support, todas mezcladas con los residuos extra de las

máquinas, un batiburrillo de todos los que habían pasado por Westwind Cremation. Una tarde, cuando ya teníamos suficientes bolsas para que valiera la pena hacer un viaje, las preparamos para la ceremonia de arrojarlas al mar sin presencia de testigos. Metimos en cajas las bolsas con los huesos de los fallecidos, que tenían nombres como Yuri Hirakawa, Glendora Jones y Timothy Rabinowitz. Dispuestas en hilera, con los nudos enhiestos, parecían obedientes soldaditos grises. Science Support y algunos parientes pagaron el coste de esparcir las cenizas de sus seres queridos en la bahía de San Francisco.

La preparación me llevó un tiempo. En California existen leyes y procedimientos para esparcir los restos al mar. Había que comprobar que cada bolsita tuviera su correspondiente certificado de defunción y su licencia de cremación, que todos los datos coincidieran. Al final tenía tres cajas llenas de los restos de lo que habían sido treinta y ocho adultos, doce niños y nueve partes anatómicas. Me había convertido en la líder de mi propia danza macabra.

Dejé las cajas listas para llevarlas al día siguiente al mar. Le insinué a Mike que yo era la persona adecuada para esparcir las cenizas. Quería ser yo la que acompañara a esas personas en su último viaje, porque yo era la que las había metido en el horno y la que había recogido sus cenizas. Sin embargo, fue Mike el que se encargó de hacerlo. Llevaba días esperando el momento de salir a alta mar con la barca, y alguien tenía que quedarse en Westwind para contestar al teléfono y quemar los cadáveres. Y esa persona era la operadora del horno crematorio, la obrera de la muerte: yo.

## Eros y Tánatos

La casa donde me crié, en Punalei Place, tenía una piscina que era mi lugar de recreo. De niña me pasaba la vida allí, pero un día se estropeó la bomba limpiadora y una gruesa capa vegetal de color verde intenso se extendió sobre el agua. La piscina se convirtió en un hábitat ideal para ranas y patos, una ciénaga en pleno barrio suburbano donde la flora y la fauna podían desarrollarse a su gusto.

Dudo mucho que a los vecinos les impresionaran los esfuerzos conservacionistas de la finca de los Doughty. Por la noche se oía el estruendoso croar de las ranas, y una pareja de ánades salía de nuestra piscina para defecar en el jardín de los vecinos del otro lado de la calle, los Kitasaki. No les hizo ninguna gracia, por supuesto, y cuando encontramos a los patos muertos en la calle (mi teoría, sin confirmar, es que les dieron raticida), les hice una foto y envié a los Kitasaki un silencioso maleficio. Se mudaron al año siguiente, seguramente apabullados por el sentimiento de culpa y por mi poderoso maleficio.

Quince años más tarde, mis padres decidieron recuperar la piscina. Los hombres que la limpiaron encontraron en el fondo una capa de huesecillos: pájaros, sapos, ratones. Yo le había apostado a mi padre que encontrarían también huesos humanos de algunos de nuestros antiguos vecinos, pero no fue así.

Cuando yo tenía siete años, sin embargo, la piscina presentaba un aspecto normal. Todas las niñas del barrio estábamos fascinadas con *La sirenita* de Disney, que se estrenó en 1989. Nos encantaba representar la historia, pero cualquier juego de «hacer ver que» tenía que seguir unas normas estrictas. Una de nosotras anunciaba, por ejemplo: «Soy una sirenita con un sujetador de color púrpura, una larga cabellera de color verde y una cola rosa que brilla. Mi mejor amigo es un pulpo que canta». Si habías sido la primera en pedirte el pelo verde y la cola rosa, ninguna otra niña podía copiarte o la echarían del grupo y acabaría llorando detrás del banano.

Las películas de Disney en general, pero en especial *La sirenita*, me dieron una idea tremadamente retorcida de lo que era el amor. Si no habéis visto la película, os resumo

la trama (que es muy distinta de la de Hans Christian Andersen; hablaremos más adelante de ello). Ariel es una bella sirenita con una voz preciosa. Quiere convertirse en humana a toda costa porque está locamente enamorada del príncipe Eric (al que solo ha visto una vez) y porque la fascinan esos cachivaches inútiles que tiran los humanos y que almacena en una cueva bajo el mar. Una malvada bruja marina le promete a Ariel que la transformará en humana si renuncia a su voz. La sirenita acepta quedarse muda, y la bruja transforma su cola de pez en dos piernas. Aunque Ariel no puede hablar, es tan hermosa que el príncipe Eric se enamora de ella, porque las chicas guapas no necesitan decir nada. La malvada bruja intenta separarlos, pero el amor triunfa, y Ariel se casa con el príncipe y se convierte definitivamente en un ser humano. Fin.

Yo esperaba que mi vida amorosa siguiera más o menos este patrón, salvo en lo de la bruja malvada y el sabio pero sarcástico cangrejo musical. En mis años de adolescencia, sin embargo, comprendí que esto era una engañosa fantasía.

Como era una adolescente con inclinación por los temas macabros, mis lugares de esparcimiento en Hawái eran los clubs góticos o de ambientación sadomaso que ostentaban nombres como Carne o La Mazmorra, en naves o almacenes cerca del aeropuerto. Los sábados por la noche, mis amigas y yo, que durante el día llevábamos el uniforme de la escuela privada, les decíamos a nuestros padres que dormíamos en casa de una amiga y nos poníamos las ropas de vinilo que habíamos comprado a escondidas por internet. Así disfrazadas acudíamos a estos antros, donde nos ataban a cruces de hierro y nos azotaban públicamente en medio de la niebla artificial que expulsaban unas máquinas. A las dos de la madrugada, cuando cerraban los clubs, nos metíamos en Zippy's, una cafetería que abría las veinticuatro horas, donde siempre había algún cliente adormilado que nos llamaba «brujas». Nos desmaquillábamos en el lavabo y luego nos metíamos en el coche de mis padres y dormíamos unas horas. Como yo además formaba parte del equipo de canoa hawaiana, a la mañana siguiente tenía que quitarme el traje de vinilo para remar en mar abierto durante dos horas, mientras los delfines nadaban majestuosos junto a la embarcación. Hawái es un lugar muy interesante para criarse.

Y como era una niña estadounidense (bueno, más o menos) del siglo XXI, no tenía ni idea de que las películas de Disney que tanto me gustaban venían en realidad de Europa: estaban copiadas de los cuentos macabros de los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen. Los cuentos de hadas originales no acababan con nuestro habitual «y vivieron felices para siempre», sino con finales como el de *La doncella de los gansos*, de los

hermanos Grimm: «El destino que merece es que la metan desnuda en un barril forrado de clavos y que dos caballos blancos la arrastren así por toda la ciudad... hasta que muera».

En lo que respecta a *La sirenita*, el cuento original de Hans Christian Andersen, que data de 1836, está totalmente desprovisto de animales marinos que canten. En el cuento de Andersen, la sirenita se enamora de un príncipe y acude a la bruja del mar en busca de ayuda. (Hasta aquí, se parece bastante a la versión de Disney.) La sirenita consigue sus piernas, pero cada paso le resulta tan doloroso como si le clavaran afilados cuchillos en los pies. Como pago a sus servicios, la bruja del mar le corta la lengua a la sirenita «para que nunca más pudiera hablar o cantar». El acuerdo es que si la sirenita no consigue el amor del príncipe, morirá y se convertirá en espuma, con lo que perderá su oportunidad de tener un alma inmortal. Afortunadamente, el príncipe parece amarla, ya que «le permite dormir junto a la puerta de su habitación en un cojín de terciopelo». ¿Qué mayor muestra de amor puede darte un hombre que tratarte como si fueras su perro?

Pero el príncipe no se siente atado a esa mujer silenciosa que duerme junto a su puerta, de modo que decide casarse con la princesa de otro reino. La sirenita sabe que morirá al día siguiente de la boda, porque no ha conseguido el amor del príncipe. Las hermanas de la sirenita deciden intervenir. Se cortan las cabelleras y se las dan a la bruja a cambio de un cuchillo. Le entregan el cuchillo a su hermana y le dicen que antes de que salga el sol tiene que clavárselo al príncipe en el corazón. Cuando la sangre del príncipe salpique sus pies, se deshará el hechizo y volverá a tener una cola de sirena. Pero la sirenita es incapaz de matar a su querido príncipe, de modo que se arroja al mar desde una barca, decidida a morir. Fin del cuento. Intentad vender esto como película infantil.

Ojalá me hubiesen explicado esta versión de la historia cuando era pequeña. Enseñar a los niños la realidad del amor y de la muerte es mucho menos peligroso que hacerles creer en la mentira de los finales felices. Las niñas de la época de las princesas de Disney crecimos con una versión edulcorada de la realidad, en la que los animales eran nuestros compinches y todo acababa siempre bien. Ya nos dice Joseph Campbell que no nos fiemos del final feliz porque «en el mundo que conocemos, el mundo en el que vivimos, no hay otro final que el de la muerte y la desintegración, y el intenso dolor que nos produce ver desaparecer a los seres que hemos amado».

Pero la muerte y la desintegración nunca han sido un final favorito para el público en general. Es mucho más fácil tragarse una buena historia de amor de las de antes. Por eso me emociona tanto explicaros mi historia de amor, que empezó el día en que me encontré a Bruce preparando un cadáver al que habían realizado una autopsia.

—Hola, Bruce. ¿Recibiste la ropa que trajeron ayer para la señora Gutiérrez? —le pregunté.

—Oh, pero no has visto la ropa interior que trajeron —dijo en tono desesperado—. A ver, habría que decirle a la familia que su abuela no es Bettie Page,<sup>6</sup> que no me traigan una braguita tipo tanga.

—¿Lo dices en serio? ¿Y por qué han hecho eso? Es muy raro.

—No, pasa muchas veces. Se han creído eso de que el atractivo no tiene edad...

Bruce me señaló con un gesto de exasperación el hombre que yacía sobre la mesa.

—Me lo ha traído hoy Chris del Instituto Forense. Ha muerto de sobredosis o algo así.

En ese momento me di cuenta de que el joven que yacía sobre la mesa no tenía cara. No es que lo hubieran decapitado, simplemente le faltaba la cara. Le habían despegado la piel del rostro desde la coronilla hasta la barbilla y se la habían enrollado abajo como si fuera una persiana, dejando a la vista los músculos y los vasos sanguíneos.

—Bruce, ¿por qué le han hecho eso? ¿Qué le ha pasado? —pregunté. Pensé que me diría que se trataba de una extraña enfermedad que tenía ese efecto. Pero no era nada de eso.

Al parecer, no era tan extraño que llegaran cadáveres con la piel del rostro levantada como si fuera la tapa de una lata. Cuando los médicos forenses hacen una autopsia suelen extraer el cerebro del cadáver de la siguiente manera: hacen una incisión en la línea donde comienza el cuero cabelludo y desde allí levantan la piel para poder abrir el cráneo con una sierra oscilante. Esta técnica es muy similar a la que utilizaban los guerreros escitas, que le llevaban al rey las cabezas de sus enemigos para demostrar su victoria y luego les arrancaban el cuero cabelludo. Un buen guerrero escita (o ahora un médico forense) podía llevar colgando del cinturón una colección de cueros cabelludos.

Después de extraerle el cerebro, el médico forense vuelve a poner la parte superior del cráneo sobre la cabeza del cadáver, pero un poco ladeada, como si fuera la gorra del chico de los diarios, y le coloca la piel de la cara en su sitio. Y es en el tanatorio donde tendrán que devolverle al cadáver un aspecto natural, una tarea que en este caso le estaba resultando muy difícil al pobre Bruce, que recurrió a uno de sus chistes favoritos.

—Mira, Caitlin, tendré que decirle a la familia que lo que yo hago es tanatopraxia, no magia potagia —gruñó.

Estaba haciendo lo posible por recolocar el cráneo en su sitio. Cortaba trozos de toalla para levantar un poco la frente del muerto y se sentía frustrado porque en Westwind nunca contaba con el material adecuado para este tipo de reparaciones.

—Dime lo que necesitas, Bruce —me ofrecí.

—Un poco de mantequilla de cacahuete.

No se refería a la auténtica mantequilla de cacahuete. Es el nombre que le dan los veteranos del sector a un tipo de pasta restauradora. Pero yo entonces no lo sabía, y me pasé varias semanas diciéndole a todo el que quisiera oírme que los tanatopractores utilizaban mantequilla de cacahuete para dar un aspecto natural a los cadáveres. Los más exigentes solo usaban la marca Jif.<sup>7</sup>

El joven sin rostro mostraba abiertamente la tétrica sonrisa de su calavera. Resultaba inquietante pensar que todos tenemos dentro esa sonrisa un poco enloquecida, incluso cuando lloramos, nos enfadamos o nos estamos muriendo. La calavera parecía saber que Bruce no necesitaba mantequilla de cacahuete, me refiero a la auténtica. Por eso me miraba y se reía abiertamente de mi ignorancia.

Con mucho cuidado, Bruce fue desenrollando la piel del cadáver y colocándola sobre el rostro como una máscara de carnaval. Y en aquel momento se me cayó el corazón a los pies, porque reconocí al chaval. Ese joven con el pelo sucio y manchado de sangre era Luke, uno de mis mejores amigos.

Luke fue la primera persona a la que le anuncié que me habían contratado en Westwind. A él podía hablarle de mis temores sobre la vida y la muerte; no veía nada raro en mi relación con la muerte. Hablábamos de cuestiones existenciales, pero también de los chistes de las comedias británicas que veíamos *online* (ejem, ilegalmente). Luke era muy gracioso, y un oyente atento que sabía hacer las preguntas adecuadas. Y lo que es más importante, cuando tras unos meses en Westwind fue modificándose mi visión sobre la muerte, Luke entendió mis dudas y mis fracasos y no me juzgó por ello.

Pasé unos momentos angustiosos hasta que me di cuenta de que en realidad el muerto no era él. La «mantequilla de cacahuete» no era realmente mantequilla de cacahuete y ese joven muerto de sobredosis no era Luke, que vivía a muchos kilómetros al sur de Los Ángeles. Pero se le parecía mucho, y una vez que habías tenido esa imagen no podías borrarla.

Cuando Bruce acabó de embalsamar al pseudo Luke, lo dejó cosido como si estuviera hecho de retales y se fue a casa. Mike me pidió que lavara el cuerpo, que yacía tapado con una sábana blanca. Con una toalla caliente procedí a lavarle la sangre del pelo y de las pestañas, las delicadas palmas de las manos. Ahora yo sabía que mi querido amigo Luke no había muerto, pero que podía morir. Me dolería profundamente que muriera sin saber lo mucho que me importaba.

El psicoanalista Otto Rank consideraba que el amor contemporáneo era un problema religioso. Como nos hemos vuelto cada vez más seculares y tendemos a alejarnos del pueblo donde nacimos, ni la religión ni el sentimiento comunitario nos sirven para encontrar un sentido a la vida. Ahora elegimos una pareja para que nos distraiga de nuestra existencia puramente física. El existencialista Albert Camus lo expresó muy bien: «Ah, *mon cher*, para el que está solo, sin Dios y sin un maestro, el peso de los días puede resultar insopportable».

El día que vi al falso Luke en el crematorio acababa de mudarme a San Francisco y no conocía a nadie. El día de mi veinticuatro cumpleaños por la mañana, cuando llegué al coche y encontré una flor atrapada bajo la varilla del limpiaparabrisas tuve un momento de euforia al pensar que alguien me la había dejado allí. De inmediato comprendí que era imposible, porque nadie me conocía en San Francisco, y me puse muy triste. A lo mejor el viento la había traído.

Esa misma tarde, cuando salí del trabajo me compré una pizza y me fui a casa. Mi madre telefoneó para desearme un feliz cumpleaños.

Las únicas personas a las que veía en aquella época, aparte de Mike, Chris y Bruce, eran los adolescentes a los que daba clase. Además de trabajar de nueve a cinco en el tanatorio, impartía clases de Inglés y de Historia a jóvenes ricos de Marin, al otro lado de la bahía, un lugar que el *New York Times* describió como «hermoso, bucólico, privilegiado, liberal, con aires hippies». Mis alumnos eran críos inocentes que vivían en casas ajardinadas bajo la atenta mirada de unos padres sobreprotectores que no querían de ninguna manera conocer los detalles de mi profesión. A menudo, al salir de Westwind, en Oakland, atravesaba el puente de San Rafael para dirigirme a una de esas mansiones que miran a la bahía.

La única forma de vivir en San Francisco con un salario de incineradora era llevar esta doble vida, viajando continuamente entre el mundo de los vivos y el de los muertos. La transición era en ocasiones tan brusca que me preguntaba si mis alumnos notarían algo.

«Buenas tardes, aquí estoy, en esta casa de millones de dólares, cubierta de cenizas de personas incineradas y oliendo ligeramente a podrido. Espero que me paguen una buena cantidad de dinero por moldear la mente de sus impresionables hijos adolescentes.» Si los padres notaron la leve capa de polvo que me cubría, tuvieron el detalle de no hacer comentarios. ¡Personas! El polvo eran cenizas de personas.

Cuando sabes que te aguarda la muerte, lo que sucede es que te vuelves más ambiciosa, quieres reconciliarte con viejos enemigos, llamar a tus abuelos, trabajar menos, viajar más, aprender ruso y volver a tricotar. Quieres enamorarte. En cuanto vi al doble de mi amigo yaciendo sobre la mesa de embalsamamiento, decidí que lo que sentía por Luke era amor. Mis sentimientos por él eran intensos, los más intensos que había experimentado jamás. Igual que en las malas novelas, sentí que me atravesaba la flecha de Cupido. De repente, Luke era mi hombre ideal, el que me salvaría del torbellino de emociones que había sentido en los dos últimos meses. Si estuviera con él no moriría sola; alguien planificaría mi funeral, alguien me cogería de la mano, me secaría el vómito sanguinolento de la boca. No me pasaría como a Yvette Vickers, la actriz de películas de serie B que protagonizó *El ataque de la mujer gigante* y que fue hallada totalmente momificada en su casa de Los Ángeles cuando ya llevaba más de un año muerta. Al parecer, en los últimos años nunca salía de casa y a nadie le inquietó su desaparición. En lugar de preocuparme por si moría sola y acababa siendo comida por mi gato, proyecté mi soledad sobre Luke.

Todavía estaba obsesionada por él cuando incineré a Maureen, una mujer en la cincuentena a la que diagnosticaron un cáncer fulminante. En menos de un año estaba muerta. Maureen dejaba atrás a su marido, Matthew, que, en teoría, habría tenido que ser el primero en morir, porque estaba inválido y no podía salir de casa. Chris tuvo que ir a su apartamento a fin de preparar a Maureen para la incineración. En el calendario que colgaba de la pared habían escrito con letras muy grandes: «17 de septiembre: Muere Maureen».

Me tocó a mí llevar las cenizas de Maureen al apartamento de Matthew, un hombre de pelo largo y gris, con una vocecita muy curiosa. Llegó al vestíbulo en la silla de ruedas, que impulsaba él mismo con las manos. Cuando le entregué la cajita con las cenizas no se movió ni levantó la mirada. Me dio las gracias con su vocecita y sostuvo la cajita en el regazo como si fuera un bebé.

Unas semanas más tarde, un lunes por la mañana, veo al propio Matthew en el refrigerador del crematorio. Ha muerto. Se ha rendido. Su hermana nos entregó una bolsita con los objetos personales que Matthew quería que incineráramos con su cuerpo.

Los familiares nos piden a menudo que incineremos al fallecido con sus cosas preferidas, y nosotros accedemos, siempre y cuando no haya nada que pueda explotar. De modo que deposité a Matthew sobre la cinta transportadora y abrí la bolsita para colocar allí el contenido. Dentro de la bolsita había un rizo de Maureen, los anillos de boda y unas quince fotografías en las que aparecía no el hombre frágil e inválido que yo había conocido, sino un joven en perfecto estado de salud acompañado de su emocionada novia. Eran Maureen y Matthew cuando se casaron, más de veinte años atrás: jóvenes, guapos y felices. Tenían amigos, tenían perros y lo pasaban estupendamente. Se tenían el uno al otro.

De la bolsita salió un último objeto: la placa de metal que identificaba las cenizas de Maureen, incinerada unas semanas atrás. Estas placas se incineran junto al cadáver y se recogen con las cenizas, lo que permite que años después se puedan identificar los restos encontrados en un viejo desván. La placa que Matthew quería llevarse consigo era idéntica (salvo en el número del DNI) a la que iba a ponerle a él. Pensé en el momento en que encontró la placa entre las cenizas de Maureen; debió de sacarla de la urna, limpiarla de ceniza y llevársela a la mejilla. Representaba para mí un honor haber formado parte de su último momento juntos, del último acto de su historia de amor.

De pie junto al cadáver de Matthew, rompí a llorar (y no en silencio, debo reconocer). Aunque sabía perfectamente que todas las personas que amamos morirán algún día, todavía soñaba con un amor como el de Matthew y Maureen, todavía quería que me quisieran con locura. ¿No nos había prometido Disney que el amor duraba toda la vida?

En el siglo XIV, el infante de Portugal, Dom Pedro, se enamoró locamente de una dama de la nobleza, Inés Pérez de Castro, y puesto que estaba casado, la convirtió en su amante. Unos años más tarde, Dom Pedro quedó viudo y pudo vivir con Inés y tener con ella varios hijos. Sin embargo, estos hijos fueron vistos por su padre, el rey, como una amenaza. Aprovechando la ausencia de Dom Pedro, el rey hizo matar a Inés de Castro y a los niños.

El príncipe Pedro organizó una revuelta contra su padre, y cuando subió al trono se encargó de vengar la muerte de su amada. Mandó que le llevaran a los sicarios que le habían dado muerte y que les arrancaran el corazón en su presencia. Luego declaró que

Inés era su legítima esposa y, por lo tanto, la auténtica reina. Dice la leyenda que seis años después de su muerte, Inés de Castro fue desenterrada y sentada en el trono con una corona sobre la calavera, y que los miembros de la corte tuvieron que desfilar ante ella y besarle la mano.

El rey Pedro anhelaba estar con Inés, y yo quería estar con Luke. Hay una palabra portuguesa que no tiene equivalente en inglés: *saudade*, que es el deseo teñido de nostalgia, de anhelo por aquello que has perdido. La terrible imagen del rostro de Luke separado de su calavera era un anticipo de su muerte. Podía morir en cualquier momento, y yo lo necesitaba hoy, porque quién sabe lo que sucederá mañana. Sin embargo, estaba dispuesta a esperar. Costara lo que costase, encontraría la manera de estar con él.

## Burbujeando

Parecía un día de lo más normal. Mike me llamó desde la sala de tanatopraxia.

—¡Caitlin, ayúdame a poner a este tipo tan grande sobre la mesa!

La frase que recuerdo era «ayúdame a poner a este mexicano tan grande sobre la mesa», pero supongo que me equivoco. Mike siempre era políticamente correcto en su terminología. (Un día se refirió a las víctimas de la violencia callejera de Oakland como «chicos urbanos de color».) Supongo que lo del «mexicano grande» es un falso recuerdo. En cualquier caso, el hombre que lo ayudé a trasladar de la camilla a la mesa de tanatopraxia no era mexicano, ni tampoco grande. Era salvadoreño e inmenso: pesaba más de doscientos kilos. Si un día queréis entender lo que significa la expresión «peso muerto» en toda su extensión, probad a levantar el cadáver de un hombre con obesidad mórbida tendido sobre una camilla que se tambalea.

Juan Santos era agente de seguros y había muerto de sobredosis de cocaína en su apartamento de East Bay. Tardaron dos días en descubrir el cadáver. El forense le hizo la autopsia y volvió a coserle el pecho, dejándole un tremendo costurón en forma de Y que iba desde la clavícula al estómago.

—¿Has cogido la bolsa de vísceras que estaba al fondo del furgón? —me preguntó Mike.

—¿Vísceras? ¿Te refieres a una bolsa con sus órganos?

—Sí. El médico forense le extrae los órganos y los coloca en una de esas bolsas de material peligroso. Llega al crematorio con el cadáver.

—Dios santo. ¿Quieres decir que la ponen junto al cadáver?

Mike sonrió.

—No, Chris se carga la bolsa encima del hombro, como Santa Claus.

—¿En serio?

—No, hombre, no. Maldita sea, menudo asco —dijo Mike.

Ah, Mike estaba con ganas de bromear. Intenté seguir con su broma navideña.

—Entonces, ¿Chris reparte regalos por Navidad? Lo que no tengo claro es si les regala vísceras a los niños que se han portado bien, o al contrario.

—Depende de lo macabro que sea el niño en cuestión.

—¿Volveremos a ponerlas dentro?

—Esta tarde, cuando Bruce venga a embalsamarlo. Las sumergirá en el líquido embalsamador y volverá a colocarlas en su sitio. Mañana se celebra una misa —dijo Mike.

Depositó a Juan sobre la mesa con un hondo suspiro de alivio y fue en busca de la cinta métrica.

—La familia ha traído un féretro. Voy a tomarle las medidas, y espero que quepa, porque no quisiera tener que llamarlos para decirles que necesitan el de tamaño extra. A lo mejor tendrás que hacerlo tú —dijo Mike, sin poder evitar una sonrisa.

Según la Organización Mundial de la Salud (además de cuarenta y cinco programas de televisión dirigidos a los obesos), Estados Unidos tiene más adultos con sobrepeso que cualquier otro país del mundo. No es extraño que la fabricación de féretros de tamaño extra sea un negocio floreciente.

Una de estas empresas, Goliath Casket, Inc., cuenta en su página web una bonita historia sobre cómo nació:

En los años setenta y ochenta era difícil encontrar féretros de tamaño extra, y los que había eran muy feos. En 1985, el padre de Keith, Forrest David (Pee Wee), dejó su trabajo de soldador en una fábrica de ataúdes y anunció: «Chicos, me marcho. Voy a hacer ataúdes de tamaño extra grande, pero tan bonitos que os parecerán dignos de vuestra propia madre [...].» Forrest David empezó su proyecto en la porqueriza reconvertida de la granja familiar. Al principio hacía ataúdes de dos medidas y en un solo color.

El ingenio de Pee Wee nos habría ido de maravilla a Mike y a mí. Era imposible que Juan, que el Señor se apiade de su alma, entrara en un féretro de tamaño normal. Era un hombre casi tan ancho como alto.

Mike me daba instrucciones.

—Venga, crúzale los brazos como si estuviera dentro del ataúd. —Para acceder a los dos brazos yo me tendí prácticamente sobre el cuerpo de Juan—. No, crúzalos más, más —insistía Mike, mientras medía la anchura de sus hombros con la cinta métrica. Para entonces yo ya estaba extendida cuan larga era sobre el difunto—. Sigue, sigue... ¡Muy bien! Ahora sí que cabe.

—Oh, vamos. ¡Es imposible que quepa!

—Lo haremos caber. La familia ya ha gastado más dinero del que puede permitirse. Haré lo posible para que no tengan que pagar los 300 dólares de más que cuesta un féretro de tamaño extra. Decirles que su hijo necesita un féretro especial ya es lo bastante duro.

Ese mismo día, mientras el cremulador deshacía con un zumbido unos huesos tras otros, llegó Bruce para embalsamar a Juan. En cuanto le echó un vistazo, se puso a llamar a gritos: «¡Caitlin! Caitlin, menudo mexicano. Prepárate para el mal olor. Los cuerpos grandes siempre huelen peor», dijo con su característico tacto.

—¡¿Por qué todos lo llamáis «el mexicano»?! —le grité, para hacerme oír por encima del sordo gruñido de los hornos.

Como Bruce se equivocó en cuanto al país de origen de Juan, pensé que también se equivocaría en el mal olor de los obesos. Sin embargo, el hedor que emergía de la sala de preparación era el más intenso que había oido en mi vida. Lo normal habría sido sentir repulsión, pero en realidad despertó mi curiosidad y me dirigí a la sala para ver qué pasaba.

Había visto trabajar a Bruce en otras ocasiones, y sin embargo no estaba en absoluto preparada, ni intelectual ni emocionalmente, para ver aquellos casi doscientos kilos expuestos. Si al cadáver se le ha practicado la autopsia, el embalsamador corta primero los puntos de la incisión en forma de Y. A continuación, trata con productos químicos las vísceras guardadas en el saco rojo de Santa Claus, como dijo Mike. Cuando entré en la sala de preparación, Bruce acababa de empezar su tarea.

Describir la escena como un «lodazal sanguinolento» no le haría justicia. Nunca habría imaginado que un cuerpo humano pudiera contener tamaña acumulación de órganos, sangre y grasa.

Bruce, que estaba sacando las vísceras del saco, se lanzó a darme explicaciones.

—Te dije que apestaría, Caitlin. La gente gorda se descompone más rápidamente. Es un hecho científico, chica. Es a causa de la grasa: a las bacterias les encanta. Por eso, cuando los traen después de la autopsia, puaj.

Hay que reconocer que en esto Bruce tenía razón. Su comentario sobre que «la gente gorda apesta antes» no era un prejuicio, sino un hecho.

—La grasa que tiene en el cuerpo está burbujeando. Yo lo llamo burbujear. Y suerte que el tipo no se murió en la bañera. Los muertos en la bañera son los peores. Cuando

los sacan del agua, la piel mojada se desprende del cuerpo. El gas del tejido forma burbujas. Bueno, el olor es terrible. –Bruce silbó para enfatizar lo terrible que era–. Un olor que se te mete dentro para el resto del día, o para el resto de tu vida –aseguró–. Dicen que murió de sobredosis de cocaína, pero yo creo que más bien fue un ataque cardiaco. Mira esto.

Metió las manos en la cavidad torácica de Juan y sacó el corazón.

–¡Mira este corazón, rodeado de una capa de grasa! El tipo estaba con unos amigos en un bar, comiendo una hamburguesa y metiéndose unas rayas de coca. Mira. –Separó las manos enguantadas para que viera los depósitos de grasa amarillenta–. ¡Por eso no es bueno estar gordo!

Supongo que puse cara de sentirme aludida, porque se apresuró a añadir:

–No lo decía por ti, chica. Tú no estás gorda. Pero seguro que tienes amigas que lo están. Díselo a ellas.

¿Qué podía decirle?

Porque Bruce, que tenía alma de profesor, no me hacía esta demostración para escandalizarme, sino para educarme. La gente obesa huele especialmente mal después de una autopsia porque su cuerpo se descompone con más rapidez. Es un hecho. Claro que esto no se lo decíamos a los familiares del fallecido. Por nada del mundo le habría dicho a la madre de Juan por qué su hijo despedía ese olor. Estos datos estaban destinados únicamente a los oídos de los obreros de la muerte, los que trabajaban entre bambalinas.

Si reaccionamos con disgusto frente a un cuerpo en descomposición como el de Juan es en gran parte por puro instinto. La evolución nos ha enseñado a sentir asco de los alimentos que podrían sentarnos mal, y uno de ellos es la carne podrida. Algunos animales, como los buitres, pueden consumir carne podrida porque su estómago segregá unos ácidos especialmente potentes. Pero por lo general los humanos preferimos evitar determinados alimentos antes que enfrentarnos a las consecuencias que nos produce consumirlos. Recordemos que los wari, cuando comían a sus compañeros en proceso de descomposición, tenían que parar de vez en cuando para vomitar.

–En serio, Bruce. Creo que es el olor más repugnante que he oido jamás –le dije.

Para aquellos que no hayan tenido el privilegio de conocer el aroma de *Eau de Putrefacción*, digamos que las primeras notas de un cadáver que se descompone son de regaliz con un intenso trasfondo de cítricos. Pero no un cítrico fresco y estival, desde luego; más bien como si te rociaran la nariz con uno de esos productos industriales para

limpiar el baño. A esto añádele un vaso de vino blanco que ha empezado a atraer a las moscas y, de remate, un cubo de pescado crudo dejado al sol. Así es como huele un cadáver en descomposición, queridos amigos.

Bruce se deshacía en disculpas.

—Te dije que no lo olieras, pero supongo que es como decirle a un niño: «Hijo mío, sobre todo, no aprietas el botón rojo».

Pero, a excepción de casos como el de Juan Santos, que se salen de la norma, la descomposición y la putrefacción han desaparecido prácticamente de nuestro universo mortuorio. Los cadáveres actuales tienen dos opciones: inhumación con embalsamamiento previo, que en teoría detiene la descomposición para siempre (o por lo menos hasta que el cuerpo empieza a secarse y endurecerse como una momia), y la cremación, que lo convierte en un montoncito de polvo y cenizas. Sea como fuere, el caso es que ya no vemos cadáveres en descomposición. Y esta es la razón de que sintamos tanta fascinación por los zombis. Como no hemos visto muertos putrefactos, nos imaginamos que ellos vienen a por nosotros. Ahora los zombis —muertos putrefactos revividos— son el enemigo público número uno, el principal tabú, lo más asqueroso que podemos imaginar.

Nos equivocamos si pensamos que «enterrar» un cadáver consiste en colocarlo bajo tierra sin ninguna protección, de modo que quedaría a merced de los zombis, si se diera el caso. En el vídeo de Michael Jackson, *Thriller*, se ve la mano de un cadáver que asoma, y luego sale el resto del cuerpo. Hubo una época en que los muertos se enterraban así, pero en el mundo desarrollado ya no se hace de esta manera. Ahora embalsamamos a los muertos con productos químicos y los introducimos en un féretro cerrado que luego colocamos dentro de una cámara de metal o de hormigón bajo tierra. El cadáver queda separado del mundo de la superficie por varias capas protectoras. Y encima de este montaje se coloca la lápida mortuoria, como la guinda que adorna nuestro postre de negación de la muerte.

La ley no nos obliga a usar féretros y cámaras mortuorias, pero las normas de algunos cementerios sí. Las cámaras evitan que se acumule tierra sobre el enterramiento y permiten que el paisaje quede uniforme y sea más fácil de cuidar. Además, pueden hacerse distintos modelos al gusto del cliente y, por lo tanto, se pueden vender más caras. ¿En imitación de mármol, en bronce? La familia puede escoger.

Cuando murió Edward Abbey (1927-1989), escritor y ecologista estadounidense, sus amigos no quisieron dejarlo en un cementerio tradicional. Desenterraron el cadáver, lo envolvieron en un saco de dormir y lo cargaron en la parte trasera de una furgoneta. Se lo llevaron al desierto Cabeza Prieta, en Arizona, y lo enterraron en un lugar solitario, al final de un camino de tierra, donde escribieron su nombre en una piedra cercana y echaron whisky sobre la tumba. Fue su manera de rendir tributo a Abbey, que se había pasado la vida advirtiendo a la humanidad del peligro de vivir apartados de la naturaleza. «Si mi cuerpo putrefacto alimenta a un buitre o nutre las raíces de un enebro, esta es toda la inmortalidad que necesito. Esta es toda la inmortalidad que nos merecemos», dijo en una ocasión.

Abandonado a su suerte, nuestro cadáver se descompone, se pudre, se deshace y vuelve a integrarse en la tierra de la que viene. Utilizar productos embalsamadores y gruesas cámaras protectoras para detener este proceso es un intento desesperado de evitar lo inevitable y demuestra el terror que le tenemos a la podredumbre.

La industria de la muerte vende el embalsamamiento y los féretros como una ayuda para que los cadáveres tengan un «aspecto natural», pero la verdad es que nuestras costumbres en torno a la muerte resultan cualquier cosa menos naturales. Tan poco naturales como enseñar a bailar con ridículas falditas a un animal con la majestuosidad natural del oso o el elefante. O como levantar réplicas de la torre Eiffel y de los canales de Venecia en medio del desierto norteamericano.

La cultura occidental no siempre ha sentido esta aversión por la descomposición. De hecho, nuestra relación con lo podrido había sido incluso íntima. En los primeros tiempos del cristianismo, cuando se los consideraba una pequeña secta de judíos que luchaban por sobrevivir, los seguidores del nuevo mesías eran duramente perseguidos y se enfrentaban a un grave riesgo de muerte por su fe. Algunos de estos mártires tuvieron muertes atroces. Les cortaban la cabeza, los lapidaban, los azotaban, los crucificaban, los metían en aceite hirviendo, los arrojaban a los leones... Como compensación, los mártires iban directos al Cielo. Nada de purgatorios ni de Día del Juicio: entraban directamente en el reino de Dios.

Estos santos mártires eran héroes a ojos de los cristianos de la Edad Media. En el año 324 después de Cristo, el emperador Constantino declaró legal el cristianismo, y los restos de los santos que habían sufrido martirio se convirtieron en preciadas reliquias. Si una iglesia albergaba las reliquias de un mártir –un corazón, un hueso, una botellita de

sangre—, contaba con la visita de miles de fieles. Se creía que el alma del santo rondaba en las cercanías de sus restos y podía hacer milagros o dotar de un halo de santidad a quienes iban a ofrecerle tributo.

Se recurría a los santos para curar enfermedades, acabar con las sequías, derrotar a los enemigos. Pero ¿por qué limitarse a visitar a un santo muerto cuando podías lograr que te enterraran en la misma iglesia? No cabía duda de que yacer toda la eternidad cerca de los santos (*ad sanctos*) te daría una ventaja en la otra vida, protegería tu alma inmortal.

A medida que la religión cristiana ganaba adeptos, aumentaba el número de fieles que querían ser enterrados cerca de la iglesia, junto a los santos. Esta costumbre de enterrar a los fieles cerca de la iglesia se extendió por todo el imperio, de Roma a Bizancio, y a otros países de lo que hoy es Europa. Alrededor de estas iglesias donde se custodiaban reliquias se construyeron pueblos enteros.

Llegó un momento en que las iglesias empezaron a cobrar por el derecho a ser enterrado. Los más ricos querían los mejores lugares, cerca de los santos. Cualquier rincón de la iglesia podía aprovecharse para un enterramiento, y no es una exageración decir que en estas iglesias hay cuerpos enterrados por todas partes. Los lugares máspreciados eran el semicírculo que rodea el ábside y el vestíbulo de la entrada. A partir de ahí, cualquier lugar era aprovechable. Hay cadáveres enterrados bajo el suelo, en el techo, incluso apilados en las paredes. Cuando se celebraba misa, es muy posible que hubiera más muertos que vivos dentro de la iglesia.

En los calurosos meses de verano, el hedor de estos cadáveres dentro de la iglesia debía de ser espantoso. El médico italiano del siglo XVIII Bernardino Ramazzini se quejaba de que había «tantas tumbas en las iglesias, y las abren tan a menudo, que resulta imposible enmascarar el abominable olor. Por más que fumiguen los santos edificios con incienso, mirra y otros aromas, el hedor sigue siendo muy molesto para los presentes».

Los parroquianos que no podían pagarse un buen lugar dentro de la iglesia tenían que contentarse con una tumba en el cementerio. Había zanjas de nueve metros de profundidad que contenían hasta mil quinientos cadáveres. Esta práctica representaba un cambio de ciento ochenta grados con respecto a la creencia romana y judía de que los muertos eran impuros, por lo que era preferible mantenerlos alejados del pueblo. En la Edad Media, el cementerio junto a la iglesia se convirtió en un punto central de la vida del pueblo, un lugar donde se hacía vida social y se comerciaba. Había puestos donde se

servía vino y cerveza, hornos comunitarios donde se cocía el pan. Las parejas de novios iban allí a pasear por la noche, los oradores se instalaban en el cementerio para hablar. En 1231, el ayuntamiento de Ruan emitió un bando por el que se amenazaba con excomulgar a los que bailaran en el cementerio o en la iglesia. Debían de ser muchos los aficionados para que se les amenazara con un castigo tan severo. El cementerio era el lugar donde los vivos y los muertos se mezclaban en armonía social.

El historiador Philippe Ariès, autor de un magnífico estudio que recorre un siglo de la muerte en el mundo occidental (*El hombre ante la muerte*), declaró: «A partir de ese momento, y durante mucho tiempo, los muertos dejaron de inspirar miedo». Es posible que Ariès exagere en su apreciación, pero lo cierto es que, si los europeos de la Edad Media temían a la muerte, decidieron superarlo, porque los beneficios de la proximidad de los santos pesaban mucho más que los inconvenientes del olor y la desagradable visión de los muertos.

La muerte medieval fue mi primer amor verdadero (académico). Me sentí cautivada por los esqueletos danzantes, los sepulcros cubiertos de gusanos, los osarios, los cadáveres que se pudrían en los muros de la iglesia. El descaro con que se abordaban las cosas de la muerte en la Baja Edad Media no tenía nada que ver con lo que yo había vivido hasta entonces. Los dos únicos funerales a los que asistí en mi infancia fueron el de papá Aquino, que nos miraba desde el féretro con una sonrisa rígida y un rostro demasiado maquillado, y las exequias de la madre de un amigo de infancia. En las exequias ni siquiera estaba la fallecida de cuerpo presente, y en lugar de hablar de su muerte, el pastor que ofició la misa nos habló en eufemismos: «Su alma era una tienda de campaña. Los ferores vientos de la vida soplaron a través de las palmeras y derribaron la tienda de nuestra hermana».

Incluso en la trastienda de Westwind era raro que oliera a podrido. Éramos un almacén de la muerte secular, y la mayoría de nuestros clientes morían en entornos controlados médicalemente, como hospitales y residencias de ancianos. En cuanto morían nos los traían rápidamente y los metíamos en unas cámaras refrigeradas donde se mantenían a una temperatura constante de unos cuatro grados centígrados. Aunque en ocasiones teníamos que guardar los cadáveres unos días mientras hacíamos el papeleo, casi todos los incinerábamos mucho antes de que entraran en las primeras fases de putrefacción.

Una mañana, sin embargo, cuando abrí la puerta de la cámara de refrigeración y aparté las cintas de plástico, me asaltó el olor inconfundible, imposible de olvidar, de un ser humano en proceso de putrefacción.

—Chris, por todos los cielos, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que huele así?

Chris sacudió la cabeza con pesar.

—Creo que se llama Royce. Fui a buscarlo ayer. Ahí dentro hay un problema, Cat —dijo en tono grave.

Su seriedad me gustó, porque aquel hedor no era un asunto para tomarse a broma.

De modo que el origen del hedor infernal que sale de la cámara frigorífica eres tú, Royce. Nunca había hecho con tanta rapidez los papeles para presentar el certificado de defunción al ayuntamiento. Quería acabar cuanto antes con la incineración de Royce. Al abrir la caja, me encontré con un cadáver blando y «esponjoso». Royce tenía un intenso color verde, como el de un Cadillac de los años cincuenta. Era lo que la industria funeraria denomina con poca amabilidad un «flotador», es decir, un cadáver encontrado en el agua. A Royce lo habían hallado en la bahía de San Francisco. Cuando por fin lo metí en el horno, me dije con alivio que ya se había acabado la descomposición ese día. Sin embargo, el olor no desapareció. Aunque Royce ya no estaba, el hedor persistía.

Decidí que el asunto requería investigación, una investigación de la peor clase posible. Tuve que meterme entre las cajas de cartón y olisquear hasta descubrir la procedencia del hedor... ¡aquí está! ¡Ellen! La mujer que nos habían traído del Instituto Médico Forense. «O sea que en realidad eres tú la que despides este olor a podrido, mucho más intenso que cualquier cosa que haya oido hasta ahora. ¿Qué te ha pasado? Tenías cincuenta y seis años, y de acuerdo con tu certificado de defunción trabajabas como vendedora de artículos de moda.»

De Royce sabía que se había ahogado, pero nunca descubrí lo que le había pasado a Ellen. Cuando por fin pude introducir a la pobre mujer entre las llamas me senté a leer un capítulo de *El jardín de los suplicios*, del francés Octave Mirbeau (1848-1917), un libro que descubrí durante mi fase de afición a la literatura francesa decadente. Justo al principio del capítulo aparecía un personaje descrito como «un diletante que disfrutaba enormemente con el hedor de la podredumbre». Mi primera reacción fue pensar: «Qué bien, igual que yo». ¿En serio? No, no era así. Ni yo ni mis compañeros en Westwind disfrutábamos con ese olor. Puede que sintiéramos un interés científico, pero eso no quería decir que nos gustara la putrefacción. Yo no entré en la cámara frigorífica para

inhalar con ganas y llenarme de placer; no bailé desnuda entre los fríos cadáveres para disfrutar de un gozo transgresor. Lo que hice fue arrugar la nariz, estremecerme y lavarme las manos por duodécima vez ese día. La descomposición era simplemente una de las facetas de la muerte, un recordatorio visual (y oloroso) de que nuestro cuerpo es temporal, de que no es más que un parpadeo en el radar del vasto universo.

Sin embargo, es bueno recordar que somos seres perecederos, y sería beneficioso que como sociedad volviéramos a tener algún tipo de contacto con esta realidad. Una forma que tenían los monjes budistas para superar la concupiscencia y dominar su deseo de permanencia era imaginar un cadáver putrefacto. En la meditación denominada «las nueve contemplaciones del cementerio», los monjes meditaban sobre las diferentes fases de la descomposición: 1) distensión (*choso*); 2) ruptura (*kaiso*); 3) exudación de sangre (*ketsuzuso*); 4) putrefacción (*noranso*); 5) decoloración y desecación (*seioso*); 6) pasto de los animales (*lanso*); 7) desmembramiento (*sanso*); 8) huesos (*kosso*), y 9) reducción a polvo (*shoso*).

Aunque la meditación podía ser interna, los monjes recurrián también a imágenes de las distintas fases de descomposición o se desplazaban hasta un osario para meditar sobre un auténtico cadáver. No hay nada como ver cadáveres a menudo para perder el miedo.

Si los cuerpos en estado de putrefacción han desaparecido de nuestro entorno (como es el caso), pero al mismo tiempo son necesarios para perder el miedo a la muerte (como es el caso), ¿qué ocurre en una cultura en la que se elimina sistemáticamente cualquier signo de descomposición? No hace falta ser adivino para entender que vivimos en una cultura así, una cultura en la que se rechaza la muerte.

Y este rechazo adopta diversas formas. Nuestra obsesión con la juventud, las cremas, los productos y las dietas antioxidantes que quieren vendernos haciéndonos creer que el envejecimiento natural de nuestro cuerpo es algo indigno. Cada año mueren en el mundo 3,1 millones de niños pequeños, y en Estados Unidos gastamos más de cien mil millones de dólares en productos rejuvenecedores. Este mismo rechazo se aprecia en nuestra tecnología y en nuestros edificios, que contribuyen a crear la ilusión de que tenemos menos que ver con los accidentes de tráfico que con el elegante diseño de un MacBook.

La única forma de romper este círculo vicioso y evitar el embalsamamiento, el féretro y la cámara acorazada es lo que llaman entierro «verde», o «natural». Se está empezando a ofrecer en algunos cementerios de Estados Unidos y cada vez tiene más demanda. Es

parecido a lo que hicieron con los restos de Edward Abbey, pero sin necesidad de robar el cadáver ni de adentrarse en el desierto. El cuerpo se entierra simplemente envuelto en un sudario y se pone encima una piedra que señala el lugar. De esta forma, los restos se descomponen sin problema y sus átomos vuelven al universo para crear nueva vida. No solo es la forma más natural y ecológica de abandonar este mundo, sino que acaba con el miedo a la fragmentación y a la pérdida de control. Optar por este tipo de enterramiento es decir: «Tengo plena conciencia de que no soy más que un puñado de materia orgánica y elijo celebrarlo. ¡Viva la descomposición!».

Para entonces ya llevaba un tiempo en Westwind y había tomado la decisión de que quería un entierro verde. Había comprendido que los átomos que forman mi corazón, mis uñas, mis riñones y mi cerebro me han sido prestados por el universo, pero llegará un momento en que tendré que devolverlos. No tengo intención de preservarlos a base de productos químicos para quedármelos. En Marin, justo al otro lado del puente que hay frente a Westwind, hay un cementerio que permite este tipo de enterramientos. Allí podía sentarme entre las suaves colinas del cementerio para contemplar las tumbas y meditar sobre mi futura cita con la tierra. Los monjes buscaban la liberación a través de la incomodidad, y yo estaba haciendo en cierto modo lo mismo. Ahora podía contemplar mi miedo cara a cara, algo que no pude hacer de niña, y empezar a superarlo.

## *Ghusl*

El Buda —el famoso fundador del budismo— nació como Siddharta Gautama en lo que hoy es Nepal. Y no nació iluminado. Vivió los primeros veintinueve años rodeado de los lujos de palacio. Su padre, el rey, había sido advertido de que Siddharta se convertiría en un gran líder espiritual si conocía el sufrimiento y la muerte. Por supuesto, el rey prefería que su hijo llegara a ser un monarca como él en lugar de un miserable maestro espiritual, de modo que prohibió cualquier atisbo de muerte o de enfermedad en el palacio y los alrededores.

Cuando Siddharta cumplió veintinueve años decidió que quería conocer la ciudad vecina. Su padre accedió, pero tomó las medidas necesarias para que su hijo solo se encontrara con personas jóvenes y sanas en su recorrido y no viera nada desagradable. Pero los dioses no estaban de acuerdo, así que enviaron a un anciano desdentado y cojo al encuentro del joven príncipe. Siddharta se quedó sorprendido, nunca había visto a nadie anciano ni enfermo. Los dioses le enviaron a continuación a un hombre enfermo de peste, y por último hicieron que viera un cadáver que ardía sobre una plancha de madera. Tras encontrarse de bruces con la ancianidad, la enfermedad, la muerte y la nada, Siddharta renunció a la vida de palacio y se convirtió en un monje. El resto, como suele decirse, es historia.

En la historia de Siddharta, el encuentro con un cadáver en proceso de incineración no tiene un efecto negativo, sino positivo, porque es el catalizador que permite que el príncipe se transforme en un maestro espiritual. La visión de un cadáver lo obligó a comprender que la vida es un proceso de cambio constante, y que nunca se puede predecir qué ocurrirá a continuación. Lo que le había impedido llegar a la iluminación era precisamente vivir entre los muros de palacio, sin conciencia alguna de que existieran la enfermedad y la muerte.

También Westwind Cremation & Burial cambió mi visión de la muerte. Cuando apenas llevaba un año allí ya me preguntaba por qué escondíamos todo lo relacionado

con los muertos, y empezaba a entender que aquí se encontraba la raíz de muchos de los grandes problemas de nuestra sociedad.

La visión de un cadáver nos ancla en el mundo real. Hasta que empecé a trabajar en Westwind no había visto prácticamente ni un muerto. Ahora veía a diario montones de cadáveres en la cámara frigorífica, y esto me obligaba a reflexionar sobre mi muerte y la de mis seres queridos. Por muy inmersos que estemos en la tecnología, la experiencia de encontrarnos ante un cadáver nos devuelve a la realidad y nos recuerda que no somos más que animales hinchados de importancia que comen, cagan y están destinados a convertirse en polvo. No somos más que futuros cadáveres.

El difunto que tenía hoy sobre la mesa era Jeremy, un hombre de cincuenta y tres años con el cuerpo cubierto de tatuajes; números y letras en los brazos, en el torso, en la espalda. Jeremy se había pasado media vida en la cárcel. Muchos de los tatuajes se los había hecho él mismo y ahora eran de un verde apagado, pero también tenía otros más recientes, del tiempo que vivió en libertad: pájaros de colores, olas y otras metáforas de la vida en libertad. Eran tatuajes preciosos, que daban a entender que Jeremy había intentado llevar un nuevo tipo de vida al salir de prisión. La utilización del cuerpo como un lienzo en el que pintar preocupaciones y anhelos causa una honda impresión cuando la persona ha muerto.

Había empezado a lavar a Jeremy cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Me quité los guantes y salí al patio. Todavía no había tenido tiempo de saludar cuando una mujer, que luego se presentaría como la hermana de Jeremy, me gritó: «Eh, tú, la de un metro ochenta».

—Bueno, sí. Soy bastante alta...

—Oh, vaya, vaya. Eres una chica muy guapa —chilló la mujer. Me dio un abrazo y me palmeó la espalda mientras repetía—: Qué chica tan alta y tan grande.

Yo le di las gracias, aunque no pude evitar recordar las explicaciones de Bruce: la capa de grasa alrededor del corazón era el motivo por el que no había que engordar.

Hice pasar a la hermana de Jeremy a nuestra sala de visitas. Ella sacó una piruleta y empezó a morderla con furia sin dejar de patear el suelo. No quería pasarme de lista, pero tenía la impresión de que esa mujer estaba colocada de anfetas o algo así. No era el primer familiar que veía en esas condiciones. Es uno de los riesgos de trabajar en una humilde funeraria de Oakland.

—Mira, querida —dijo—, quiero que Jeremy tenga un bonito funeral en San Francisco. A continuación lo enterraremos en el cementerio de veteranos del valle de Sacramento. Yo te seguiré en mi coche. —Pronunciaba cada palabra siguiendo el ritmo de los golpes que daba con el pie en el suelo.

—¿Se da cuenta de que el cementerio está a dos horas en coche? —pregunté.

—Si no te vigilo, seguro que lo incineras. Es posible que lo hayas hecho ya.

—Señora, el cementerio de veteranos espera que les llegue el cuerpo en el féretro para darle sepultura. Lo llevaremos el jueves —le expliqué.

—No me has entendido. Lo que digo es que su cuerpo no está en ningún féretro porque lo habéis incinerado sin mi permiso.

Le expliqué lo mejor que pude que no tenía ningún sentido que en Westwind incineráramos a Jeremy sin permiso y lleváramos un féretro vacío al cementerio del valle de Sacramento. No ganaríamos nada con ello. Pero ella no me creía.

La hermana de Jeremy no era la única que pensaba que los empleados de los crematorios éramos malas personas. La gente tenía teorías muy extrañas sobre lo que hacíamos con los cadáveres. A veces nos llamaba alguna anciana con voz temblorosa.

—Westwind Cremation & Burial. Soy Caitlin. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, guapa. Me llamo Estelle y quiero que me incineréis cuando muera —me dijo una mujer—. He firmado los papeles y he pagado el servicio. Pero esta mañana he leído en el periódico que incineráis todos los cadáveres juntos. ¿Es cierto?

—No, señora. Aquí incineramos a cada uno por separado —le dije con convicción.

—Decían que poníais un montón de cadáveres en una pira y que luego recogíais todas las cenizas juntas —dijo Estelle.

—Señora, ¿quién le ha dicho esto?

—Lo dicen los periodistas.

—Bien, pues le aseguro que no se referían a Westwind. Aquí cada uno tiene su propia placa con su número y cada uno tiene su propia incineración —le aseguré.

Oí un suspiro al otro lado de la línea.

—Está bien, guapa. He vivido muchos años, y me da miedo que cuando me muera me dejen abandonada en una pila de cadáveres.

Estelle no era la única con estos temores. Una mujer llamó para preguntar si guardábamos los cadáveres colgando de unos ganchos en la cámara frigorífica, como si fueran piezas de carne. Un caballero me reprochó que cobráramos el servicio de lanzar

las cenizas al mar, porque dijo que era «como arrojar las cenizas al váter con un paquete de sal y tirar de la cadena».

Se me partía el corazón al oírlos, incluso cuando me gritaban. Mierda, ¿lo creían en serio? ¿De verdad pensaban que los colgaríamos de un gancho de carnicero y los arrojaríamos a una hoguera con otros cadáveres? ¿Pensaban que tiraríamos sus cenizas al váter?

Los temores de estas personas me recordaron que a los ocho años creía que mojándome la camiseta de saliva evitaría la muerte de mi madre. Decidí ser brutalmente sincera y responder con franqueza a sus preguntas. Si me preguntaban cómo se convertían los huesos en cenizas, les explicaba lo que era el cremulador. «Bueno, hay una máquina que se llama cremulador...» Si querían saber si su cuerpo se pudriría antes de que lo incineráramos, yo se lo explicaba. «Bien, las bacterias empiezan a devorarnos desde el interior en cuanto morimos, pero al meter el cadáver en la cámara frigorífica detenemos el proceso.» Lo más extraño era que, cuanto más sincera era en mis respuestas, más me lo agradecían.

Muchos de estos problemas se resolvían con la incineración en presencia de testigos, aunque esto siempre me daba palpitaciones. Era una forma de que la gente viera lo que pasaba; veían que el cadáver entraba solo en el horno, y hasta podían tomar parte simbólicamente en el proceso cuando apretaban el botón para hacer brotar las llamas. El horno parecía un monstruo que abría la boca para tragarse a tu madre, pero al pulsar el botón el proceso se convertía en un pequeño ritual.

Yo sentía la necesidad de hacer cada vez más, de cambiar por completo la visión de la gente sobre la muerte y todo lo que la rodeaba. Descubrí que en la bahía de San Francisco había un fantástico grupo de mujeres que también trabajaban en este sentido y llevaban a cabo funerales en la casa del muerto. Se autodenominaban comadronas de la muerte, o *doulas*<sup>8</sup> de la muerte. No habían recibido una formación específica ni tenían un título de la industria funeraria, pero se consideraban herederas de una antigua tradición, cuando era la familia la que se ocupaba del muerto.

Antes de la guerra civil norteamericana, como ya he mencionado, la muerte era un asunto estrechamente vinculado al hogar y a la familia. Decían: «El cadáver tiene que estar en casa». (Bueno, esto me lo he inventado, pero podían haberlo dicho.) La muerte era un tema doméstico, y eran las mujeres las que se ocupaban del muerto, las que

lavaban el cadáver, preparaban la comida para la familia que venía al funeral, lavaban la ropa.

En muchos sentidos, las mujeres son las compañeras naturales de la muerte. Cuando una mujer da a luz, crea no solo una nueva vida, sino una futura muerte. Samuel Becket escribió que la mujer da a luz «sentada a horcajadas sobre una tumba». Y la madre naturaleza es en este sentido una auténtica madre que crea y destruye en un ciclo sin fin.

En caso de que la matriarca de la familia no quisiera o no pudiera lavar y amortajar al muerto, los familiares podían contratar a unas «preparadoras» que se ocupaban de estos menesteres. Siguiendo la costumbre importada de Europa, las que se ocupaban de estos menesteres a principios del siglo XIX en Norteamérica eran principalmente mujeres. Había comadronas que ayudaban en el parto y amortajadoras que preparaban los cadáveres; mujeres que te ayudaban a venir al mundo y mujeres que te ayudaban a abandonarlo.

La mayoría de los clientes de Westwind ignoraban que el cadáver era suyo y habrían podido hacer lo que quisieran con él. No era necesario que llevaran a su padre muerto a una funeraria ni que contrataran a una persona para amortajarlo. El cadáver les pertenecía, para bien o para mal. En California tienes todo el derecho a hacerte cargo de tus muertos, y legalmente no se considera que los cadáveres sean unas criaturas horribles de las que hay que deshacerse, como pretende hacernos creer la industria funeraria. Entre los musulmanes, lavar y amortajar al cadáver se considera un honor y una obligación sagrada. El lavado ritual recibe el nombre de *ghusl*, y cada cual puede designar a la persona que preparará su cadáver cuando muera. Los hombres lavan a los hombres y las mujeres a las mujeres.

Siglos atrás, cuando se sabía muy poco sobre gérmenes y bacterias, se creía que las epidemias que asolaban poblaciones enteras, como la peste negra o el cólera, se debían a «los aires venenosos» que emanaban de los cadáveres. Por esta razón se enterraba a los muertos fuera de los límites de la ciudad. Y aun reconociendo que los cadáveres no proporcionan olores ni visiones agradables, la verdad es que no suponen una amenaza para los vivos. Las bacterias causantes de la putrefacción no son las mismas que causan las enfermedades.

Unas semanas antes del episodio de Jeremy y su hermana, llegó a Westwind la señorita Nakazawa. Su madre había fallecido en casa y ella deseaba tener el cuerpo unas horas más para poder despedirse de ella, pero me explicó que un policía la había instado

a llamar cuanto antes a la funeraria, porque su madre «tenía diabetes y quedarme con el cadáver unas horas más podía ser peligroso».

Me quedé boquiabierta.

—Perdone, señora. ¿En serio le dijo eso?

—Me dijo que si no llamábamos inmediatamente a la funeraria, el cuerpo de mi madre haría que enfermáramos.

Es decir, que un agente de policía le advirtió que tenía que deshacerse del cadáver de su madre o se contagiarían de diabetes. Lo mismo podía haberle dicho que el asiento de un váter le transmitiría el sida. Dejando de lado la idea totalmente errónea de que la diabetes sea contagiosa, lo cierto es que la mayoría de los virus y las bacterias, incluso los susceptibles de causar enfermedades, no sobreviven más que unas pocas horas en un cuerpo muerto. Los pocos virus que pueden vivir un tiempo más (como el del sida, que puede sobrevivir hasta dieciséis días) no resultan más dañinos en un cuerpo muerto que en un cuerpo vivo. Resulta más arriesgado para nuestra salud subirnos a un avión que estar en la misma habitación que un cadáver.

Antes de contactar con Westwind, la señorita Nakazawa había llamado a otra funeraria, pero allí le dijeron que si querían ver a su madre antes de la incineración era indispensable que la embalsamaran.

—No queremos que embalsamen a mamá —me dijo la señorita Nakazawa—. Ella era budista, y no quería que la embalsamaran. Pero el director de la funeraria me dijo que era preciso hacerlo por motivos de higiene.

Estupendo. De modo que dos «profesionales» le habían dicho a esta mujer que su madre muerta era una bomba a punto de explotar que podía enfermar a toda la familia. El objetivo del embalsamamiento es que el cadáver tenga mejor aspecto. Nos han enseñado que es lo correcto, y se hace así para que las visitas se sientan más cómodas. Además, las funerarias cobran por el servicio. Pero esto no significa que un cadáver sin embalsamar sea peligroso para la familia. Ahora que sabemos tanto sobre gérmenes y contagios, los policías y los profesionales del tanatorio no tienen excusa para decir que los muertos pueden dañar a los vivos.

A causa de esta superstición tan extendida, incluso entre personas con formación, esta mujer no tendría la oportunidad de sentarse con su madre para «despedirse, en cierto modo», como lo expresaba una amiga mía. No pudo hacer su despedida. El cadáver no necesita que lo recuerden. De hecho, no nos necesita para nada; no le importa que lo

dejemos pudrirse en paz. Somos nosotros los que lo necesitamos. Contemplar al muerto nos ayuda a comprender que ya no está, que ya no participa en el juego de la vida. En esta imagen nos vemos a nosotros mismos y recordamos que también moriremos un día. Es el comienzo de la sabiduría.

En la isla indonesia de Java, cuando muere alguien todo el pueblo tiene que asistir al funeral. Al difunto le quitan la ropa, le atan un pañuelo bajo la barbilla para cerrarle la boca y le cruzan los brazos sobre el pecho. Los familiares se meten en el agua con el muerto para lavarlo, lo sostienen sobre el regazo como si lo acunaran. Según el antropólogo Clifford Geertz, acunar así al muerto es «ser *tegel*», es decir, ser capaz de hacer algo repulsivo sin pestañear, aunque nos llene de miedo y de horror». Los deudos llevan a cabo este ritual para llegar a ser *iklas*, liberados del dolor. Abrazar y lavar al muerto les permite mirar de frente su malestar y alcanzar un lugar donde «ya no sienten pesar en el corazón».

Y aunque ella misma no lo supiera, este era el tipo de despedida que necesitaba la hermana de Jeremy. Cuando por fin la convencí de que podía irse tranquila porque no habíamos quemado a su hermano a escondidas, fui a prepararlo. Contemplé la historia que contaban sus tatuajes y procuré acallar la incómoda vocecita que durante mis primeros meses en Westwind me asustaba susurrándome que su mano me agarraría con fuerza y me mantendría para siempre entre la vida y la muerte. Ahora tampoco me preocupaba hacer algo mal, romperle algo. Pensaba en sus tatuajes, que hicieron que mucha gente lo tachara de sucio y de delincuente.

Jeremy había sido un delincuente, pero también era hermoso. Yo, en todo caso, no estaba allí para juzgarlo, sino para lavarlo y ponerle su traje de poliéster azul claro y su camisa de esmoquin. Mientras le alzaba el brazo comprendí de repente que lo que estaba haciendo no me causaba aprensión. Me sentía bien, y pensé que ojalá los demás comprendieran que podían lavar a sus muertos y sentirse bien. Era una sensación al alcance de todo el mundo, solo era preciso liberarse de las supersticiones.

Llevaba diez meses trabajando en Westwind y ya sabía que la muerte era mi vida. Quería enseñar a los demás a ocuparse de sus muertos, a lavarlos y amortajarlos, tal como lo hacían nuestros antepasados. Quería enseñar a la gente a superar sus miedos. ¿Cómo lo haría? Tenía distintas opciones: la primera, recoger mis cosas y escabullirme sin decir nada para unirme a las comadronas de la muerte. Esto implicaría abandonar la industria funeraria y la seguridad y legitimidad (merecida o no) que me proporcionaba

este empleo. No me importaba dejar atrás la parte comercial de la industria funeraria, pero el problema era que las comadronas de la muerte eran, digámoslo así, bastante más espirituales que yo. No tenía nada que objetar al incienso, los aceites sagrados y los chakras de la muerte. Todo eso me parecía muy respetable, pero no podía fingir que la muerte era una «transición» cuando en realidad creía que la muerte era la muerte. Ya está. *Finito*. En este aspecto me sentía totalmente secular.

Mi segunda opción sería matricularme en una escuela de tanatopraxia, lo que supondría sumergirme totalmente en la industria y sus espantosas prácticas.

—En realidad, no tienes por qué asistir a una escuela de tanatopraxia, Caitlin —me dijo Mike en una ocasión—. No te castigues de esta manera.

Mike no había necesitado asistir a un centro especial, porque, afortunadamente para él, la ley del estado de California no exige estudios especiales para tener la licencia de director funerario. Solo necesitas tener un título de lo que sea, carecer de antecedentes penales y pasar un examen muy sencillo. Ya está.

Pero ahora que sabía cuál era mi vocación quería aprenderlo todo, entenderlo todo. Podía acudir a círculos extraoficiales o matricularme en una escuela, aprender a embalsamar y ver de primera mano lo que enseñaban. Las comadronas de la muerte me parecían muy interesantes, pero yo no quería estar fuera del sistema, quería conocerlo desde dentro. Por eso decidí apuntarme a una escuela de tanatopraxia. Por si acaso.

## Testigo único

En noviembre Mike se tomó dos semanas de vacaciones con su mujer y su hijo para ir de pesca y me dejó –pobre de mí, muerta de miedo– a cargo del crematorio. Y lo peor de todo: el lunes por la mañana estaba prevista una incineración en presencia de testigos. Como Mike ya no estaría, yo tendría que llevar a cabo la ceremonia sin su ayuda.

–Dios mío, Mike, por lo que más quieras. Repíteme todos los pasos y dame ánimos – le imploré.

Pero Mike no parecía inquieto.

–No te preocupes, es una familia muy agradable. Son de Nueva Zelanda... o de Australia, no lo recuerdo. Bueno, en todo caso el hijo es muy simpático, y creo que es heterosexual. Le gusta la serie *A dos metros bajo tierra*, para que veas. Procura estar guapa cuando vengan. El hijo está a punto de heredar muchas propiedades. Ya ves que estoy intentando encontrarte novio.

Era como el comienzo de una novela de Jane Austen en la que el señor Darcy sería el hijo afligido/aficionado a las series de HBO, y Elizabeth, una aprendiz de incineradora.

En una incineración con testigos puede ocurrir un desastre en cualquier momento. Unas semanas atrás había empezado a fallar el sistema eléctrico de la cinta transportadora que usamos para introducir el cadáver en la incineradora. Como consecuencia, la cinta se detenía de vez en cuando. Esto, que no era ningún problema si me pasaba estando sola –no tenía más que darle un empujón a la caja de cartón–, podía resultar embarazoso en presencia de testigos.

Pensé lo que diría si ocurría lo peor: «Oh, la cinta transportadora siempre se detiene en este punto. Entonces es cuando yo tomo carrerilla y me abalanzo contra la caja de cartón donde está vuestra madre para arrojarla a las llamas. Es lo que hacemos siempre, no os preocupéis.»

La noche previa a la cremación con testigos tuve pesadillas. Soñé que la cinta transportadora se estropeaba o, todavía peor, el horno dejaba de funcionar justo cuando

metía el cadáver dentro. Hasta la fecha no había ocurrido, pero no era imposible que ocurriera, y como soy tan ceniza, seguro que me pasaba a mí.

Y por si no fuera suficiente para alentar mis pesadillas (además de decirme que quería emparejarme con el hijo de la fallecida), Mike me hizo una advertencia: «Ojo con esto. El cadáver no tiene buen aspecto». La familia venía en avión desde Nueva Zelanda (o tal vez desde Australia) y la difunta «no tenía buen aspecto». ¿Qué demonios quería decir con esto?

Lo que quería decir, según descubrí el lunes por la mañana, era que las mejillas de la madre estaban cubiertas de curiosos parches de podredumbre de un vivo color anaranjado y que una dura costra marrón le cubría la nariz. Tenía la cara hinchada y suave como un melocotón maduro. La piel de los humanos se reduce a una aburrida paleta de colores crema, beis, marrón claro y marrón oscuro mientras estamos vivos, pero la descomposición nos permite adquirir un amplísimo abanico de colores que van desde los tonos pastel hasta los fosforescentes. En esta mujer la descomposición adoptaba un color naranja.

En cuanto llegué al trabajo empecé a maquillarla. Utilicé todos los productos de que disponíamos; algunos eran especiales para maquillar cadáveres, y otros productos de la farmacia cercana. Intenté arreglarle el pelo para disimular su estado de descomposición. Coloqué sábanas blancas junto a su cara (que tenía el tamaño y el color de una pelota de béisbol) para encontrar un ángulo que la favoreciera. Cuando por fin la coloqué en la sala de visitas, donde tenemos una lámpara de luz rosada, no me pareció que tuviera tan mal aspecto.

—Ya no está tan cutre, Cat. Ahora no está mal —dijo Chris para darme ánimos—. La verdad es que... tenía mal aspecto.

—Gracias, Chris.

—Mira, ahora tengo que ir a la residencia de Shattuck para recoger al señor Clemons. No quieren de ninguna manera quedarse más tiempo con el cadáver. La enfermera ya me ha llamado tres veces furiosa.

—Chris, ahora tengo una incineración con testigos. ¡Estaré sola!

—Ya lo sé, ya lo sé. A mí tampoco me parece bien que Mike te haya dejado sola. Él siempre cree que todo es muy fácil, pero tú todavía necesitas apoyo.

Seguramente era cierto, pero sus palabras activaron mi vieja respuesta refleja: «No te preocupes, todo está controlado». El miedo que tenía a parecer débil o incompetente era

mayor que el temor a que se estropeara la cinta transportadora o a cualquier otro desastre.

—Puedes irte, Chris. No pasa nada.

Poco después de que Chris se marchara, llegó el hijo de la fallecida (el individuo con el que quería emparejarme Mike la celestina), seguido de diez familiares. Los acompañé hasta la sala de velatorio, donde el cadáver ya estaba expuesto.

—Les dejo a solas con ella. Pueden tomarse todo el tiempo que necesiten —dije en tono respetuoso, y salí de la habitación.

Pero en cuanto cerré la puerta pegué la oreja a la madera para oír lo que decían. Y esto fue lo primero que dijo el hijo, con bastante énfasis: «Antes mamá tenía mejor aspecto. Tenía mucho mejor aspecto sin tanto maquillaje».

Mi primer impulso fue abrir la puerta y gritarle: «¿Quieres decir cuando era evidente que se estaba descomponiendo, chaval?». Sin embargo, sabía que no era forma de tratar a los clientes, de modo que hice un esfuerzo para calmarme y superar el menosprecio a mi trabajo de artesanía. Me dije que tenía que hablar con el hijo y explicarle que yo tampoco estaba de acuerdo con esta manía de la industria funeraria de maquillar los cadáveres. Yo también me inclinaba por el aspecto natural, pero si él hubiera visto a su madre tal vez habría comprendido que era necesario recurrir al maquillaje. También le preguntaría al hijo qué quería decir con eso de que «antes tenía mejor aspecto». ¿Se refería a cuando estaba viva? Por supuesto. ¿O se refería a que cuando murió no tenía el color de un cono de tráfico? También existía la posibilidad, muy inquietante, de que el hijo fuera una de esas personas que se sienten cómodas con los cadáveres en estado de putrefacción. Mike tenía razón, puede que ese joven fuera el hombre de mis sueños. De todas formas, no llegamos a tener esa conversación, y tengo la impresión de que, pese a las expectativas, nuestra relación romántica no habría prosperado.

La familia estuvo un buen rato con la matriarca en la sala de velatorio. Cuando por fin me avisaron de que estaban listos para la cremación, me asusté al ver que salía humo de los costados del cadáver. Los familiares le habían puesto unos gruesos bastones de incienso entre las sábanas. Normalmente no permitíamos que se quemara nada en la sala, pero como Mike no estaba, y como la madre tenía un aspecto tan extraño, lo dejé pasar.

La matriarca parecía un vikingo sujetando su arma, porque le habían colocado entre las manos un helado de café y almendra Häagen-Dazs, mi helado favorito. No pude evitar exclamar: «¡Es mi favorito!».

Hasta aquel momento había logrado mantener la boca cerrada (incluso después de que menospreciaran mis dotes como maquilladora), pero con el tema del helado no pude callarme. Gracias a Dios, el comentario les hizo gracia. A su madre también le encantaba el helado de café.

Como Chris había ido a recoger el cuerpo del señor Clemons, yo tendría que introducir a la madre en el horno. Lo primero que hice fue golpear la camilla contra la puerta, y el brusco movimiento provocó una vaharada de humo de incienso. No recuerdo exactamente lo que dije entonces –el bochorno nubla la memoria–, pero probablemente exclamé: «¡Uuups!», o una tontería como: «¡La primera puerta siempre es la más difícil!».

Coloqué el féretro sobre la cinta transportadora y me sentí aliviada al ver que lo conducía al interior de la máquina sin ninguna interrupción. Dejé que el hijo pulsara el botón que hacía brotar las llamas y vi que este acto lo conmovía, como les pasaba a todos. El incienso y el helado demostraban que esta familia comprendía el poder de los rituales. Por un momento pareció que el hijo hubiera olvidado el golpe de la camilla contra la puerta y el exceso de maquillaje, pero de todas formas no me invitó a salir.

Mientras Mike estuvo de vacaciones, me tocó incinerar a veintisiete adultos, seis bebés y dos torsos. Tres de esas incineraciones fueron con testigos, y no hubo ningún problema.

En su primera mañana después de vacaciones, Mike levantó la cabeza de su escritorio y me dijo:

—Estoy muy orgulloso de ti, joder.

Casi se me saltan las lágrimas. Sentí que había logrado una gran conquista. Ya no era una aprendiza, no era una aficionada. Me había convertido en una incineradora profesional. Sabía hacer algo, conocía mi oficio. Y lo hacía bien.

Si Mike se hubiera prodigado elogiadome cada vez que hacía cualquier pequeña cosa, cada vez que barría el patio o cuando incineré a cinco bebés antes de las cinco de la tarde, creo que no me habría convertido en una trabajadora tan competente. Si aprendí a hacerlo mejor fue porque quería demostrarle que era capaz.

—Has conseguido más que el noventa y cinco por ciento de los que han trabajado aquí —dijo Mike.

—Un momento. —Entrecerré los ojos con suspicacia—. Espero que sea solamente una expresión. ¿Dices que hay un cinco por ciento que ha trabajado mejor que yo?

—Normalmente contratamos a personas sin experiencia. Y cuando la tienen, suelen ser paletos del servicio de recogida de basuras. Ya sabes, no es un trabajo agradable.

—Y no está bien pagado —añadió.

Mike se rió.

—No, no está bien pagado. Pero te convencimos.

Sin embargo, la satisfacción de que Mike me felicitara por mi trabajo dio paso enseguida al sentimiento de culpa. Acababan de aceptar mi solicitud de entrada en la escuela de tanatopraxia.

Que me hubieran aceptado no quería decir que yo tuviera que entrar. Estábamos a finales de 2008, al principio de la crisis económica, y era un mal momento para dejar un trabajo estable, aunque fuera un empleo como incineradora de cadáveres. Pero mi vida en San Francisco seguía siendo solitaria y poco estimulante, incluso con un empleo tan raro como el que tenía. La escuela que me había aceptado, Cypress College of Mortuary Science (uno de los dos únicos centros de tanatopraxia de California), se hallaba en el famoso condado de Orange, al sur de Los Ángeles, donde se encuentra Disneylandia y donde se rodó la serie *Mujeres desesperadas*.

No tenía la intención de convertirme en una embalsamadora, que era lo que enseñaban en escuelas como Cypress College, pero quería descubrir de primera mano qué formación ofrecían. Quería averiguar, en definitiva, quién tenía la culpa: ¿las personas que dirigían la industria, los formadores o la industria en sí misma?

Además, aunque me costara admitirlo, estaba el tema de mi amigo Luke, que desde hacía unos años vivía en el sur de California. Teníamos planeado irnos a Los Ángeles, donde viviríamos juntos y nos convertiríamos en artistas aunque no tuviéramos dinero. Pero yo me fui al norte, a San Francisco, detrás de mi obsesión por la muerte. Fue una decisión egoísta por mi parte, pero ahora las cosas eran distintas; ahora ya sabía quién era, mi vida tenía un propósito. Ahora sabía que quería estar con Luke.

Cuando se lo dije, se mostró escéptico.

—¿De modo que te mudas a Los Ángeles, Doughty? ¿Esta vez lo dices en serio? —me preguntó.

—No te sientas halagado, tío. No es que tenga ganas de mudarme a Los Ángeles, pero es que tengo que alejarme de todos estos cadáveres. ¿Has leído *El siglo de las luces*?

Estoy cansada de vivir entre los muertos. [...] Aquí todo huele a cadáver. Quiero volver al mundo de los vivos, de los que creen en algo.

Luke se echó a reír.

—¿De modo que todo huele a cadáver? ¿Es una metáfora? ¿Está hecho de cadáveres el crematorio?

—Sí, pero es muy difícil construir algo con cadáveres —le expliqué.

—Tenía entendido que eran bastante rígidos.

—Ciento, al principio funcionan bien. Pero su tendencia a la putrefacción los hace inadecuados para sostener un edificio, ¿entiendes? Resultan impredecibles.

—Caitlin, creo que tendrías que salir de allí antes de que todos esos cadáveres te caigan encima.

Luke inclinó la balanza. En invierno me trasladaría al sur.

Una semana después de hablar con mi amigo, le anuncié a Mike mi decisión. Se limitó a poner cara de póquer y a decir: «Está bien, si eso es lo que quieras».

Chris fue más expresivo. No quería que me marchara. Teníamos recuerdos juntos. Como una vez que fuimos a buscar a una anciana que había fallecido sola en su propia casa. La encontramos tendida sobre un charco de sangre en el suelo de la cocina. La encimera estaba abarrotada de tarros abiertos de Nutella y de mantequilla de cacahuete repletos de cucarachas. La mayoría de nuestros recuerdos eran asquerosos, pero eran nuestros.

Cuando ya faltaba poco para que me marchara, pusimos un anuncio en internet para encontrar un sustituto. Llovieron las respuestas. El mercado de trabajo debía de estar fatal para que la gente quisiera trabajar en un crematorio.

De todas formas, que muchas personas contestaran al anuncio no significaba que todas fueran adecuadas. Cito una de las cartas recibidas: «Pueden confiar en mí porque soy musulmán. Yo no robo. Aunque hubiera un billete de cien dólares en el suelo no lo cogería. Lo que sí me motiva son los incentivos: ¿qué me darán si corro más de cuatro kilómetros diarios?».

Luego estaban las numerosas solicitudes mal escritas, con faltas de ortografía o de sintaxis: «Objetivo: adquirir *experiencia* y tener la oportunidad para aprender en el campo de las funerarias».

Las auténticas joyas llegaron cuando seleccionamos a unas cuantas personas para que contestaran a un cuestionario. A mí me pareció que las preguntas eran demasiado del tipo «Si fueras un árbol, ¿qué árbol serías?», pero de alguna manera hay que separar el grano de la paja.

P: Explique en unas trescientas palabras por qué le interesa trabajar en el sector funerario.

R: Me encanta la muerte.

P: ¿Conoce algún ritual mortuorio o ha participado en alguno de estos rituales? Por favor, explíquenos su experiencia.

R: Una vez jugué con el tablero de la *vuija* *[sic]*.

P: ¿Es capaz de sentir empatía con las personas sin implicarse personalmente? Describa una situación en que lo haya hecho.

R: En una ocasión maté a unos cuantos.

P: ¿Puede usted ser flexible con respecto a sus obligaciones laborales y a sus tareas?

R: Oh, claro. Por supuesto que sí.

Finalmente, Mike dejó a un lado las cualificaciones de los candidatos y contrató a Jerry, un afroamericano alto y atractivo. Irónicamente, Jerry había trabajado para el servicio de basuras. Era uno de esos «paletos» de las basuras que el propio Mike había jurado semanas atrás que nunca volvería a contratar. Supongo que cuando la experiencia de tu otro candidato se limita a que jugó en una ocasión «con el tablero de la *vuija*», cambia tu perspectiva sobre el asunto.

Cuando faltaba una semana para que me fuera, vi la vieja furgoneta blanca de Chris en el taller y cometí el error de referirme a ella como «ese cacharro».

—¿Trasto? Mire usted, señorita, no la insulte. Lleva conmigo veinte años —me dijo—. Es mi ballena blanca, la bestia que se traga a los hombres descuidados.

Llevé a Chris en coche a casa de sus padres en lo alto de Beverly Hills. Su familia vivía allí desde los años cincuenta.

—Cat, quiero enseñarte una cosa —dijo.

Me condujo hasta un inmenso árbol en el centro del jardín. Era una secuoya de unos quince metros de altura y seis metros de diámetro.

—Mi madre murió cuando yo era un crío, de modo que pasaba mucho tiempo con mi abuela. Cuando mamá murió, la abuela me dio una de estas hojas y me dijo que si la plantaba en la tierra saldría un árbol. Parecía imposible, pero planté la hoja en un bote de café Maxwell House y cada mañana la regaba con tres tazas de agua. Y aquí está —dijo, dando unas cariñosas palmaditas en la base del tronco—. Es mi árbol. Si quieres saber cuál es mi mayor logro en esta vida, aquí lo tienes.

»Claro que ahora ha crecido tanto que las raíces amenazan con romper el camino de entrada de la vecina. Cualquier día llamará a la policía, y entonces arrancarán las raíces que hayan invadido su propiedad. Entonces el árbol morirá. Se pudrirá y se caerá. Esto me provoca pesadillas.

Chris era un sentimental.

Lo que me sorprendió fue que me organizaron una fiesta de despedida en Westwind. Estaban todos. Chris, que no era muy amante de las fiestas, se marchó temprano, pero antes me entregó una bolsa de plástico de regalo con un estampado de globos rosas. Dentro solo había un coco seco.

—¿Qué es...? ¿Un coco? Gracias, Chris.

—En 1974, cuando vivía en Hawái, un amigo me puso este coco en el asiento trasero del coche, un Pinto de color naranja. Me dijo: «Este coco es importante. Guárdalo y llévalo siempre contigo». Eso he hecho. Y ahora te lo doy a ti.

Solo Chris era capaz de dotar de profundidad a un coco viejo y reseco en una bolsa de regalo. Su gesto me emocionó, y le di un abrazo.

—Adiós, Cat —dijo Chris.

Esa misma noche, ya un poco piripi, empecé a conversar con Mike y Bruce sobre trabajo (una de las pocas cosas que teníamos en común). En esta ocasión no fue la típica charla sobre el idiota que trabajaba en la funeraria de la competencia o sobre las dificultades de una incineración de la semana pasada; esta vez tuvimos una conversación existencial, el tipo de charla que llevaba tanto tiempo queriendo tener con ellos.

Bruce explicó lo que le ocurrió unos años antes con una clienta embarazada que preparaba la incineración de su bebé.

—Cuando la vi, le dije: «Qué lástima lo de su bebé, pero por lo menos está embarazada, hay otro niño en camino». Pero resultó que el bebé que tenía que incinerar era el que tenía en el vientre. Se le había muerto el bebé a los ocho meses de embarazo y todavía no podían sacárselo. Esto me dejó totalmente destrozado. Tenía a la mujer allí

sentada con el niño muerto en el vientre. Me pareció terrible. Hace diez años de esto y no lo he olvidado, maldita sea. Por eso hay tantos alcohólicos y drogadictos en el sector funerario, porque hay cosas que necesitas olvidar.

Mike tenía la cabeza apoyada en la pared y no me miraba directamente. De repente, preguntó en tono sincero, como si de verdad quisiera una respuesta:

—¿No tienes momentos en que te sientes tan triste que no puedes soportarlo?

—Bueno..., yo...

—Esos momentos en que los familiares están tan tristes y tan perdidos que no sabes qué decirles.

Me pareció que tenía lágrimas en los ojos. Pero no estoy segura, porque estaba oscuro. Comprendí que Mike también era humano..., un hombre que intentaba salir adelante como todos en este mundo extraño de los muertos, que intentaba hacer su trabajo y se preguntaba por el sentido de todo.

Y yo, que tantas ganas tenía de hablar de esos temas, en ese momento solo pude balbucear:

—Supongo que sí. Pero así es como son las cosas, ¿no?

—Así son. Que tengas mucha suerte en Los Ángeles —dijo Mike.

Y así fue como acabó mi carrera en Westwind Cremation & Burial.

## Las secuoyas

Mi última noche en Rondel Place, nuestro casero, un filipino que vivía en el piso de arriba (además de católico y homosexual, era activista vegetariano y colecciónaba figuritas de ángeles), tuvo que llamar a la policía a causa del jaleo que organizaron dos hombres que salían del local Esta Noche. Después de orinar contra la pared se sentaron en los escalones de entrada de nuestra casa y empezaron a toquetearse mientras se decían ternezas en español. Pero al rato los susurros se convirtieron en gritos, «¿Por qué no me amas?»,<sup>9</sup> y en puñetazos. La policía tuvo que intervenir.

A la mañana siguiente, después de ser testigo de esta telenovela en vivo, cargué todas mis posesiones en mi furgoneta de alquiler, sin olvidar mi gato y mi pitón, y abandoné Rondel Place dispuesta a recorrer las seis horas que separan San Francisco de Los Ángeles.

Luke me pidió que me quedara en su casa mientras buscaba un apartamento, pero el simple hecho de estar en su presencia me resultaba doloroso, tan intenso era mi deseo de proclamar lo que sentía por él. Temiendo que mis sentimientos rompieran el delicado equilibrio de nuestra relación, decidí declinar su ofrecimiento y me instalé en Koreatown. Me habían advertido de que era un «barrio peligroso», pero después de haber vivido en Rondel Place me pareció el paraíso. Podía recorrer mi calle sin toparme con un hombre desnudo defecando detrás de mi coche, o con una mujer vestida de payaso intergaláctico fumando crac. Puede que hubiera algunos vendedores de droga y algunas bandas callejeras en Catalina Street, pero, en comparación con Rondel Place, era un auténtico oasis.

En Los Ángeles me zambullí en mi investigación sobre la muerte y la cultura; no solo quería saber cómo influía en nuestro comportamiento, sino por qué. El tema de la muerte era mi vocación, y la seguí con una fe que, dada mi tendencia natural al cinismo, nunca habría creído posible. Lo cierto es que tener un objetivo resulta muy estimulante.

Sin embargo, podía pasar fácilmente de la emoción a la desesperación. Me inquietaba que mi obsesión con los rituales de la muerte fuera enfermiza: ¿era morboso pensar en estos temas? Pero todavía me inquietaba más la soledad. Me había convertido en la líder del culto al cadáver, pero en mi templo no había nadie más. Y el líder de una secta sin seguidores no es más que un loco barbudo.

Afortunadamente, tenía a Luke, un lugar en el que refugiarme cuando quisiera escapar de las fronteras de la muerte, alguien con quien hacer realidad mis dulces sueños de amor. O por lo menos eso creía.

Aunque ahora vivía en la misma ciudad que Luke, me seguía siendo imposible decirle lo que sentía. Las palabras estaban demasiado cargadas de emoción. Llegó un día en que no pude más y le escribí una carta. Le explicaba que lo necesitaba, que él era la única persona que me había apoyado en un mundo donde era tan fácil caer en la desesperación. Era una carta entre sensiblera y nihilista, y me pareció exactamente adecuada, porque Luke y yo éramos una mezcla de nihilismo y sensiblería. Le dejé la carta en su buzón una noche con la seguridad de que Luke estaba esperándola. Estaba convencida de que su respuesta sería tan ardiente como mi declaración de amor.

Y luego: silencio.

Pasaron unos días antes de que recibiera un *email* de Luke. Una sola línea que decía:

No me pidas esto. No puedo volver a verte.

De modo que, teóricamente, Luke seguía vivo. Pero mi relación con él, la amistad que yo tanto valoraba, se había desmoronado ante mis ojos. Era como una muerte, y me hirió en lo más profundo. Mi mente volvió al estado anterior y puso en marcha ese discurso interno que tanto se parecía al que me martirizaba en mi niñez: «Hay personas en este mundo que se mueren de hambre, que se mueren de verdad. ¿Y tú estás triste porque ese tío no te quiere? No se puede ser más boba». El discurso tenía ahora algunas partes añadidas: «¿Pensabas que podías escapar? Pues ya ves que no, no puedes. Ahora te dedicas a la muerte, y nadie podrá quererte. Aquí todo huele a muertos».

Mi trabajo en Westwind se acabó en noviembre, y la escuela de tanatopraxia no empezaba hasta enero, de modo que tenía un tiempo por delante sin nada que hacer. Me fui en coche hasta el norte de California para caminar entre las gigantescas secuoyas

gigantes y olvidarme de lo ocurrido con Luke. Antes de partir mandé un *email* a mis amigos (y a mi madre) donde les explicaba en un tono ligero, como si tal cosa, lo que quería que hicieran con mis restos si me mataba en aquellas carreteras de montaña llenas de curvas.

Pasé la noche en Redwood Hostel, una vieja mansión en la abrupta costa del norte de California. A la mañana siguiente partí en busca del camino de las secuoyas gigantes, adonde solía ir de excursión unos años antes, pero por alguna razón no pude encontrarlo. Recorrió la autopista arriba y abajo buscando la entrada al camino, pero fue inútil. Me sentí tan frustrada que, en un acceso de furia, apreté a fondo el acelerador y me dirigí hacia el borde del acantilado. En el último momento, giré bruscamente el volante. Tuve que parar el coche en el arcén para tomar aliento. No entendía lo que me había pasado. No suelo tener accesos de furia, y desde luego nunca había estado a punto de tirarme por un acantilado.

Ya más tranquila, le pregunté la dirección a uno de los guardas forestales y me acompañó hasta la salida que llevaba al camino de las secuoyas gigantes. Estaba sola. Me interné en el bosque de los inmensos árboles sagrados, algunos de más de mil años, y percibí su antigua sabiduría. Cuando llegué al pie de la colina comprendí que, aunque de forma inconsciente, había venido aquí a morir. Había escrito mi último *email* explicando lo que quería que hicieran con mis restos; la carta la llevaba en la mochila. Y apenas veinte minutos antes había estado a punto de arrojarme por el acantilado, furiosa porque no encontraba el camino. Había estropeado la solemnidad de mi último día.

Me sentí víctima de una monumental estafa. Se supone que la cultura está para responder a las grandes preguntas del ser humano: el amor y la muerte. Cuando era una niña, mi cultura me hizo dos promesas. La primera, que la sociedad sabe lo que es mejor para nosotros, y lo mejor para nosotros es no saber nada sobre la muerte. Pero esta promesa se rompió cuando entré a trabajar en Westwind y descubrí que formaba parte de una conspiración general para ocultarnos nuestra propia mortalidad. Ahora que había comprendido que nuestra sociedad se asentaba sobre esta negación de la muerte ya no podía dejar de pensar en ello. Quería tranquilizarme, lograr que mi mente dejara de dar vueltas a los cómos y porqués de la mortalidad. Me sentía como Muchukunda, el mítico rey hindú que, como premio por estar años luchando contra los demonios (auténticos), lo único que deseaba era poder dormir eternamente. Para mí, la muerte era un sueño eterno. Y estaba deseándolo.

La segunda promesa me la había hecho la cultura popular con esas historias donde te aseguran que una chica merece conocer el amor verdadero. Yo no creía ser una esclava de la narrativa popular (mentira: sí que lo era), más bien pensaba que mi sentimiento por Luke no era más que una conexión racional con otro ser humano. Pero estaba muy equivocada.

Me había equivocado en todo. Las promesas de mi cultura se habían hecho añicos, mis entramados de significaciones se habían desgarrado. Mis ideas sobre el mundo y la existencia ya no servían para nada.

Durante lo que me parecieron horas no vi a nadie. Todos los excursionistas conocían ese camino, pero hoy estaba desierto. Estuve un buen rato allí sentada, intentando decidir si me internaba o no en el bosque. Si me metía en el bosque haría lo mismo que el pintor Paul Gauguin, que intentó suicidarse con arsénico cuando estaba en las montañas de Tahití. Acababa de terminar uno de sus mejores cuadros: ¿de dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos? Gauguin esperaba que nadie encontrara su cadáver, y que así se lo comieran las hormigas. Pero tantas ganas tenía de morir que tomó demasiado arsénico. Su cuerpo reaccionó contra el veneno y le provocó vómitos. Cuando se despertó, Gauguin bajó de las montañas y vivió seis años más.

Yo también quería que los animales devoraran mi cuerpo. Al fin y al cabo, no hay tanta diferencia entre un cadáver y la carcasa de un animal. Soy tan parte del reino animal como las demás criaturas del bosque de secuoyas. Los ciervos no necesitan féretros, embalsamamientos ni lápidas, pueden caerse muertos en cualquier parte. Yo había comido otros animales, y ahora les serviría de alimento. Por fin le devolvería algo a la naturaleza.

Los moscardones pueden oler un cadáver a muchos kilómetros de distancia; seguramente serían los primeros en llegar al banquete y pondrían huevos sobre mi cadáver. En veinticuatro horas, los huevos se abrirían y las larvas se internarían en mi cuerpo, que ya presentaría los primeros síntomas de putrefacción. Las bocas de las larvas son un milagro de la ingeniería: les permiten respirar y alimentarse al mismo tiempo.

Pero hay otros invitados al banquete más respetables que las larvas. Tenemos, por ejemplo, al águila de cabeza blanca, símbolo de Estados Unidos. Estas aves rapaces son carroñeras, y no se perderían la oportunidad de zamparse un cadáver. Desgarrarían partes de mi cuerpo con sus afilados picos y se llevarían los pedazos volando.

Mi cadáver en el bosque atraería también a ejemplares de oso negro. Es un animal omnívoro que come peces y hasta cachorros de alce, pero que no le hace ascos a un animal muerto, que es precisamente lo que yo sería.

Después de que los animales se hubieran comido mi carne, llegarían los escarabajos derméstidos. Estos coleópteros de aspecto inofensivo comen lana, plumas, cuero y, en mi caso, piel seca y pelo. Se lo comerían todo menos los huesos. Dejarían mi esqueleto pelado y solitario en medio del bosque.

De este modo, mi cuerpo putrefacto se convertiría en un festín. En lugar de una masa repugnante sería una fuente de vida que contribuiría a crear nuevas moléculas y nuevas criaturas, una bonita forma de reconocer que no soy más que un pequeño eslabón en el ecosistema, un destello en la obra majestuosa de la naturaleza.

Pero ya sabemos cómo acabó esta historia. A pesar de mis temores, decidí seguir viviendo.

Durante el tiempo que pasé en Westwind me convertí en una persona solitaria, pero, igual que Chris conservaba su coco reseco de treinta y cinco años, yo conservaba a mis amigos. Eran amigos que no vivían en Los Ángeles ni en San Francisco, sino en la misma isla que mis padres, que me querían muchísimo. Y aunque en aquellos momentos yo no valoraba en mucho mi vida, supe que no quería hacerles pasar la misma angustia que yo viví años atrás cuando no sabía lo que había ocurrido con la niña del centro comercial.

De modo que salí del bosque y me encontré en un prado repleto de flores silvestres. Nunca había visto unos colores tan intensos. Cuando ya estaba llegando al aparcamiento, me topé con una mujer, la primera persona que veía en varias horas, que me preguntó una dirección. «Mi marido era el que se ocupaba de estas cosas –se disculpó–. Murió el año pasado. A veces me siento perdida sin él.»

Estuvimos un rato charlando sobre la muerte, la incineración y la relación de nuestra cultura con la muerte. Quiso que le contara lo que pasaba con el cadáver en el crematorio, y se lo conté. «Ahora me siento mejor –me dijo sonriendo–. No sé por qué, pero estoy contenta de que nos hayamos conocido.»

El otro coche que había en el aparcamiento era una vieja furgoneta llena hasta el tope de provisiones y latas de comida. La dueña, una mujer gruesa, conducía a su perro –un pomerania de color negro– al área de terreno con un poco de hierba que quedaba más cerca.

—Bonito perro —dije, antes de entrar en el coche.

—Así que le gusta, ¿eh? —graznó la mujer. Acto seguido, abrió la puerta lateral de su furgoneta y vino hacia mí con dos cachorros de pomerania, uno dorado y uno negro, y me los puso en los brazos. Eran dos bolitas peludas.

Aquella misma tarde volví cansada y un poco aturdida al Redwoods Hostel. Tenía la mejilla húmeda de las babas de los cachorros de pomerania. En el porche del hotel vi a un chico alto y guapo. Se llamaba Casey, tenía diecinueve años y había venido haciendo autostop desde Canadá con la intención de recorrer la costa oeste de Estados Unidos.

Dos días más tarde estaba en mi apartamento en Koreatown con él yaciendo a mi lado. Era joven y sin complicaciones, justo lo que necesitaba para olvidarme de mis ideas obsesivas.

—Chica, me iría muy bien un plato de pasta o algo de comer —murmuró medio adormilado.

—Vale, eso está hecho.

—Es increíble, ¿no? En serio. Lo que menos me esperaba era ligarme de repente a una tía como tú.

Bien, Casey, no te asombres tanto. Puedes esperarte cualquier cosa. Lo único seguro es que no hay nada seguro.

# Escuela Calavera<sup>10</sup>

Una semana antes de empezar las clases en la escuela de tanatopraxia tuve que someterme a un examen médico y me pusieron las vacunas de la tuberculosis y el tétanos. Me encontraba mal, pero el doctor que me atendió en la clínica no se inmutó, y se limitó a comentar que no tenía los ganglios linfáticos hinchados. Bueno, gracias por su opinión, doctor, pensé. Pero no es usted el que tiene que hacerse la foto de carnet de la escuela con esta mala cara.

El examen médico y las vacunaciones me tomaron por sorpresa. En Westwind Cremation no les preocupaba la posibilidad de que yo le contagiara la sífilis a un cadáver o viceversa. Las únicas ocasiones en que Mike me pidió que me pusiera alguna protección extra, aparte de un par de guantes de goma, era cuando pensaba que podía mancharme el vestido. Era curioso que se preocupara de estas cosas, la verdad.

El primer día de clase salí temprano de mi apartamento en Koreatown y tomé la carretera al condado de Orange. Pero no había contado con los embotellamientos en el aparcamiento de la escuela, de modo que llegué cinco minutos tarde. Cuando entré, el director del curso estaba explicando precisamente que los retrasos se contaría como ausencias.

—¿Y usted adónde va? —me preguntó cuando me vio entrar.

—Bueno, creo que venía precisamente aquí —contesté, y me senté en una de las últimas filas.

Unas semanas antes había tenido lugar una sesión introductoria al curso, pero yo no asistí porque fue precisamente cuando me abandoné a la desesperación en el bosque de secuoyas, de modo que era mi primer encuentro con los que serían mis compañeros de clase durante los próximos dieciocho meses. Eché un vistazo alrededor y comprobé con sorpresa que la mayoría de mis colegas eran mujeres, y de color. Y yo que pensaba que el bastión de la industria funeraria norteamericana estaba formado por siniestros hombres blancos con traje y corbata.

Al final del día nos metieron en una sala grande con los estudiantes del segundo y tercer semestre. Teníamos que presentarnos y explicar por qué razones habíamos elegido estudiar en esa ilustre Escuela Calavera. Yo esperaba que este ejercicio me ayudara a descubrir a los revolucionarios de la muerte como yo. Serían los que no darian respuestas estándar cursis del tipo: «Lo que quiero es ayudar a la gente».

Pero no tuve suerte, porque incluso los estudiantes con pinta de locos, esos que eran tan raros como para que les gustara la proximidad de un cadáver, hablaron de su deseo de ayudar a la gente. Cuando estaba a punto de tocarme el turno, pensé por un momento en decirles: «Nos encontramos al inicio de una nueva era. ¡Seguidme ahora que estáis a tiempo, idiotas!». Pero en lugar de eso me limité a comentar que había trabajado en un crematorio y «había visto un futuro en este sector». En cuanto se acabó el ejercicio, todos cogieron sus carteras de *Pesadilla antes de Navidad* y abandonaron la sala con expresión meditabunda.

En clase éramos unos cincuenta alumnos, y pronto me hice amiga de Paola, nacida en Estados Unidos pero de padres colombianos. En cambio, no tuve el placer de conocer a Michelle McGee, a la que llamaban «Bombshell», bomba sexual. Más tarde su imagen aparecería en todas las portadas como la causante de acabar con el matrimonio de la actriz Sandra Bullock y su tatuado esposo Jesse James. Fue un escándalo muy del agrado de la prensa del corazón. Michelle abandonó a las dos semanas de clase, tal vez porque tenía el cuerpo totalmente cubierto de tatuajes, incluida la cara (desde luego, no parecía el tipo de persona a la que una familia elegiría para que amortajara a su difunta madre). Michelle fue la primera en abandonar el curso, pero otros la siguieron a una alarmante velocidad.

Una de las cosas que me parecieron más evidentes desde el primer momento fue que los profesores de Cypress College creían de verdad en lo que hacían. La profesora Díaz, una mujer rubia y bajita, era la persona más agresivamente alegre que he visto en mi vida. El entusiasmo que mostraba hacia el embalsamamiento, los féretros y toda la panoplia de objetos de la industria funeraria llegaba a dar miedo. En sus clases describía el embalsamamiento como un antiguo arte y decía cosas como: «¿Es indispensable embalsamar los cadáveres? No, no lo es, pero es lo que hacemos. Porque nosotros somos indispensables».

La profesora Díaz estuvo toda una clase pasándonos diapositivas de diferentes tipos de féretros y habló con entusiasmo del que había adquirido para ella, un ataúd de 25.000

dólares de la casa Batesville, modelo Gold Protection, con el interior de color verde bosque. Era el mismo modelo en que había sido enterrado el cantante James Brown. La profesora también había comprado un mausoleo para su uso personal. Los féretros que ella describía con florida retórica no tenían nada que ver con los que yo había visto en Westwind, que tenían almohadas de crepé y un interior que parecía relleno de papeles arrugados, como los que tenía mi gata en su cajón sanitario.

Después de pasarnos las diapositivas sobre féretros, la profesora Díaz nos mostró brevemente una foto de un horno crematorio por dentro. Era el horno más sucio y descuidado que yo había visto en mi vida. Paola acercó la boca a mi oreja para susurrarme:

—¿Por qué este horno crematorio parece sacado de una escena del Holocausto?

—Creo que es una velada advertencia —le susurré a mi vez.

—Ah, claro. En plan: «¿Preferís la incineración al entierro? Pues aquí es donde acabaréis». Ja, ja, ja.

En el segundo semestre empezamos con el taller de embalsamamiento, la asignatura que más miedo me daba. Había visto más de una vez embalsamar un cadáver, pero no tenía ganas de hacerlo en persona. Nuestro profesor de embalsamamiento llevaba una corbata con los libros de la Biblia, y nos bendecía con el signo de la cruz al acabar la clase. Él creía que embalsamar cadáveres era un encargo de Dios.

Estaba claro que yo no tenía nada que hacer en un servicio fúnebre «tradicional». Detestaba el taller de embalsamamiento y el equipo protector con el que teníamos que cubrirnos de pies a cabeza. El equipo personal de protección, EPP, solo estaba disponible en un horroroso color azul claro que nos daba el aspecto de actores en una película de epidemia mortal o de pitufos gigantes. Pero lo que más me indignaba no era el aspecto que teníamos (una preocupación un tanto frívola), sino que los cadáveres con los que trabajábamos eran de indigentes y vagabundos de Los Ángeles.

El municipio de Los Ángeles tiene —dependiendo del año— algo más de ochenta mil hombres y mujeres sin hogar. En esta ciudad hay más gente viviendo en la calle que en Nueva York, Chicago y San Francisco juntos. A tan solo diez minutos del estreno de la última película de gran presupuesto se encuentra un barrio conocido como Skid Row, donde hombres y mujeres viven en tiendas improvisadas. Muchas de estas personas

tienen problemas mentales y de drogadicción. En Los Ángeles, la frontera que separa a los que tienen de los que no es un abismo insondable.

En esta ciudad, la muerte de un personaje célebre causa una tremenda agitación. Un helicóptero privado acompañó el cadáver de Michael Jackson al Instituto Forense de Los Ángeles, y cientos de miles de espectadores vieron su funeral en directo o a través de internet. Su cuerpo se convirtió en una reliquia, un objeto de adoración, igual que el de un santo.

Pero no ocurre lo mismo con los vagabundos. Un indigente muerto no es más que un engorro putrefacto del que hay que deshacerse con dinero público. Yo conocía bien estos cadáveres. Los destinaban a prácticas de embalsamamiento.

Cada semana, un voluntario de Cypress College iba a recoger cadáveres a la morgue municipal de Los Ángeles. Los muertos que nadie había reclamado estaban en una cámara de refrigeración especial (una cripta, en realidad). El empleado abría la cámara, y dentro, en unas estructuras de cinco estantes de altura, se apilaban cientos de bolsas blancas, todas idénticas. Thomas Lynch, director de una funeraria, se refiere a estas bolsas como «esperma de tamaño gigante», por el nudo que los empleados de la morgue suelen hacer en los pies del cadáver. Es una auténtica ciudad de cadáveres, una necrópolis de esperma congelado.

En la cámara frigorífica aguardan los muertos mientras el municipio intenta encontrar a alguien que los reclame. Las semanas se convierten a menudo en meses, y finalmente se los incinera a cargo del estado. La incineración empieza muy pronto, a una hora en que alguna aspirante a estrella sale medio ebria de un club nocturno de Hollywood. Las cenizas se recogen, se guardan en un recipiente etiquetado y se dejan sobre una estantería. Estas estanterías son otra necrópolis que crece cada vez más. Aquí los restos esperarán más tiempo, hasta que todos los canales burocráticos se hayan agotado y el gobierno tenga la seguridad de que nadie vendrá a reclamar las cenizas.

En tiempos de crisis, las grandes ciudades experimentan un importante aumento de cadáveres no reclamados. No todos son indigentes sin familia. Un hijo puede querer a su madre, pero cuando le han embargado la casa y le han expropiado el coche, el cadáver de su madre puede pasar rápidamente de reliquia a engorro.

Evergreen es el cementerio más antiguo de Los Ángeles. Fue fundado en 1877, y en él reposan alcaldes, congresistas y hasta estrellas de cine. Una vez al año, los empleados municipales excavan una zanja en una zona donde el césped es menos verde y no se ven

lápidas en el suelo. Una espesa nube de color gris se eleva al cielo mientras arrojan allí las cenizas de más de dos mil personas, una tras otra. Luego cubren la zanja con una capa de tierra y marcan el lugar con una placa en la que se indica el año del enterramiento.

Pero, antes de someterse a esta ceremonia, algunos cadáveres tienen la «suerte» de visitar Cypress College y yacer sobre las mesas de embalsamamiento rodeados de estudiantes disfrazados de pitufos y totalmente cubiertos de un equipo protector. Nos pasamos el primer semestre estudiando dónde estaban las arterias y las venas, a menudo por el método de prueba y error. Uno de nosotros hacía un corte en el lugar equivocado del muslo y exclamaba: «¡Mierda! ¡Es aquí donde está la arteria femoral!». Si no te salía a la primera, no tenías más que seguir haciendo cortes.

Fuera del taller de embalsamamiento había un montón de revistas de la compañía Dodge (nada que ver con la marca de automóviles), que vende productos de embalsamamiento y maquillaje de cadáveres. Son revistas profesionales repletas de trucos y consejos sobre cómo usar sus productos.

«¡Rellena, esponja, da prestancia!»

«¡Con Dryene, qué buen aspecto tiene!»

Había productos para cauterizar la piel, hidratarla o deshidratarla, darle firmeza, blanquearla. Productos para evitar que los tejidos rezumaran, olieran y adquirieran extrañas tonalidades anaranjadas (tomé nota mental). Productos para rizar el pelo, dar color a las mejillas y humedecer los labios.

Mi artículo preferido era «Consideraciones cosméticas para la muerte infantil», de Tim Collison, una forma un tanto peculiar de decir «maquillaje para niños muertos». El artículo iba acompañado de tres fotos: una de un precioso bebé en buen estado de salud, una foto del propio señor Collison y una foto bien iluminada del producto patentado por la casa Dodge, el aerosol de maquillaje Deluxe que tan bien iba para los niños muertos.

Si os parecéis a mí, lo primero que pensaréis será: «Cielos, no creo que a los bebés sea necesario maquillarlos cuando mueren». Pero el señor Collison no está de acuerdo. Él quiere asegurarse de que cuando los profesionales depositen el cuerpo del niño en el féretro «quede lo más natural posible».

Hubo un tiempo en que las escuelas de tanatopraxia enseñaban a los estudiantes que el cadáver debía parecer «vivo». Ahora ya no, porque en ese caso la gente puede tener

miedo de que los muertos vuelvan realmente a la vida. La palabra mágica es ahora «natural». Los embalsamadores intentan que el cadáver tenga «un aspecto natural».

Según el señor Collison, a la hora de poner maquillaje «natural» a un niño muerto, lo primero que hay que hacer es preservar al niño en cuestión. «Para conseguir una buena conservación bastará con utilizar un producto químico para las arterias con una base humectante como Plasdopake o Chromatech. Esto, junto con otros productos adicionales, ayudará a conseguir la preservación que deseamos.»

Con Plasdopake o Chromatec podemos conseguir una excelente base de maquillaje, pero el suave vello que recubre el rostro de algunos recién nacidos puede ser un problema. Lo mejor es afeitárselo primero, aunque «con muchísimo cuidado», tal como nos advierte el señor Collison.

Por último, no olvidemos que los bebés tienen los poros de la piel mucho más pequeños que los adultos. Si crees que puedes usar los mismos productos cosméticos con base oleosa o a base de parafina que usas normalmente, olvídate, porque estos productos le conferirían un aspecto cerúleo, «no le darían un aspecto natural». De nuevo, la palabra mágica.

A menudo nos encargaban trabajos para los que teníamos que consultar a «profesionales de la industria funeraria». En estos casos, yo consultaba a Mike y a Bruce, y cuando hablaba con ellos tenía la sensación de haber abandonado Westwind demasiado pronto. Después de un año allí todavía tenía mucho que aprender; fue una insensatez por mi parte dejarlo tan pronto.

Lo que más echaba de menos era su forma directa y clara de hablar. Cuando le pregunté a Bruce, que es embalsamador y que también da clases, si un cadáver se «estropeaba» si no lo embalsamabas enseguida, se rió burlonamente.

—Esto de que el cadáver se «estropea» se ha exagerado demasiado —dijo—. Por supuesto, si estás a más de cuarenta grados y sin aire acondicionado, como por ejemplo en la selva amazónica, claro que tendrás problemas. Pero, si no, el cadáver no se pudre en cuestión de una hora. Me parece increíble que los tanatorios lo crean así.

La escuela de tanatopraxia me ponía tan nerviosa que llegaba a sentirme enferma. Cuanto más tiempo pasas haciendo algo en lo que no crees, más violentamente se rebela tu cuerpo. Durante los meses en que asistí a clase sufri todo tipo de males: dolores de garganta, espasmos musculares, úlceras en la boca. Como dice el doctor Frankenstein mientras está creando a su monstruo: «Mi corazón se rebela a menudo contra lo que

hacen mis manos». No solo había tomado una decisión desastrosa para mi economía, sino que el entorno me resultaba estresante. Necesitaba aprobar, pero habría dado todos mis ahorros por no tener que asistir al taller de embalsamamiento.

Por supuesto, no era la única que sufría la tensión de la escuela. Una de las alumnas salía al exterior para fumar un cigarrillo detrás de otro con manos temblorosas y en más de una ocasión rompió a llorar durante un examen. En dos ocasiones se puso a llorar en el taller de embalsamamiento; una vez mientras clavaba con saña un tubo de succión en el pie de un cadáver, y la otra cuando estaba aprendiendo a rizarle el pelo a una cabeza de plástico. Yo había bautizado a mi cabeza de plástico como Maude, pero estaba claro que mi compañera no le había puesto nombre a la suya.

Cada vez me gustaba más la idea de fundar una funeraria. No había olvidado mi sueño de tener una, pero la idea original de *La Belle Mort* se había transformado en *Undertaking L. A.*, un lugar donde las familias pudieran recuperar la relación con sus muertos, donde pudieran lavarlos, vestirlos y velarlos como se había hecho durante miles de años. Los miembros de la familia podrían estar con el muerto, dispondrían de un espacio en el que se sentirían apoyados y comprendidos. Esta idea habría sido un anatema en la escuela de tanatopraxia, donde se nos enseñaba que había que embalsamar los cadáveres por razones sanitarias. No me extrañaba que Bruce contara que los directores de las funerarias les decían a las familias que los muertos eran una amenaza para la salud pública, porque esto es lo que se enseña en las escuelas.

El tiempo en la escuela se me hizo eterno, pero finalmente aprobé los exámenes y obtuve mi título de directora funeraria en el estado de California. Sin embargo, mis sueños de crear una empresa funeraria distinta, *Undertaking L. A.*, se topaban con el obstáculo de la realidad financiera. Había tenido que pedir un crédito para asistir a la Escuela Calavera. Carecía del capital, y seguramente también de la experiencia necesaria para abrir mi propia funeraria. No quedaba más remedio que buscar otro empleo en el sector.

Una posibilidad era irme a Japón, donde al parecer estaban deseosos de contratar a embalsamadores estadounidenses con experiencia. En Japón el embalsamamiento es algo muy reciente; lo llaman «medicina de la muerte». Un embalsamador canadiense que trabajó allí me contó que vendaban el cadáver para que pareciera una práctica médica.

Pero, aunque me atraía la idea de vivir en un país tan distinto, no me sentía preparada para introducirlos en unas prácticas con las que no estaba de acuerdo.

La profesora Díaz me advirtió de que en el sur de California me sería difícil encontrar un trabajo en un crematorio porque «es un trabajo que puede hacer un inmigrante». Aunque pareciera un comentario insensible, estaba siendo sincera conmigo, porque esto era lo que le habían dicho los jefes de los crematorios.

En el otro extremo del sector funerario estaban los cementerios como Forest Lawn Memorial Park, el archienemigo de Jessica Mitford, el llamado «Disneylandia de la muerte». Forest Lawn se había multiplicado en el sur de California, y ahora era muy popular. En Los Ángeles hay inmensos carteles publicitarios en los que se ve a un matrimonio de la tercera edad que camina por una playa al atardecer. Los dos van vestidos de blanco, se dan la mano y parecen muy felices. Están disfrutando de sus años dorados, sonriéndose el uno al otro, pero al mismo tiempo te recuerdan que hay un cementerio esperando, y que puedes pagar tu funeral por adelantado.

El vestíbulo de Cypress College estaba repleto de representantes de Forest Lawn. Lo anunciaban como una «feria» de trabajo, aunque el término de feria era exagerado, ya que no había representantes de ninguna otra compañía. Cuando estábamos a punto de graduarnos, una de las representantes nos dio una charla.

—¡Nuestro fundador, Hubert Eaton, era un revolucionario! —exclamó con orgullo—. Supongo que ya os han explicado las cosas tan maravillosas que hizo por la industria funeraria. Es un lugar estupendo para trabajar. Nuestros trabajadores gozan de excelentes condiciones.

En la escuela, el ejército de Forest Lawn estaba formado exclusivamente por mujeres. Eran las que el escritor británico Evelyn Waugh describió como «esa nueva raza de señoritas amables, eficientes y exquisitas» que había encontrado tan a menudo en Estados Unidos. Llevaban trajes chaqueta de color gris y su mirada vacía recordaba a la familia Manson. En este caso digamos que eran miembros de la familia de Hubert Eaton en busca de nuevos miembros para su preciosa brigada de la muerte.

Aunque no me apetecía nada, rellené su extensa documentación para solicitar empleo y me postulé. Tuve que esperar mi turno mientras entrevistaban a varios estudiantes varones, por los que mostraron abiertamente su predilección.

—Bueno, busco trabajo como asesora personal de tanatorio —dije—. Tengo experiencia en este campo —expliqué.

—Nosotros los llamamos «asesores de servicio conmemorativo», y en este momento no tenemos ningún puesto disponible —respondió dulcemente la representante—. ¿No quieres ser embalsamadora?

—Ejem, no.

—Bien, pues a lo mejor te interesaría entrar en nuestro programa de estudios. Seleccionamos a algunos estudiantes para que participen en los servicios, den instrucciones a las familias y eso... Oh, pero aquí pone que te graduarás este año, de modo que no querrás.

—Oh, claro que sí. Me gustaría mucho trabajar para esta empresa —dije con toda la convicción que pude reunir. Pero tuve que tragarme tanta bilis que me sentí mal el resto del día.

Estuve un mes enviando solicitudes de trabajo a todas partes. Quería volver a las trincheras, estar de nuevo con cadáveres de verdad, con el dolor, con la muerte de verdad. Me respondieron de dos sitios: un cementerio/tanatorio de lujo y un crematorio. Decidí presentarme en los dos sitios con mi mejor aspecto posible y dejar que decidiera el destino.

## Furgoneta de cadáveres

El cementerio era el lujoso Old Hollywood. No era Forest Lawn, pero casi. Las elaboradas verjas de entrada, justo después de una curva, parecían las puertas del Olimpo. En lo alto de la colina se levantaba una mansión de estilo griego, con blancas columnas, y desde allí descendía una cascada de agua de doce escalones. Era un lugar de ensueño donde una sola plaza de enterramiento puede costar decenas de miles de dólares.

Iba a entrevistarme con el director general para un empleo de directora de funerales. Tras hacerme esperar unos minutos en el vestíbulo, el director apareció con una bandeja de galletas de chocolate y me invitó a acompañarlo. Dentro del ascensor me dijo: «Vamos, coge una galleta». Me sentí obligada a coger una, pero, como no quería hacer la entrevista con los dientes manchados de chocolate, estuve durante toda la entrevista con la galleta en la mano.

Cuando salimos del ascensor me condujo hasta su oficina de paredes de cristal que daban a su edén de la muerte. Después de estar media hora hablándome de los pros y los contras de su empresa, me dijo que me contrataba como organizadora de funerales, pero me hizo una advertencia: «No te sorprendas si la familia te trata como a una gobernanta, porque esta gente es así. Aquí te verán como a una criada».

Me encargaría de organizar los servicios de todos los clientes, excepto los de las personas famosas. De estos se encargaría el director. Y me explicó por qué.

—Mira, el mes pasado, cuando [...] murió, alguien filtró a la prensa la hora del entierro y, por supuesto, teníamos a todos los *paparazzi* agolpándose en las verjas de entrada. Este tipo de publicidad me gusta tanto como un grano en el culo, a ver si me entiendes. De modo que ahora me encargo yo de los famosos.

No era mi empleo preferido, pero por lo menos el cementerio no pertenecía a una de las grandes empresas del sector. Es más, el director me aseguró que no tendría que intentar venderles nada a las familias, ni féretros más caros ni urnas de lujo ni otros

servicios. Nada de decirles: «¿Están seguros de que su madre no preferiría el féretro de palisandro? ¿No creen que merecía que la despidieran con honores?».

Después de decirme que estaba contratada, el director me hizo llenar un formulario W-9 y me enseñó mi despacho. No volví a saber de él en un mes. Me había equivocado al pensar que su comentario sobre el «grano en el culo» quería decir que ya formaba parte del equipo. Al parecer, el camino de entrada al sector funerario es más estrecho y difícil de lo que parece, porque finalmente recibí un breve *email* de su secretaria en que me informaba de que habían optado por «cubrir el puesto con personal interno».

Mi segunda entrevista fue en un crematorio como el de Westwind pero mucho más grande, una auténtica fábrica de cenizas en el condado de Orange donde llevaban a cabo centenares de incineraciones cada año. El director era Cliff, un hombre que empleaba el mismo tono monótono que Mike. Llegué a pensar que tal vez era un requerimiento necesario para este puesto. Cliff se tomaba su trabajo muy en serio; ahora que su empresa ya tenía un tamaño considerable, él podía dedicarse a su auténtica pasión: la competición de caballos andaluces.

Cliff me contrató, pero no como operadora del horno crematorio, sino como conductora de la furgoneta que transportaba los cadáveres. La mayoría de los crematorios reciben entregas de entre uno y cuatro cadáveres cada una, dependiendo del suministrador. Mi furgoneta transportadora de cadáveres, una Dodge Sprinter con motor diésel, tenía el techo alto y estanterías en el interior donde podía transportar hasta once cadáveres; doce, si colocabas uno de ellos en diagonal.

Mi trabajo consistía en atravesar de un lado a otro el sur de California –San Diego, Palm Springs, Santa Bárbara– para recoger cadáveres y llevarlos hasta el crematorio. Cada día lo mismo: recoger el cargamento, subirlo a la camioneta y volver a la carretera.

Pero en este trabajo no era la única chica, como en Westwind. Aquí no era más que una pieza del puzzle, una empleada. Mi puesto de trabajo era un producto de la influencia de Jessica Mitford; gracias a sus ideas, la incineración había ganado popularidad y, como siempre, California lideraba esta nueva forma de morir, igual que había sido líder con Forest Lawn, con Mitford o con Bayside Cremation.

El crematorio lo manejaban tres jóvenes latinos del este de Los Ángeles que hacían turnos para trabajar día y noche (y los fines de semana), de modo que los hornos nunca pararan de arder. Eran el bueno: Manuel, un chico muy amable que siempre me ayudaba a descargar los cadáveres de la furgoneta; el malo: Emiliano, con el cuerpo cubierto de

tatuajes, que me repetía que lo que quería era dejar preñada a una mujer blanca, y el feo: Ricky, que en una ocasión me acorraló en una de las cámaras de refrigeración y me amenazó porque había apilado los cadáveres de una manera que no le gustaba.

Nunca faltaban cadáveres que ir a buscar. El día de Nochebuena me telefoneó la mujer que llevaba las instalaciones de San Diego: «Caitlin, hay demasiados cadáveres, necesitamos que te lleves algunos». De modo que esa misma noche, mientras todo el mundo dormía tranquilamente en su cama soñando con los angelitos, yo conducía de Los Ángeles a San Diego para volver con mi triste carga de cadáveres, como un deprimente Papá Noel. Los cadáveres estaban perfectamente apilados en la cámara refrigerada, confiando en que la furgoneta de la muerte no tardara en llegar.

Ser la capitana de la camioneta de los cadáveres tenía la gran ventaja de que me dejaba mucho tiempo para pensar. Como camionera de larga distancia recorría a diario más de quinientos kilómetros; esto son muchas horas de reflexión. A veces las dedicaba a poner audiolibros (escuché *Moby Dick*, la novela completa en dieciocho CD). Otros días ponía la emisora cristiana, que puedes sintonizar en cuanto sales del área de la ciudad de Los Ángeles. Pero sobre todo pensaba en la muerte.

Todas las culturas tienen su idea sobre la muerte, una idea que se transmite a los niños en forma de historias, antes incluso de que tengan edad para memorizarlas. Estas historias son las estructuras sobre las que asentarán y darán sentido a su vida. Todos tenemos necesidad de encontrar un significado. Hay quienes creen en un complejo sistema de reencarnaciones, otros piensan que si sacrifican un animal en un día determinado les proporcionará buenas cosechas, y hay quienes creen que al final de los tiempos, un barco construido con las uñas de los muertos y cargado de un ejército de cadáveres se enfrentará a los dioses. (Lo siento, pero la mitología normanda siempre es la más guerrera.)

Sin embargo, hay algo muy inquietante –o muy emocionante, depende de cómo lo veas– en nuestra idea sobre la muerte. Nunca en la historia de la humanidad ha habido una época que haya roto de forma tan completa y total con las creencias sobre la muerte y los métodos tradicionales de ocuparse de los difuntos. Ha habido ocasiones en que los humanos han roto con las tradiciones por necesidad; por ejemplo, cuando alguien muere en el campo de batalla. Pero normalmente, cuando una persona moría, recibía el mismo trato que sus padres y sus abuelos. Los hindúes eran incinerados, a los egipcios les quitaban las vísceras y los enterraban, a los guerreros vikingos los hacían a la mar en un

barco. En la actualidad, a los ciudadanos de Estados Unidos se los embalsama y se los entierra, o bien se los incinera. Pero no es por una obligación cultural, ni por una creencia o una ley que los obligue a hacerlo.

A lo largo de la historia, los rituales mortuorios han estado estrechamente vinculados a las creencias religiosas. Pero nuestro mundo se está volviendo cada vez más secular. En Estados Unidos, la religión que gana adeptos con más rapidez es la de las personas «sin religión», que alcanzan hoy un veinte por ciento de la población. Incluso los que tienen firmes creencias religiosas piensan a veces que sus rituales mortuorios han sido devaluados y desprovistos de significado. En momentos así podemos mostrarnos creativos e inventar nuevos rituales que se adapten a nuestra vida actual. Esta libertad resulta emocionante, pero también es una carga. No podemos vivir sin tener en cuenta nuestra propia mortalidad, y decidir nuestra relación con la muerte es más necesario a cada año que pasa.

Quería encontrar a personas que compartieran mi deseo de cambiar las cosas, de modo que empecé a colgar en internet manifiestos y escritos bajo el epígrafe «La Orden de la Buena Muerte». Una de las personas que encontré fue Jae Rhim Lee, una diseñadora y artista formada en el prestigioso MIT que creó un vestido especial para el entierro. Lo denomina «traje infinito de entierro», y es una especie de traje ninja de color negro con adornos de hilo blanco en forma de dendritas. El hilo está hecho de esporas de unos hongos creados en laboratorio para consumir la piel, las uñas y el pelo del cuerpo humano. Nos sonará a *Soylent Green*, pero la verdad es que Jae Rhim Lee está logrando que los hongos, a la vez que descomponen el cuerpo, destruyan las toxinas.

Fui a ver una exhibición de su trabajo en el MAK Centro de Arte y Arquitectura de Los Ángeles, quedé con ella en un puesto ambulante de tacos y estuvimos horas charlando en el banco de la parada de bus que hay en el cruce de Olympic con La Brea. Me encantó poder hablar con alguien dispuesto a inventar una nueva forma de enterramiento. Jae Rhim Lee estaba encantada de que alguien de la industria funeraria estuviera dispuesto a oírla. Las dos estábamos de acuerdo en que debíamos convencer a la gente de que se enfrentara a la inevitable realidad de la descomposición de su cuerpo. Cuando nos despedimos me dio un cubo del prototipo del hongo inventado por ella. Intenté mantenerlo vivo en mi garaje, pero no lo logré. Supongo que no le di suficiente carne.

Había trabajado en un crematorio y asistido a una escuela de tanatopraxia, pero hasta ahora no me había atrevido a hablar abiertamente de la negación de la muerte que practicamos en nuestra cultura. Y hay que decir que internet no es el mejor foro, especialmente para las mujeres jóvenes. En la sección de comentarios de mi serie de vídeos *Ask a Mortician* hay misoginia como para parar un tren. Sí, caballeros, ya comprendo que soy para vosotros el *rigor mortis* del pene. Y los ataques no provienen únicamente de cavernícolas anónimos; a la gente de la industria funeraria tampoco le hacía gracia que me dedicara a explicar lo que ellos consideraban «información privilegiada». «Seguro que lo hace para divertirse –dice un comentario–. Pero como en la industria funeraria no hay lugar para la diversión, no acudiría a ella para enterrar a un ser querido.» Hasta ahora, la Asociación Nacional de Directores Funerarios, la más importante del sector, no me ha mencionado siquiera.

A medida que me volvía más atrevida, sin embargo, la gente hizo lo mismo; empezaron a salir del féretro, si me permiten la expresión. Contactaron conmigo todo tipo de personas –directores de tanatorios, empleados de centros de cuidados paliativos, estudiosos, directores de cine, artistas– que querían saber más sobre cómo influía la muerte en su vida.

Escribí muchas cartas, algunas sin venir a cuento. Uno de los destinatarios fue el doctor John Troyer, profesor del único centro del Reino Unido dedicado a la investigación de los aspectos sociales de la muerte y el duelo.<sup>11</sup> John Troyer, que escribió una tesis doctoral titulada «Tecnologías del cadáver humano», estudia los hornos crematorios que recogen el exceso de calor que generan y lo utilizan para otros fines, como podría ser para caldear unas viviendas o, como en el caso de un crematorio de Worcestershire, para calentar el agua de una piscina pública, con lo que ahorra a los contribuyentes 14.500 libras al año. Es una forma de sacar provecho del proceso de incineración, que para un solo cadáver gasta tanta energía como un coche para recorrer 800 kilómetros. Afortunadamente, el profesor Troyer estuvo dispuesto a hablar conmigo a pesar de que le envié un *email* con un título más bien básico en la línea del asunto: «¡Una fan!».

Para mí fue un alivio encontrar a personas como yo y empezar a dejar de sentirme como un bicho raro. Estas personas también intentaban modificar, desamortajar la relación de nuestra cultura con la muerte para que aprendiéramos a enfrentarnos a lo inevitable.

Este era mi trabajo interno. Exteriormente no era más que la conductora de la furgoneta. Tres veces por semana me sentaba en mi furgoneta con capacidad para once cadáveres, tomaba la I-5 en San Diego y pasaba por el control de inmigración. Mi furgoneta, blanca y sin publicidad de ningún tipo, avanzaba lentamente hacia la línea de control. Su aspecto era mucho más sospechoso que los Volvos y Toyota Prius de las hileras contiguas. A veces incluso deseaba que me pararan, aunque fuera porque hubiera un cambio en la rutina. Y así es como me imaginaba la escena:

—¿No llevará inmigrantes en la parte trasera, señorita?

—Ningún inmigrante, agente. Solo llevo a once personas —diría yo. Y tras quitarme las gafas de sol, añadiría—: Eran todos ciudadanos estadounidenses.

—¿Eran?

—Oh, es que están muertos, agente. Están muy muertos.

Por desgracia, cuando la furgoneta llegaba a la línea de control y el agente veía al volante a una joven blanca, me hacía una señal y me dejaba pasar. Podía haber entrado en el país a cientos de mexicanos metidos en las cajas de cartón; podía haber llevado un cargamento de droga. Hoy podría ser una mujer rica.

Como pasaba tantas horas en la carretera, mi mayor temor era sufrir un accidente, un choque en la autopista. Me imaginaba que las puertas traseras de mi camioneta se abrían de golpe y mis once pasajeros salían volando. Entre el caos y la confusión del accidente aparecería la policía y se encontraría con once muertos... pero ¿por qué estaban tan fríos? ¿Por qué no presentaban cortes ni contusiones?

En cuanto se despejara el humo y descubrieran que todas estas víctimas ya estaban muertas, me convertiría en un meme de internet: mi cuerpo sería un tornado como el de *El Mago de Oz*, hecho de cadáveres, al que le habrían puesto mi carita sonriente.

Sin embargo, cada día lograba llegar al crematorio con mis once cadáveres intactos y aparcaba la furgoneta detrás del almacén. Normalmente me encontraba a Emiliano tocando el acordeón en el aparcamiento mientras del equipo estéreo de su Cadillac salía a todo volumen un chorro de música norteña. Era la música que me acompañaba mientras sacaba los cadáveres del coche.

Y el día en que por poco muero no iba en la furgoneta sino conduciendo mi viejo Volkswagen a través de Salton Sea, un lago artificial de agua salada en pleno desierto del sur de California. En los años sesenta pensaron que podrían convertirlo en una zona de recreo, una alternativa a Palm Springs. Pero ahora, en lugar de camisas hawaianas,

martinis y esquí acuático, lo que queda son unas casas rodantes abandonadas junto a una ciénaga de agua marrón que despidió un hedor insopportable. Los peces se extinguieron, y la orilla quedó sembrada de restos de peces y de pelícanos. El suave crujido que hacen tus zapatillas al andar por la orilla se debe a los huesecillos resecos que la alfombran.

Había hecho un viaje de cuatro horas desde Los Ángeles para visitar este monumento a la decadencia. Hay quien pensará que no tiene sentido visitar estos lugares abandonados, pero a mí me interesa ver de primera mano lo que hace la naturaleza con nuestros desechos, de qué manera se apodera de los lugares que estaban pensados para que habitaran los humanos.

Mientras me dirigía con el coche hacia la costa norte de Salton Sea, de algo más de cincuenta kilómetros de largo, divisé un coyote al lado de la carretera. No era uno de esos coyotes pequeños que se ven de vez en cuando en Los Ángeles y que casi parecen perros; era una bestia con la negra lengua colgando y el estómago distendido. Di media vuelta con el coche y volví para echarle otro vistazo, ajena a las miradas curiosas de los demás conductores, en su mayoría vecinos de la zona con vehículos todoterreno y camionetas.

Tal vez ese coyote era un presagio. El coyote y también el cementerio de peces de Salton Sea. Lo mismo que las viejas que conducían carros de golf vestidas con sus modelitos de color rosa. Puede que todo fueran presagios.

Cuando emprendí el regreso a Los Ángeles ya era de noche. A esa hora, los cuatro carriles de la autopista I-10, que pasa por Palm Springs, estaban repletos de domingueros que volvían a casa. Yo iba por el último carril de la izquierda, sin superar los 120 kilómetros por hora. De repente, el lado izquierdo de mi Volkswagen empezó a temblar y oí el ruido sordo del pinchazo de una rueda. Maldije mi mala suerte y puse el intermitente para detenerme en la mediana.

Pero al parecer no se trataba de un pinchazo. Los tornillos se habían aflojado y la rueda se estaba saliendo del eje. Finalmente, los tornillos saltaron y la rueda escapó rodando. Entonces perdí totalmente el control. El coche, ahora con tres ruedas, empezó a hacer eses por los cuatro carriles, dejando a su paso una estela de chispas causadas por el roce del metal contra el asfalto. El tiempo pareció detenerse mientras el Volkswagen llevaba a cabo su danza mortal a través de la autopista. Dentro del vehículo reinaba un completo silencio. Las luces de los coches que venían en sentido contrario no eran más

que una nube borrosa. Los coches me evitaban como si los detuviera una fuerza misteriosa.

Comprendí que, más que la pérdida de control y la tremenda soledad de la vida moderna, lo que me daba horror era eso que los budistas y cristianos medievales denominaban «la mala muerte», la muerte sin preparación. En nuestro tiempo adopta la forma de un cuerpo destrozado en un amasijo de metal. Es morir sin haberles dicho a los tuyos cuánto los quieres, sin haber puesto tus asuntos en orden, sin haber expresado qué tipo de funeral quieres.

Sin embargo, mientras tenía las manos sobre el volante, intentando controlar el coche que giraba como una peonza por la autopista, mi mente estaba muy lejos de allí. Al principio, una voz interior dijo: «Ah, ya está», y me sentí inundada por un sentimiento de paz. Oí sonar el *Claro de la luna* y el tiempo se ralentizó. No tenía miedo. Comprendí que no habría sido una mala muerte. Los cuatro años que había pasado trabajando con los muertos y sus familias convirtieron ese momento en una experiencia trascendental. Mi cuerpo se relajó en espera de un violento impacto que no se dio.

Me estampé contra un montículo de tierra junto al arcén y me quedé de cara a los coches que venían en sentido contrario. Estaba viva, intacta, erguida. Cualquiera de los vehículos que me esquivaban a toda velocidad (o varios) podía haber impactado contra mi coche mientras atravesaba la autopista girando sobre sí mismo. Pero no me pasó nada.

Antes me aterrorizaba pensar en que mi cuerpo se fragmentara, pero ya no tenía miedo. Era un temor que venía del miedo a perder el control. Y nunca había experimentado mayor pérdida de control que cuando atravesé como una peonza la autopista, pero en aquel momento solo sentí calma.

## El arte de morir

Hay un grabado en madera de la Alemania medieval que lleva el título de *El triunfo sobre la tentación*. En él se ve a un hombre en su lecho de muerte, rodeado de criaturas del Cielo y del Infierno que pugnan por su alma inmortal. Unos demonios con caras porcinas, garras y pezuñas intentan atraerlo al fuego del Infierno, mientras un grupo de ángeles y Cristo en la cruz elevan al Cielo a un hombre en miniatura que posiblemente representa el alma inmortal del moribundo. En medio de este caos, el rostro del enfermo muestra una expresión de absoluta calma, y por la sonrisita que asoma en sus labios sabemos que está pensando: «Ah, claro. Es la muerte. Aquí la tengo».

La cuestión es cómo lograr esta placidez ante la muerte. ¿Cómo afrontar con calma nuestra propia desaparición, cómo aprender a despedirnos?

Este grabado sobre madera aborda un tema que era muy popular en la Edad Media: *ars moriendi*, el arte de morir. Eran manuales de instrucciones que enseñaban a los cristianos a alcanzar la buena muerte, a arrepentirse de los pecados para que el alma pudiera ir al Cielo. Contemplar la muerte como un «arte» o una «práctica» más que como un proceso biológico desprovisto de emoción puede resultar inspirador.

En nuestra sociedad no tenemos nada parecido. Por eso he decidido escribir un manual. No solo para los religiosos, sino también para los cada vez más numerosos ateos, agnósticos y vagamente espirituales que hay entre nosotros. Para mí, la buena muerte incluye estar preparada y con todos mis asuntos en orden, habiendo dicho todo lo que tenía que decir, lo bueno y lo malo. La buena muerte significa morir cuando todavía estoy consciente y despierta; significa no tener que soportar una larga y penosa enfermedad. La buena muerte implica aceptar la inevitabilidad de nuestra desaparición y no luchar contra ella cuando llegue el momento. Esta sería para mí la buena muerte, pero como dijo el psicoanalista Carl Jung: «De nada me serviría decir lo que pienso sobre la muerte». Porque es una relación personal e intransferible.

En un vuelo de Los Ángeles a Reno tuve de compañero de viaje a un japonés de edad madura que leía una revista sobre hemorroides. En la portada aparecía fotografiado el canal anal. Las revistas para gastroenterólogos no ven razón para el disimulo, no se molestan en poner imágenes metafóricas en sus portadas, como una puesta de sol o el perfil de una bonita cordillera. Por mi parte, yo leía una revista profesional que proclamaba en la portada: «El problema de la descomposición». Nos miramos y sonreímos con la complicidad de saber que las publicaciones que leíamos no eran para el público en general.

Me dijo que era médico y profesor de Medicina, y yo me presenté como una tanatopractora que intentaba que la gente normal hablara abiertamente sobre la muerte. Cuando se lo expliqué, mi compañero japonés respondió:

—Bien, me alegro de que trabajes en esto. En 2020 habrá una tremenda escasez de médicos y de enfermeros, pero nadie quiere oír hablar sobre ello.

Sabemos que *media vita in morte sumus*, es decir, que «en la mitad de la vida llegamos a la muerte». Después de todo, empezamos a morir desde el momento en que nacemos. A causa de los avances de la medicina, la mayoría de los ciudadanos de Estados Unidos se pasarán los últimos años de su vida muriendo activamente. El segmento de población que más rápidamente aumenta es el de más de ochenta años. Son los que yo denomino agresivamente ancianos. Si llegas a los ochenta y cinco, tienes muchas probabilidades de sufrir alguna forma de demencia o de enfermedad terminal. Las estadísticas muestran que tienes un cincuenta por ciento de posibilidades de acabar en un asilo, lo que nos lleva a preguntarnos si hemos de medir la vida en calidad o en cantidad de años. Es lo contrario de lo que sucedía en tiempos pasados, cuando la mayoría de las personas tenían una muerte rápida, normalmente de menos de veinticuatro horas. Los daguerrotipos *post mortem* del siglo XIX muestran a personas jóvenes, fallecidas en plena flor de la vida víctimas de la fiebre escarlata o la difteria. En 1899 solo un cuatro por ciento de la población de Estados Unidos tenía más de sesenta y cinco años; y ya no hablamos de los ochenta. Pero ahora muchos verán acercarse la muerte a lo largo de años de deterioro. La medicina nos ha dado la «oportunidad» —si es que podemos llamarla así— de sentarnos en nuestro propio velatorio.

Este deterioro gradual tiene un precio elevado. Es cierto que los cadáveres pueden resultar desagradables: los cuerpos decapitados son horribles, y a los ahogados que llevan días en el agua la piel se les pone verdosa y se les cae a tiras. Sin embargo, las

úlceras de decúbito nos producen un horror psicológico. La palabra «decúbito» viene del latín *decumbere*, yacer. Los pacientes que no pueden levantarse de la cama tienen que ser cambiados de postura cada cierto número de horas a fin de que el peso del cuerpo no presione los huesos contra el tejido y la piel y corte la circulación sanguínea. Sin la irrigación sanguínea, el tejido empieza a descomponerse. Cuando el paciente permanece demasiado tiempo en la misma postura, como sucede en los asilos por falta de personal, el paciente desarrolla úlceras.

Cuando el paciente está mucho tiempo inmóvil, el tejido se necrosa y el cuerpo empieza a descomponerse, literalmente. Nunca en mi vida olvidaré un cadáver que vi cuando trabajaba en Westwind. Era una afroamericana de noventa años de edad y venía de un asilo de tercera categoría donde los pacientes que no estaban en la cama tenían que permanecer encerrados en unos tristes cuartuchos mirando las paredes desnudas. Cuando le di la vuelta para lavarla descubrí que tenía en la espalda una llaga supurante del tamaño de una pelota de fútbol. Era como asomarse a la boca del infierno. Una herida así nos permite contemplar el futuro distópico que nos aguarda.

No disponemos, ni dispondremos en un futuro, de los medios necesarios para cuidar como es debido de nuestra creciente población de ancianos, y sin embargo insistimos en mantenerlos con vida, porque dejarlos morir sería admitir el fracaso de nuestra medicina supuestamente infalible.

El cirujano Atul Gawande escribió en el *New Yorker* un artículo estremecedor sobre el envejecimiento, en el que decía: «Se han escrito muchísimos libros de éxito sobre la vejez, pero todos tienen títulos como *Siéntete cada año más joven*, *La fuente de la eterna juventud*, *Sin edad*, *Los años más sexys*. Esta incapacidad de ver la realidad nos costará muy cara, porque no llevamos a cabo la transformación social que necesitamos. [...] Dentro de treinta años habrá tantos ancianos de más de ochenta años como niños de menos de cinco».

Mi compañero de vuelo, el gastroenterólogo y profesor, se encontraba cada año con una nueva camada de estudiantes a los que aterraba la idea de su propia muerte. La población envejece a pasos agigantados, y él lleva años intentando aumentar el número de clases de geriatría (el estudio de las enfermedades y tratamientos de los mayores), pero cada año le dicen que no. Se gana poco dinero y el trabajo es brutal. No es casualidad que las especialidades preferidas sean la cirugía plástica y la radiología.

Otra cita de Atul Gawande: «Le pregunté a Chad Boult, el profesor de geriatría que imparte clases en Johns Hopkins, cómo podríamos lograr que hubiera suficientes gerontólogos para tratar a nuestra envejecida población. Su respuesta fue que ya no podía hacerse nada; era demasiado tarde».

Me impresionó la sinceridad con que mi compañero de viaje (una especie de alma gemela) abordaba el tema.

—A menudo les digo a mis pacientes moribundos que puedo prolongarles la vida —me dijo—, pero que no siempre puedo curarlos. Si deciden vivir más, será a costa de dolor y sufrimiento. No me gusta ser cruel, pero es preciso que sepan la verdad.

—Por lo menos sus alumnos aprenderán eso de usted —comenté esperanzada.

—Bueno, sí, pero mira lo que pasa: mis estudiantes ni siquiera quieren dar un diagnóstico terminal. Tengo que preguntarles si se lo han explicado todo.

—De modo que... ¿aunque sepan que alguien se está muriendo, no se lo dicen? —pregunté horrorizada.

El profesor asintió.

—No quieren enfrentarse a su propia mortalidad. Prefieren repetir por enésima vez el examen anatómico que enfrentarse a una persona moribunda. Y los médicos de mi edad son peores todavía.

Mi abuela Lucile Caple tenía ochenta y ocho años cuando su mente se apagó, aunque técnicamente su cuerpo siguió viviendo hasta los noventa y dos años. Se levantó para ir al lavabo en mitad de la noche, se cayó y se golpeó la cabeza contra la mesita de centro, lo que le produjo un hematoma subdural, es decir, una acumulación de sangre alrededor del cerebro. Volvió a casa tras unos meses en un centro de rehabilitación, donde compartió habitación con una mujer que se llamaba Edeltraut Chang (la menciono únicamente porque tiene un nombre sorprendente). Sin embargo, no volvió a ser la misma. El daño que sufrió su cerebro la transformó en una especie de chiflada, si me permiten la expresión.

De no ser por la intervención que le practicaron, Tutu (la palabra hawaiana para abuela) habría fallecido poco después de su caída. Pero gracias a los médicos no murió. Más de una vez nos había dicho: «Por el amor de Dios, no dejéis que me pase esto». Sin embargo, ahí estaba, atrapada en esa espantosa tierra de nadie entre la vida y la muerte.

Tras sufrir su hematoma subdural, a Tutu le dio por inventarse largas historias sobre cómo se había hecho daño. La que más me gustaba era que la ciudad de Honolulú le

había encargado un mural a la entrada del ayuntamiento. Mi abuela se subió a un manglar para dirigir a su fantástico equipo de pintores, y una rama se quebró y ella se precipitó al suelo.

Una tarde mi abuela pensó que mi padre, al que hacía cuarenta años que conocía, era un operario que tenía intención de robarle las joyas. También creía que mi abuelo, muerto varios años atrás enfermo de alzhéimer, venía a visitarla y le daba información privilegiada del más allá. Según creía Tutu, el gobierno había asesinado al abuelo Dayton para acallarlo, porque era el único que sabía la razón estructural por la que falló el sistema de diques de Nueva Orleans tras el huracán Katrina.

Tutu era lo que solemos llamar «una anciana dura de pelar». Fumó y bebió martinis hasta el último día y, sin embargo, tenía los pulmones sonrosados como el culito de un bebé (algo muy poco habitual). Creció en el Medio Oeste durante la gran depresión, y estuvo un año entero llevando a diario la misma blusa y la misma falda. Ella y mi abuelo vivieron en muchas partes, de Japón a Irán. En los años setenta se instalaron definitivamente en Hawái, a pocos metros de mi casa.

Después del accidente, Tutu vivió como la reina de Saba en su apartamento. La cuidaba noche y día una mujer samoana, Valerie, que era prácticamente una santa. Incluso en sus últimos años, cuando mi abuela vivía rodeada de una niebla que le ofuscaba la mente, Valerie la levantaba por la mañana, la bañaba y la vestía (sin olvidarse nunca del collar de perlas) y la sacaba a pasear. Cuando Tutu no estaba lo bastante bien para salir a la calle, Valerie la acomodaba con ternura frente a la tele, con el canal de la CNN puesto y sus cigarrillos a mano.

Pero, por desgracia, y esta es una de las razones por las que es tan importante tener en cuenta la muerte, las personas que llegan a una edad avanzada no suelen tener la suerte de Tutu, que contaba con una buena jubilación, una excelente cuidadora y un colchón Tempur-Pedic de viscoelástica. Mi abuela es la excepción que confirma la regla. No pensamos en nuestros últimos años porque nos recuerda nuestra mortalidad. La mayoría de las ancianas (las mujeres somos mayoría a partir de cierta edad) acaban aguardando la muerte en un asilo, sin nada que hacer.

Y como no hablamos de la muerte con nuestros seres queridos, no hacemos testamento vital (para que no nos resuciten, por ejemplo) ni programamos nuestro funeral... contribuimos a forjar este futuro, y un presente bastante desolado, también. En lugar de hablar largo y tendido sobre la forma de ofrecer una muerte digna a los

enfermos terminales, aceptamos que ocurran casos intolerables como el de Angelita, la viuda de Oakland que se puso una bolsa de plástico en la cabeza porque no podía soportar durante más tiempo el dolor que le producían las articulaciones deformadas por la artritis. O como Victor, al que su hijo encontró colgado de una viga en su apartamento de Los Ángeles después de saber que la tercera ronda de quimioterapia no había tenido el efecto esperado. O los innumerables ancianos con úlceras decúbito que llegaban al crematorio y que me impresionaban más que los bebés muertos y los suicidios. Cada vez que llegaba uno de estos cadáveres, yo les ofrecía mis condolencias a los familiares y me prometía que haría lo posible para que nuestra cultura del silencio no siga privando a la gente de una muerte digna.

Sin embargo, hay personas que prefieren prolongar su vida a toda costa, aunque sepan que morirán de una muerte lenta y penosa. Larry Ellison, el tercer hombre más rico de Estados Unidos, ha invertido millones de dólares en investigación dirigida a prolongar la vida. Como él mismo explica: «La muerte me indigna. No la entiendo». Ellison ha convertido la muerte en su enemigo, y está convencido de que deberíamos incrementar nuestro saber médico para acabar con ella de una vez por todas.

A nadie puede extrañarle que los que tanto esfuerzo ponen en alargar nuestra vida sean casi siempre hombres ricos de raza blanca. Son personas que han tenido una vida privilegiada y creen que estos privilegios deben prolongarse indefinidamente. En una ocasión salí con uno de ellos, un joven que hacía su doctorado sobre biología computacional en la Universidad del Sur de California. Se llamaba Isaac, y había estudiado la carrera de Física, pero cambió de orientación cuando descubrió que, desde un punto de vista biológico, el ser humano no tenía por qué envejecer. Tal vez decir que lo «descubrió» sea exagerado. Me lo explicó un día mientras comíamos unos bocadillos de pollo biológico: «Pensé que siguiendo los principios de la física y la biología podíamos conseguir y mantener un estado de eterna juventud. Pero cuando descubrí que había otras personas investigando lo mismo, me dije, a la mierda». No había en su tono el menor asomo de ironía.

Después de haber querido convertirse en estrella de rock y en novelista, Isaac encontraba poesía en las mitocondrias y en la muerte de la célula, le fascinaba la idea de enlentecer el proceso de envejecimiento. Yo estaba preparada para rebatir sus argumentos.

—Ya tenemos suficiente sobre población, pobreza y destrucción —le dije—. Carecemos de recursos para cuidar de la gente que habita la Tierra..., ¡imagínate si fueran eternos! De todas formas, está la muerte por accidente. Si nuestra esperanza de vida fuera de trescientos años, la muerte de un joven a los veintidós sería todavía más trágica.

Pero Isaac no se inmutó.

—Esto no es para los demás —me explicó—. Es para mí. Me aterra la idea de la putrefacción de mi cuerpo. No quiero morir, quiero vivir para siempre.

Puede que pensemos que la muerte destruye el sentido de nuestra vida, pero en realidad es la fuente de nuestra creatividad. Ya lo dijo Kafka: «El sentido de la vida es que tiene un final». La muerte es el motor que nos mantiene en marcha, lo que nos motiva para lograr cosas, para aprender, amar y crear. Los filósofos llevan miles de años proclamándolo con la misma vehemencia con la que nosotros insistimos en ignorarlo, generación tras generación. Si Isaac hacía su doctorado, exploraba los límites de la ciencia y tocaba la guitarra era precisamente gracias a la idea de la muerte. Probablemente, si fuéramos eternos llevaríamos una vida aburrida y falta de emoción y de color, una vida rutinaria. Los grandes logros de la humanidad fueron impulsados por la finitud de la existencia. Isaac no comprendía que lo que le daba impulso era la mortalidad, precisamente eso que intentaba vencer.

Cuando Tutu murió yo estaba en un crematorio de Los Ángeles, poniendo etiquetas a las urnas de cenizas. Después de casi un año como conductora de la furgoneta de la muerte, cambié de trabajo y llevaba la oficina de una funeraria. Tenía que organizar funerales y cremaciones, hablar con las familias y los médicos, con el Instituto Forense, con la oficina municipal de certificados de defunción.

Sonó el teléfono y oí a mi madre al otro lado.

—Valerie acaba de llamarnos histérica. Dice que Tutu no respira. Creo que está muerta. Antes sabía qué hacer, pero ya no lo sé. No sé lo que tengo que hacer.

El resto de la mañana lo pasé al teléfono, hablando con miembros de mi familia y con el tanatorio. Era lo mismo que hacía cada día en el trabajo, pero esta vez se trataba de mi abuela, la mujer que vivía a pocos metros de mi casa, la que me costeó el instituto y más tarde la escuela de estudios mortuorios, la que me llamaba «pequeña Caitlin».

Mientras esperaban la llegada de los empleados de la funeraria, Valerie colocó a Tutu sobre la cama y le puso un jersey de cachemira y un pañuelo de colores. Mi madre me envió la foto a través del móvil. «Aquí está Tutu», me puso en el mensaje. Incluso a través del teléfono pude ver que Tutu tenía un aspecto más sereno del que había tenido en años. En su rostro ya no aparecía esa expresión de confusión, de intentar entender lo que sucedía alrededor. Estaba muy pálida y tenía la boca abierta, pero era una hermosa carcasa, un recuerdo de la mujer que había sido. Todavía conservo esa foto con mucho cariño.

Aquella tarde, mientras volaba a Hawái, tuve una de esas visiones entre el sueño y la pesadilla. Soñé que iba al tanatorio a ver a Tutu y me conducían a una sala donde la tenían en uno de esos féretros con la parte superior de cristal. Estaba muy delgada, y tenía la cara ennegrecida e hinchada a causa de la descomposición. La habían embalsamado, pero algo había salido mal, terriblemente mal.

—¿Lo ha encontrado todo bien? —me preguntaba el director de la funeraria.

—Dios mío, ¡claro que no! —gritaba yo, y cubría a mi abuela con una sábana. Les había advertido que no la embalsamaran, pero no me habían hecho caso.

En la vida real, mi familia me dejó organizar el funeral, ya que yo era la profesional. Decidimos que haríamos un velatorio sencillo y luego una incineración con testigos. Pero cuando entramos en la sala del velatorio comprendí lo que había querido decir el hombre de Nueva Zelanda (¿o era de Australia? Supongo que nunca lo sabré) con aquella frase de «Antes mamá tenía mejor aspecto». Porque Tutu no se parecía en nada a la fotografía que mi madre me había enviado. Su boca presentaba una fea mueca a causa de los alambres y el pegamento que le habían puesto. Yo ya conocía los trucos. Le habían pintado los labios con un color que ella nunca habría elegido. ¿Cómo había permitido que sometieran a mi abuela a las torturas *post mortem* contra las que estaba luchando? Esto me demostraba la profunda influencia que tiene la industria funeraria sobre nuestra forma de morir.

Mi familia y yo nos quedamos contemplando el cadáver de Tutu en el féretro y uno de mis primos le tocó tímidamente la mano. Valerie, la señora que la había cuidado, se acercó al féretro con su sobrina de cuatro años, que había visitado a menudo a mi abuela. Mientras la niña cubría de besos a Tutu, Valerie empezó a llorar y a acariciarle la cara, repitiendo con su acento cantarín de Samoa: «Lucy, Lucy, mi hermosa señora». Al verla tocar el cadáver con tanta naturalidad me avergoncé de mi torpeza. Me avergoncé de no

haber insistido para que Tutu estuviera en casa, aunque el director de la funeraria le había dicho a mi madre que conservar más de dos horas el cadáver en casa iba contra las leyes de Hawái (lo que no es cierto).

Nunca es demasiado pronto para pensar en la propia muerte y en la muerte de tus seres queridos. No quiero decir que haya que obsesionarse con el tema y pensar que tu marido ha muerto en un horrible accidente de tráfico o que tu avión se estrellará. Me refiero a pensar de forma racional que tienes que prepararte para lo que venga. Esto no significa que la muerte de un ser querido no vaya a dolerte en lo más profundo, sino que serás capaz de centrarte en el dolor sin necesidad de hacerte preguntas existenciales como «¿Por qué muere la gente?» o «¿Por qué me pasa esto a mí?». La muerte no te pasa a ti, nos pasará a todos.

Una cultura que niega la muerte es una barrera para alcanzar una buena muerte. Superar nuestros miedos y nuestras ideas erróneas sobre la muerte no es fácil, pero no olvidemos que otros prejuicios culturales como el racismo, el sexismoy la homofobia ya empiezan a ser cosa del pasado. Ha llegado el momento de que abordemos también este tabú.

Los budistas dicen que los pensamientos son como gotas de agua en el cerebro. Cuando reforzamos continuamente una misma idea, creamos una corriente en nuestra conciencia, como el agua que erosiona la ladera de una montaña. Y los científicos confirman esta creencia popular: nuestras neuronas están continuamente estableciendo conexiones y creando nuevos caminos. Aunque estemos programados desde niños para temer a la muerte, eso no significa que tengamos que seguir haciéndolo toda la vida. Todos tenemos la responsabilidad de seguir aprendiendo cosas y crear nuevos circuitos mentales.

Yo no estaba condenada a ser toda la vida una persona angustiada por haber visto a una niña precipitarse a la muerte en un centro comercial de Hawái. No tenía que seguir siendo la mujer atormentada que en un momento dado quiso quitarse la vida en un bosque de secuoyas porque no podía soportar la idea de la muerte. Gracias a mis incursiones en el arte y la literatura, y en especial a la confrontación con mi propia muerte, había rehecho mis circuitos neuronales para vivir lo que Joseph Campbell denominaba «una vida más limpia, más valiente, espaciosa y plenamente humana».

El día del velatorio de Tutu se había ido la luz en la capilla principal del tanatorio, de modo que decidieron traer a nuestra sala a otra familia, mucho más numerosa. Teníamos

a un montón de gente apelotonada detrás del cristal, esperando a que acabáramos de despedirnos de la abuela. No cabía duda de que éramos un engorro, tanto para esa familia como para los empleados del tanatorio. Por enésima vez me dije que todo habría sido muy distinto si yo no hubiera cedido a la presión y hubiéramos velado a Tutu en casa.

Cuando la gente que esperaba fuera era ya tanta que no podíamos fingir que no pasaba nada, dimos por terminado el servicio. Tuvimos que salir casi corriendo por el pasillo detrás del empleado que empujaba el féretro de Tutu camino del crematorio. Y ni siquiera habíamos tenido tiempo de llegar todos cuando metieron el féretro en el horno. Yo echaba de menos Westwind, que a pesar de su aire industrial conservaba cierta calidez humana. Por lo menos tenía techos abovedados y claraboyas (y cuando las puertas del horno se cerraban, Chris encendía una vela). La verdad es que sentí que le había fallado a mi familia.

Algún día tendré mi propio crematorio. No será un lugar industrial, sino un espacio íntimo y abierto a la vez, con grandes ventanales que dejen entrar la luz y mantengan a raya el estigma de que la muerte es algo feo. A través de la Orden de la Buena Muerte estuve trabajando con unos arquitectos italianos en el diseño de un lugar así, donde las familias puedan ver cómo entra el féretro en el crematorio, un lugar muy luminoso para que tengan la sensación de que se encuentran en un espacio de serenidad y naturaleza y no en un horno industrial.

También quiero conseguir mejores leyes en Estados Unidos –tanto municipales como estatales y federales– que permitan no solamente unos enterramientos más naturales, sino también piras al aire libre y lugares donde puedan dejarse los cuerpos para que se fundan con la naturaleza. Podemos incluso ir más allá del enterramiento verde, o natural. La palabra inglesa *burial* (enterramiento) viene del anglosajón *birgan*, que significa «esconder». No todo el mundo quiere que lo escondan bajo la tierra. Yo no quiero que me escondan. Desde aquel momento de crisis existencial que viví en el bosque de secuoyas, tengo el convencimiento de que los animales que he comido durante toda mi vida deberán comerme a su vez algún día. Los antiguos etíopes colocaban a los muertos en el lago donde pescaban, de manera que los peces recibieran su parte de comida. Nuestro planeta está perfectamente diseñado para aprovechar todo lo que ha creado. La respuesta adecuada a los problemas medioambientales que producen la incineración y el enterramiento podría ser dejar los cadáveres en lugares especiales, perfectamente

regulados, donde accedieran los animales carroñeros. Podemos pensar nuevas maneras de relacionarnos con la muerte.

Claro que podemos seguir con nuestra negación, escondiendo los cadáveres como si nunca fuéramos a morir. Pero por este camino seguiremos teniendo terror de la muerte, seguiremos sin asumir el papel que desempeña el modo de vivir nuestra existencia. Mucho mejor sería que asumamos nuestra mortalidad y escribamos sin miedo, con trazos seguros, nuestro propio *ars moriendi* para el mundo moderno.

## La hija pródiga (a modo de epílogo)

Hacía cuatro años que había dejado mi trabajo en Westwind Cremation & Burial y ahí estaba otra vez delante de la verja de entrada, como una hija pródiga que volvía a casa, que volvía al horno crematorio que había sido mi hogar. Mike salió a recibirme.

—Bueno, mira quién ha venido —dijo con una media sonrisa—. Siempre vuelves, igual que una falsa moneda. Ven, entra. Estoy tomando las huellas dactilares de un cadáver.

Atravesamos el vestíbulo y entramos en el crematorio, una sala grande de techos altos que seguía inspirándome la misma veneración que la primera vez que la vi. Sobre un catre en mitad de la habitación yacía el cadáver de una anciana. Tenía alrededor cuatro páginas de papel en blanco con huellas dactilares.

—Ah, de modo que estás tomándole las huellas dactilares de verdad —dije—. Me preguntaba si sería una metáfora. ¿Es para uno de esos collares de huellas dactilares? —Acababa de recordar que había una compañía que imprimía collares con las huellas dactilares del difunto. Al parecer, ni siquiera Westwind podía escapar de la manía de personalizar los funerales.

—Eso es —dijo Mike. Levantó con cuidado la mano de la mujer y limpió el pulgar manchado de tinta. Le mojó el pulgar en tinta y lo apoyó sobre el papel por enésima vez—. Estas cosas me ponen frenético. Ninguna de las huellas ha salido bien. La incineración es hoy. Tengo que conseguir una buena huella dactilar.

Sonó el teléfono. Mike dejó lo que estaba haciendo para contestar. Yo había ido a verlo para hablar con él, a hacerle preguntas. Estaba recogiendo información para este libro. Incluso le había pedido una cita, como una profesional. Cuando Mike volvió a entrar me preguntó sin rodeos:

—¿Te quedarás toda la tarde? Necesitamos que vayas a Piedmont para una recogida. Tengo un servicio y no puedo ir, y alguien tiene que acompañar a Chris.

Hacía apenas cinco minutos que había llegado y ya me estaban haciendo trabajar. Era como si nunca me hubiera marchado. La muerte, que nunca está de vacaciones, volvía a reclamarme.

—Qué caramba, vale, iré —dije. Fingí que no me importaba, pero la verdad era que me emocionaba la idea de volver a formar parte del equipo.

—Bien. Chris estará volviendo del forense. Y, por cierto, no le he dicho que venías. Será una sorpresa.

Cuando Chris me vio tuvo un instante de desconcierto. Pero enseguida se rehizo.

—Sabía que volverías, Cat.

Más tarde, cuando subíamos por la carretera que va a Piedmont, me preguntó dónde me alojaba.

—En Oakland, con unos amigos —dije.

—Muy bien, así no tienes que volver a esa ciudad del demonio. —Señaló en dirección a San Francisco—. He oído que estás escribiendo un «libro». —Dibujó las comillas en el aire.

—Sí, un libro de verdad, Chris. No es un libro hipotético.

—¿Y por qué escribes un libro sobre nosotros? Somos aburridos. Deberías escribir sobre personajes inventados. Como nosotros, pero mejores.

—Yo creo que sois unas personas muy interesantes.

—Esto es aburrido como una tumba. Hiciste bien en marcharte en cuanto pudiste. La lástima es que no hayas abandonado el sector.

Nos detuvimos frente a una casa grande, de las de antes, rodeada por una valla de madera pintada de blanco por la que trepaba una parra.

—Bueno, tienes suerte, Cat. Este es un lugar bonito. El cadáver que recogí ayer estaba en proceso de putrefacción. Me dejó perdido —dijo Chris—. Aunque debo decir que el apartamento también era bastante bonito. Nunca sabes lo que te encontrarás dentro —añadió pensativo mientras sacaba la camilla de la parte trasera de la furgoneta.

Regresamos a Westwind con el cadáver de la señora Sherman, una hermosa mujer de más de ochenta años, con una espesa cabellera blanca. Los familiares la habían lavado y cubierto de flores frescas. Antes de ponerla sobre la camilla le cogí la mano. Estaba más fría que la de una persona viva, pero más cálida que un objeto inanimado. Mi reacción al verla allí tendida me recordó lo mucho que había cambiado desde que empecé a trabajar en Westwind. Al principio, los cadáveres me daban miedo, pero ahora no había nada que

me pareciera más elegante que una persona muerta en su estado natural, preparada por su propia familia.

Tras descargar a la señora Sherman, Chris volvió a salir en busca de la última remesa de bebés y Mike estaba reunido con una familia, preparando un funeral. Como no tenía a nadie con quien hablar, decidí colocar a la señora Sherman en la cámara de refrigeración. Mientras cerraba y etiquetaba la caja para el horno crematorio me corté con el afilado borde del cartón, como tantas veces me había ocurrido en el pasado. Pensando que estaba sola, solté una exclamación:

—¡Qué demonios!

La nueva operadora de las máquinas incineradoras, una joven llamada Cheryl, entró en el crematorio un poco asustada. ¿Qué hacía yo allí? Le expliqué quién era y me estrechó la mano con torpeza. Jerry, el hombre que contrataron para sustituirme, había muerto de un cáncer fulminante unos meses antes. Tenía solamente cuarenta y cinco años.

Cuando estaba a punto de irme, apareció Bruce, el embalsamador. Venía a cobrar su trabajo de la semana anterior.

—¡Caitlin! —exclamó al verme—. ¿Cómo estás? He visto los vídeos que has colgado en internet. ¿Cómo se llama tu página web?

—La Orden de la Buena Muerte.

—Ah, sí. Y los vídeos se llaman algo así como Preguntas para el tanatopractor, ¿no? Sí, son buenos, muy buenos.

—Me alegro de que te gusten, Bruce.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? Este es mi plan para ti: tienes que hacer un programa nocturno, con películas de monstruos y cosas así. Sería como eso que tienes de Responde al tanatopractor..., ¿era eso? Bueno, sería una cosa así, pero con monstruos. En los años setenta existía una cosa parecida en la televisión por cable. Le pediré a mi amigo en la KTVU<sup>12</sup> que vuelvan a emitirlo. Estas películas tienen mucha audiencia el sábado por la noche. Como ese programa, *Svengoolie*..., cómo se llama esa mujer... Vampira. Clásicos del terror.

—Creo que no sería muy buena haciendo de Vampira.

—¿Cómo que no? No te preocupes. Tienes el pelo adecuado —me tranquilizó Bruce—. Hablaré con mi amigo.

Antes de salir de San Francisco quise pasar por Rondel Place, donde había vivido. Habían reformado el edificio. Antes presentaba un apagado tono rosa, pero ahora era una elegante casa de estilo victoriano con cenefas doradas. Seguro que ya no alquilaban mi vieja habitación por quinientos dólares mensuales. Habían abierto enfrente una tienda de bolsas para ciclistas hechas a mano, y unas cámaras de seguridad en un extremo de la calle amenazaban con grabar a los posibles maleantes. Las aceras de las calles de alrededor tenían un pavimento brillante. ¡Un pavimento brillante! No cabía duda de que la Rondel Place que yo conocía había sufrido un cambio radical, pero como dice el viejo chiste: «¿Qué es un gentrificador?»<sup>13</sup> El que ha llegado cinco minutos después que tú».

Me detuve a pasar la noche en una pensión de Cambria, un pueblo costero a medio camino entre San Francisco y Los Ángeles. Pero, pese a encontrarme en uno de los lugares que más me gustaban de California, no me sentía bien.

Una revista de psicología publicó en 1961 un artículo que señalaba las siete razones que tenemos para temer a la muerte:

1. Mi muerte entristecerá a mi familia y a mis amigos.
2. Acabaré con todos mis planes y mis proyectos.
3. Es posible que me cause dolor.
4. Me impedirá tener más experiencias.
5. No podré cuidar de las personas que dependen de mí.
6. Tengo miedo de lo que ocurrirá a continuación, si hay vida después de la muerte.
7. Me asusta lo que pueda pasarle a mi cuerpo después de la muerte.

La ansiedad que yo sentía no la producía el miedo a la vida después de la muerte, ni al dolor, ni al abismo de la nada, ni siquiera me angustiaba la idea de la descomposición de mi cuerpo, sino a que todos mis planes y mis proyectos se acabarían. Irónicamente, lo que me impedía aceptar la muerte era mi deseo de ayudar a la gente a aceptar la muerte.

Cené en el único restaurante tailandés de Cambria y volví a pie a la pensión. Todo estaba tranquilo, no había nadie en la calle. A través de la espesa niebla que cubría el pueblo divisé un letrero en la carretera: «Cementerio: 1,5 km». Decidí subir hasta allí, en lo alto de la colina. Fui caminando por el centro de la carretera con zancadas grandes y rápidas..., más rápidas de lo que permitía mi salud cardiovascular, en realidad. Cuando

la luna llena asomó entre las nubes e iluminó las copas de los pinos, los jirones de niebla adquirieron una apariencia sobrenatural.

La carretera terminaba abruptamente en el cementerio de Cambria, que databa aproximadamente de 1870, según el cartel de la entrada. Pasé por encima de la fina cadena que cerraba el paso a los intrusos (de una manera poco efectiva, diría yo) y paseé entre las hileras de tumbas. Oí un crujido de hojas a mi izquierda. Frente a mí, en mitad del camino, un ciervo de enorme cornamenta me contemplaba serenamente. Estuvimos un rato mirándonos.

El humorista Louis C. K. habla en uno de sus monólogos de lo «bellos y misteriosos» que nos parecen los ciervos hasta que nos vamos a vivir al campo; entonces pasan a ser esos animales que cagan en nuestro jardín y provocan accidentes en la carretera. Pero el ciervo que vi surgir entre la niebla esa noche podría haber sido un mensajero espiritual.

El ciervo pasó entre las lápidas y se internó de nuevo en el bosque. Yo estaba exhausta. Si había subido al cementerio a paso tan rápido y decidido era gracias a la adrenalina, pero se me estaba pasando el efecto. Me senté en el suelo, que afortunadamente estaba alfombrado con las agujas de los pinos, y apoyé la espalda en un árbol que se encontraba entre la tumba de Howard J. Flannery (1903-1963) y una tumba que solo tenía una plaquita de metal donde ponía: «UN ESPÍRITU LIBRE, UN CORAZÓN SERENO».

Estuve tanto rato sentada junto a Howard J. Flannery que finalmente se levantó la niebla y apareció la luna llena en el cielo, blanca y redonda. El silencio era absoluto. No se oía un solo grillo, ni un soplo de viento. Lo único que se veía era la luna y las lápidas. Nuestra cultura nos enseña que tiene que darnos miedo estar a solas en un cementerio por la noche; podríamos ver aparecer un espectro con los ojos como brasas ardientes, o el cuerpo putrefacto de un zombi saliendo de una tumba. Oiríamos música de órgano, el ulular de los búhos, el crujido de unas verjas al abrirse. Parecen efectos especiales baratos; cualquiera de estos truquillos habría quebrado la perfecta quietud y el silencio de la muerte. Y tal vez por eso nos los inventamos, porque nos resulta difícil contemplar la quietud.

Yo todavía estaba viva y con muchos proyectos en mente; la sangre corría por mis venas y aún me encontraba lejos de la putrefacción. Mis proyectos, por supuesto, quedarían sin acabar cuando muriera. No podía elegir cómo sería mi muerte física, pero sí cómo quería morir mentalmente. Tanto si la muerte me llega a los veintiocho como a

los noventa y tres, elijo morir contenta, satisfecha de sumergirme en la nada, de que mis átomos se conviertan en esta misma niebla que envuelve los árboles. El silencio del cementerio no era un castigo, sino una recompensa por una vida bien vivida.

# Agradecimientos

Hace falta un pueblo entero para escribir un libro sobre la muerte. ¿Esto no lo dice nadie? Pues deberían decirlo. Permitidme que mencione a unas cuantas personas a las que debo mucho.

Para empezar, el fantástico equipo de W. W. Norton: Ryan Harrington, Steve Colca, Erin Sinesky-Lovett, Elisabeth Kerr y otros muchos. Son todos tan eficientes que casi me da apuro estar con ellos.

Un agradecimiento especial a Tom Mayer, mi editor, que nunca me aduló y fue muy exigente con mis adverbios. Dios os bendiga a ti y a tus descendientes, Tom Mayer.

La agencia Ross Yoon, especialmente Anna Sproul-Latimer, que tanto me mimó durante este proceso y que en algunos momentos me cogió de la mano como si fuera una niña perdida en el bosque.

Mis padres, John y Stephanie Doughty, unas personas estupendas que han querido y apoyado siempre a su hija, incluso cuando esta elige la muerte como forma de vida. Mamá, lo más probable es que no llegue a ganar el Óscar..., que lo sepas.

Y no quiero ni pensar en lo inútil que habría podido ser si no fuera por David Forrest y Mara Zehler.

Comprendo que los lectores de este libro puedan pensar que no tengo amigos, pero los tengo..., en serio. Son personas estupendas, repartidas por todo el mundo. Son los que comentaron: «¿Así que vas a dedicarte a la tanatopraxia? Ah, claro, te pega bastante».

Algunos de mis amigos leyeron y releyeron durante años borradores y más borradores de estas páginas. Will C. White, Will Slocombe, Sarah Fornace, Alex Frankel y Usha Herold Jenkins.

Bianca Daalder-van Iersel y Jillien Kahn me ayudaron muchísimo a mantener mi cerebro en forma, y lo mismo hizo Paola Caceres en la escuela de tanatopraxia.

Evan Hess, un magnífico abogado, ha conseguido que no me metiera en líos realmente complicados.

Los miembros de la Orden de la Buena Muerte y en general todos los que buscan un tratamiento alternativo de la muerte; gracias a ellos me esfuerzo día a día en hacer un mejor trabajo.

Dodai Stewart, de la compañía Jezebel, ha sido un gran apoyo.

Finalmente, los hombres que me introdujeron en la industria funeraria y me enseñaron a trabajar duro y con principios éticos: Michael Tom, Chris Reynolds, Bruce Williams y Jason Bruce. Debo confesar que hasta que salí al endurecido mundo exterior de la industria funeraria no comprendí lo protegida y cuidada que había estado en esta empresa pequeña y bien llevada a la que en el libro he bautizado como Westwind.

## Notas sobre las fuentes

La escritora estadounidense de origen caribeño Audre Lorde escribió: «No hay ideas nuevas. Lo único nuevo es la forma de presentarlas». Escribir este libro me llevó seis años. Fueron años de tomar ideas de filósofos e historiadores para integrarlas en mi propia experiencia en el sector funerario intentando que no solo se entendieran, sino que se sintieran.

La mayor parte de los textos que me influyeron los cito brevemente al final del libro. Pero os ruego que leáis los textos originales, en especial los de Ernest Becker, Philippe Ariès, Joseph Campbell, Caroline Walker Bynum y Viktor Frankl, porque os ayudará horrores a mejorar vuestra relación con la mortalidad.

Mientras trabajaba en el crematorio mantenía en secreto un blog llamado *Salon of Souls*. Allí aparezco tal como era en 2008, sin posibilidad de cambiar la historia.

A través de la Orden de la Buena Muerte he tenido la fortuna de conocer a los mejores académicos y profesionales del sector funerario. Su conocimiento sobre libros de referencia, experiencias reales y fuentes de conocimientos secretos y macabros me ha resultado de una extraordinaria utilidad.

## Nota de la autora

ERNEST BECKER, *La negación de la muerte*. Barcelona: Kairós, 2003.

HENRY G. WALES, «Death Comes to Mata Hari». *International News Service*, 19 de octubre de 1917.

## **Afeitando a Byron**

LORD ALFRED TENNYSON, *In Memoriam: An Authoritative Text*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2004.

## La caja de sorpresas

KATHARINE BALL, «Death Benefits». *San Francisco Bay Guardian*, 15 de diciembre de 1993.

GEOFFREY GORER, «The Pornography of Death». *Encounter* 5, n.º 4 (1955), pp. 49-52.

KENNETH V. ISERSON, *Death to Dust? What Happens to Dead Bodies*. Galen Press, 1994.

EDGAR ALLAN POE, «Annabel Lee», en *Poesía completa*. Madrid: Hiperión, 2000.

REBECCA SOLNIT, *A Paradise Built in Hell: The Extraordinary Communities That Arise in Disaster*. Nueva York: Penguin, 2010.

HIKARU SUZUKI, *The Price of Death: The Funeral Industry in Contemporary Japan*. Palo Alto, California: Stanford University Press, 2000.

## Un golpe sordo

JOSEPH CAMPBELL, *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

CAITLIN DOUGHTY, «Children & Death», *Fortnight* (2011),  
[<fortnightjournal.com/caitlin-doughty/262-children-death.html>](http://fortnightjournal.com/caitlin-doughty/262-children-death.html).

GARY LADERMAN, *The Sacred Remains: American Attitudes Toward Death, 1799-1883*. New Haven: Yale University Press, 1999.

TREVOR MAY, *The Victorian Undertaker*. Oxford: Shire Publications Ltd., 1996.

## **Mondadientes en gelatina**

PHILIPPE ARIÈS, *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus, 2011.

CECI CONNOLLY, «A Grisly but Essential Issue». *The Washington Post*, 9 de junio de 2006.

DANTE ALIGHIERI, *El Infierno (La Divina Comedia)*. Varias traducciones.

WENDY ORENT, *Plague: The Mysterious Past and Terrifying Future of the World's Most Dangerous Disease*. Nueva York: Simon & Schuster, 2013.

JOHN STACKHOUSE, «India's Turtles Clean Up the Ganges». *Seattle Times*, 1 de octubre de 1992.

## Pulsa el botón

- OFER BAR-YOSEF, «The Chronology of the Middle Paleolithic of the Levant». En *Neandertals and Modern Humans in Western Asia*. Nueva York: Plenum Press, 1998.
- ANGELIQUE CHRISAFIS, «French Judge Closes Body Worlds-style Exhibition of Corpses». *The Guardian*, 21 de abril de 2009.
- EMIL CIORAN, *Breviario de podredumbre*. Barcelona: Taurus, 1972.
- HILARY J. GRAINGER, *Death Redisigned: British Crematoria History, Architecture and Landscape*. Spire Books, 2005.
- ANDREW NEWBERG y EUGENE D'AQUILI, *Why God Won't Go Away: Brain Science and the Biology of Belief*. Nueva York: Random House, 2008.
- FRIEDRICH W. NIETZSCHE, *El Anticristo, Ecce Hommo, El crepúsculo de los dioses*. Varias traducciones.
- STEPHEN R. PROTHERO, *Purified by Fire: A History of Cremation in America*. Berkeley: University of California Press, 2002.
- VANESSA R. SCHWARTZ, *Spectacular Realities: Early Mass Culture in Fin-de-siècle Paris*. Berkeley: University of California Press, 1999.

## Un cóctel de color rosa

- SHINMON AOKI, *Coffinman: The Journal of a Buddhist Mortician*. Buddhist Education Center, 2004.
- NIEMA ASH, *Flight of the Wind Horse: A Journal into Tibet*. Londres: Rider, 1992.
- LAURA BEANE FREEMAN *et al.*, «Mortality from lymphohematopoietic malignancies among workers in formaldehyde industries. The National Cancer Institute Cohort». *Journal of the National Cancer Institute* 101, n.º 10 (2009): pp. 751-761.
- BETH A. CONKLIN, *Consuming Grief: Compassionate Cannibalism in an Amazonian Society*. University of Texas Press, 2001.
- CLIFFORD GEERTZ, *Interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 1988.
- DREW GILPIN FAUST, *The Republic of Suffering Death and the American Civil War*. Nueva York: Random House, 2009.
- ROBERT W. HABENSTEIN y WILLIAM M. LAMERS, *The History of American Funeral Directing*, National Funeral Directors Association of the United States, 2007.
- GARY LADERMAN, *The Sacred Remains: American Attitudes Toward Death, 1799-1883*. New Haven: Yale University Press, 1996.
- JOHN O'NEILL, *Essaying Montaigne: A Study of the Renaissance Institution of Writing and Reading*. Liverpool: Liverpool University Press, 2001.
- JOHN TAYLOR, *Death and the Afterlife in Ancient Egypt*. Chicago: University of Chicago Press, 2001.

## Bebés del demonio

CHARLES BAUDELAIRE, *Las flores del mal*. Varias traducciones.

NORMAN COHAN, *Los demonios familiares de Europa*. Madrid: Alianza, 1981.

HEINRICH KRAMER y JAMES SPRENGER, *The Malleus Maleficarum*. Courier Dover Publications, 2012.

AMBROISE PARÉ, *Monstruos y prodigios*. Madrid: Siruela, 2000.

LYNDAL ROPER, *Witch Craze: Terror and Fantasy in Baroque Germany*. New Haven: Yale University Press, 2006.

CAROL SANGER, «“The Birth of Death”: Stillborn Birth Certificates and the Problem for Law». *California Law Review* 100, n.º 269 (2012), pp. 269-312.

## **Eliminación exprés**

GEOFFREY GORER, «The Pornography of Death». *Encounter* 5, n.º 4 (1955), pp. 49-52.

JESSICA MITFORD, *Muerte a la americana: El negocio de la pompa fúnebre en Estados Unidos*. Barcelona: Global Rythm Press, 2008.

Entrevista con Christopher Hitchens. The New York Public Library, 1988.

STEPHEN R. PROTHERO, *Purified by Fire: A History of Cremation in America*. Berkeley: University of California Press, 2002.

*Time*, «The Necropolis: First Step Up to Heaven». *Time*, 30 de septiembre de 1966.

EVELYN WAUGH, *Los seres queridos*. Barcelona: Anagrama, 1997.

## **Naturalidad artificial**

JESSICA SNYDER SACHS, *Corpse: Nature, Forensics, and the Struggle to Pinpoint Time of Death*. Da Capo Press, 2002.

## Ay, pobre Yorick

STEPHEN T. ASMA, *Stuffed Animals and Pickled Heads: The Culture and Evolution of Natural History Museums*. Oxford: Oxford University Press, 2003.

TAD FRIEND, «Jumpers: The Fatal Grandeur of the Golden Gate Bridge». *The New Yorker*, 13 de octubre de 2003.

ANN TUKEY HARRISON (ed.), *The Danse Macabre of Women: Ms. Fr. 995 of the Bibliothèque Nationale*. Akron, Ohio: Kent State University Press, 1994.

CAMILLE PAGLIA, *Sexual Personae. Arte y decadencia desde Nefertiti hasta Emily Dickinson*. Madrid: Valdemar, 2006.

MARY ROACH, *Fiambres: La fascinante vida de los cadáveres*. Barcelona: Global Rythm Press, 2007.

## Eros y Tánatos

HANS CHRISTIAN ANDERSEN, *La sirenita*. Varias traducciones.

JACOB Y WILHELM GRIMM, *Cuentos de los hermanos Grimm*. Varias traducciones.

CAROLINE WALKER BYNUM, *Jesus as Mother: Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*. Berkeley: University of California Press, 1982.

CAITLIN DOUGHTY, «The Old & the Lonely». *Fortnight* (2011), [<fortnightjournal.com/caitlin-doughty/276-the-old-the-lonely.html>](http://fortnightjournal.com/caitlin-doughty/276-the-old-the-lonely.html).

ANDREW LANG, *The Red True Story Book*. Longmans, Green, and Company, 1900.

OTTO RANK, *Beyond Psychology*. Courier Dover Publications, 2012.

ADAM SACHS, «Stranger than Paradise». *The New York Times Style Magazine*, 10 de mayo de 2013.

## Burbujeando

PHILIPPE ARIÈS, *El hombre ante la muerte*. Barcelona: Taurus, 1999.

CARLO PIETRO CAMPOBASSO, GIANCARLO DI VELLA y FRANCESCO INTRONA, «Factors affecting decomposition and Diptera colonization». *Forensic Science International* 120, n.º 1-2 (2001), pp. 18-27.

COLIN DICKEY, *Afterlives of the Saints*. Unbridled Books, 2012.

DONNA EBERWINE, «Disaster Myths that Just Won't Die». *Perspectives in Health - The Magazine of the Pan American Health Organization* 10, n.º 1 (2005).

CLIFFORD GEERTZ, *The Religion of Java*. Chicago: University of Chicago Press, 1976.

FUSAE KANDA, «Behind the Sensationalism: Images of a Decaying Corpse in Japanese Buddhist Art». *Art Bulletin* 87, n.º 1 (2005).

SUZANNE G. LINDSAY, *Funerary Arts and Tomb Cult: Living with the Dead in France, 1750-1870*. Ashgate Publishing, 2012.

OCTAVE MIRBEAU, *El jardín de los suplicios*. Madrid: Impedimenta, 2010.

WILLIAM IAN MILLER, *The Anatomy of Disgust*. Cambridge: Harvard University Press, 2009.

JOHN F. MONGILLO y BIBI BOOTH, *Environmental Activists*. Greenwood Publishing Group, 2001.

THOMAS F. X. NOBLE y THOMAS HEAD, *Soldiers of Christ: Saints and Saints' Lives from Late Antiquity and the Early Middle Ages*. University Park, Pensilvania: Penn State Press, 2010.

Mary Shelley, *Frankenstein*. Varias traducciones.

## ***Ghusl***

SAMUEL BECKETT, *Esperando a Godot*. Barcelona: Tusquets, 1995.

CAROLINE WALKER BYNUM, *Fragmentation and Redemption: Essays on Gender and the Human Body in Medieval Religion*. Zone Books, 1991.

PETER METCALF y RICHARD HUNTINGTON, *Celebrations of Death: The Anthropology of Mortuary Ritual*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

WALTER NELSON, *Buddha: His Life and His Teachings*. Nueva York: Penguin, 2008.

CHRISTINE QUIGLEY, *The Corpse: A History*. MacFarland, 2005.

## **Las secuoyas**

VIKTOR E. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 2011.

BERND HEINRICH, *Life Everlasting: The Animal Way of Death*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2012.

INGO F. WALTHER, *Paul Gauguin, 1848-1903: The Primitive Sophisticate*. Taschen, 1999.

HORACE HAYMAN WILSON, *The Vishnú Purâna: A System of Hindu Mythology and Tradition*. J. Murray, 1840.

## **Escuela Calavera**

TIM COLLISON, «Cosmetic Considerations for the Infant Death». *Dodge Magazine*, invierno de 2009.

THOMAS LYNCH, *El enterrador*. Barcelona: Alfaguara, 2004.

## El arte de morir

DAVID WILLIAM ATKINSON, *The English Ars Moriendi*. Lang, 1992.

JOSEPH CAMPBELL, *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

PENNY COLMAN, *Corpses, Coffins, and Crypts: A History of Burial*. Boston: Macmillan, 1997.

ATUL GAWANDE, «The Way We Age Now», *The New Yorker*, 30 de abril de 2007.

ADAM LEITH GOLLNER, «The Inmortality Financiers: The Billionaires Who Want to Live Forever». *The Daily Beast*, 20 de agosto de 2013.

RICK HANSON y RICHARD MENDIUS, *El cerebro de Buda: la neurociencia de la felicidad, el amor y la sabiduría*. Santander: Milrazones, 2012.

SUSAN JACOBY, *Never Say Die: The Myth and Marketing of the New Old Age*. Nueva York: Random House, 2012.

MARIE-LOUISE VON FRANZ, «Archetypal Experiences Surrounding Death». Conferencia en el Instituto Jung de Los Ángeles, 1978.

## **La hija pródiga (a modo de epílogo)**

JAMES C. DIGGORY y DOREEN Z. ROTHMAN, «Values Destroyed by Death». *The Journal of Abnormal and Social Psychology* 63, n.º 1 (1961), pp. 205-210.

LOUIS C. K., *Chewed Up*. Grabado en Berklee Performance Center, Boston, en octubre de 2008.

# Notas

1. Plastinación: un proceso por el cual se extrae el agua de un cadáver y se sustituye por una solución plástica. (*N. de la t.*)
2. Bebida fermentada de ligero sabor ácido. (*N. de la t.*)
3. *La familia Addams* fue una serie de televisión muy popular en los años sesenta. En los años noventa se estrenó una versión para el cine y reapareció como serie televisiva. (*N. de la t.*)
4. Craigslist: popular portal de anuncios. (*N. de la t.*)
5. En español en el original. (*N. de la t.*)
6. Bettie Page fue una modelo estadounidense de la década de 1950. (*N. de la t.*)
7. Se refiere a una mantequilla de cacahuete que se anunciaba como «para madres exigentes». (*N. de la t.*)
8. Doula: una palabra de origen griego que hoy se utiliza tanto en inglés como en español para referirse a las mujeres que dan apoyo a la madre en el parto y posparto. No tienen una formación específica, pero normalmente han sido madres. (*N. de la t.*)
9. En español en el original. (*N. de la t.*)
10. En el original, *Deth Skool*; juego de palabras intraducible. (*N. de la t.*)
11. Se refiere al Center for Death and Society de la Universidad de Bath. (*N. de la t.*)
12. KTVU: Una estación de televisión afiliada a la Fox que emite para la bahía de San Francisco. (*N. de la t.*)
13. Del inglés *gentrification*: Se refiere a la población de mayor nivel adquisitivo que se instala en un barrio popular «con encanto», lo que se traduce en el aumento de los precios y la expulsión de la población original. Un fenómeno que se ha dado recientemente en ciudades como Londres, Barcelona o Nueva York. (*N. de la t.*)

Su opinión es importante.

En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)



Eugene O'Kelly



«Unas memorias conmovedoras.»

*The Times*

# MOMENTOS PERFECTOS

# Momentos perfectos

O'Kelly, Eugene

9788416429806

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A los 53, Eugene O Kelly, director en Estados Unidos de la prestigiosa consultora KPMG, estaba en la cumbre de su carrera profesional y podía presumir de una familia ejemplar. Pero, en un examen médico de rutina, se encontró con un diagnóstico inesperado: un tumor cerebral incurable y una esperanza de vida de seis meses como máximo. Desde ese momento, O Kelly decide vivir el tiempo que le queda de una manera intensa, hace una revisión autocrítica de su vida, de su trabajo, de sus metas, y del significado del éxito. ¿Qué es importante en la vida? ¿Qué no lo es? ¿Es necesario estar gravemente enfermo para formularse esta pregunta? *Momentos perfectos* es un testimonio conmovedor y optimista, que ha cautivado a miles de lectores en todo el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao

Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma  
Actual



«Un libro que  
todos los adultos  
deberían leer.»  
Javier Ortigosa

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar  
su potencial intelectual y emocional

# El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

## [Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional.

Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental."LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible."ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer."JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos."ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Reinventarse

## Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21<sup>a</sup>  
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de 100.000  
ejemplares vendidos  
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras  
que no puedes fallar?

# Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con  
pasión y entusiasmo

**Victor Küppers**



Solo se vive una vez, pero una vez es  
suficiente si se hace bien

# Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces  
que no utilizan los merluzos



**Victor Küppers**  
Autor de *Vivir la vida con sentido*

Para vender, o enamoras o eres barato

# Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

Portada	2
Créditos	3
A mis queridísimos amigos	4
Índice	5
Nota de la autora	6
Afeitando a Byron	9
La caja de sorpresas	16
Un golpe sordo	27
Mondadientes en gelatina	36
Pulsa el botón	47
Un cóctel de color rosa	58
Bebés del demonio	71
Eliminación exprés	81
Naturalidad artificial	93
Ay, pobre Yorick	101
Eros y Tánatos	111
Burbujeando	120
Ghusl	131
Testigo único	139
Las secuoyas	148
Escuela Calavera	154
Furgoneta de cadáveres	163
El arte de morir	171
La hija pródiga	182
Agradecimientos	188
Notas sobre las fuentes	190
Notas	209
Colofón	210